

ALEJANDRO  
FABBRINI  
NUEVAS  
HISTORIAS  
NEGRAS  
DEL FÚTBOL  
ARGENTINO



Denuncias por sobornos, partidos con resultados mentirosos, otros consensuados a tal punto que el jugador que mete un gol, en vez de gritarlo, se agarra la cabeza, y en vez de abrazos recibe las maldiciones de sus compañeros.

Arbitrajes vergonzosos, y hasta patéticos. Dirigentes que sacan y ponen jueces. Oportunos cortes de luz. Barras brava que amenazan a sus jugadores para que vayan «para atrás» y el reconocimiento de éstos: «teníamos que perder» para seguir con vida. Insólitas entregas físicas, maratones de estimulantes, jeringas y pastillas de colores.

Bengalas perdidas y asesinas, petardos como proyectiles, la sangre derramada en las tribunas. Hinchas desaforados que entran libremente al campo a la caza de rivales y árbitros. Víctimas amputadas, golpeadas salvaje, cobardemente. Muertes sospechosas, por encargo, por inseguridad y una triste ola de suicidios.

La verdadera razón de los descensos por promedio, el referí sorprendido por una cámara cantando lo mismo que «la Doce» mientras dirigía, la tarde que una hinchada fue detenida por cantar una canción que no se debía y el día que el genocida Luciano Benjamín Menéndez le quiso «dar una alegría» al pueblo cordobés... y no pudo por culpa de Bochini.

Estas *Nuevas historias negras del fútbol argentino* contienen un muestrario de lo que ha ocurrido en nuestro deporte más querido durante los últimos cuarenta años. No hace un recuento cronológico de todas las situaciones irregulares sino que selecciona distintos casos, alternando escándalos, curiosidades e historias increíbles. A partir de una profunda investigación y una prosa eficaz, **Alejandro Fabbri** nos vuelve a sorprender contándonos lo peor del fútbol de la mejor manera posible: con amor y pasión.



Alejandro Fabbri

# **Nuevas historias negras del fútbol argentino**

ePub r1.0  
GONZALEZ 17.05.15

Alejandro Fabbri, 2010

Editor digital: GONZALEZ  
ePub base r1.2





# PRÓLOGO

## LOS BUSCAFANTASMAS

Eran más frontales e ingenuos, pero igual de corruptos y sinvergüenzas. La diferencia es que aquellos inescrupulosos que ensuciaron el fútbol argentino hace setenta u ochenta años creían tener «todo controlado». Como no había televisión, ni se había profesionalizado tanto el periodismo deportivo, ni se había generalizado el acceso a la información, lo que pasaba en el vestuario quedaba muy lejos de la gente y todos los datos se los repartían entre unos pocos.

Parecía, entonces, mucho más sencillo «arreglar» con un futbolista o con un árbitro, negociar un dinero para que algún inmoral jugara incentivado o dejara pasar la pelota, o para que otro sancionara un penal dudoso o no cobrara infracciones evidentes... También es cierto que, cuando salían a la luz, estos arreglos turbios generaban sanciones deportivas o respuestas duras de la dirigencia, además de una profunda pérdida de la credibilidad.

A pesar de todo, en esa época era más sencillo conocer la verdadera trama de los negociados. Hoy, en cambio, la sofisticación y la enorme cantidad de recursos para encubrir intentos parecidos, hacen que la investigación periodística tropiece contra infinidad de obstáculos y muros impenetrables levantados por los propios protagonistas, siempre decididos a no contarle nada a nadie.

Igual que en las películas de espionaje, suele ser un rumor, una sospecha o una acción demasiado torpe lo que genera la sensación de estafa, la convicción de que algo está podrido y que la gente tiene derecho a enterarse.

Hoy, como en 1930 o 1950, el objetivo es uno solo: que la pelotita entre en el arco contrario, que «mi» equipo gane un partido, cinco partidos, el campeonato entero, la Copa o lo que fuera.

A un dirigente importante de un club de primera división le presentaron una vez a dos personajes que arreglaban partidos. Cuando el directivo insinuó su desconfianza sobre el poder real de estos hermanos, alguien le respondió: «Mire si serán importantes, que estuvieron presentes el día en que se inventó la mentira...».

Estas *Nuevas Historias Negras del Fútbol Argentino* contienen un muestrario de lo que ha ocurrido en nuestro deporte más querido durante los últimos cuarenta años. Aun sin casos de soborno comprobados fehacientemente ni casos de incentivos penados desde la AFA, la enorme mayoría de estos hechos permite una interpretación periodística y autoriza el origen de las

versiones, la palabra de los protagonistas y el análisis de los medios de comunicación y los periodistas.

Resulta muy complicado establecer dónde y cuando nació la espiral de violencia que fue cocinándose a fuego lento en el fútbol argentino; desde qué momento los inadaptados y cuasi delincuentes se hicieron cargo de las hinchadas en la mayoría de los clubes y en qué punto se hizo irrespirable la relación entre ellos y las fuerzas de seguridad. Hace mucho tiempo que está probado el vínculo entre estos marginales y los dirigentes de cada institución. Pero nadie habla, y es como buscar fantasmas con una linterna. Con la luz más potente, con las baterías más fuertes, los fantasmas se desvanecen. Son inasibles.

Este libro no hace un recuento cronológico de todas las situaciones irregulares de las últimas cuatro décadas porque eso sería una tarea imposible. Son tantas las anomalías y las tragedias, y tan diferentes, que se necesitaría una colección completa para incluirlas a todas. Por eso, se han seleccionado arbitrariamente los casos a narrar, alternando escándalos, curiosidades e historias increíbles. Ésa es la idea. Contarle al lector nuestra convicción de que en el fútbol argentino hay muchas cosas podridas y sucias, que merecen investigarse y denunciarse, pero que no constituyen ni su esencia ni su todo.

Si todo estuviera arreglado y manejado por la corrupción y la injusticia, no habríamos tenido ocho campeones diferentes en los últimos ocho campeonatos de primera división, ni se habrían producido descensos inesperados ni ascensos insólitos. No estaríamos llenos de incertidumbre ni perdiendo apuestas en el final de cada certamen.

Del mismo modo, sería francamente estúpido creer, a esta altura, que el fútbol implica únicamente una lucha deportiva entre dos equipos con potencialidades similares.

Ni todo podrido, ni todo impecable, igual que en el resto de las actividades humanas.

Hay honestos y deshonestos, capaces e incapaces, ejemplos de corrupción y ejemplos de dignidad. Todos conviven en el mismo ámbito. La cuestión más difícil es encontrar la diferencia y saber separar a uno del otro. Hoy por hoy, acaso sea una misión imposible.

**Alejandro Fabbri**

# CAPÍTULO 1

## LOS MILAGROS DE PLATENSE

Cerca de la una del mediodía, el juez Horacio Elizondo pitó el final y los jugadores de River se abrazaron en el círculo central de la cancha de Platense. Los gritos de los hinchas millonarios por el 3-0 pasaron casi inadvertidos, porque la noticia era otra: el descenso de Platense. Era el 13 de junio de 1999 y en varias canchas, al mismo tiempo, las hinchadas de Argentinos Juniors, Ferro Carril Oeste, Gimnasia y Lanús gritaban su alegría por la tragedia del cuadro de Saavedra.

No había diferencia entre el llanto desconsolado de los experimentados Mandrini y Loyola y el de los pibes Zunino y Chatruc. Platense, conocido por entonces como «el fantasma del descenso» por esa capacidad que parecía perpetua para esquivar la guadaña, finalmente había sido vencido. El descenso al desconocido Nacional B lo obligaba a cambiar su alma y volver al temido fútbol sabatino, de donde aún hoy no ha podido despegar.

Atrás quedaba una historia épica, curiosa, a veces increíble y en algún capítulo hasta de dudosa moralidad.

El 13 de julio de 1976 Platense había conseguido regresar a Primera A luego de luchar durante cinco años ni el viejo campeonato de Primera B, vagando por distintos estadios para jugar de local. A fines de 1971 se había quedado sin su mítica cancha, ubicada en el límite de Saavedra y Núñez, en el cruce de las calles. Manuela Pedraza y Cramer, y que había sido su hogar durante 55 años. Sin estadio propio, casi fundido, un grupo de directivos jóvenes encabezados por el presidente Carlos Marino volvió a encaminar al club. Mientras edificaban ladrillo por ladrillo en el predio de Vicente López, los calamares alquilaban para ser locales las canchas de Atlanta, Ferro, Chacarita, Tigre, Almagro, Argentinos Juniors, Defensores de Belgrano, San Lorenzo y Vélez.

Al ascender, Platense comenzó a jugar en Atlanta y durante todo 1977 padeció la irregularidad típica de un cuadro debutante. En su primera temporada tras el regreso, sufrió hasta la última fecha y protagonizó junto con Lanús un partido histórico que definió el tercer descenso del campeonato más largo de la historia profesional argentina, para acompañar a Ferro y Temperley en los tres pasajes para la B de 1978. Fue la primera vez en tantos años de fútbol que un descenso se desempató por penales.

Igual que en 1964, Platense y Lanús habían ascendido juntos al ganar las etapas del torneo

1976. Y en ese invierno, en medio de la peor dictadura de nuestra historia, los calamares, sin cancha propia, llegaban con escasas chances a la última fecha del hexagonal que definía el primer ascendido. Lanús tenía 7 puntos y enfrentaba a Almagro, casi fuera de carrera. Platense, con 6, jugaba con Villa Dálmine y debía esperar una derrota granate para vencer al cuadro de Campana y volver a Primera A.

El milagro ocurrió: Lanús perdió 1-0 con Almagro y Platense, que le había ganado con un cabezazo de Juan Carlos Pilla a Villa Dálmine, regresó a la A tras cinco años en Primera B. Los calamares saltaron a jugar el torneo Nacional ese mismo año. Mientras tanto, Lanús disputó la segunda rueda con el traspíe a cuestas, aunque finalmente lo pudo remontar porque se adjudicó el segundo hexagonal al derrotar a Almirante Brown por 2-0, y también regresó a la A.

Arrancó entonces el interminable campeonato de 1977, que coronó campeón al formidable River de Ángel Labruna con dos puntos de ventaja sobre Independiente, y con un campañón del juvenil Vélez conducido por un sorprendente Carlos Cavagnaro. Ferro Carril Oeste se despidió muy rápido y Temperley aguantó varias fechas más, quedando el tercer descenso directo pendiente hasta el final, ya que en esa época aún no había promedios.

En la última jornada, las posiciones ubicaban a Atlanta, Quilmes, Chacarita y Unión con 40 puntos, seguidos por All Boys, Racing y Gimnasia con 39, y Platense y Lanús con 38. Eran nueve equipos luchando por no descender, aunque Chacarita quedaba libre y tenía que seguir los resultados desde las transmisiones radiales. Estaba claro que si había igualdad de puntos, se debía disputar un desempate, algo que había ocurrido en 1949 entre Huracán y Lanús y se había reiterado en 1950, cuando Tigre debió enfrentar al mismo Huracán y cayó vencido en dos encuentros. Desde entonces hasta 1977 no se había vuelto a repetir una situación semejante, con un detalle adicional: el desempate sería a un solo partido, en cancha neutral.

El programa para la fecha número 46 de este extenuante campeonato enfrentaba a Racing con Platense en Avellaneda, a Gimnasia visitando al aliviado Argentinos Juniors con un jovencísimo Diego Maradona, a All Boys viajando a La Plata para medirse con Estudiantes, a Atlanta recibiendo al escolta Independiente, a Quilmes llegando a Rosario para medirse con Newell's, a Unión como local del descendido Temperley, y a Lanús, con la tranquilidad de ser local y jugar ante un rival sin pretensiones, como era Rosario Central, ubicado en el sexto puesto.

Chacarita ya había festejado largamente su triunfo de la penúltima fecha, cuando venció 3-2 a Platense en la cancha de Atlanta, en un partido para el infarto. Los calamares iban ganando, pero Chaca reaccionó y aprovechó dos errores del veterano arquero Miguelucci, que primero no calculó bien en un envío lanzado desde muy lejos por Carlos Horacio Salinas y luego cometió la infracción que generó el penal convertido por Roque Avallay, en el arco de la avenida Corrientes. Con el 3-2 final, Chacarita quedó a cubierto del descenso, porque Racing y Platense debían medirse entre sí y ya no lo podrían alcanzar.

La flojísima actuación de Miguelucci frente a Chacarita indignó a muchos hinchas de Platense y extendió un manto de sospecha. Sin embargo, el entrenador Juan Manuel Guerra decidió ratificarlo para el partido de la última jornada contra Racing.

Un resultado de esa fecha final desbarató todos los cálculos previos: la caída de Lanús, en su propia cancha, ante un entonado Rosario Central que ganó 1-0 con un tanto olímpico convertido

por su mediocampista Gómez. Los hinchas granates no podían entender cómo el equipo había dejado escapar la chance de la salvación, frente a un cuadro que salió a la cancha decidido a ganar el partido cuando nadie lo esperaba. Días después se habló de una supuesta «colecta» entre dirigentes de Platense, Atlanta, All Boys, Racing y Quilmes para incentivar al plantel rosarino. Pero nunca se pudo demostrar nada.

La derrota de Lanús —que con un módico empate se hubiese salvado— provocó entonces el desempate con Platense, El cuadro de Saavedra con el estadio de Vicente López a medio construir cayó ante Racing, que lo venció con un buen cabezazo de Daniel Killer en el segundo tiempo. Cuando terminó el partido, fueron varios los jugadores de Platense que se derrumbaron en el campo pensando que habían descendido. Pero enseguida llegaron las noticias desde Lanús con el triunfo rosarino y volvió la esperanza. Lo increíble era que un empate hubiese salvado directamente a Platense y condenado a los granates. O al revés.

Días más tarde, el árbitro Luis Pestarino se prestó a una charla con estudiantes de tercer año del Círculo de Periodistas Deportivos, única institución donde por aquella época se estudiaba la especialidad, hoy tan popular. Ante los casi cuarenta alumnos, Pestarino —que había dirigido a Racing y Platense— se despachó con sus dudas sobre los controles esporádicos de doping, y habló de haber arbitrado a jugadores con labios blancos que echaban espuma por la boca y no atendían sus indicaciones.

El histórico desempate se jugó el miércoles 16 de noviembre en el viejo Gasómetro de San Lorenzo, que dos años después cerraría sus puertas para siempre. Una multitud cubrió las tribunas de madera. Quien esto escribe estuvo en la tribuna calamar con su padre y con dos de sus mejores amigos, ambos hinchas de Ferro. Éramos vecinos de la zona y habíamos imaginado que habría gente, pero de ninguna manera la multitud que cubrió populares y plateas. En el tumulto, perdí a mis amigos en plena popular de Platense...

El partido fue malo, aburrido y trabado. Varios viejos guerreros dejaban la vida por colores de ocasión: el citado Miguelucci en el arco calamar y su compañero Carlos Pinasco, centrodelantero llegado de Argentinos Juniors. También, los muy reconocidos Rubén Sánchez en el arco de Lanús y su mediocampista central Carlos Pachamé, multicampeón con Estudiantes en la época de Osvaldo Zubeldía.

Apenas se puede rescatar una llegada para cada uno: cabezazo de Zárate en el travesaño y una electrizante corrida del puntero izquierdo Miguel Ángel Juárez (cinco años después campeón y goleador con Ferro) con un toque junto a un palo. El resto, un panorama bien pobre. Cumplidas las dos horas de juego, hubo que definir por penales... Toda una temporada de esfuerzo se jugaba en unos simples penales. No había tiempo para otro partido de desempate porque el campeonato Nacional se iniciaba el fin de semana siguiente.

Fueron 22 penales y Platense ganó 8-7, es decir, hubo siete penales malogrados. La historia les sonrió a los hinchas calamares, ubicados detrás del arco donde se ejecutaron todos los tiros, en la cabecera sobre la calle Muñiz. El periodista Carlos Ferreira escribió con toda su maestría una crónica muy emotiva para la querida revista *El Gráfico*: «Ya pasaron dos horas. Ya no resisto seguir sentado. Me paro igual que muchos. Con vergüenza miro mis uñas y compruebo que parecen un dibujo de la costa chilena. Como no hay más uñas apelo al atado de cigarrillos. Pido

fuego porque mis manos están empapadas de sudor y no logro manipular el pequeño encendedor. El señor que me ofrece un fósforo parece tener las manos de papel. Le tiemblan y lo entiendo: es de Lanús. Tiro el cigarrillo por la mitad, me aferro a los papeles, me seco la mano derecha para poder usar la lapicera y me dispongo a la entrega. No quiero ser un observador. Quiero ser los jugadores de Platense, de Lanús, aunque el corazón me lo recrimine a doscientas pulsaciones por minuto».

Los penales arrancaron bajo la atenta mirada del experimentado juez Roberto Barreiro, quien seguramente habrá sentido el mismo escalofrío que la multitud que cubría el Gasómetro. El primer lanzamiento fue del zaguero Miguel Arturo Juárez, que derrotó a Rubén Sánchez con un potente rechazazo. Eran casi las once y media la noche y el calor iba dando paso a una suave brisa, que preanunciaba una tormenta inminente.

Enseguida empató el delantero granate Orlando Cárdenas; Belloni hizo el 2-1 calamar, lo igualó Pachamé, concretaron también Osvaldo Pérez, Ribeca y Ulrich, dejando el resultado 4-3 para Platense. Sigue Carlos Ferreira: «¿Y ahora? Sí, es Coria. Corre, remata, ataja Miguelucci. No atino a anotar nada. Miro, me lleno los ojos de rostros desenchajados; me invade los oídos un solo aullido (Platense), un solo silencio de estupor (Lanús). Veo a Miguelucci parado frente a la hinchada. La pelota rodeada por su brazo izquierdo, su puño derecho lanzando golpes rabiosos a la hinchada y golpes reales contra su pecho...».

«Muy pocos sabían que la noche anterior, a las 23.30, la señora del técnico de Platense Juan Manuel Guerra, había recibido un llamado telefónico: “Señora, dígame a su marido que si mañana juega Miguelucci le quemamos la casa. Ése se vendió contra Chacarita”. Pocos sabían que Guerra y los compañeros del arquero decidieron que ese hombre, que había cumplido 36 años el martes 15, había recibido un voto de confianza total y estaba iniciando su gigantesca revancha», agregaba Ferreira.

Con el 4-3 para Platense, era la oportunidad de Roberto Gianetti, uno de los marcadores de punta calamares: un gol más y la salvación quedaba sellada. Sin embargo, cuenta Ferreira, «los compañeros de Gianetti no se atreven a mirar, los de Lanús tampoco. En el medio del campo, Coria no puede dejar de llorar. Dios y el Diablo están jugando este juego inolvidable. Un relámpago ilumina la tribuna que da a la Avenida La Plata. Hay toneladas de agua esperando el momento de caer. No hay oxígeno para respirar. Tira Gianetti y Sánchez detiene el remate».

«No, Gianetti no iba a ejecutar ese quinto penal. Era propiedad de Peremateu, pero el zaguero le dice a su técnico “por favor, yo pateo solamente el último y si hace falta. Éste no lo pateo”. Guerra va en busca del Loco Pinasco y éste confiesa: “Don Manuel, no puedo ni pararme...”. Por eso lo tiró Gianetti, por eso grita Lanús, calla Platense, llora Gianetti. Ya está Moralejo frente a la pelota. ¡Gol!, 4 a 4. Empieza una nueva serie de dos penales...», apunta la crónica.

¿Series de dos penales? Era una reglamentación nueva, muy poco conocida por el periodismo y mucho menos por la gente. Miguel Ángel Juárez concreta, Miguelucci se lo ataja al defensor Benejú, pero Rolando Niro desvía su remate y enseguida Guillermo Zárate empata de nuevo. El partido queda 5 a 5 y debe iniciarse una nueva serie de dos penales por equipo.

Sigue narrando Ferreira: «La tercera serie pasa pronto. Tira Rivera, gol; tira Barrera, gol; va Pinasco renqueando, termina de decirle al técnico que “voy yo, don Manuel y que sea lo que Dios

quiera. Estoy desgarrado hasta la nuca...”. Le pega a la derecha de Sánchez y es gol. Los músculos de su pierna derecha se deshilachan como estopa. Abandona el área saltando sobre su pierna izquierda. Cuando le toca a Giachello, veo que Crespo se levanta del suelo y sale corriendo descompuesto para desaparecer por la boca del túnel. En ese momento, Giachello coloca el 7 a 7».

La siguiente serie de dos penales por equipo será la última. Y pasa de todo. Cuenta *El Gráfico* que «Platense elige a Peremateu, pero el defensor echado en una camilla, casi no puede moverse. Deliberan árbitro, técnicos, jugadores. Sí, tira Peremateu. Con las piernas duras como el acero, remata y la pelota da en el poste derecho de Sánchez. ¿Qué juego infernal es éste? ¿Es que no hay piedad para nadie en este terreno del diablo? ¿Cómo es posible que a cada minuto alternativamente los protagonistas pasen de la luz a las tinieblas? Ahora el triunfo es de Lanús, ya está: ¿quién patea? “Éste lo pateo yo”. Los que oyen giran sorprendidos para saber quién es el valiente o el loco que acaba de decir eso con tanta firmeza. Y lo ven. Es el arquero Rubén Sánchez, que con la pelota bajo un brazo se encamina hacia el punto del penal. Pero Miguelucci, que ya encontró un lugar en el Olimpo calamar, ataja casi sin moverse ese tiro suave y al medio».

Ya habían tirado penales diez jugadores de Platense y faltaba uno en la lista de shoteadores, pero Osmar Miguelucci no lo hizo nunca. En su lugar, se acomodó el zaguero Miguel Arturo Juárez, quien repitió el rechazazo fuerte y derrotó a Rubén Sánchez. Nadie se había dado cuenta de que faltaba un ejecutante por los calamares y Platense se situaba arriba por 8-7. Inmediatamente se produjo la misma situación en Lanús: el mediocampista Crespo —que se había retirado descompuesto hacia el vestuario— tampoco había pateado su penal y en su lugar, repitió el goleador Orlando Cárdenas.

Ferreira relata así la definición de este espeluznante desempate para no bajar a Primera B: «Ése que va ahí es Orlando Cárdenas. Lleva en la espalda un número 9 mojado de sudor, cargado de rezos. Otra vez él. Alcanzo a ver el último relámpago. Y como un relámpago sale el pelotazo de Cárdenas y como otro relámpago sale el cuerpo de Miguelucci hacia su derecha. Allí es el encuentro. Allí cumplen su cita histórica, arquero y pelota. Platense no se va. Lanús sí. Besos, abrazos, lágrimas. Miguelucci en andas en medio de un desgarrante tropel de sentimientos. Estoy contento porque soy cada uno de los jugadores de Platense; no tengo consuelo porque soy todos y cada uno de los jugadores de Lanús. Cae la primera gota de agua. El jueves cumple cinco minutos de vida. A la una de la mañana, un señor de 36 años, vestido de arquero y con una pelota debajo de la remera, camina por la calle Inclán hacia Avenida La Plata. Es Osmar Abel Miguelucci. Está llorando, pero nadie se da cuenta porque a esa hora llueve torrencialmente...».

El final fue increíble: un diluvio cubrió el barrio de Boedo, en medio del delirio carnavalesco de la multitud que acompañó a Platense y la desazón sin límites de los miles de hinchas granates que emprendieron el camino al Sur sin imaginar que la catástrofe deportiva se reproduciría un año después, en el mismo estadio, cuando Villa Dálmine lo superase por 2-0 y lo enviase a jugar por primera vez a la tercera categoría del fútbol argentino, la Primera C. Lanús se mantuvo ahí tres años, hasta que logró volver a Primera B ganando el torneo de 1981, escoltado por Chacarita Juniors.

Lo cierto es que, insólitamente, dos clubes históricos tuvieron que jugar con rivales hasta entonces desconocidos como General Lamadrid, Berazategui, Tristán Suárez, Deportivo Merlo y,

en el caso particular de Lanús en 1979, con el modestísimo Piraña, que había ganado el ascenso y se dio el gustazo de militar durante un año en la C. Piraña, un pequeño club de Pompeya, se desafilió pocos años después, luego de haber entregado al fútbol nacional al recordado Héctor Casimiro Yazalde, el popular *Chirola*, que triunfó en Independiente y en el fútbol portugués.

Miguelucci, héroe de la salvación calamar, jugó unos pocos partidos más en el torneo Nacional de 1977 y quedó libre. Mientras tanto, los dirigentes de Lanús presentaron una protesta formal en la AFA, acusando al árbitro Roberto Barreiro de no haber respetado el reglamento en la ejecución de los penales. El juez había cometido tres errores graves. Primero, no había cumplido el Artículo 123, que en su Inciso E señalaba que si se igualaba la primera serie de cinco penales por equipo, se debía proceder a un nuevo sorteo y decidir en qué arco continuar.

En segundo lugar, el reclamo más importante que Lanús llevó a la AFA fue que un jugador de Platense pateó dos veces un penal (el zaguero Miguel Arturo Juárez, el primero y el último) y el arquero Miguelucci no ejecutó ninguno. Es decir, antes de repetir Juárez el futuro héroe debía tirar el suyo y eso nunca ocurrió. En el sorteo, Platense lanzó primero, o sea que Lanús tenía razón reglamentaria, aunque el mediocampista granate Adrián Julio Crespo tampoco remató nunca su penal: Crespo se descompuso en medio de las ejecuciones y, tomándose el bajo vientre con las manos, se fue corriendo al vestuario y no volvió más. En su lugar, pateó dos veces el delantero Orlando Cárdenas y su último tiro fue parado por Miguelucci, dándole el triunfo a Platense por 8-7.

El tercer e increíble error de Barreiro y sus asistentes consistió en aplicar mal la reglamentación sobre los penales. Nadie se dio cuenta, ni los jugadores ni ningún directivo. Mientras la norma señalaba que al persistir la igualdad tras la primera serie de cinco penales por equipo debían ejecutarse series de dos, Barreiro interpretó que eran dos penales por cuadro y no dos penales en total. En realidad, como sucedió siempre, eran mini-series de dos ejecuciones en total, una por equipo. Pero nadie se percató del gruesísimo error.

A través del martillero Parodi, su representante en la AFA, Lanús protestó el encuentro en la entidad que rige el fútbol argentino, pero todo se desestimó rápidamente con el simplista y contundente argumento de que «los partidos se ganan en la cancha». Como bien se sabe, esta máxima no siempre se cumple, por lo que varios abogados vinculados a Lanús decidieron seguir adelante con el reclamo y lo trasladaron a la Justicia Ordinaria: allí presentaron una pieza jurídica muy sólida, encarada por los abogados Rubén Ferola y Emilio Chebel. Dos décadas más adelante Chebel sería presidente del club.

El reclamo judicial pedía una medida de «no innovar» (para que no empezara el campeonato Metropolitano de 1978) y fue planteado en los primeros días de marzo de ese año, cuando ya la situación parecía no tener marcha atrás. Lanús ganó el fallo en primera instancia de acuerdo a la decisión del Juez César Pescio, titular del Juzgado Nacional en lo Civil N°22, donde se instaba a reponer al club en la Primera A, declarando nulo todo lo actuado. Pero, claro, la realidad era diferente: el Metro de 1978 ya había comenzado y Lanús estaba jugando en la vieja Primera B.

La AFA apeló y tomó intervención la Cámara de Apelaciones en lo Civil que con firma de los jueces Mirás, Faustino Legón y Marcelo Padilla revocó el fallo anterior, el 14 de marzo de 1980 (Sala E, número de expediente 256.600). Al revocar la sentencia de primera instancia, la Cámara

también resolvió eximir al club Lanús de pagar costas. Los abogados y directivos de Lanús presentaron un recurso extraordinario ante la Corte Suprema de Justicia pero fue denegado, a pesar del esfuerzo realizado por el notable jurista Ricardo Levene (h) quien elogió calurosamente el texto presentado por el club. Algo así como «tiene razón, pero marche preso»...

En el momento en que tomó intervención la Cámara, Lanús ya había descendido dos categorías —jugaba en Primera C por primera y única vez en su historia— y Julio Grondona había asumido la presidencia de la Asociación del Fútbol Argentino. En esos días comenzó a circular una versión sobre un acuerdo entre los jóvenes dirigentes granates, conducidos por el abogado Carlos González, y la plana mayor de la AFA, que consistía en un ascenso a Primera B con la condición de que Lanús desistiera de seguir adelante con la acción judicial. El club recibiría, además, un millón de pesos. Pero nada de eso ocurrió: Lanús siguió en Primera C y Platense en Primera A.

En 1978, su segundo año en Primera, Platense volvió a quedar al filo del descenso. Faltaban dos fechas para terminar el agotador campeonato Metropolitano que ganó Quilmes, interrumpido durante dos meses por el Mundial, llevado a cabo bajo la bota opresora de la dictadura militar. Antes de esas dos jornadas, Platense acumulaba 26 puntos y ocupaba la última posición con Estudiantes de Caseros, que hizo debut y despedida en la Primera A. Banfield, que tenía 29, tenía que empatar con los calamares en la cancha de Atlanta y listo, zafaba y mandaba al cuadro marrón y blanco al descenso. Se midieron en la penúltima fecha en un partido para el infarto. Platense se puso rápidamente 2-0 arriba con goles de los mediocampistas Pedro Mastromauro y Osvaldo Omar Pérez, un jugador finísimo que llegó tarde a la Primera División desde el ascenso, igual que Miguel Ángel Colombatti, el *Beto* Pascutti, José Ubeda, Tomás Carlovich y tantas otras grandes figuras de los sábados...

Banfield estaba frito. Platense se le ponía un punto por debajo y encima, en la última jornada, el cuadro albiverde tenía fecha libre, por lo que Platense podía superarlo por un punto si conseguía ganarle a Chacarita. Con diez jugadores por expulsión del defensor Peñaloza, el Taladro inquietó a Platense y consiguió descontar de forma ridícula. El arquero calamar Roberto Del Prete bajó un centro y caminó unos pasos con la pelota, pero de pronto la soltó para jugarla con el pie, sin percatarse de que por atrás venía Miguel Osvaldo González, el excelente wing izquierdo. El delantero le birló la pelota y la empujó al arco vacío.

Con los compañeros aturridos por el error y un Banfield entonado ante el regalito, el zaguero calamar Peremateu le cometió una falta a Cerqueiro y el juez sancionó penal cuando faltaban diez minutos. Lo ejecutó el propio Cerqueiro, quien conocía la cancha de Atlanta mejor que nadie por su largo pasado en Villa Crespo. Su potente rechazo fue justo al medio y Del Prete eligió su costado izquierdo, con tanta suerte que la pelota le dio en el pie y salió por el otro costado ante la algarabía de los hinchas de Platense y el desconsuelo banfileño. El partido terminó 2-1 y Banfield vio al fantasma del descenso más cerca que nunca desde 1972.

En la última jornada, jugadores y directivos de Banfield —concentrados en el Sindicato del Seguro de Moreno— pensaban en un posible desempate si se daban algunos resultados, pero eso no ocurrió: Platense, con gol del delantero Gerardo Ríos, venció en San Martín a Chacarita por 1-0 y mantuvo la categoría en el límite. Con 30 puntos, se hizo inalcanzable también para el modesto Estudiantes, que ganó su partido ante Atlanta y se dio el gustazo de arruinarle el campeonato al

poderoso Boca del *Toto* Lorenzo, ya que el empate sin goles en la penúltima fecha le permitió a Quilmes tener un único punto de ventaja que le aseguró el título en el partido final frente a Rosario Central, en Arroyito.

Denuncias cruzadas, sospecha de incentivación, todo ocurrió como se suponía. Algún ex árbitro aseguró que el doping era habitual y los controles no existían, por lo que la salud de muchos futbolistas corría riesgo de vida. Recién a comienzos de los años '80 se establecería un control riguroso o, en todo caso, más estricto que antes. Y ya no sería optativo: todos los partidos tendrían su examen, a partir de dos a cuatro jugadores por encuentro. ¿Les salía espuma por la boca a algunos jugadores en aquel Racing-Platense que condenó a los calamares al desempate con Lanús en 1977? ¿Hubo futbolistas desorbitados que no escuchaban ni las órdenes del árbitro ni el consejo paternal del entrenador en ese partido? Nunca se comprobó.

Para 1979, el torneo Metropolitano modificó su estructura. Se dividió en dos zonas de diez equipos cada una; los dos primeros se cruzarían en semifinales y los vencedores jugarían por el título. Así fue y River se consagró tras vencer con facilidad a Vélez, 2-0 en Liniers y 5-1 en el Monumental. Atrás quedó Rosario Central (la sensación del campeonato) y también el lujoso Independiente. Al mismo tiempo, los peores dos equipos de cada zona jugarían un cuadrangular entre ellos y el ganador mantendría la categoría, con tres descensos directos. Los promedios, aún, no estaban en la cabeza de nadie.

Gracias a sus pésimas campañas, los candidatos para jugar lo que se llamó «el cuadrangular de la muerte» fueron Gimnasia y Platense, por la zona A, y Atlanta y Chacarita, por el grupo B. Atlanta no había ganado un solo partido de 18, pero había empatado la mitad. Platense era el equipo con menos puntos: sumaba escuálidos 6, dos menos que el Lobo.

En ese Metro de 1979, un delantero de Gimnasia había batido un récord histórico. Nacido en Flandria y con un fugaz paso por River, Carlos Dantón Seppaquercia se inscribía en los registros argentinos al convertir el gol más rápido del fútbol nacional. Lo cuenta muy bien el periodista Eduardo Menegazzi en el diario *Clarín*. «Seppaquercia había mirado de reojo el arco rival que defendía un arquero que estaba hacía poquito en el arco de Huracán. Era Jesús Osvaldo Borzi, quien tras un paso fugaz por Ferro en 1971 se fue a probar suerte a Australia y regresó en el 78 para jugar en Parque Patricios. La mirada rápida le permitió verlo adelantado haciendo sobre el área chica dos marcas sobre la raya de cal. Entonces, Seppaquercia no dudó. Le pidió la devolución a Tutino y se animó a patear desde la mitad de la cancha. Ese “globo” tardó apenas una ráfaga en traspasar la humanidad del sorprendido Borzi y también superó la línea para transformarse en gol de Gimnasia —el partido fue flojo y terminó 1-1; Carlos Babington empató de penal en el segundo tiempo— y quedó registrado como el gol más rápido del fútbol argentino en el profesionalismo».

El mini-torneo arrancó con una inauguración: el 22 de julio de 1979, Platense volvía a tener cancha propia. Estaba en Vicente López, pegadita a la avenida General Paz y a metros del barrio de Saavedra, quince cuadras al norte de donde había tenido su vieja casa.

Esa tarde, Platense presentó la tribuna oficial encima de los vestuarios, una estructura tubular detrás del arco sobre General Paz y media popular visitante. Un esfuerzo que lo devolvía a la propiedad de un estadio, pero no alcanzaba: no había ninguna confianza en el equipo que dirigía el

*Polaco* Vladislao Cap. Del otro lado estaba Gimnasia, con grandes jugadores como el arquero Enrique Vidallé, Eduardo Solari (campeón con Central), Antonio García Ameijenda (campeón con San Lorenzo), Osvaldo Gutiérrez (campeón con Boca), más otras figuras como Cerqueiro (el que había pateado el penal un año atrás con Banfield), Jorge *Bocha* Forgués... Y, encima, Carlos Seppaquercia, que ese mismo año había marcado el gol más rápido del fútbol argentino. Nadie había sido ni sería después tan rápido y certero como él.

El partido terminó sin goles, pese al dominio absoluto de Platense, que pegó cuatro tiros en los postes del atribulado Vidallé. El punto perdido, sumado a la victoria que consiguió Chacarita por 2-0 ante su enemigo de siempre, Atlanta, posicionó a los funebrreros y al cuadro de La Plata como los dos favoritos a quedarse con el cuadrangular. En Platense cundió el desaliento, la cancha era una realidad y parecía que el descenso también. La preocupación aumentaba con los datos históricos: Gimnasia no descendía desde 1951, Atlanta desde 1952 y Chacarita desde 1956. Los tres superaban los 20 años consecutivos en Primera A. No era el caso de Platense, que había bajado en 1955 y luego en 1971.

En la segunda jornada, Gimnasia venció 3-2 a Chacarita en La Plata, con un discutido arbitraje de Abel Gnecco, quien con el partido 1-1 sancionó un penal para el local, que concretó Oscar Benjamín Pérez. Empató Hugo Pena y, a dos minutos del final, apareció Alberto Villarreal para estampar el 3-2. Esa misma tarde, 29 de julio, Platense daba cuenta como visitante de Atlanta por 2-1 y comenzaba a decidir el futuro del cuadro de Villa Crespo. El 5 de agosto, Gimnasia sepultó a Atlanta con un penal que convirtió el mismo Pérez y Platense le ganó a Chacarita por 2-1, dando firmes señales de vida.

La cuarta fecha se disputó el 12 de agosto y, mientras Chacarita se recuperaba derrotando 3-0 al ya descendido Atlanta, Gimnasia armaba un «recibimiento» especial para Platense, que lideraba el cuadrangular. El colectivo que traía a los jugadores visitantes tuvo que frenar dos cuerdas antes del estadio y los futbolistas apenas pudieron alcanzar el vestuario, en un clima muy caliente. En la platea oficial, el siniestro almirante Emilio Eduardo Massera junto a Guillermo Aronin —un periodista cercano al marino genocida— presenciaban el ejercicio de presión de los locales.

Platense salió mucho más convencido que Gimnasia a jugar el trascendental choque en el Bosque y se puso 2-0 antes de la primera media hora. El talentoso José Luis Petti metió el 1-0 tras un pase de Raúl Grimoldi y, cerca de los 30 minutos, Miguel Ángel Juárez concretó un penal que sancionó increíblemente el juez internacional Jorge Romero. Así lo contaba la crónica del diario *La Nación*: «A los 27, Pellegrini habilitó con un cabezazo a García Ameijenda, quien dentro del área fue enganchado por Guyón, sin que el árbitro sancionara el correspondiente penal para Gimnasia. Dos minutos después, Petti buscó a Juárez por el sector izquierdo y éste, antes de ingresar en el área penal, fue contenido por Oscar Pérez con un foul. El árbitro Romero, algo alejado de la jugada, observó al juez de línea y tras una indicación de éste sancionó penal, ante las protestas de los jugadores locales y la silbatina del público de Gimnasia».

Después, entre la impotencia del dueño de casa y la tranquilidad de Platense, pasó una hora de fútbol que solamente sirvió para ratificar la diferencia entre uno y otro. Claro que el arbitraje de Romero no pasó inadvertido, porque perjudicó al local en un par de jugadas decisivas. El técnico de Gimnasia, el popular Antonio Rattin, gritaba en el vestuario: «¿Y ahora? ¿Qué hará el Tribunal

de Penas con este señor? Sancionarlo, no. Lo mejor sería borrarlo del registro de la AFA. Este árbitro es el responsable de enviar a una institución como Gimnasia al descenso».

Durante el torneo de Primera B de 1980, el entonces arquero de Gimnasia, Enrique Vidallé, blanqueó la situación que se vivió en el cuadrangular con el descenso de su equipo y se lo contó a la revista *Goles Match*: «Lo que me tocó vivir en Gimnasia jamás lo hubiera imaginado. Fui amenazado de muerte para que no jugara más en el club. Resulta que cuando fui a arreglar mi contrato para quedarme en el club, un grupo de hinchas, algunos armados, me insultaron y me apretaron en la propia sede del club para que no firmara. Esto se lo hice saber al presidente cuando pasé a su oficina y él me dijo que yo era dueño de tomar una decisión y que lo pensara tranquilo. No necesité meditar demasiado y cuando volví a mi casa, le comuniqué telefónicamente que nunca más pisaba el club. Le dije que yo no soy boxeador, que estoy en el fútbol para jugar y no para verme envuelto en cosas raras...». El texto del periodista Juan Carlos Jiménez señalaba sagazmente: «¿Un nuevo matiz en una vieja historia? No. Simplemente una voz, la de un arquero de 28 años, que selecciona sus silencios porque el futuro le aconseja no escribir su propio epitafio».

Pero volvamos al cuadrangular de 1979. Gimnasia siguió con vida, porque le ganó 2-1 a Chacarita en San Martín y lo condenó al descenso. Atlanta, que ya había sacado el pasaje al fútbol sabatino, fue superado en Vicente López por Platense, que le ganó 1-0 con bastante susto, a pesar del increíble gol que se hizo el arquero Enrique Reggi —una pelota muy sencilla que le pasó por abajo— y la expulsión de su mayor figura, Miguel Ángel Juárez. El delantero se trompeó con el defensor Raffaelli y el juez Espósito los echó a los dos.

El 26 de agosto, la última jornada se jugó a dos puntas: Platense visitaba al condenado Chacarita en San Martín y Gimnasia hacía lo mismo con Atlanta, en Villa Crespo. Un empate mantendría a los calamares en primera división. Ya al finalizar los primeros tiempos estaba clara la tendencia. Platense vencía 1-0 con una avivada del puntero Américo Pessoa, que capturó un rebote del arquero Vijande, mientras que Atlanta daba la gran sorpresa al vencer 2-1 a Gimnasia y conseguir su único triunfo de la temporada.

En la segunda parte, José Luis Petti construyó un golazo y, pese al descuento local, Platense ganó 2-1 y mantuvo la categoría. En la cancha de Atlanta, el bohemio ganó por 3-1 y hubo lío, tal cual contaba el periodista Ricardo Plazaola en la revista *Goles*: «En las tribunas, primero la de La Plata: aliento feroz en el principio, estupor frente a los goles de Atlanta, despliegue de policías a caballo frente a los tabloneros, detención del hermano del arquero Vidallé que se va caminando flanqueado por dos de los caballos... En un momento, el error movió a compasión: festejaron el gol de Platense creyendo que era el de Chacarita. Después, con un resto de humor, se dedicaron a aplaudir cada pitazo del árbitro Nitti. Eso duró poco. De a uno, en silencio, fueron abriendo claros. Salieron casi sin gestos. Los esperaba un triste tren a La Plata».

Agregaba el periodista en su crónica que «cuando la hinchada de Atlanta se vio sola, se dio cuenta de que no podía festejar y arremetió contra la dirección del club. Ellos querían explicarse con argumentos cercanos, lo que reconoce causas surgidas en el tiempo. Alguien tenía que descender. Le tocó a Atlanta, Chacarita y Gimnasia, pero ni uno solo de sus hinchas lo puede aceptar. No hay una sola razón que los conforme. Así es el difícil trago del descenso».

Más de doce mil hinchas de Platense festejaron con locura la salvación en San Martín, pero a la salida del estadio tropezaron con la violencia de la barra brava local. Esta vez, el asesino era policía. Un efectivo bonaerense vestido de civil y llamado Oscar Suárez disparó su pistola reglamentaria calibre 9 milímetros contra los hinchas calamares. Ricardo Joffé, un albañil de 34 años que vivía en Isidro Casanova y estaba saliendo del estadio con su hijo de 6 años, fue alcanzado por tres disparos y murió en el acto, frente al número 2486 de la calle Estrada, a la altura de la heladería Faraón.

Otros hinchas también sufrieron heridas, entre ellos Juan Cáceres, quien fue internado tras recibir una perdigonada. El asesino no estaba de servicio y se comentó que tenía estrecha vinculación con la barra brava de Chacarita Juniors. Años después, Suárez sería condenado a nueve años de prisión por el juez de San Martín Carlos Rodríguez Varela, pero igualmente el crimen se olvidó muy pronto.

Unos días antes, el 16 de abril de 1979, Julio Grondona, mandamás de Independiente, había asumido como presidente de la AFA. El albañil Joffé fue, entonces, el primer cadáver del fútbol en su mandato.

La dictadura todavía mantenía en un puño a la Argentina cuando en el campeonato Metropolitano de 1981 ocurrió un hecho inédito. Por primera vez en su historia, San Lorenzo —uno de los cinco grandes— descendía a Primera B tras perder en la última fecha frente a Argentinos Juniors. El cuadro de La Paternal lo venció 1-0 y lo superó por un punto en la tabla de posiciones, produciendo el descenso del Ciclón.

Platense también tuvo que ver con el desenlace del torneo. Un año atrás, en noviembre de 1980, había comenzado la rivalidad con Argentinos Juniors, justamente la tarde en la que Diego Maradona jugó su último partido con la camiseta roja del cuadro de La Paternal. Aquella vez, Argentinos Juniors venció 2-1 a los calamares y los marginó de la clasificación para los cuartos de final del torneo Nacional. Argentinos ganó su zona B y, en el grupo de Platense, se clasificaron Instituto de Córdoba y River Plate. El equipo riverplatense le ganó 4-2 a Cipolletti de Río Negro y consiguió los mismos puntos que Platense, pero lo superó por diferencia de goles (+14) contra (+11).

Pero para que esto ocurriera, fue decisiva la victoria del ya clasificado Argentinos, que al superar a Platense le brindó en bandeja la chance a River. En aquel momento se habló mucho de la buena relación que unía a Diego Maradona con Daniel Passarella, dos de las máximas figuras de la selección argentina, que días más tarde comenzaba su preparación para el Mundialito de Uruguay de enero de 1981. Se decía que River había incentivado a los jugadores de Argentinos con un dinero importante si le ganaban a Platense, que la conexión Maradona-Passarella había hecho el resto, que la AFA no podía permitir la eliminación de River... nada pudo ser chequeado. Sólo rumores, palabrerío.

Lo cierto es que Maradona se despidió del Bicho y River avanzó pero, sin sus estrellas convocadas por César Menotti, fue vapuleado por Newell's en cuartos de final por 6-2 en Rosario y Platense se quedó afuera de todo, con su gente exasperada y violenta, al punto de destruir parte de la tribuna visitante. Ahí nació el clásico con Argentinos Juniors. El cuadro de La Paternal, ya sin Diego, también sería eliminado por el Racing cordobés, finalmente subcampeón de Rosario

Central.

Al año siguiente, con Maradona en Boca y Argentinos Juniors peleando por no descender, el choque contra Platense volvió a levantar polvareda. En la segunda rueda, se enfrentaron el 27 de julio en La Paternal y Heriberto Correa, defensor de Platense, recordaba en los diarios: «Yo dije que Argentinos, en aquel partido del año pasado, por la forma en que había jugado, había sido incentivado. Y el único favorecido por esa situación fue River. Pero quiero aclarar bien que en ningún momento acusé ni señalé algún culpable, porque para hacerlo hay que tener pruebas y yo no las tengo».

Aquella tarde, Argentinos superó 3-1 a Platense, contando con una actuación desafortunada del arquero Carlos Biasutto, quien recuperaría la confianza de los hinchas calamares tiempo después. Las acusaciones de cercanos al cuadro de La Paternal sobre una presunta incentivación que allegados a San Lorenzo habrían hecho al plantel de Platense, se desvanecieron con el resultado.

Poco después Platense comenzaría a sufrir lo que complicó a la enorme mayoría de los cuadros chicos y del interior del país: el promedio para definir los descensos. Concebido como una maniobra deportiva para salvar a los poderosos, se empezó a poner en funcionamiento a partir del descenso de San Lorenzo en 1981 y se concretó en el inicio de la temporada 1983. Justamente para ese año se especificó que bajarían a Primera B los dos equipos que tuvieran menores promedios. Pero el descenso de Racing produjo un nuevo cataclismo en la AFA y, rápida de reflejos, la dirigencia impuso el criterio —desde 1984— de agregar un año más para definir los promedios. A partir de entonces, ninguno de los «cinco grandes del buen humor» correría riesgos ciertos de descenso, salvo el inefable Racing en los últimos años.

Al retorno de los promedios para la lucha por la permanencia, la AFA le agregó la modificación de los campeonatos. Desapareció así el campeonato Nacional, cuya última edición se disputó en la primera mitad de 1985. Desde mediados del año, comenzó a jugarse el torneo principal con un nuevo calendario: se iniciaba luego de las vacaciones de invierno y terminaba a fines de mayo o principios de junio del año siguiente. En una palabra, se unificó con las competencias europeas, con el sencillo argumento de que así los clubes podrían irse de gira por Europa...

Ese primer torneo largo lo ganó el River del *Bambino* Veira con una amplia superioridad, al extremo que se distanció diez puntos de los escoltas, Newell's Old Boys y el sorprendente Deportivo Español. En el fondo de la tabla quedó Chacarita Juniors, que había retornado a Primera A en 1984 y no pudo soportar dos temporadas seguidas. Decretado el primer descenso, el equipo que cayera en la segunda plaza tendría una chance adicional para mantener la categoría: lo harían jugar un octogonal con siete equipos de Primera B pue habían logrado clasificarse para el flamante torneo Nacional B. Ese puesto lo ocupó Huracán, que quedó detrás de Unión y también de Platense, que lo había vencido en una de las últimas fechas del torneo por 3-1 en Vicente López. En la lucha por superar al Globo, Platense empató de manera increíble un partido contra San Lorenzo en medio de fuertes sospechas de una concesión azulgrana (ver «Partidos Consensuados»). Huracán terminó bajando por primera vez en su historia en un infartante desempate con Deportivo Italiano, que lo superó por penales en la cancha de Vélez, tras haber igualado en dos tantos.

En la temporada 1986/87, Platense volvió a quedar mal parado en la tabla de promedios: arrancó último en la lista junto con Temperley. Para beneficio de ambos, Deportivo Italiano no pudo adaptarse a la categoría y definió su descenso varias fechas antes del final del campeonato. En cambio, la pelea entre calamares y celestes fue palmo a palmo. Increíblemente, al jugarse las 38 fechas completas, empataron en el promedio de 87 puntos y debieron jugar un partido de desempate.

Pero antes de aquel histórico choque, jugado ante 40 mil personas en la cancha de Huracán, hubo una historia que merece ser contada. Un Rosario Central campeón, un River dedicado plenamente a la Copa Libertadores y un torneo apasionante, con cinco equipos luchando por un título que finalmente se llevó el cuadro rosarino.

A cuatro fechas del final, Platense y Temperley se habían enfrentado en Vicente López, cuando el cuadro celeste le llevaba un punto de ventaja a los calamares. El partido fue tenso, trabado y terminó empatado en un gol, con Platense llegando a la igualdad a siete minutos del final a través de Alejandro Nannini. En las dos siguientes jornadas, Temperley cosechó un punto (perdió con Racing y le empató en Córdoba a Talleres), mientras que Platense tampoco pasó del punto (perdió con San Lorenzo y no le pudo ganar al Deportivo Español). En consecuencia llegaron a la última fecha con una ventaja de un punto para Temperley.

En esa última jomada, domingo 2 de mayo de 1987, Platense debía visitar al irregular River de Héctor Veira, que le había dado la espalda al torneo local por su exitosa participación en la Copa Libertadores. Platense tenía que ganar y esperar que Temperley perdiera con Rosario Central en el Sur, para superarlo por un punto y zafar del descenso. En la cancha celeste la situación era complicada. Si ganaba, Temperley se quedaba en primera división sin ayuda de nadie. Si empataba, necesitaba que Platense empatara o perdiera para seguir en la A, con un detalle adicional: Rosario Central tenía que ganar o empatar para ser campeón. Llegaba con dos puntos de ventaja sobre Newell's Old Boys, su rival histórico, que jugaba contra el descendido Deportivo Italiano en Rosario.

La semana previa transcurrió entre rumores, versiones y sospechas, que iban tomando forma y componiendo una situación que se fue enrareciendo a medida que llegaba la hora de los partidos. En este tipo de casos, en general, los periodistas no somos más que simples espectadores, más o menos privilegiados, de lo que traman los protagonistas, esto es, jugadores, cuerpos técnicos con o sin el aval de los futbolistas, árbitro y asistentes o árbitro por su cuenta, dirigentes de uno, dos o tres equipos... Es justamente en este tipo de casos, como el del 2 de mayo de 1987, cuando los periodistas no sabemos cómo responder a la pregunta del millón: «Vos, que estás en el ambiente, ¿River le va a dar los puntos a Platense? Che, vos, que sabés todo, ¿Temperley y Central arreglaron el empate?».

Por lo tanto, vamos a tomarnos una licencia. Todo lo que aquí se escriba entra en el terreno de la literatura fantástica y la suposición. Una mezcla con varios ingredientes: un poco de fantasía, verdad, duda, rumor, sospecha, chismes, datos...

Si usted conoce el tema o tiene un vago recuerdo y quiere que le aporten algunos elementos para refrescar la cuestión, aquí van algunas preguntas y sus posibles respuestas: ¿Será cierto que jugadores y dirigentes de Temperley y de Rosario Central pactaron el empate? Es una posibilidad,

porque cediendo un punto Central era campeón y los celestes creían que Platense no iba a poder ganarle a River. Allí, en el cuadro millonario (que no se jugaba nada), actuaba Pablo Erbín, un ex jugador de Temperley que tenía muy buena relación con sus viejos compañeros. El esfuerzo ante los calamares estaba asegurado.

Sigamos con el jueguito: ¿Erbín tuvo que convencer al técnico Héctor Veira para que pusiera contra Platense la mayor cantidad de titulares posible? ¿Es cierto que a Alzamendi lo habían licenciado y había viajado a Durazno para estar con su familia pero volvió para jugar por un pedido expreso de Veira? ¿El *Bambino* tenía buena relación con el entrenador de Platense, Carlos *Chamaco* Rodríguez? ¿O el técnico calamar, hincha y socio confeso de River, tenía vinculación con los dirigentes riverplatenses? ¿Será cierto que un ex jugador de River con presente en Temperley Intentó acercar un dinero como incentivo para sus viejos compañeros pero le mandaron decir que ya era tarde?

Todas las respuestas son suposiciones, meros rumores sin confirmación. Lo mismo que las que señalaban un intento de acercamiento de los calamares con el árbitro Abel Gnecco, designado para River-Platense, aprovechando que era conocido de un diputado provincial justicialista bonaerense de apellido Purita, cuyo hijo jugaba en las inferiores calamares. En todo caso, Abel Gnecco dirigió correctamente, sancionó el penal que cometió Américo Gallego al tocar deliberadamente la pelota con la mano en un tiro de esquina y, quizá, lo único que se le pueda reprochar es haber anulado un gol de River tras un cabezazo de Erbín. Después de esa jugada, el juez señaló un punto en el área y desde allí reanudó el juego un incrédulo Carlos Fortunato, arquero de Platense, que no entendió la razón del gol anulado como tampoco lo entendió Erbín, quien regresó a su zona defensiva con una sonrisa irónica en los labios. Claro, en aquel momento River ganaba 2-0 y parecía todo concluido...

Los dos primeros tiempos se cerraron con un empate 0 a 0 en el Monumental y una victoria celeste en el Sur, gracias a Ricardo Dabrowsky. Lo curioso era que Newell's no lo alcanzaba a Central porque no podía superar al descendido Italiano. O sea que Temperley aumentaba su ventaja a dos puntos sobre Platense, que llegó a tres puntos cuando Claudio Morresi venció al arquero calamar. Todo parecía definido, aunque el empate de Central no se hizo esperar, porque Omar Palma convirtió el penal que había sancionado Carlos Espósito tras una mano intencional del defensor Ruiz. Los rivales empataban y se felicitaban mutuamente. Central campeón y Temperley salvado.

Sin embargo, «sorpresas te da la vida...». Aunque tal vez deberíamos decir «sospechas te da la vida». O el fútbol, es lo mismo. Cuando faltaban 22 minutos para terminar el partido, el *Chamaco* Rodríguez dispuso el ingreso de Miguel Ángel Gambler, el centrodelantero pampeano que estaba en el banco de Platense. Gambler había tenido un entredicho con el técnico y estuvo a punto de abandonar la concentración. Sin embargo lo convencieron y se quedó, aunque fue al banco. Ni bien entró, concretó el descuento del visitante.

A siete minutos del final de ambos partidos, el empate parecía sellado en Temperley, mientras que Platense perdía y descendía. En la cancha, buscando hacer dos goles en tan poco tiempo estaban —además de Gambler— otros cinco delanteros: Alejandro Nannini, Alejandro Alfaro Moreno, el *Colorado* Vieta y un juvenil Marcelo Espina junto con Gerardo González. En ese

minuto 83, luego de que el travesaño evitara el tercer gol de River tras un disparo de Alzamendi, Platense forzó un nuevo tiro de esquina. Cuando cayó la pelota en el área local, el *Tolo* Gallego levantó su brazo y bajó la pelota con la mano. Asombro y penal. Gambier fusiló a José Miguel y empató en dos goles.

La noticia llegó a Temperley cuando estaban a punto de terminar el partido, en medio de los festejos. La preocupación comenzó a apoderarse del técnico Rodolfo Motta y de todos los locales. En el momento en que Gambier clavaba el remate en el arco de River iba un minuto de descuento exacto y Platense enloquecía. No era la salvación directa, pero había una chance: desempatar con Temperley. La noticia del tercer gol de Platense provocó indignación, desconuelo, mucha bronca y hasta un desmayo del técnico Motta, como una explosión por tanta tensión.

Con los resultados puestos, se empezaron a tejer presunciones y dudas por el desenlace. Dudas sobre los jugadores de River, especialmente los defensores, por haber sido tan vulnerables en tan pocos minutos. Suspicias por la relación de vecindad entre los locales y Platense y por las amistades que ya mencionamos. Muchísimas sospechas, que crecían más aún ante el rumor de que el plantel de River no le había perdonado a Temperley aquellos dos puntos que ganó en el Tribunal de Disciplina, cuando la AFA le anuló un triunfo de 3-1 a los millonarios por el doping positivo de Ramón Centurión. Todo eran versiones, descalificaciones y acusaciones...

En Platense no se quedaban atrás. Se hablaba de un supuesto acuerdo por el empate con Central, de dinero para incentivar a River y bla, bla, bla. El árbitro Gnecco había salido relativamente indemne por su desempeño, salvo la pequeña mancha del gol anulado a River.

Finalmente, el desempate se jugó donde decidió la AFA; la cancha de Huracán, a medio camino entre Saavedra y Temperley. Cuarenta mil personas poblaron las tribunas y el juez fue Ricardo Calabria, una garantía de imparcialidad. Pero los nervios y todo lo que había pasado tres días antes, hicieron que varios jugadores salieran a la cancha con una carga adicional. El mediocampista Jorge Cabrera, sin ir más lejos, le pegó un puñetazo a Nannini en las narices de Calabria, cuando se jugaban tres minutos. ¡¡¡Tres minutos!!!

Calabria lo expulsó, Temperley se quedó con diez hombres y en un esfuerzo ponderable, los jugadores celestes comandados por Mariano Dalla Libera —años más tarde ídolo calamar— fueron claramente superiores en el juego. Sin embargo, no pudieron convertir y, cuando tuvo su chance, el pampeano Gambier no le perdonó la vida a Gabriel Puentedura y selló el 1-0. El árbitro no cobró una clara infracción de Capozzucchi a Dabrowsky y las esperanzas celestes terminaron de desvanecerse cuando Alfaro Moreno, arrancando desde la mitad del campo, venció a Puentedura con un zurdazo desde lejos.

El final llegó en medio de la euforia calamar y la decepción y la bronca de los hinchas de Temperley, que cubrieron la tribuna visitante acompañados por simpatizantes de Huracán. Platense, con lo justo, se le había escapado una vez más al descenso que lo perseguía desde 1977. Tras dos temporadas en la B Nacional, Temperley retrocedería por primera vez a una tercera categoría, la B Metropolitana.

Por sus problemas económicos el club fue inhabilitado para participar en esa división y estuvo dos años, tres meses y once días sin disputar partidos oficiales. Cuando lo hizo, arrancó jugando en Primera C y recién después de dos años pudo volver a la Primera B Metropolitana. Una

sensación de injusticia total fue lo menos que vivieron los hinchas, al ver cómo se ayudaba a Racing Club y cómo se creaba un mecanismo legal para que no dejara de jugar, y cómo, en cambio, se abandonaba al cuadro celeste, cuando su deuda era sesenta veces menor que la de la Academia. Sí, leyó bien, sesenta veces menor.

En abril de 1995 se vivió otra situación especial, cuando Platense recibió a Lanús por la séptima fecha del torneo Clausura en Vicente López. El cuadro marrón y blanco convirtió tres goles, que fueron anulados por el juez internacional Ángel Sánchez. Con los hinchas calamares en llamas, Lanús anotó muy cerca del final y se llevó la victoria. Sánchez y sus colaboradores tuvieron que refugiarse durante casi tres horas en el vestuario y recién cuando anochecía pudieron dejar el estadio de Platense.

¿Qué había pasado? En el primer tiempo, Dalla Libera lanzó un centro desde la derecha y Benítez anticipó a un defensor para meter un cabezazo perfecto. El juez de línea, Gabriel Rivolta, levantó su bandera y Sánchez convalidó una inexistente posición adelantada. Luego juzgó como infracciones al arquero Varisco dos ingresos del mismo Benítez en el área granate. En uno, capturando un rebote corto del arquero, y en el otro, con un cabezazo ganándole en el salto al errático Varisco. Lo más llamativo fue que los tres goles anulados fueron obra del mismo futbolista: el espigado centrodelantero paraguayo Arsenio *Chiquito* Benítez.

El desenlace del partido levantó bastante polvareda en los medios, porque se supo que Ángel Sánchez trabajaba como técnico radiólogo en una institución dependiente de la Municipalidad de Lanús. Nacido en el municipio granate, como Juan Carlos Crespi y Fabián Madorrán, el juez fue duramente criticado por ese desempeño y los dirigentes de Platense lo recusaron en la AFA. Por esa razón, estuvo 135 partidos sin dirigir al cuadro de Saavedra y recién volvió para el Apertura '98, en la cancha de Boca. Al estadio de Vicente López regresó después de tres años y medio, para el clásico barrial ante Argentinos Juniors, en un partido que también tuvo su costado polémico, al anulársele un tanto a Jorge Quinteros, del equipo de La Paternal.

Con el paso del tiempo, se conoció que el asistente Rivolta, que había levantado su banderín en el primer gol legítimo de Platense, también era vecino de Lanús, que había sido socio del club y que llegó a entrenarse en el club sureño cuando su actividad de fabricante de velas artesanales se lo permitía.

En una entrevista con el diario *Página/12* durante los meses previos a su actuación en el Mundial de Japón y Corea del Sur de 2002, Ángel Sánchez señaló que «el partido en el que me retiré con mayor custodia policial fue en Platense-Lanús, en el '95, un partido que dirigí muy mal, donde le anulé tres goles a Arsenio Benítez. Los árbitros siempre cometen errores de mayor o menor importancia. En mi caso, siempre se acuerdan del mismo partido, pero como pasó hace tanto tiempo, después no debí haber dirigido tan mal... Seguro que fue muy particular, es más, después un amigo, José Méndez, debutó en esa cancha, y no lo pude ir a ver. Lo esperé camuflado adentro de un auto para que la gente no me viera. Sin duda, esa fue mi peor tarde en una cancha».

La historia de Platense y sus milagros terminó en 1999, con el descenso a Primera B Nacional, justamente el torneo en que arrancaba con mejor promedio. Una pésima campaña que lo dejó en 30 puntos permitió que fuera superado por Unión, Ferro y los jujeños de Gimnasia, que habían arrancado más abajo. Cuando por fin terminado su estadio en Vicente López, cuando el ambiente

del fútbol se resignaba a creer que nunca iba a descender, Platense volvió a dar la nota, pero la peor.

# CAPÍTULO 2

## PARTIDOS CONSENSUADOS

Fueron once años duros los que se vivieron entre 1981 y 1992, con muchísimos problemas institucionales y deportivos y con situaciones increíbles, como la del Boca Juniors de 1984, que no tenía ni camisetas para vestir a su equipo titular. Para más datos: el 8 de julio de ese año, cuando Atlanta lo derrotó 2-1 en la Bombonera, las remeras de Boca tenían los números pegados de apuro y, en algunos casos, pintados nomás con marcador negro.

Ese Boca había brillado en los años finales de la década del 70, cuando ganó los dos torneos de 1976 y se quedó con dos copas Libertadores y una Intercontinental. Estaba conducido por Juan Carlos Lorenzo como entrenador y el carismático Alberto J. Armando como presidente. Pero ese Boca plagado de jugadores grandes, que hicieron un esfuerzo enorme por alcanzar la gloria deportiva, se fue quedando vacío, sin futbolistas y sin dinero...

El alejamiento de Armando y de Lorenzo había acercado a un nuevo grupo de directivos, encabezados por Martín Noel y Domingo Corigliano, quienes tramitaron el pase del siglo; contrataron a Diego Maradona en febrero de 1981, comprándoselo a Argentinos Juniors.

Boca ganó el torneo Metropolitano de 1981 e inmediatamente después empezó la debacle. Maradona se quedó apenas seis meses más, el equipo empezó a debilitarse y la década del '80 se terminó perdiendo entre intentos desesperados por ganar algún torneo y apenas un par de éxitos; la clasificación de 1986 a la Libertadores, en la cancha de Newell's, por 4-1 y en inferioridad numérica, y el primer puesto en el torneo Clausura de 1991, que lo habilitó para jugar la final con los rojinegros rosarinos de un joven Marcelo Bielsa que se llevó la temporada por penales en plena Bombonera.

Mientras tanto, Antonio Alegre y Carlos Heller se habían hecho cargo de la conducción del club y lo estaban levantando en todos los planos. A esa altura, Boca ya no daba vergüenza por no pagar los impuestos o no tener camisetas. El objetivo, sin embargo, era ganar un título para la gente y esa oportunidad llegó en 1992, cuando se quedaron con el torneo Apertura. Era aquel equipo conducido por el uruguayo Oscar Washington Tabárez, en el que se lucían Navarro Montoya, Giunta, el *Beto* Márcico, Carlos Daniel Tapia y los implacables Sergio Martínez y Roberto Cabañas.

Boca peleó siempre desde arriba y llegó, cuando faltaban tres partidos, con la ventaja

suficiente como para coronarse campeón, pero perdió de local ante Deportivo Español por 3-2. River no pudo aprovechar la oportunidad, al caer 3-2 ante Lanús y siguió entonces a cuatro puntos de distancia. En la penúltima jornada, el 12 de diciembre de 1992, Boca venció 3-1 a Platense en Avellaneda y quedó a un punto del título. En la última fecha iba a recibir en su templo al San Martín tucumano, que había retornado a primera división.

El 20 de diciembre se jugó ese último partido, fue empate 1-1 y Boca salió campeón. Así rompía el desgraciado embrujo de once años sin títulos y muchos argentinos pudieron gritar y enronquecer hasta el delirio. Se acababa la malaria, la vergüenza de no poder ganar un torneo durante tanto tiempo...

Sin embargo, el empate no dejaba conformes a todos: el periodismo y buena parte del público ajeno a Boca, además de dirigentes e hinchas de River, acusaron a los dos equipos de haber arreglado... ¿Fue así?

San Martín venía perdiendo puntos después de un gran comienzo. Dirigidos por el veterano Ángel Tulio Zof, los tucumanos habían sorprendido al empatar como visitantes con River y San Lorenzo y por varios triunfos en La Ciudadela sobre Racing, Vélez y Argentinos Juniors. Pero hacía cinco partidos que no ganaban y un empate les caía como anillo al dedo.

Desde el mismo momento en que Francisco Lamolina dio la orden de iniciar el partido, el juego estuvo lejos de ser profundo. Boca tenía la pelota pero no lastimaba y los visitantes, cuidando de no desarmarse, cuando podían pasaban al ataque. Así fue que, a los 19 minutos, el talentoso Héctor Chazarreta habilitó a Roldán y el pase del mediapunta le llegó justo a Ricardo Solbes para filtrarse entre los desesperados Medero y Giuntini. El delantero tucumano le pegó mordida y cruzada, derrotando a Navarro Montoya, y San Martín se puso 1-0 ante el asombro general.

Lo curioso fue el festejo: Solbes levantó sus manos y pareció que se agarraba la cabeza, luego intentó un grito de gol, pero se quedó prácticamente solo porque ningún compañero se le acercó. Después llegó Mario Jiménez a saludarlo y decirle algo, pero no quedó claro qué. ¿Acaso una reprimenda porque marcó el tanto? ¿Había un acuerdo para empatar?

Varios años después, el propio Solbes señaló en la página web oficial del club tucumano que «ese gol me hizo famoso, todavía hoy se sigue hablando de ese partido, pero no me afecta lo que se diga. Voy a seguir creyendo en el jugador de fútbol, la incentivación siempre existió para ir hacia adelante». Palabras para la ocasión... Cuando al mismo Solbes se lo consultó sobre la chance que tenía San Martín de ganar el partido, el delantero contestó que «después del empate de Boca en el comienzo del segundo tiempo, todo el resto del partido estuvo de más, a los dos nos convenía el resultado. Dentro de la cancha no hablamos nada fuera de lo normal, ellos nos comentaban que si se les escapaba no salían campeones nunca más. Quiero aclarar que aunque nos movieron el micro cuando llegamos a la Boca, después no pasó nada, ni en el vestuario ni en ninguna parte...».

El primer tiempo se cerró con ese resultado inesperado y con la angustia de los boquenses. Para cuando volvieron la presión aumentó, pero apenas tres minutos después del inicio de la segunda parte, el juvenil mediocampista Claudio Benetti pudo empatar con un rechazo bajo que pasó entre muchos hombres y sorprendió a Guillén. Todo volvió a su lugar y los hinchas de Boca

iniciaron el festejo. Medido, pero festejo al fin. Los dos equipos se prestaron la pelota y no pasó nada más, exactamente como declaró Solbes.

Al parecer, en el entretiempo no hubo ningún problema en el vestuario local. Es que el acuerdo con los jugadores del cuadro tucumano se habría cerrado varios días antes del encuentro y lo que rompió la tranquilidad fue el gol de Solbes. Por eso la bronca de Navarro Montoya por el gol tucumano y las reprimendas de sus propios compañeros para el bueno de Solbes. De todos modos, rápidamente llegó el empate final. Se dijo que al plantel de Boca le habría costado cien mil pesos el acuerdo con los jugadores de San Martín. Osea cien mil dólares: en aquel momento un peso era igual a un dólar. ¿Pero fue realmente así?

Bajo el título «Boca, con la luz de otra estrella», el diario *La Nación* publicó en su suplemento deportivo el comentario de Eduardo Ahmar Dakno, quien apuntó que tras el gol de Benetti, «no hubo más partido. Todo se limitó apenas a un expediente formal para acceder al título añorado. No importaron las imprecisiones o la renuncia de Boca a buscar desesperadamente la victoria, que era algo suicida o el conformismo de San Martín para que todo transcurriera en el medio-campo, donde las cosas no aparecían tan comprometidas».

Imposible no acordarse de aquel partido que el año anterior, exactamente el 5 de abril de 1991 y en la misma cancha. Boca había empatado con el modesto Oriente Petrolero, de Solivia. Con el punto por ese resultado, los dos equipos se clasificaron para la segunda fase de la Copa Libertadores junto con Bolívar de La Paz, que ganó el grupo. El cuarto en discordia era River, que se quedó masticando bronca porque la igualdad sin tantos lo marginaba al cuarto y último puesto de la zona. Seguramente muchos recuerdan todavía el fastidio del árbitro uruguayo Ernesto Filippi ante un partido que no fue tal, donde ninguno de los dos hizo nada por acelerar el juego y ganar. Sobre todo Boca, claramente superior al equipo boliviano.

Después del Mundial de 1994, de la tristeza y la bronca por la sanción a Diego Maradona y la tremenda decepción por ese equipo del Coco Basile que parecía dirigirse derecho a la final del mundo, el torneo Clausura tenía que completar sus últimas seis fechas. Fue un desenlace raro, porque muchos equipos se alternaron en la punta de la tabla: si bien Platense había sido el líder en la primera mitad, a partir de la fecha 12 lo habían superado Independiente y Huracán, que llegaban arriba con 17 puntos, escoltados por River, Belgrano, Banfield y Rosario Central con 16.

En cuanto a la tabla de los promedios, Gimnasia y Tiro marchaba último y los otros cuadros que luchaban por no descender eran Estudiantes de La Plata, Mandiyú de Corrientes y Newell's Old Boys. La situación del equipo salteño era muy complicada porque debía sacar 9 de los 12 puntos que faltaban, mientras que Estudiantes reunía 91 puntos sumando los tres últimos años, contra 94 de Mandiyú y 98 de Newell's.

Aquel 24 de julio, Gimnasia y Tiro estrenaba como entrenador a Hugo Pedraza, un recordado mediocampista con pasado en el Lobo platense, en su archirrival Estudiantes y en Nueva Chicago. Los salteños recibían a Estudiantes, que también tenía técnico nuevo: Héctor Vargas, un ex jugador del club de larga actuación allí y en Temperley. En realidad, Vargas ya había dirigido al equipo dos fechas atrás, cuando Vélez lo vapuleó 4-0 en Liniers. Ocurre que durante toda esa temporada Estudiantes había sido un cambalache a la hora de mostrar entrenador: arrancó el Apertura '93 con el uruguayo Luis Garisto, que duró 10 fechas, Higinio Restelli se hizo cargo

interinamente durante un solo partido y luego llegó Eduardo Solari, que se quedó apenas cinco jornadas. Otro interinato de Restelli y en la fecha 18, la incorporación de Enzo Trossero, quien dirigió esos dos partidos y los primeros once del Clausura '94.

Estudiantes estaba pagando el precio de varias campañas malas. Apenas 29 puntos en la temporada 91/92, aceptables 38 puntos para 1992/93 y el último puesto en el Apertura '93, con 14 unidades, no auguraban un final feliz de la historia. Cuando se fue Trossero, después de perder 3-1 con Huracán en La Plata, el descenso tan temido se empezó a corporizar como nunca desde 1953, la única vez que el Pincha había bajado de categoría.

Lo cierto es que en un partido entretenido, y con muchas faltas defensivas, Gimnasia y Tiro consiguió derrotar a Estudiantes por 3-2 después de una remontada espectacular, porque los visitantes iban ganando 2-0 con un tanto de Rubén Capria y un autogol de Carlos Russo. El propio Russo, Alfredo González y el *Tigre* Amaya encendieron la ilusión salteña. Mientras tanto, Estudiantes alargaba su racha sin victorias a nueve partidos.

Pero eran dos los equipos que debían descender y los salteños, a pesar de esta buena victoria, no iban a poder seguir ganando y terminaron condenados a jugar la B Nacional. Sin embargo, la victoria que consiguió Mandiyú de Corrientes en la cancha de Gimnasia, en La Plata, le permitió estirar a cinco las unidades de diferencia sobre Estudiantes. Los correntinos ganaron 1-0 por un gol del talentoso mediocampista paraguayo Guido Alvarenga y rompieron, así, un ciclo de 17 partidos seguidos sin ganar como visitantes, repitiendo su triunfo de un año antes, frente al mismo equipo y en la misma cancha.

Por esa época había asumido como técnico el correntino Pedro González, aquel recordado delantero del San Lorenzo campeón de 1968 y del River de Labruna. Lo acompañaba Alberto Rendo, otro histórico del Ciclón que ya había mostrado buenos trabajos en otros clubes. Además, Mandiyú había cambiado de dueño: un «grupo empresario» encabezado por un antiguo diputado justicialista llamado Roberto Cruz había comprado los derechos del club en un millón y medio de dólares. Cruz era un advenedizo en el terreno deportivo, con una carrera que detalla Lucas Guagnini en *Clarín*, en una nota de abril de 2001: «Cruz no era ajeno a los pasillos del poder. Llegó a la Cámara de Diputados cuando, en 1989, Guido Di Tella renunció a su banca para irse de embajador a Washington. Pero además de diputado suplente, era titular en el equipo de fútbol del presidente Menem en la Quinta de Olivos. Fue director del CEAMSE, desde donde prometió que el Riachuelo estaría limpio en 1995, con botes para pasear incluidos. Y también le prometió a los correntinos éxito deportivo cuando se convirtió en presidente de Mandiyú y fue el artífice del fugaz paso de Maradona por la dirección técnica del club».

Aquel 24 de julio, entonces, Mandiyú tenía que visitar a Gimnasia en el Bosque platense. Los hinchas triperos estaban entusiasmadísimos con el posible descenso de Estudiantes y el resultado final sirvió para ponerlos más alegres aún. Reseña el diario *Crónica*, en su edición del día siguiente: «Se puede decir que Gimnasia fue visitante en su propio estadio y no fue porque Mandiyú haya traído mucha gente desde su provincia, ya que en la tribuna visitante había una decena de hinchas con una pequeña bandera. En un hecho insólito y casi único, los encargados de alentar a Mandiyú fueron los propios simpatizantes del Lobo, que estaban divididos entre alentar a su equipo o a los correntinos, para enterrar un poco más a su clásico rival. Estaban los que

alentaban al Tripero y los que pedían, a viva voz, penales para los correntinos o, sin ponerse colorados, festejaron el gol de Alvarenga. Pero lo más insólito se vio al final del partido, cuando los jugadores correntinos, luego de abrazarse en la mitad del campo, fueron a dedicarles el triunfo a los hinchas de Gimnasia...».

Roberto Perfumo era en aquel entonces el entrenador de Gimnasia. Después del partido aclaró que «acá no hay cosas raras. No hay que olvidarse que a este equipo le faltaron varios jugadores importantes, ya que tenemos lesionados a Morant, Pablo Fernández, Bianco y Mónaco, y si a eso le sumamos las ventas de Hugo Romeo Guerra y Fabián Fernández, los dos goleadores, debemos decir que no estábamos diez puntos para este partido. No creo en todo lo que se dice, si algún día me enterara que un jugador que yo dirijo va para atrás, aseguro que no juega nunca más».

El tiempo va poniendo las cosas en su lugar. El martes 22 de noviembre de 2005, once años después del partido, Perfumo contó una anécdota en su habitual contratapa del diario deportivo *Olé*: «Íbamos 0-0 y en una jugada confusa en nuestra área todo el estadio pidió penal. ¿Por qué piden penal para ellos? Quieren que Estudiantes se vaya al descenso, me dijo el masajista. Me sentí un inútil total. Para qué tanto laburo en la semana, pensé. Esto ya lo conté una vez, pero quiero que quede por escrito. Está mal que el hincha, mediante apretadas, trapos en la tribuna o como fuere, le pida al jugador que vaya a menos. Si eso sucede, el mismo hincha se decepcionará cuando al equipo le toque perder yendo para adelante».

Dos días después de aquella nota y en el mismo diario *Olé*, el periodista Sebastián Pertierra entrevistó al defensor gimnasta Jorge San Esteban, que había estado en el banco de suplentes en aquel partido. El popular *Coco* reconoció que ese encuentro no fue normal: «Ningún jugador sale a perder. Por ahí, sale a la cancha con menos ganas. Nosotros vivimos una situación curiosa con Mandiyú. Fue una circunstancia en la que no hubo plata ni nada parecido. Se dio que si los correntinos ganaban, nuestro clásico rival se iba a la B. Nosotros entramos a jugar como en un entrenamiento. Pero no nos pagaron, ni nada de eso». ¿Algo más?

Una situación casi calcada había ocurrido en la cancha de Atlanta, en la noche del 19 de marzo de 1986. Aquella vez, San Lorenzo jugaba como local en Villa Crespo recibiendo a Platense, que peleaba por el descenso con Huracán. El cuadro de Boedo era claramente superior a los calamares y se puso 3-1 en ventaja, con dos goles del uruguayo Saavedra y otro de Walter Perazzo. Pero en la última media hora de juego, los hinchas del Ciclón sacudieron la cancha con los gritos para que su equipo se dejara empatar, al tiempo que Platense iniciaba una reacción en busca del descuento. Alejandro Nannini marcó el 2-3 y, a seis minutos del final, Miguel Ángel Gambier selló el empate con un rechazo cruzado ante un estático José Luis Chilavert. El gol lo gritaron todos, los hinchas de San Lorenzo y los de Platense.

En los últimos minutos San Lorenzo desperdició media docena de situaciones claras de gol ante las aclamaciones de su hinchada que, igual que la de Gimnasia en 1994, festejaba la reacción de Platense y la indolencia de sus futbolistas para «ayudar» al retroceso de Huracán.

Detalla el diario *Clarín* en su edición del 20 de marzo que «empataron en todo. Hasta en el grito de las hinchadas, porque las dos se retiraron gritando al unísono que “Huracán se va a la B” y festejando el 3-3, que no sólo conformaba a ambos sino que también dejaba en una mala situación al equipo de Parque Patricios». Finalmente Huracán zafó del único descenso directo y tuvo que

jugar un extraño octogonal junto a siete equipos del ascenso: en la final, el modesto Deportivo Italiano lo superó por penales y lo condenó a su primer descenso en más de ochenta años de existencia.

En los años '90, la historia de los «partidos consensuados» tuvo nuevos episodios. Una situación muy particular ocurrió en la última fecha del Nacional B de 1992/93, cuando Banfield y Colón peleaban por el ascenso directo. Antes de la jornada final, tras extenuantes 41 partidos, los dos compartían el primer lugar con 54 puntos. Si ambos conseguían el mismo resultado, iban a tener que jugar un desempate.

Por un capricho del programa de partidos, Banfield debía visitar a Unión en Santa Fe, mientras que Colón era rival de Chaco For Ever en Resistencia. ¿Quedó claro? Unión tenía dos opciones: amargar a Banfield y permitir que Colón saliera campeón si conseguía ganar en el Chaco o, como quería la mayoría de sus hinchas, jugar a media máquina y «entregarle» el partido al cuadro del Sur.

Todo se precipitó en los días previos. El periodista Alejandro Martínez, de la revista *Sólo Fútbol*, escribió el 21 de junio de 1993 que «la semana se había desarrollado en medio de un clima exageradamente tensionado. Los desgraciados episodios ocurridos el pasado jueves en el entrenamiento de Unión enturbiaron esta apasionante definición, agregándole una insólita pero cada vez más habitual cuota de insensatez. Por fortuna imperó la cordura y todo se desarrolló normalmente, en paz».

¿Qué había pasado en la práctica? Que los muchachos de la barra brava querían a toda costa que sus jugadores aceptaran ir a menos para que Banfield ganase y Colón no pudiera ascender. Con el título «Propuesta indecente», el semanario deportivo contaba que «al final de la práctica realizada en La Tatenguita —el predio de entrenamiento de Unión— un grupo de energúmenos apretaron y amenazaron a los jugadores Héctor Varisco (a quien encañonaron con una pistola en la cabeza, gatillando en dos ocasiones con el arma descargada), Alfredo Llana y Dante Fernández, llegando también a la agresión del entrenador Hilario Bravi. Luego, las amenazas se trasladaron a los familiares y llegó la recomendación de ir para atrás en el partido frente a Banfield».

La versión del diario *El Litoral*, decano de la prensa de la capital santafesina, señaló que el incidente ocurrió el viernes 18 de junio y que «los jugadores y el cuerpo técnico de Unión fueron salvajemente agredidos por un grupo de hinchas cuando se aprestaban a entrenarse el día anterior. El plantel profesional de Unión de nuestra ciudad fue agredido físicamente, del mismo modo fue amenazado de muerte para que “pierdan el partido con Banfield, porque no nos interesa clasificar para el octogonal; queremos que Colón no ascienda”. Los graves incidentes tuvieron como escenario el predio de La Tatenguita, a un costado de la Autopista Santa Fe-Rosario. Antes de la práctica, estaban llegando, como ocurre habitualmente, periodistas de los medios más importantes de la ciudad, entre ellos colegas de las emisoras y de Cablevideo. Paralelamente, al mismo tiempo, irrumpieron en el lugar integrantes de la barra brava de Unión, conocida popularmente como la “barra de las bombas”. Cuando ingresaron al predio de La Tatenguita y se encontraron con la presencia de los periodistas les dijeron: “piren, piren, de acá. No los queremos ver... No abran la boca... Porque también ustedes son boleta”. Ante esta poco formal invitación, a nuestros colegas no les quedó otra salida que retirarse del entrenamiento y no poder cumplir con el simple

objetivo periodístico que habían llevado a La Tatenguita: cubrir las alternativas de la práctica de Unión. Si bien los integrantes de la barra brava se fueron sumando de a poco, llegado el momento de “apretar” al plantel, eran entre 30 y 35 individuos (...) los jugadores de Unión junto con el técnico Bravi estaban ubicados en la cancha donde habitualmente entrena el plantel profesional. Sin mediar diálogo alguno, los delincuentes encararon a tres jugadores y al entrenador, a los gritos de “hay que perder con Banfield”. Al arquero Héctor Iván Varisco los individuos le apoyaron en la cabeza, a la altura de la sien, un revólver, el cual habría sido gatillado dos veces, al estilo “ruleta rusa”. “Yo soy de Unión, yo soy de Unión...”, era el grito desesperado del arquero. “Si sos de verdad hincha de Unión, dejate hacer un par de goles con Banfield”. No se pudo confirmar si Varisco sufrió alguna lesión física. Dante Fernández (delantero) fue uno de los jugadores que resultó golpeado por los hinchas rojiblancos. Además de algunas trompadas, fue herido con dos culatazos en la nuca. “Si llegás a hacerle un gol a Banfield te vamos a matar”, fue el mensaje de los individuos. Jorge Alberto Llane sería el jugador más herido de todos los que fueron lastimados físicamente. Recibió varios puñetes y trompadas en su rostro, resultando con el labio roto y la nariz lastimada. No se descarta que Llane tenga el tabique nasal fracturado. “No jugaste nunca bien en todo el torneo y ahora querés salir a ganar frente a Banfield Te vamos a matar”. El entrenador Hilarlo Bravi también fue golpeado por los hinchas que ingresaron a La Tatenguita. La lesión sería en uno de sus pómulos. Si bien la versión no pudo ser confirmada, se sabe que el lunes habrían sido amenazados telefónicamente varios familiares de los jugadores, como el volante Ariel Catinot: “Éste es sólo un anticipo de lo que puede pasar si no pierden con Banfield. Tengan mucho cuidado con hacer la denuncia policial o decirle algo a los periodistas, porque en ese caso la mano dura vendrá con sus mujeres, con sus hijos y con sus familias”».

El periodista Martínez contó en *Sólo Fútbol* que «la expectativa estaba centrada en saber si los futbolistas afectados por la agresión e intimidación estarían presentes en el cotejo. No fue así, atinadamente. Ni Varisco, ni Llane, ni Fernández, fueron de la partida. Es más, los tres jugadores presentaron lesiones producto de las cobardes agresiones. A tal punto, que Carlos Della Savia — secretario general de Futbolistas Argentinos Agremiados— se comunicó telefónicamente con los jugadores Víctor Andrada y Marcelo Ruffini para plantear la posibilidad de un paro de futbolistas. Sin embargo y temiendo represalias, los propios jugadores de Unión desistieron de la idea, teniendo en cuenta que “no queríamos armar más problemas”, según explicaron en el vestuario».

La AFA, con buen criterio, designó a dos jueces de experiencia y jerarquía para dirigir los partidos definitorios: Juan Bava controlaría el choque en Santa Fe, junto con los asistentes Olagüe y Rosetti, en tanto que Juan Carlos Biscay se ocuparía de Chaco For Ever y Colón, acompañado de Boquete y D’Amico. Dos tercetos de alto nivel, tomando en cuenta al referato argentino.

Los primeros tiempos conducían a un desempate, ya que tanto Banfield como Colón ganaban sus partidos. Los hombres del Taladro, gracias a un gol del mediocampista Jorge Ortega. Colón, por una aparición oportuna de Adrián Marini. Sin embargo, Banfield se quedó con diez jugadores: cuando faltaba un minuto el juez Bava expulsó al delantero Raúl Wensel, quien golpeó en el rostro al arquero Palet al tratar de alcanzar un rebote. Palet tuvo que dejar la cancha lesionado y fue reemplazado por el debutante José Escobar. Su compañero Fernando Brandt sufrió una crisis de nervios en el entretiempo y pidió el cambio: lo reemplazó otro chico de las inferiores, Luis Tomé.

Consecuencias del apriete del jueves anterior, seguramente.

En el segundo tiempo, Colón definió rápidamente su pleito con los chaqueños, porque Adrián Marini volvió a vencer al arquero Starópolis ante un For Ever disminuido por la expulsión del defensor Medina. En cambio, y cuando nadie lo esperaba, Unión empató el partido frente a Banfield cuando Marcelo Ruffini superó a Puentedura. Según la revista *Sólo Fútbol*, «cuando Ruffini estableció el empate transitorio, se evidenciaron dos posturas: los que estaban ubicados a los costados de la barra brava festejaron la igualdad, mientras que el silencio se apoderó del sector más beligerante de la hinchada. Enseguida, alrededor de doscientos simpatizantes se colgaron del alambrado para recriminar el esfuerzo que los jugadores locales estaban haciendo al grito de “van a cobrar, van a cobrar”. Esos mismos energúmenos festejaron el tanto de Juan Carlos Roldán que le dio la victoria a Banfield, minutos después...». Al final, el grito casi unánime e insólito de los fanáticos unionistas fue: «Me parece que el Negro no sale campeón, porque el Tate, porque el Tate lo cagó...».

Hubo que ir al desempate. Colón ganó 3-0 en Chaco y Banfield consiguió el necesario 2-1 sobre Unión para definir todo en un único partido. El encuentro se disputó el 26 de junio de 1993 en el Estadio Córdoba y, tras un empate sin goles, Banfield ganó 5-4 por penales y volvió a Primera división. Para alegría de los hinchas de Unión, su clásico rival se quedó a la puerta del festejo y no pudo ascender ni siquiera en el octogonal, que ganó el sorprendente Gimnasia y Tiro de Salta en una final ante el no menos sorprendente Central Córdoba de Rosario. Unión, con su derrota ante Banfield, y con la presión de sus barras frente a los atribulados futbolistas, ni siquiera jugó el octogonal. Esa caída lo había dejado afuera de todo. Pero, claro, importaba mucho más el folklore argentino de impedir que el rival diera la vuelta olímpica antes que un modesto festejo propio.

Después de la finalísima en Córdoba, casi nadie se acordaba de la denuncia de los periodistas santafesinos sobre una supuesta incentivación de Banfield que habrían recibido jugadores de Talleres de Remedios de Escalada, quienes en la fecha 40 habían conseguido empatar sin goles en la cancha de Colón. La denuncia se basaba en declaraciones de Guillermo Zárate y Roberto Pompei, futbolistas de Talleres, quienes luego de vencer 2-0 a Unión en la fecha 41, declararon a la emisora LT9 que «no estamos en contra de la incentivación, porque no hay diferencia si el premio lo da el club de uno u otro. Cuando enfrentamos a Colón en Santa Fe, salimos a ganar y jugamos motivados por la importancia del encuentro...».

El informe del periodista Mariano Bourgarel en *Sólo Fútbol* señala, además, que los dirigentes de Colón pidieron que el Tribunal de Disciplina tomara cartas en el asunto. El técnico de Talleres, Norberto D'Angelo señaló que «se aprovecharon de los muchachos para armar todo este escándalo. Los periodistas armaron una novela a partir de ciertas declaraciones que en ningún momento se relacionaron con Colón-Talleres. Pero vayamos por partes: para mí, la incentivación existe. Y en este torneo Nacional B también se ha hecho presente aunque como no tengo pruebas no puedo hablar de hechos puntuales».

Finalmente, tanto Pompei como Zárate desmintieron haber afirmado que jugaron incentivados. En tanto que el presidente del club, Pedro Luchetta, en alusión a varias denuncias similares de

dirigentes cordobeses, señaló: «Colón no puede hacerse eco de estas estupideces, porque nadie debe repetir las porquerías que generó Talleres de Córdoba durante las últimas semanas».

## EL EMPATE REPETIDO

El torneo Apertura de 1997 tuvo un final cerrado entre los dos colosos del fútbol argentino. Por un lado, el River de Ramón Díaz, repleto de figuras y con un poderío ofensivo apabullante; por otro, el Boca de Héctor Veira, con mejor defensa y el oportunismo necesario para definir partidos. Cuando faltaban cinco fechas para el final del torneo, River tenía 32 puntos y Boca lo seguía con 31. Los millonarios ganaron los siguientes cuatro partidos, venciendo sucesivamente a Estudiantes (2-0), Independiente (3-0), Gimnasia de Jujuy (3-1) y Colón (2-1), y consiguiendo 44 puntos. Mientras tanto, Boca superó por 2-1 a Huracán y por 1-0 a Gimnasia en La Plata, tropezó al empatar sin goles con Racing en la Bombonera y, en la fecha 18, venció 1-0 al Gimnasia salteño. Quedó, así, con 41 puntos.

Pasado en limpio, si River empataba en la última fecha con Argentinos Juniors se consagraba campeón. Boca, en cambio, tenía que ganarle a Unión en la Bombonera y esperar una caída millonaria.

Los partidos se jugaron el 21 de diciembre de 1997 con una previa bien caliente, porque arceciaban desde todos los ángulos sospechas cruzadas sobre un supuesto pacto sin agresión entre River y Argentinos. Lo cierto es que el encuentro terminó 1-1 y le permitió al equipo millonario consagrarse campeón por tercera vez consecutiva. River terminó con 45 puntos y Boca, que había aplastado 4-0 a Unión, quedó con 44, masticando bronca y dudas.

La semana previa fue el *show* de las declaraciones. El popular Osvaldo *Chiche* Sosa, que entrenaba a Argentinos Juniors, fue bien directo: «La verdad que me tiene bastante cansado que se hable siempre de incentivación. El que quiera pensar algo, que piense lo que quiera y el que tenga pruebas que las diga. Si no, que se callen la boca...». Por su parte, el capitán Cristian Zermatten, señaló que «si ganamos, se va a decir que estábamos incentivados por Boca y si perdemos o empatamos, dirán que no dejamos todo en la cancha. Que la gente piense lo que quiera, no me importa; nosotros vamos a salir a ganar como lo hacemos siempre». Estaba bien difícil la situación para los muchachos de La Paternal... Con cualquier resultado se iba a levantar algún dedo acusador.

Terminado el partido, fueron muchos los periodistas que criticaron el desarrollo del juego. Como el desaparecido periodista Juan Zuanich, quien señaló en el diario *Olé*: «El partido dejó la sensación de que el Bicho no aceleró a fondo, especialmente después de ponerse uno a uno y con la posibilidad de ir a buscar el segundo gol». Su compañero Ariel Cukierkorn fue más incisivo: «Terminó siendo un final monótono. En River se la prestaban entre Hernán Díaz, Berizzo, Placente y Astrada. A lo sumo, algún pelotazo para dividir que volvía casi inmediato y otra vez a la rutina. Argentinos tampoco se ocupó de atacar y el cambio de Gustavo Quinteros en lugar de Pablo Gómez (defensor por delantero) fue más carne de sospechas...».

Mientras el relator Marcelo Araujo largó durante la transmisión del partido un «pueden jugar

hasta las 5 de la mañana y no van a hacer un gol más», algunos jugadores decían lo suyo en el vestuario. Pablo Gómez, delantero de Argentinos, aclaró: «A mí no me importan los comentarios. De cualquier forma iban a desconfiar y se iban a pasar la semana hablando». Jorge Polo Quinteros, en tanto, confesó que «sinceramente tuve una tarde de mierda. Estoy caliente por el cambio, porque me sacaron. No creo que haya jugado tan mal como para salir...». (Según algunas versiones, Quinteros se enojó muchísimo con algunos compañeros y hubo empujones e insultos).

Boca ardía. Cuando lo consultaron sobre el empate entre River y Argentinos, el presidente Mauricio Macri dijo: «¿Si me sorprendió el resultado? Digamos que si jugábamos al Prode, ganábamos todos. Nos hubiese tocado un peso a cada uno». Y el mediocampista boquense Julio Toresani, que había jugado años atrás en River, fue muy claro: «El resultado entre River y Argentinos está puesto y esto lo digo porque jugué alguno de estos partidos. No quiero seguir hablando de vivencias personales porque si no voy a ser citado a declarar».

Toresani sabía de qué hablaba. Él había sido el autor del gol de River en el partido que empataron con Argentinos 1 -1, el 19 de marzo de 1994, en la última fecha, y que le permitió a River ganar el torneo con un punto de ventaja sobre Vélez y Racing. Ése también había sido un encuentro que dejó margen para la duda y la sospecha.

A raíz de las palabras de Toresani, la revista *El Gráfico* inició una investigación y publicó, el 6 de enero de 1998, una nota titulada «¿Hubo arreglo?» sobre ese partido River-Argentinos. Allí se cuenta que el jueves 18 de diciembre, tres días antes de la definición del campeonato, Mauricio Macri reunió a los dirigentes José Cirillo, Roberto Digón y Gregorio Zidar para comentarles que le había llegado una grabación de una conversación telefónica entre un directivo de River, vinculado a Hugo Santilli, y otro de Argentinos. En la escucha no se hablaba de resultados, pero sí de un empate decoroso (es, por lo menos, curioso que el entonces presidente de Boca ya conociera el tema de escuchas y grabaciones secretas...). Según *El Gráfico*, gracias al acuerdo, River se aseguraría el campeonato y Argentinos la posibilidad de aumentar su promedio y su billetera, ya que se hablaba de 300 mil dólares/pesos (era la época del 1 a 1) a repartir.

En el mismo texto se transcriben amenazas de integrantes de la barra a varios jugadores, después del entrenamiento del miércoles 17 de diciembre. Tienen este tono: «¿Así que le quieren arruinar la fiesta a River? ¿Por qué no se van todos a la concha de su madre? Acá nadie se va a hacer el loco ¿entendido? Nadie. El que quiera joder a las gallinas para ayudar a los bosteros, después se las va a tener que ver con nosotros. Porque no nos olvidamos de que la Bosta nos sopló al pibe Marinelli... no se hagan los pelotudos, porque entonces sí que los matamos a todos...». También se señala que Argentinos se quedó con la recaudación completa del partido, que había ascendido a 1.204.954 dólares/pesos, cuando de acuerdo a lo estipulado por la AFA River debería haber embolsado el 60 por ciento de las entradas generales. Y que Argentinos Juniors, además, pagó solamente 120 mil pesos por alquilar la cancha de Vélez y 60 mil pesos por seguridad. ¿Ese dinero sobrante habrá sido la recompensa para los jugadores de Argentinos por asegurar el empate con River? Nadie da una respuesta.

Por cierto, la relación entre River y el club de La Paternal había sido muy estrecha en los años anteriores. De hecho, el club de Núñez contaba entre sus incorporaciones con algunos jugadores de Argentinos como Juan Gómez, Juan Pablo Sorín, Gabriel Cedrés y Leonel Gancedo, entre otros.

Walter Silvani, por su parte, había recorrido el camino inverso.

Cerca de un mes después de la definición del campeonato, el 13 de enero del '98, la revista *El Gráfico* entrevistó al *Polo* Quinteros, quien admitió que, tras el partido, «hubo una discusión muy fuerte, nos reputeamos, no lo voy a negar. Zermatten me pedía que marcara al cinco de ellos y yo quería estar más cerca del área de River. Fue una discusión muy fuerte».

Muy pocos repararon en la tremenda agresión que, minutos antes del final del partido, había sufrido el asistente de Canal 13 de Chile, Manuel Gutiérrez, quien estaba cubriendo la consagración en River de Marcelo Salas. A su lado estalló una bomba de estruendo, que le provocó un fuerte traumatismo de cráneo y la pérdida de la visión de su ojo izquierdo. Al infortunado Gutiérrez lo tuvieron que retirar del estadio, pero a nadie se le ocurrió suspender el partido, ni siquiera al juez internacional Ángel Sánchez.

Poco tiempo después, compañeros y autoridades del canal chileno denunciaron que ningún directivo de River se había comunicado con ellos, ni con Gutiérrez o su familia. El comunicado que encabezaba Alfonso Róblete, jefe de Gutiérrez, terminaba con esta frase: «No responsabilizamos a River por la agresión a nuestro compañero, pero se podrían haber comunicado, al menos por teléfono. Estamos pagando todos los gastos y sólo se trataba de un gesto de delicadeza».

## ACUERDO EN EL SUR

La noticia era sencilla: Banfield y Rosario Central empataron sin goles en un partido correspondiente a la penúltima fecha del torneo Clausura 2003. Con este resultado, los rosarinos zafaron de caer en la Promoción y Banfield se aseguró el mismo objetivo. Además, Central quedó a un paso de la Copa Sudamericana. Hasta aquí, impecable. Pero ¿alguno de los dos tuvo la intención de ganar el encuentro? ¿O hubo acuerdo para empatar?

Veamos. Cuatro días antes del partido, que se iba a jugar en el Sur, el mediocampista Daniel Quinteros deslizó la posibilidad del empate en el matutino *Olé*: «Seguro que firmaría el empate. Pero ojo, porque esto no quiere decir que vamos a ir para empatar a propósito. Cada uno saldrá a buscar lo que necesita y tendrá que cuidar lo suyo. La realidad es que el empate nos sirve. Ninguno de los dos equipos va a arriesgar, claro que yo hablo por Central, pero pienso que Banfield también sabe lo que le conviene».

Mientras el diario rosarino *La Capital* señalaba en su edición del jueves 26 de junio que hinchas de Central y Banfield proponían amigarse para lograr el objetivo común de zafar de la Promoción, el reconocido periodista Jorge Trasmonte editorializaba en *Olé*: «No seremos tan ingenuos de pedirles a Banfield y a Central que salgan a poner nueve jugadores en el área contraria, ser bobos o kamikazes ni se les pide a Boca o a River de locales contra equipos modestos. Sí podemos exigir que, superprofesionales y todo, defiendan un espíritu deportivo mínimo. Con un punto los dos se salvan, sí. Pero con tres, cualquiera de los dos también se salva. Y, no se olviden, queda mejor parado en la tabla de promedios de la próxima temporada».

El partido se jugó el 28 de junio y, al día siguiente, la crónica del diario *Clarín* venía

encabezada por un título sugerente: «Banfield, Central y un empate con mal olor». La bajada ampliaba el concepto: «En el Sur hubo un encuentro casi sin llegadas, con dos equipos que no se agredieron y escenas bochornosas. La historia de los partidos sospechados de arreglo cuenta, desde ayer, con un capítulo más». En la nota, el periodista Marcelo Argüelles escribía que «Banfield y Central firmaron ayer un vergonzoso pacto de no agresión. Jugaron sin arcos. Para remontarse a un bochorno de ese tipo, basta con recordar el Holanda-Irlanda del Mundial de Italia '90 o el Boca-Oriente Petrolero de la Libertadores '91...».

Enojadísimo y con razón, Argüelles avanzaba en sus conceptos: «Tan grosera fue la entrega que a los 31 minutos del segundo tiempo, un aburrido juez Héctor Baldassi casi se pone a hacer jueguito con la pelota tras marcar una falta. Tan burdo y fellinesco fue el espectáculo que tres minutos después, el DT Miguel Russo le dijo a Leonforte que jugara tranquilo. ¿Quién lo iba a poner nervioso? ¿*Garrafa* Sánchez, que lateralizaba cada pelota que recibía? ¿O el deambular de Fernando Álvarez, quien casi no entró en juego?».

El diario *Olé*, por su parte, fue contundente: «Un partido apto para cardíacos, recomendable para hipertensos y aconsejable para cualquier otra dolencia que no tolere emociones fuertes. Toque, toque y pelotazo para que ellos la tengan un ratito. Tic, tac y la tiramos afuera que hay un alcanzapelotas con hipo. Gracias por acá. De nada por allá. Un poroto para cada uno y a cantar que seguimos en Primera. De repente, Walter Jiménez pateo al arco. Síííí, le pega. Ojo, desde 35 metros y la pelota se va a cuatro leguas marinas del arco de Gaona, pero igual Sanguinetti lo mira serio. ¿Qué hacés, *Loro*?, parece decirle. Ahora *Garrafa* es el que prueba, aunque Gaona la controla. Da para ilusionarse, Delgado desborda y su centro queda servido para el cabezazo de Figueroa. ¡Viene, viene...! Nooo, el rubio agacha la cabeza y la tira afuera».

Banfield, dirigido por el uruguayo Luis Garisto, pudo completar entonces su objetivo de escaparle a la Promoción, que finalmente jugaron Nueva Chicago y Talleres de Córdoba. Los dos equipos de la A mantuvieron su lugar al vencer a Argentinos Juniors y al San Martín mendocino. Rosario Central despachó en la última fecha a un juvenil Boca dedicado a la Copa Libertadores: le hizo siete goles, con cinco de Luciano Figueroa, quien pudo así superar a Roberto Nanni, de Vélez, y consagrarse como el máximo artillero del torneo. Central ingresó a la Copa Sudamericana.

El 31 de agosto de 2003, a un mes del empate entre Banfield y Central, *Olé* publicó una entrevista al atacante banfileño Jorge Corvera, realizada por los periodistas Gustavo Grabia e Ignacio Fusco. Una parte de la charla es reveladora:

«—¿Jugaste contra Central en el último Clausura?

—No.

—¿Estabas lesionado?

—No, no lo quise jugar.

—¿Por qué?

—Hay que ser sinceros, los dos necesitábamos un punto y nadie iba a arriesgar. Mirá si perdías. Y para no arriesgar... ojo, hay que estar en el lugar del jugador que se mató todo el año y en una fecha puede perder todo. Igual, para atrás no fue nadie».

Para adelante tampoco...

## CORDOBESES UNIDOS

Siempre se miraron con recelo. Siempre se buscaron para burlarse uno del otro y para medirse como rivales en una historia que los enfrentó desde principios del Siglo XX. Sin embargo, el 13 de junio de 1999, los archirrivales cordobeses Talleres y Belgrano decidieron unir fuerzas y empatar para escaparle al descenso.

Ocurrió en la penúltima fecha del Clausura '99, cuando el programa de partidos los enfrentó en el estadio Olímpico de Córdoba, con la certeza de que un punto para cada uno evitaría cualquier contratiempo. Huracán ya había descendido y Platense necesitaba ganar sus dos partidos para tener alguna chance. Los calamares recibían a River pero estaban en caída libre.

Platense parecía haber arrancado aliviado para la temporada 1998/99, después de gambetear tozudamente al descenso en años anteriores. Pero sus dirigentes se confiaron demasiado, dejaron partir al defensor Moner y al enganche Hanuch, no trajeron refuerzos importantes y al terminar el Apertura '98, con escuálidos 13 puntos, el cuadro de Vicente López se apuntaba para descender. Más aun tomando en cuenta que los dos ascendidos, Belgrano y Talleres, habían mejorado mucho su rendimiento. Ambos habían superado la temible barrera de los 42 puntos y necesitaban empatar para la salvación final.

El lunes 7 de junio, dirigentes de los dos clubes cordobeses resolvieron que el clásico se jugaría el lunes 14, con el argumento de que el domingo 13 al mediodía jugaba la selección argentina de Marcelo Bielsa frente a los Estados Unidos, en un amistoso televisado que restaría público significativamente. La decisión fue impugnada por directivos de Platense, Ferro y Unión, y se resolvió acompañar el resto de la fecha, a jugarse el domingo 13 a las 11 de la mañana.

En la semana previa al clásico cordobés hubo rumores para todos los gustos: 20 mil dólares de premio para los jugadores de Talleres si ganaban el clásico, 40 mil para sus colegas de Belgrano por el mismo motivo... Sospechas, suspicacias, dudas, todo contribuía a pensar que el empate estaba puesto. El día anterior al partido, el entrenador Ricardo Rezza, de Belgrano, señalaba en *Olé* que «vamos a salir a ganar, pero si se nos complica, el empate es un buen resultado», mientras que el ídolo celeste, Luis Fabián Artime, argumentaba que «el empate no sirve. Ellos tienen una buena racha y se la vamos a cortar». (Sin embargo, Artime fue al banco de suplentes y entró faltando pocos minutos).

*Olé* practicó el conocido periodismo de anticipación al señalar en la edición previa al choque cordobés que «este clásico tiene un condimento extra que ha hecho que el empate tome la calidad de buen resultado. Aquellos suspicaces a los que les gusta hacer futurología han pronosticado un empate clavado para dejar conformes a ambos equipos».

Se vendieron 26.679 entradas y no hubo tiros al arco. El periodista de *Olé* Beto Tisinovich escribió que «jugaron con la ingenuidad de las 28 mil personas que madrugaron, que se bancaron el frío. Que juntaron pesito por pesito para ver a sus figuras. Que por eso se fueron sacando fuego por la boca e insultando a los dos. Todo fue grotesco desde el comienzo, se prestaban la pelota de una manera aberrante. Los únicos que parecían jugar en serio eran Ávalos y Humoller. Nada de otro mundo, pero por lo menos trataban de ir a trabar una pelota y darle un pase a un compañero.

Los que tenían que crear estaban escondidos, si tenían que jugar a un toque, demoraban hasta la exasperación. Las únicas emociones llegaban desde la cancha de Platense, cuando River hacía los goles...».

En efecto, la mínima chance que tenía Platense se diluyó rápidamente, ya que River lo fusiló 3-0 con dos goles de Javier Saviola y otro de Cristian Castillo. Con ese resultado, el empate en Córdoba servía para zafar definitivamente, porque promociones todavía no había. Fue durísimo el comentario en el diario *La Voz del Interior* del lunes 14: «Si alguien se afanaba los arcos, es muy posible que los jugadores ni cuenta se dieran. Ragg y Cuenca se la pasaron corriendo para no enfriarse, moviendo los brazos y elongando, esperando una pelota de riesgo que jamás llegaría. En 90 minutos no hubo ninguna situación de gol y sus únicas intervenciones fueron para atajar un cabezazo a las manos, patear saques de meta o bajar centrados inofensivos».

Una pista irónica sobre un acuerdo entre los jugadores la dio el programa *Fútbol x 2*, del canal TyC Sports, que había creado los *ping-pongs* con el resumen de las situaciones de gol de cada partido. Pues bien, el *ping-pong* del clásico cordobés finalizó en un apretado empate 0 a 0... ¿Será verdad que las quejas del *Luifa* Artime sobre un empate consensuado y la falta de ambición por ganar el clásico provocaron el disgusto de la dirigencia a tal punto que el goleador tuvo que irse a Tigre en el torneo siguiente para jugar en la B Nacional?

Obviamente, luego del partido, los protagonistas buscaron quitarle entidad a la idea del partido consensuado. Desde Cristian Pino diciendo que «jugamos más tranquilos que lo habitual porque sabíamos que Platense estaba perdiendo», pasando por Julián Maidana expresando que «los periodistas siempre sobredimensionan todo», hasta el presidente de Talleres, Carlos Dosetti, que puso blanco sobre negro: «Comprendo el disgusto de la gente, porque ellos van a la cancha para ver ganar a sus equipos. Además, todos los comentarios en la semana previa generaron suspicacias. Nosotros no somos tontos y no podemos matarnos entre cordobeses. Lo importante es que, con este empate, los dos equipos se quedaron en Primera».

## UN RESULTADO ÚTIL PARA TODOS

En la última fecha del Clausura 2004 se dio un choque muy peculiar. Ese 27 de junio, en el Monumental, River recibía al modesto Atlético Rafaela. La inesperada derrota sufrida en Córdoba ante Talleres por 3-2, le había postergado el festejo del título al cuadro millonario dirigido por Leonardo Astrada, donde se lucía como goleador y jugaba sus últimos partidos Fernando Cavenaghi, la joya de las divisiones inferiores. Junto con Cavenaghi, brillaban el chileno Marcelo Salas, Luis González, Marcelo Gallardo y Daniel Montenegro.

River tenía 42 puntos y la derrota contra Talleres lo había golpeado duro, porque si ganaban ese partido los millonarios se coronaban campeones. Boca, el tenaz perseguidor, había dado ventaja jugando varios partidos con formaciones alternativas, porque su prioridad era nuevamente llevarse la Copa Libertadores. No sólo eso, sino que se había dado el gran gustazo de eliminar a River en semifinales, con aquella recordada maratón de penales en el Monumental, luego de perder 2-1 en un partido que se jugó sin público boquense.

River llegaba al partido con Atlético Rafaela, entonces, con el gusto agridulce de la eliminación en la Copa a manos de su clásico rival y con la chance intacta, porque la ventaja de tres puntos era prácticamente indescantable para un Boca que visitaba a San Lorenzo sin titulares, con chicos como Caballero, Barbosa, Caneo, Álvarez y el belga Yourassowsky.

Atlético Rafaela, en cambio, estaba en plena racha positiva. Tras una primera rueda con flojos 17 puntos, se había recuperado hacia el final venciendo a Estudiantes, Newell's e Independiente, y quedando a un punto de zafar del descenso directo. O sea: empatando, River era campeón y Atlético Rafaela evitaba bajar al Nacional B, aunque no podría escaparle a la Promoción frente al humilde Huracán de Tres Arroyos. Persiguiendo a Rafaela venía Chacarita, que debía derrotar a Colón en Santa Fe y esperar una caída de los rafaelinos: si esto sucedía, debían disputar un desempate, tras el que uno se iría al descenso y el otro a jugar la Promoción.

El día del partido, el experimentado periodista Miguel Ángel Bertolotto señaló en su columna del diario *Clarín* que «están la necesidad y la ansiedad de todo River, después de la eliminación de la Copa Libertadores a manos de Boca, la vuelta olímpica en este devaluado Clausura accionaría como un bálsamo, como un consuelo. Está la esperanza de Atlético Rafaela, que no puede ser un partenaire porque quiere aferrarse con alma y vida a la Primera división. Y están las malditas suspicacias, las de siempre, las que surgen en los tramos decisivos de las competencias argentinas. Esas suspicacias que dicen que un empate los conformaría a los dos...».

El partido terminó empatado en un gol. A los 43 minutos del primer tiempo, Marcelo Gallardo superó al arquero Medrán con un derechazo y se fueron al descanso con triunfo de River, nuevo campeón. Mientras tanto, Chacarita perdía con Colón, con tanto del goleador Fuertes. En el segundo tiempo, Rafaela comenzó a dominar el juego, a manejar la pelota y a generar riesgos sobre el arco de Lux, aunque los delanteros no estaban muy inspirados. Ni Candín, ni Emanuel Villa, ni los experimentados Forestello y Del Bono podían concretar. Hasta que el árbitro rosarino Claudio Martín decidió incidir en el desarrollo del partido, sancionando como penal una inexistente infracción del defensor Nasuti sobre Iván Juárez.

El propio Juárez ejecutó la pena y venció a Lux con un suave derechazo bajo. Iban 27 minutos del segundo tiempo y las ilusiones de Chacarita, que ganaba 2-1, se desmoronaban. Chaca había logrado dar vuelta en el segundo tiempo su derrota parcial ante Colón, sabiendo que River vencía a Rafaela... El rumor de turno indicaba aquí también un acuerdo entre los jugadores en el entretiempo para permitir la victoria funebrera, aprovechando la confianza que tenía el delantero Víctor Muller con sus ex compañeros de Colón y la buena disposición de sus rivales, que no jugaban por nada.

El final llegó en medio del festejo de los hinchas de River —un juvenil equipo de Boca perdía ante San Lorenzo— y la alegría de los rafaelinos, que no podían creer el empate ante el campeón en el Monumental. Pero la imagen de tanta felicidad compartida encendió a los periodistas y despertó otra vez las sospechas. Ya no quedaban tontos en el fútbol argentino, ni siquiera entre los profesionales de la información.

Para el periodista Claudio Mauri, del diario *La Nación*, el desarrollo del segundo tiempo fue indignante: «River, en todo el segundo tiempo, desmereció desde la cancha la fiesta del título. Todo fue muy evidente: River se dejó estar hasta que Rafaela consiguiera el empate que le

posibilitara evitar el descenso directo. Y como el desdén local no parecía suficiente para que los santafesinos llegaran a la igualdad, al grotesco se sumó el árbitro Martín con la sanción de un penal inexistente por una supuesta falta de Nasuti a Juárez. Todo estaba a tono en ese segundo tiempo infame... convendrá saltar este encuentro para encontrar las cualidades del River campeón».

*Olé* apeló a la originalidad, al dividir el partido en dos partes por lo irregular del segundo tiempo. En la primera parte, la calificación de los jugadores promediaba 6,3 puntos en River y 4,8 en Atlético Rafaela. En la segunda, las calificaciones caían a 2,5 promedio para River y 2,4 para los rafaelinos. El sagaz periodista Leonardo Farinella publicaba su disgusto en su columna, «De Frente»: «No hay que ser un iluminado para darse cuenta que estuvo arreglado. Me ilusioné en el primer tiempo, jugamos, generamos varias situaciones hasta que embocó Gallardo, como un premio a la gran figura. Después, en el segundo tiempo, el *Muñeco* le hizo sombra a Mascherano, Maxi López se tiró de wing derecho, tan por afuera que lo sacaron, Cavenaghi recuperó la invisibilidad de los últimos tiempos y Rafaela fue, y fue con humildad, sin desesperarse, como quien sabe que en algún momento el empate salvador llega. El penal y no dar nada de descuento son como para pensar que, como mínimo, Claudio Martín se dio cuenta de lo que pasaba».

Finalizada la fecha y consumado el descenso de Chacarita, su presidente Luis Barrionuevo acusó públicamente a gente de River, de Rafaela y de la AFA por el descenso de su equipo, en el programa *Fantino con todo*, que se emitía por el canal América 2: «Acá se produjo una persecución política de un juez funcional al gobierno como Javier Castrilli y por supuesto de Julio Grondona, que entrega a la madre si puede y ni se solidarizó con Armando Capriotti cuando estuvo sesenta días preso. Hablé con dirigentes de River y después vi cómo jugaron para atrás, no tuvieron ningún entusiasmo por ganar», remató el gremialista del peronismo conservador.

A Barrionuevo le respondió el técnico de Rafaela y ex entrenador de Vélez, Osvaldo Piazza: «Todo lo que peleamos nosotros desde que empezó el campeonato, humildemente, a pulmón, que nos vengan a insinuar eso, molesta muchísimo. ¿Cómo se puede pensar en un arreglo entre David y Goliat?».

Finalmente, *Clarín* se ocupó del árbitro Martín con estas líneas: «El hombre fue otra vez decisivo en un partido de River. Lo perjudicó levemente esta vez porque lo ayudaron las circunstancias del juego. Pero el penal que sólo él vio y que significó el empate de Rafaela, puso a los santafesinos en la Promoción y definió el descenso de Chacarita. Martín dio un penal increíble: Iván Juárez encaró por la izquierda, Nasuti se le paró, firme, de perfil. Cuando el delantero pasó, Nasuti le tocó claramente la pelota. Martín, muy bien ubicado, cobró penal porque vio caer a Juárez, quien no había sido tocado. Embriagados en el festejo, los de River obviaron las críticas. Los de Rafaela no dijeron nada, pero los de Chacarita están que arden por ese penal...».

Final de esta historia: Chacarita se fue a jugar nuevamente la B Nacional y Atlético Rafaela tuvo la desgracia de cruzarse con Huracán de Tres Arroyos, que fue la sorpresa general al vencerlo por 2-1 en Mar del Plata y por 3-2 en Rafaela.

# CAPÍTULO 3

## LA VIOLENCIA QUE NO CESA

Era noche de clásico en la Bombonera. Miércoles 3 de agosto de 1983, dos meses y medio antes de las primeras elecciones libres y democráticas después de siete años de odiada dictadura. Los militares estaban empezando la retirada y la libertad se iba filtrando por rendijas cada vez más grandes. Sin embargo, la violencia seguía latente en la calle, en las comisarías, en las canchas de fútbol...

La barra brava de Boca era (y sigue siendo) la dueña de la primera bandeja de la Bombonera, justo encima de donde salen los rivales del túnel visitante. Por allí salió Racing, en medio de una atronadora silbatina y algunos proyectiles menores. Enseguida apareció Boca y los gritos y el aliento taparon los abucheos que provenían de las tribunas académicas.

Mientras los capitanes y el juez Teodoro Nitti participaban del sorteo en la mitad del campo, los jugadores calentaban en sus sectores. En un momento, el correntino mediocampista boquense José Orlando Berta estaba haciendo jueguito y de pronto una poderosa luz partió desde la tribuna de la llamada «La Doce» para caerle a sólo dos metros de distancia. Junto a Berta estaba Hugo Alves, que quedó totalmente conmocionado por ese proyectil, que no era otra cosa que una bengala. Un arma que casi —por accidente— termina con la vida de dos jugadores boquenses. El susto había pasado.

Así lo contaba el diario *La Nación*: «Nada hacía presagiar el drama. En el precalentamiento, muchos tomaron como una broma las piruetas de algún fotógrafo para escaparle a la primera bengala que cayó en la cancha. Hubo risas para la segunda que, también salida de la cabecera que da a Casa Amarilla ocupada por la barra brava de Boca, se perdió sobre la tribuna opuesta, allí donde estaba la hinchada de Racing».

Unos minutos después, la muerte pisó la Bombonera. Como cuenta la crónica que escribieron los periodistas Horacio Pagani y Alberto Fernández en *Clarín*: «A las 20.55 partió el misil desde el centro de la barra brava de Boca y cruzó horizontalmente el campo en un vuelo zigzagueante que impidió cualquier defensa a los que estaban en la tribuna de enfrente. Le perforó el cuello a un espectador, Roberto Alejandro Basile, 25 años, soltero y empleado bancario, que estaba en la tribuna de Racing y le provocó la muerte instantánea. Cuando al fin, dos manos piadosas se animaron a apagar el fuego que brotaba de sus ropas, ya era irremediabilmente tarde».

Agregaba *La Nación* que «el auxilio parecía no llegar jamás: alguien le arrojó un saco a Basile para extinguir el fuego y luego algunos policías rodearon el cuerpo asesinado y alejaron a quienes intentaban alzarlo. Cerca de cinco minutos pasaron hasta que otros efectivos de la policía alzaron el cuerpo y junto con los heridos, lo trasladaron al hospital Argerich. Ya se había comprobado la muerte instantánea de la víctima al atravesarle el cuello el proyectil. Los otros heridos tenían pequeñas quemaduras en sus rostros».

Faltaban instantes para que el partido comenzara. Por la llamarada y el bulto oscuro tirado sobre los escalones entre la gente que escapaba, todos nos dimos cuenta (me tocó trabajar esa noche cubriendo el partido) que había alguien muy mal herido. Un silencio atroz nos invadió por unos minutos, pero inmediatamente los hinchas de Racing, desesperados, enfurecidos, iniciaron una gritería infernal hacia la tribuna boquense y a lanzar proyectiles a la cancha. La inmovilidad de Basile nos terminó de convencer de lo peor. Las radios, mientras tanto, no anunciaban la muerte de nadie para prevenir mayores desbordes, fundamentalmente porque no tenían el nombre y apellido del asesinado.

El partido se jugó igual, a pesar del reclamo de los dirigentes visitantes, mientras los hinchas se insultaban de todas las maneras posibles. Nadie podía quitarles el odio y la angustia a los simpatizantes de Racing. En mitad del segundo tiempo, varios policías ingresaron en los dominios de la barra brava de Boca y se llevaron detenidos a veinticinco. Los trasladaron a la Comisaría 24, ubicada a pocas cuadras de la Bombonera. El partido, mientras tanto, terminó empatado en dos goles.

En su reconocido libro *La Doce*, el periodista Gustavo Grabia señala respecto de las detenciones: «La gente de Boca debió esperar cuarenta y cinco minutos para retirarse, hasta que el último hincha de Racing estuviera bien lejos de la cancha. Durante ese lapso, con apoyo de la Gendarmería, la Federal peinó la salida de la segunda bandeja y atrapó a toda la primera línea de la barra. Entre los veintipico de detenidos a disposición del juez Grieben estaba José Barritta, el capo de la Doce. Pero no pasó mucho tiempo en prisión. A las veinticuatro horas apareció el dinero de la fianza, aportado por alguien del club. Y quedó desligado de la investigación cuando pocos días después se conocieron los nombres de los barras que habían arrojado la bengala: Roberto Horacio Caamaño, alias *el Nene* y Miguel Eliseo Herrera, *el Narigón*».

La investigación estuvo a cargo del juez Héctor Grieben, quien tres días después del crimen informó que el asesino «ya estaba individualizado». El viernes 5, la familia, los amigos y un considerable grupo de simpatizantes de Racing, acompañaron los restos de Roberto Basile hasta el cementerio de la Chacarita, donde fue enterrado. El joven, vecino de la localidad bonaerense de San Andrés, planeaba su casamiento para dos meses más tarde.

Disculpas y excusas de la dirigencia de Boca, declaraciones clásicas para una situación delicada, pedidos de mesas redondas, condenas verbales de ocasión... nada cambió entre la dirigencia de los clubes y la AFA. Increíblemente, el diario *La Nación*, en la página 5 del viernes 5 de agosto y en un recuadro titulado «Versión», se hizo eco de «fuentes militares» con un texto preocupante, dada la restauración democrática que se avecinaba. Decía *La Nación* —un diario conservador que apoyó a la dictadura militar— que «estos ataques criminales, el más grave de los cuales se registró anteanoche en la cancha de Boca, obedecerían a un plan para crear confusión y

el terror a través de una planificada campaña que iría creciendo en intensidad. Según tal versión —de fuentes militares— en la documentación secuestrada a Raúl Yaguer —el delincuente subversivo muerto por las fuerzas legales— se consignaban detalles sobre acciones de estas características. Cabe recordar que las armas y materiales secuestrados a Yaguer fueron exhibidos al periodismo en la jefatura de la policía de Córdoba. Según lo que los periodistas pudieron observar, había tres pistolas Browning 9 milímetros, otra Smith & Wesson, una granada de mano, proyectiles, microfilmes explicativos de la fabricación de explosivos y elementos para la falsificación de documentos».

Raúl Clemente Yaguer fue un jefe de la organización Montoneros que murió en un enfrentamiento con el ejército, el 30 de abril de 1983. Cualquier relación con la muerte de Roberto Basile y un supuesto «plan para crear confusión y terror en una planificada campaña que iría creciendo en intensidad», según publicó el diario, era simplemente obra del delirio de algún redactor o de la indicación precisa de alguna «fuente militar» para desviar la atención de los verdaderos culpables y, de paso, preocupar y alarmar a la población, que esperaba la vuelta de la democracia.

Finalmente, los barras de Boca fueron sancionados por la Justicia. Los detalles corren por cuenta de Gustavo Grabia en su libro: «Entre las maniobras políticas de Carlos Bello, dirigente clave del radicalismo de esa década (fue presidente de la Comisión de Deportes y Turismo de Diputados), la buena defensa de la doctora Graciela De Dios —abogada del *Narigón*— y los contactos de Víctor Sasson —ex juez del crimen en San Isidro y abogado del *Nene* Caamaño— los acusados consiguieron en 1985 una pena infinitamente menor a los 15 años de prisión que, por homicidio simple, pedía la fiscalía: la Sala Uno de la Cámara Penal les dio dos años en suspenso por homicidio culposo, esto es, sin intención de matar. Lo más llamativo fue que la única accesoria que se les impuso fue la inhabilitación por ocho años para portar armas de fuego. Nada decía el fallo sobre la prohibición de ir a la cancha. Así, semanas después de la condena, el *Narigón* y el *Nene* se ubicaron en sus paravalanchas de la Bombonera, en el lugar de siempre, el mismo desde donde habían disparado la bengala que asesinó a Basile».

El asesinato de Roberto Basile es el tema de la bellísima canción de Luis Alberto Spinetta, *La bengala perdida*, inmortalizada en el álbum *Tester de violencia*, de 1988.

No fue la única tragedia en la cancha de Boca. Allí mismo, en el clásico con San Lorenzo del 14 de diciembre de 1990, hubo otra muerte absurda y dolorosa, esta vez para Saturnino Cabrera, un hincha boquense que se encontraba en la tribuna más baja de la Bombonera, justo detrás del arco que queda más cerca del Riachuelo y cuya segunda bandeja era ocupada por los hinchas azulgranas.

La tremenda agresión ocurrió cuando había terminado el primer tiempo y San Lorenzo ganaba 1-0 con un madrugador gol de Víctor Hugo Ferreyra. La crónica de la página web *Imborrable Boca* es muy detallada: «En el entretiempo, parte de la barra de Boca dejó su lugar en el segundo piso de Casa Amarilla, bajó al playón y desde ahí subió derecho a la platea alta. Fue hasta el codo pegado a la popular visitante y desde ahí empezó a tirar de todo contra los 2.000 hinchas del Ciclón que ya a esa altura, en su mayoría se apiñaban sobre el otro lado y contra la pared que da a la calle Del Valle Iberlucea. Los diez policías que había en ese sector se vieron desbordados

inmediatamente y salieron corriendo, quedando armada una zona liberada como para que pasara de todo».

Enseguida la situación se agravó: «Cuando las piedras iban y venían ya en ambas direcciones, la barra de Boca recibió refuerzos de mucha más cantidad de gente, cosa que hizo pensar que el plan era lisa y llanamente copar la tribuna de San Lorenzo. En ese momento, mientras muchos ya abandonaban la Bombonera, cinco tipos ubicados del lado de San Lorenzo arrancaron una cañería de agua y la quisieron tirar contra la barra de Boca del otro lado de la reja. El caño no pasó y empezó a caer escalones abajo rebotando. Picó un par de veces y cayó al vacío de punta, impactando desgraciadamente en la cabeza de Saturnino Cabrera de 37 años, ubicado en la tribuna de socios. La muerte fue instantánea por fractura de cráneo con pérdida de masa encefálica».

El partido se suspendió con los equipos preparados para iniciar el segundo tiempo. Una semana después, el Tribunal de Disciplina de la AFA lo dio por terminado, quitándole los puntos a los dos clubes, en una decisión poco común pero marcada por cierto criterio de justicia y castigo a los culpables.

Según parece, el enfrentamiento se originó por unas banderas que había robado unos días antes la hinchada de San Lorenzo en una vivienda de Parque Patricios, donde un miembro de La Doce guardaba viejas banderas boquenses. Después del robo, el jefe de la hinchada de Boca, José Barritta, *El abuelo*, habría ido al predio de la Ciudad Deportiva de San Lorenzo pidiendo la devolución de los «trapos» y anticipando que, si esto no se producía antes del partido, habría problemas serios. Las banderas aparecieron en el atardecer de aquel viernes 14 de diciembre, pero el desastre sucedió igual...

Saturnino Cabrera fue velado en el Hall Central del estadio de Boca, con la presencia de unos pocos familiares, un desconsolado presidente Antonio Alegre y muchos periodistas.

En la revista *El Gráfico*, el comisario Adolfo Manjac, a cargo de la Seccional 24° con jurisdicción sobre la cancha de Boca, respondió de esta forma las preguntas del cronista:

«—¿Cuántos policías había en el estadio?

—No recuerdo con exactitud.

—El presidente de la Comisión de Estadio de Boca Juniors, Miguel Ángel D'Imperio, dijo que no llegaban a 200.

—¿Qué sabe él? No sabe nada. Eran más de 400 policías, seguro.

—¿Usted estaba?

—Por supuesto. Cuando comenzaron los problemas subí corriendo con mis hombres hasta el tercer piso, que es como subir todo un edificio. Cuando llegamos me modularon que había un herido en el sector de socios.

—¿Cuántos detenidos tiene?

—Treinta y nueve. Pero un solo imputado.

—¿En serio cree que se hizo lo posible para prevenir?

—Absolutamente todo. Ahora yo le pregunto a usted. ¿Vio las cañerías? ¿Es lógico y seguro que estén al descubierto? Nosotros hicimos todo lo posible.

—Y le pregunto de nuevo ¿Por qué no se pudo evitar?

—Porque es un imponderable. ¿Qué quiere? ¿17.000 policías en la cancha? Uno al lado de

cada espectador. Usted me hace reír».

La Justicia intervino y hubo una investigación. El único acusado, Emiliano Chávez, fue condenado a cinco años de prisión.

## PROYECTILES Y POLÍTICA

Había mucho en juego: nada menos que la clasificación para la Copa Libertadores. Si ganaba la Academia, era para Independiente. Si no, para Boca. Por eso la multitud, por eso el fervor de tantos hinchas de Racing y de Boca que casi completaron el cilindro albiceleste. Fue el 22 de diciembre de 1988, un jueves por la tarde, y con muchísimas suspicacias. Algunos se frotaban las manos imaginando el dinero que ingresaría en la tesorería de Avellaneda si dejaban afuera a Boca y se topaban con la Libertadores. Otros esperaban una actuación débil de Racing que favoreciera a Boca y dejara con bronca y lejos de la Copa a Independiente.

El primer tiempo fue malo, plagado de infracciones y dificultosamente controlado por el juez Carlos Espósito, con escasas situaciones de gol y demasiados pases mal hechos. Así se fueron al descanso y volvieron para los últimos 45 minutos. El arquero de Boca, Fernando Navarro Montoya, fue a ocupar su puesto bajo la cabecera local: allí sucederían esta vez los hechos violentos.

Contaba el diario *Crónica* en su edición vespertina del 23 de diciembre: «Navarro Montoya cumplía con el rito de marcar las líneas del área para tener una guía al moverse. En ese instante, Carlos Espósito daba las últimas indicaciones y se aprestaba a dar comienzo al segundo tiempo del partido, cuando advirtió que el arquero boquense se encontraba en tierra al igual que Juan Simón, quien se había acercado para socorrer a su compañero, que se quejaba del estallido de un petardo cercano. Simón recibió el impacto de un proyectil que también lo derrumbó. Inmediatamente ingresaron los auxiliares, mientras que la mayoría de los jugadores se reunía alrededor de los caídos».

El periodista Horacio Pagani escribió en *Clarín* que «el árbitro Espósito, tras algunos razonables titubeos, una vez comprobado el estado de los dos jugadores, resolvió suspender el partido e hizo señas elocuentes. A Navarro Montoya lo retiraron en camilla, Simón —sentido— fue acompañado por algunos ayudantes. Los jugadores de Boca, apurados por el técnico Pastoriza, se fueron a su vestuario. Los de Racing, mientras el técnico Basile trataba de hablar con Espósito, permanecieron en el campo, demoraron su salida. Pero todo había acabado tristemente...».

En los vestuarios, hubo tiempo para todo tipo de declaraciones de los jugadores, mientras la multitud se retiraba lentamente y la violencia jugaba de local en las puertas de acceso. Los que sufrieron, y mucho, fueron los reporteros gráficos, agredidos sin piedad por agentes de la policía bonaerense por el «delito» de fotografiarlos repartiendo palos para todos lados. Pablo Grinberg, de la agencia Noticias Argentinas, terminó en el Hospital Fiorito atendido con varias contusiones.

Bajo las tribunas —sin el testimonio que aportarían hoy cámaras y celulares—, los adversarios se decían de todo. Poco importaba la salud de Navarro Montoya y Simón. La revista *El Gráfico*

reprodujo un diálogo en el pequeño camarín del árbitro, minutos después de haber suspendido el juego: «Carlos Espósito se baña, toma un respiro y empieza a reflexionar sobre su informe. Al rato, Saverio Zicolillo, el médico de Boca, golpea la puerta. Juan Destéfano, presidente de Racing, se suma enseguida. El ambiente en el pequeño recinto de 3 metros por 4 se torna irrespirable. El diálogo comienza:

Zicolillo: —Mire Espósito, comprobé perfectamente las lesiones de Navarro Montoya y Simón. Ninguno de los dos podía seguir jugando.

Espósito: —Quédese tranquilo que yo vi todo.

Destéfano: —Acá lo que desencadena la situación es la exageración de la lesión de Navarro Montoya. Agrandó la situación y eso fue la causa de lo de Simón.

Aragno (juez de línea): —Mire que sobre ese arco cayó una nube de petardos. Los fotógrafos lo sufrieron en carne propia.

Zicolillo: —Lo de Simón no fue exageración.

Destéfano: —Yo me refiero sólo a Navarro Montoya.

Espósito: —A Simón le pega un proyectil, una pila...».

Pocas horas más tarde, periodistas y fotógrafos que habían estado en el campo dieron sus versiones. Como el reportero Tony Bosco, de la revista *Sólo Fútbol*. «Vi que explotó la bomba, que Navarro Montoya se caía y que, cuando se acercó Simón, le pegaron un piedrazo. Pero al arquero no le pegó nada, le explotó una bomba al lado... yo creo que este chico se asustó y después exageró un poco. La verdad es que esos explosivos te dejan sordo, a mí me explotaron varios cerca y es terrible...». También el reportero Ricardo Alfieri, de *El Gráfico*, decía lo suyo: «Yo estaba en el arco donde ocurrieron los incidentes. Cuando llega Navarro Montoya le arrojaron elementos que no logré distinguir. El arquero se paró en la raya de cal y cuando miró hacia la tribuna, recibió un impacto en el pecho. Se hizo un ovillo y casi al mismo tiempo explotó una bomba. Lo que más recuerdo de ese instante es el estallido...».

Hubo también otras versiones. El periodista Miguel *Tití* Fernández, de radio Continental, contaba que «fui el primero en llegar. Estaba Simón sangrando, lo miro a Navarro Montoya y no tenía sangre; lo volví a mirar a Simón y vi una herida cortante con mucha sangre. Le pregunté cómo estaba y me dijo que había sido un monedazo... me parece que Navarro Montoya exageró, creo que estaba aturdido, pero cuando lo vi, realmente me asusté». Su colega Juan Manuel Pons, de radio Mitre, explicó otra cosa: «El primer proyectil que le tiraron al arquero cayó en el suelo, luego mientras se cubría con los brazos, le arrojaron otro que dio en su espalda. En ese momento también estalló una bomba que lo aturdió. Gustavo Costas (defensor de Racing), muy exaltado, gritaba que les preguntáramos a los pibes que alcanzan la pelota si habían visto alguna piedra. Ellos contaron que Navarro Montoya había hecho teatro, ya que Graciani (delantero de Boca) le había pedido a su arquero que hiciera tiempo. Y el presidente de Racing decía que el doctor Zicolillo le había manifestado que Navarro Montoya no tenía nada».

Versiones contrapuestas, comentarios que en lugar de aclarar aportaban más confusión... El propio Juan Simón le dijo a *El Gráfico* que «cuando estaba a un metro de Navarro Montoya sentí un golpe muy fuerte en la parte de arriba de la nariz y me caí. Ni sé con qué me dieron. Me levanté

instintivamente para alejarme del lugar y unos metros más adelante volví a caerme. Quedé groggy. No miento, los jugadores de Racing, el árbitro y los policías pueden dar fe de que estaba cortado».

Para el técnico boquense, José Omar Pastoriza, «ya se sabía que acá en Racing iba a haber problemas. Pero los clubes quisieron cambiar de cancha y les dijeron que no. Acá se hace difícil jugar porque es imposible controlar todo». Y su colega Albo Basile, el entrenador racinguista, dijo que «esto fue una payasada digitada. Es fácil, yo contrato a diez tipos, los mando a que se infiltren en la otra hinchada y que tiren piedras. Porque hubo infiltrados, por eso se produjeron las corridas, los descubrieron. Los partidos se ganan en la cancha. A Racing le costó dos años de sacrificio llegar a la Copa, no puede ser que Boca lo consiga de afuera. Navarro Montoya simuló, si había compañeros que le decían que no se levantara...».

En su edición del martes 27 de diciembre, el diario *La Nación* consigna que «los futbolistas de Boca fueron revisados en el consultorio médico de la AFA, donde se confirmaron las lesiones que sufrieron el jueves último en la cancha de Racing». El médico Mario Ferrantino revisó a Navarro Montoya y aseguró al matutino que «el arquero sufrió un trauma acústico. Es una lesión en el oído interno. Para llegar a esta conclusión, se le efectuó un estudio audiométrico completo». Al mismo tiempo, el doctor Homero D'Agostino —quien se encargó de chequear el estado de Juan Simón— señaló que «tiene una herida contuso-cortante en la región malar y nasal, con presencia de edema y hematoma. El corte es importante por su magnitud y por el sitio en que se halla».

Mientras tanto, el Tribunal de Disciplina de la AFA dispuso cinco días para que Racing y Boca formularan su descargo y para recibir el informe del árbitro Espósito. Ahí comenzó la pelea política porque, como explicaba *La Nación*, «los dirigentes de Independiente entienden que se le debe dar el partido por perdido a Racing y sacarle los puntos ahora, ya que esta primera rueda denominada Torneo Apertura, es un certamen más allá de todo. De ese modo, Independiente volvería a la Copa Libertadores. Deportivo Español habla de dudas, de cosas no muy claras, por intermedio de Francisco Ríos Seoane, su presidente. La gente de Boca espera tranquila y confiada pero sabe que la posibilidad de que el partido se juegue nuevamente, segunda averiguación de las últimas horas, es bastante importante y entonces pide una cancha neutral para una eventual prosecución. Finalmente Racing, por intermedio de su presidente Juan Destéfano, teje una telaraña bastante inadmisibles, que empieza por decir que Navarro Montoya no tenía nada, que exageró». En esos mismos días, el comisario mayor Omar Ángel Repetto, titular de la Unidad Regional XIV de Quilmes, quien estuvo a cargo del operativo para controlar el orden en Racing-Boca, informó que no se había iniciado ninguna investigación referida a la agresión que sufrieron los jugadores, ya que nadie había efectuado la denuncia correspondiente.

Por esas horas, Antonio Alegre, presidente de Boca, atendió el teléfono de su casa y escuchó una voz masculina que le decía algo así como «si a Boca le dan los puntos en el Tribunal, te vamos a matar...». Sin acobardarse, el titular boquense señaló a *Clarín* que «Boca no tiene problemas en aceptar cualquier decisión del Tribunal de Disciplina, pero pedirá que el partido se juegue en cancha neutral y a puertas cerradas si es que se determina la continuidad». Pedro Iso, mandamás de Independiente, coincidía y agregaba que «lo más justo sería que el encuentro prosiga ya que de ese modo se determinaría la clasificación en una cancha y no en los escritorios».

Como yapa, pedía que a Racing se le descontaran puntos por el incidente durante el torneo Apertura y no al final de la temporada, lo que significaba la clasificación de Independiente para la Copa Libertadores.

Llegaba 1989 y los argentinos festejaban el fin de año. El presidente Raúl Alfonsín se aprestaba a gobernar los últimos meses de su mandato, que finalmente se acertó por la precaria situación económica y política, enrarecida por el intento de copamiento de un cuartel militar en La Tablada, a mediados de enero, por un grupo de militantes vinculados a la antigua guerrilla guevarista. Así, el gobierno de Alfonsín terminaba de un modo muy distinto a como había empezado, cuando la ilusión popular de cambios profundos para la joven democracia argentina tenía fuerza y contagiaba voluntades. Muy pronto, Carlos Menem demostraría, con promesas falsas y acciones radicalmente opuestas al programa histórico del justicialismo, que el país aceptaba tener un futuro complicado.

En medio de semejante desbarajuste nacional, el Tribunal de Disciplina avisó que el jueves 5 de enero daría a conocer el fallo del partido suspendido. Curiosa la composición del tribunal: lo presidía Domingo Tabares, dirigente de Racing, acompañado por Walter Ajolfi, secretario de la entidad y vinculado a San Lorenzo. Entre los vocales estaba Héctor Bungiorno, de Boca, y otro simpatizante académico, Jorge Mesías, quien le aclaró a la revista *El Gráfico* que «no se equivoque, la simpatía por un club no tiene la menor incidencia en los fallos...».

Basándose en los Artículos 80, 106, 153, 152 y 48 del Reglamento de Transgresiones y Penas, el Tribunal le dio los puntos a Boca con el resultado Racing 0, Boca 1; además, procedió a quitarle dos puntos a Racing cuando finalizara la temporada. El fallo se ajustó claramente al reglamento y, como señaló *Clarín*, «se atuvo a los últimos antecedentes. Sanciones de las mismas características se aplicaron por los incidentes ocurridos en Córdoba que impidieron la realización del partido entre Instituto y San Lorenzo (Caso Zacarías) y en Rosario, donde los desmanes abortaron el cotejo entre Newell's y Central». Con este fallo, Boca logró clasificarse para la Copa Libertadores de 1989 junto con —casualmente— Racing. Independiente quedó afuera. El mismo matutino informaba el sábado 7 de enero que el presidente de Independiente, Pedro Iso, había manifestado en tono irónico: «Falta saber quién hizo el gol. Éste es un gol sucio, que se hizo con la mano. Este fallo es una vergüenza para el Fútbol».

Al finalizar la temporada 1988/89, Independiente se consagró campeón con ocho puntos de ventaja sobre el Boca de Pastoriza, dejando en tercer lugar al Deportivo Español. Racing, con el descuento de dos puntos que le otorgó el Tribunal de Disciplina de AFA, quedó ubicado en la novena posición, lo que le impidió llegar a la liguilla para jugar la Copa Libertadores de 1990, que se disputó en meses inusuales, ni bien finalizó la Copa del Mundo de Italia. A ella accedieron, finalmente, el campeón Independiente y River Plate, que venció en la final del reducido a San Lorenzo, con un gol de un tal Gabriel Batistuta. ¿Le suena?

## ZACARÍAS: LA VIDA EN JUEGO

Unos meses antes, el Tribunal de Disciplina había castigado suavemente a Instituto de Córdoba,

luego del tremendo trance que vivió Claudio Zacarías, defensor de San Lorenzo, en el estadio de Alta Córdoba. Fue en el partido del 8 de mayo de 1988 correspondiente a la fecha número 35 del campeonato de Primera. San Lorenzo venía tres puntos detrás de Newell's, con posibilidades ciertas de alcanzarlo.

En tiempos de pleno crecimiento de las barras bravas, de represión policial indiscriminada en las tribunas, de sospechas permanentes de incentivación en los partidos más importantes y de ausencia de justicia en muchas decisiones arbitrales, pasó algo horrible, que no entraba en la imaginación de nadie.

Faltaban algunos minutos para el inicio del partido cuando se produjo la explosión que casi le cuesta la vida a Zacarías y que conmocionó (por pocos días, desgraciadamente) al maltrecho fútbol argentino. El diario *Clarín*, en su edición del lunes 9 de mayo, contaba que «el vestuario que ocupaba San Lorenzo tiene unas ventanas a dos metros y medio del suelo con gruesos vidrios con armazón metálico. Uno de ellos, recientemente cambiado (así lo certifica la masilla que lo aseguraba) no poseía el esqueleto de alambre. Esos ventanales dan a un pasillo de cinco metros por dos, que antiguamente servía de boletería. Para ese fin, justamente, están las viejas rejas protectoras, selladas con chapa, que dan a la calle. Una de esas chapas fue forzada y por allí se introdujo la bomba de estruendo, con su cartucho disparador, que fue la que produjo la explosión y la onda expansiva que hizo estallar el vidrio sin alambres».

El petardo explotó justamente donde se cambiaban los futbolistas de San Lorenzo, a pocos minutos de comenzar el calentamiento previo y a punto de recibir instrucciones de su entrenador. Sigue narrando *Clarín*: «Debajo de la abertura sin alambre se cambiaban José Luis Chilavert, Darío Siviski, Claudio Zacarías y Sergio Marchi. Cuando se produjo la explosión, Marchi saltó a un costado, Chilavert se protegió y Siviski atinó a ponerse de espaldas. En cambio, Zacarías levantó automáticamente sus brazos y se cubrió el rostro. Marchi se salvó, Siviski recibió un feo raspón en el brazo izquierdo y Chilavert un corte en un pie. Zacarías no tuvo la misma suerte: un grueso vidrio le cayó de canto bajo su brazo izquierdo y le produjo la grave lesión».

El médico de San Lorenzo, Hugo Lobbe, señaló al periodismo que «el vidrio afectó los músculos pectoral mayor y dorsal ancho y la vena axilar izquierda pero además alcanzó las raíces nerviosas. El jugador deberá estar en recuperación de seis meses a un año y quiero destacar que de no haberse actuado con premura, podría haber perdido la vida».

Lobbe describió las heridas de Zacarías varias horas después del atentado, porque en los minutos siguientes a la explosión, la policía cordobesa clausuró el ingreso a los vestuarios y sacó a los periodistas a golpes y empujones, con insultos para quien quisiera oponerse. Tardaron 25 minutos en llevar a Zacarías desde el estadio de Instituto hasta el hospital donde se lo intervino quirúrgicamente. Durante esa eternidad la angustia ganó a todos en el vestuario visitante: Zacarías perdió más de dos litros y medio de sangre, casi el 50 por ciento de lo que posee un adulto en su organismo.

Fernando Arean, ayudante del entrenador azulgrana, contó que «nos volvimos todos locos con la explosión, yo salí del vestuario y le empecé a gritar a *Pichi* Loustau (el juez) vení, vení, que pusieron una bomba. Loustau estuvo diez puntos, otro juez se queda en la mitad de la cancha y si salía Instituto no sé qué pasaba». El delantero Walter Perazzo señaló que «en el lugar donde

ocurrió el accidente unos minutos antes estábamos todos los jugadores. Nos dispersamos cuando el *Bambino* Veira indica cambiar las zapatillas que se usan en el calentamiento por los botines, por eso no hubo tantos lesionados». Y Sergio Marchi completó el cuadro agregando que «no te imaginás los vidrios que cayeron. A Claudio lo agarró uno inmenso que si le caía en la cabeza lo decapitaba. Un loco solamente pudo haber hecho esto».

Si algún lector supone que el doctor Lobbe o los jugadores exageraron, vale la pena recordar la terrible conmoción que traslucían las palabras del médico clínico sanlorencista, Juan Carlos Rodofile: «Zacarías era el que más sangraba, en un primer momento no me di cuenta de la gravedad hasta que le vi la cara a Lobbe. Apenas lo vio comentó que había que llevarlo enseguida, que no le gustaba nada. Se hizo una compresión de emergencia y el pibe se asustó cuando vio tanta sangre. Pobrecito; me dijo Lobbe que en el camión de la policía llegando al hospital le pidió que no le dejara morir. Si Dios quiere, de ésta sale bien».

El árbitro Juan Carlos Loustau decidió rápidamente la suspensión del partido, previo cruce de palabras con los presidentes de los clubes, Ángel Gutiez y Fernando Miele. Según señaló la revista *El Gráfico* en su edición del 10 de mayo, el juez intentó comunicarse con Julio Grondona pero no pudo ubicarlo en Buenos Aires. El presidente Miele fue muy claro al exigirle a Loustau que suspendiera porque San Lorenzo no quería jugar de ninguna manera. Ningún jugador tenía el ánimo necesario para hacerlo. A las 16.22 del domingo 8 de mayo, Loustau decretó la suspensión, aunque algún dirigente de Instituto le había insinuado lo contrario.

El martes 10 de mayo, la investigación policial en la ciudad de Córdoba acusa a dos barras bravas de Instituto como los responsables de la colocación de la bomba. Tres días después es detenido Félix *Tótem* Morán y cuatro días más tarde otro barra, José *El chanco* Solís, se presenta por iniciativa propia. Solís se hace cargo del hecho, asume la culpa y queda arrestado. A tono con la mayoría de los dirigentes del fútbol argentino, el presidente de Instituto, Ángel Gutiez, niega cualquier vinculación con la barra del club: «La bomba la puso gente de la barra brava de mi club. Tengo esa impresión, pero a nosotros nos preocupa la información sensacionalista de algunos medios, que han publicado acusaciones sin fundamento, como que tenemos relaciones con la barra. Esa gente no entra al club los días de semana y los días de partido no hay ley que les impida el acceso. Yo no les doy entradas ni pongo para los bonos...».

En Buenos Aires, la dirigencia de Futbolistas Argentinos Agremiados convocó a un cese de actividades durante una semana en solidaridad con Claudio Zacarías. La medida incluía la suspensión de los partidos de Primera A y ascenso a disputarse el fin de semana siguiente.

Eran más de cien los jugadores que resolvieron la medida reunidos en la sede del gremio de los futbolistas. A las pocas horas, Agremiados lanzó una exhortación al poder político para que se estableciera en la legislación la responsabilidad de los clubes en los espectáculos deportivos. Carlos Pandolfi, secretario general del sindicato, explicaba al periodismo que «hace tiempo que venimos diciendo que un día van a matar a un jugador, porque gente en las tribunas ya murió. Eso casi ocurre el domingo con el chico Zacarías».

El jugador fue operado en el Hospital Español de Córdoba. Según Juan Carlos Salinas, el médico que condujo la larguísima intervención —desde las 22 del domingo hasta las 7 de la mañana del lunes— su vida estuvo realmente en peligro. Dijo Salinas: «La de Claudio Zacarías

era una típica herida de guerra, pero rara, parecía causada por un machete o por una guillotina. Los médicos debimos realizar dos tareas. Primero, recuperar al hombre, todos sabemos en qué peligro estuvo. Segundo, devolverle vida al brazo, que estuvo muerto por efecto de la herida. Se hizo una operación de microcirugía, es una intervención muy compleja, porque Claudio tenía los nervios seccionados. Se hizo un examen que nosotros llamamos electrocardiograma y se comprobó que el brazo tiene conductividad. En palabras poco ortodoxas, yo diría que por el brazo volvió a circular la electricidad. Claudio tiene movilidad en tres dedos, le faltan el anular y el meñique porque esos dependen del cubital...».

Zacarías recién pudo contactarse con su familia varios días después. Su mujer estaba internada en una clínica de Buenos Aires a punto de dar a luz al primer hijo de la pareja. El padre de Claudio, el conocido entrenador de boxeadores Santos Zacarías, había viajado a Italia, donde su pupilo Juan Martín *Látigo* Coggi, había defendido exitosamente su título mundial de la categoría welter junior de la Asociación Mundial de Boxeo. Santos, además, planeaba visitar después del combate a su hija Nancy, radicada en la ciudad de Brest, en el norte de Francia, a su yerno Jorge Nicolás Higuain, que estaba jugando profesionalmente en el fútbol francés, y a su nietito de casi un año: Gonzalo Higuain, actual delantero del Real Madrid y de la Selección Argentina.

Cuando Santos Zacarías llamó por teléfono a su yerno para anticiparle la visita, fue el propio Jorge Higuain quien le contó el desgraciado suceso que había sufrido Claudio en la cancha de Instituto. Zacarías padre canceló sus planes, se tomó el primer avión a Buenos Aires y de inmediato siguió viaje a Córdoba para acompañar a su hijo en la lenta y difícil recuperación. El entrenador de boxeadores contaba después a la revista *El Gráfico*: «Lloré casi todo el viaje porque creía que me estaban engañando, que me iban a contar la verdad en Ezeiza, que Claudio estaba muerto. No quería decirlo en voz alta, porque mi mujer estaba peor que yo. Si no se hace justicia, yo mismo voy a salir a buscar a los culpables. No sé qué espera el gobernador Angeloz para prohibir el fútbol en Córdoba...».

El jueves 19 de mayo se levantó el cese de actividades que había dispuesto Futbolistas Argentinos Agremiados y, ese mismo día, el Tribunal de Disciplina dio a conocer el fallo por el caso Zacarías: pérdida del partido para Instituto, descuento adicional de dos puntos, clausura del estadio del club cordobés y un descuento del 30 por ciento en las recaudaciones durante las siguientes seis fechas. Instituto protestó en la AFA, argumentando que los miembros del Tribunal de Disciplina habían actuado «bajo presión».

El equipo cordobés no se pudo recuperar del golpe que significó la pérdida de puntos y cosechó apenas dos empates en las últimas cinco jornadas. Si le sumamos que ganó un solo partido en las primeras 14 fechas del torneo siguiente, el descenso parecía la consecuencia lógica en un par de campeonatos. San Lorenzo, en cambio, se ubicó en el segundo puesto de la tabla, a seis puntos de Newell's. En la liguilla, eliminó a Mandiyú y a Vélez, y en la final dio cuenta de Racing, al vencerlo 2-0 en Avellaneda. Así logró la clasificación para la Copa Libertadores, una suerte de homenaje del plantel a Zacarías.

Cuarenta días después del hecho, en su edición del 18 de julio, la revista *El Gráfico* publicó una entrevista con Claudio Zacarías, a quien se notaba muy deprimido: «La angustia que tengo no la exteriorizo demasiado, pero no estoy bien. Cómo puedo estar si no puedo hacer nada, ni siquiera

atarme los cordones de las zapatillas porque no tengo sensibilidad en el brazo. Puedo moverlo un poco, pero no tengo sensibilidad. Me enteré que hace diez días recuperaron su libertad los que pusieron la bomba de estruendo. ¿Qué siento? Bronca, porque recién estoy cumpliendo 24 años y sé que tengo todo por delante. En Córdoba me quitaron un año de mi vida, pero no consiguieron sacarme la vida en un segundo».

El amor propio, la perseverancia, las ganas de una revancha y la contención familiar, le permitieron a Claudio Zacarías hacer una recuperación prolongada pero eficaz y volver a jugar casi nueve meses después. Volvió a la cancha en el partido del 12 de febrero de 1989, cuando San Lorenzo perdió 1-0 con River en el Monumental. Jugó marcando punta izquierda y siguió en el equipo titular durante toda esa temporada. Pero poco después se tuvo que ir del club. Zacarías lo resumió así: «En San Lorenzo se portaron bien hasta que terminé la rehabilitación. Después, Fernando Miele me dejó libre y en el club no me dieron ni un carnet de socio. Ni hablar de un partido homenaje o de ofrecerme trabajo. No soy de llorar, pero debo ser el único jugador en la historia del fútbol argentino al que le pasó algo así y el dolor es tremendo...». Tras un breve paso por el fútbol turco, Zacarías defendió durante dos temporadas la camiseta blanca y roja de talleres de Remedios de Escalada, donde finalmente se retiró a los 30 años en la Primera B Nacional.

Diez años —sí, diez años— tardó la justicia en dar el fallo definitivo sobre la cuestión. El 27 de mayo de 1998, la Corte Suprema de Justicia determinó que Instituto Atlético Central Córdoba debía pagarle a Claudio Zacarías la suma de 460.400 pesos, al determinar que «los integrantes de la barra brava de Instituto recibieron asistencia económica, espacios físicos dentro del estadio y trato fluido por parte de los dirigentes». En el mismo fallo, la Corte Suprema agregaba que «los barras tenían en su poder las llaves del cuarto donde se depositaban las bombas y las banderas y llevaban una suerte de contabilidad elemental de los gastos de la agrupación, de la que surge la compra de las bombas de estruendo».

El máximo organismo judicial del país acusó directamente al club cordobés, al fundamentar la sanción económica para Instituto: «La complacencia de las autoridades del club cordobés hacia los integrantes de la hinchada revela una manifiesta negligencia en el cumplimiento de las medidas de seguridad». El secretario de Instituto, Ricardo Baffaro, aseguró entonces que «el club acatará la decisión de la Corte Suprema, pero no vamos a pagar la cifra estipulada porque estamos en convocatoria de acreedores. Será el juez del concurso el que decidirá, luego de verificarla, si se paga la indemnización y en qué forma».

Cuando se conoció el fallo, Claudio Zacarías declaró en *Clarín* que «el fallo no es justo. Es una burla, porque condenaron a Instituto, que es una sola de las partes. Para mí, tanto la AFA como la policía cordobesa tendrían que haber pagado por no haberse hecho cargo del daño que me causó la agresión. Me hubiese gustado mucho seguir jugando pero no pudo ser, la indemnización es buena por mi situación económica pero cuando veo lo que pagan hoy de prima a los jugadores, me doy cuenta que es una cantidad insignificante».

La AFA no recibió ninguna sanción en el fallo. El periodista Gustavo Veiga señaló en su investigación en el diario *Perfil* del 31 de mayo de 1998: «En el alegato presentado por el Dr. Agricol de Bianchetti, abogado de la AFA, se expresa que la AFA no intervino, ni participó en la organización, control y gobierno del partido disputado aquel 8 de mayo de 1988, aspectos que le

correspondieron en exclusividad al club local, Instituto de Córdoba, inclusive la venta de entradas y su percepción dinerada. Cabe preguntarse si había sido oficial aquel partido que jugaron Instituto y San Lorenzo en Alta Córdoba hace diez años. ¿Había inspectores de AFA para certificarlo?, parecería que no, a juzgar por los argumentos elevados a la Corte Suprema. La relación entre la AFA y uno de sus clubes afiliados, en este caso Instituto, habría sido tan sólo producto de una imaginación asombrosa...».

Claudio Zacarías volvió a hablar de su drama pocos días después del fallo, en el diario deportivo *Olé*. Allí contó que «estuve mal, muy mal. Lloraba todo el tiempo, era la única forma de desahogarme. Tuve un montón de psiquiatras que trataron de sacarme de la profunda depresión que sufría, pero no había caso. Me daban pastillas y eso me hundía más. Fue ahí cuando se me cruzó la idea de matarme, el momento de tirar todo y estar tranquilo. Pero no tuve la suficiente valentía para hacerlo. No podía dejar a una familia sola, no era justo».

Dos años después, Zacarías denunció en *Olé* que, ya a doce años del hecho, nadie le había pagado nada: «Seguimos dando vueltas, alguien tiene que pagar. Tiraron una bomba, casi pierdo el brazo, casi me muero desangrado y no pasó nada, no hay ni un detenido. Acá siguen los partidos y están todos contentos». Seis años más adelante, en 2006, el ex futbolista contó al diario *Hoy* de La Plata que «hace 18 años que está el juicio y todavía no cobré nada. Estoy esperando que algún día la justicia resuelva lo mío. Un conocido me dijo que en un país sin justicia lo peor que hay es tener razón y como vos la lenés, todo te va a costar el doble».

Finalmente, el miércoles 20 de junio de 2007 el presidente de Instituto, Diego Bobatto y el secretario Sergio Courtade, anunciaron el acuerdo con Claudio Zacarías por la deuda histórica, luego de una negociación que insumió cinco meses. Dos días después del acuerdo, los abogados de Zacarías presentaron el acuerdo definitivo ante el Juzgado de Primera Instancia N°13 a cargo del juez Carlos Tale y se terminó la cuestión. Casi veinte años después de ocurrida la explosión en el vestuario de San Lorenzo. Casi veinte años después...

## **BARRIONUEVO Y LA BARBARIE**

Recién el 24 de febrero de 2010 pudo sentirse un poco más aliviado del tormento que sufriera durante casi una década. Una lucha desigual contra la injusticia, la incomprensión, la soledad y la angustia en el marco de una causa en la que tenía toda la razón, pero que no terminaba de devolverle la paz.

Adrián Leonardo Barrionuevo, con 39 años cumplidos, recibió con serenidad el fallo de la Cámara Nacional de Apelaciones en lo Civil, que condenó a la Asociación del Fútbol Argentino a pagarle 39 mil pesos en concepto de indemnización por la tremenda agresión sufrida en el campo de juego de Excursionistas, el 21 de abril de 2000. Barrionuevo jugaba allí con su equipo. Comunicaciones, por el torneo de Primera C. El dinero más sus respectivos intereses debía ser abonado por la AFA en forma conjunta con el club Excursionistas, la Policía Federal y el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires en carácter de co-responsables.

La AFA pidió el rechazo de la demanda porque las lesiones habían sido provocadas por un

grupo de «violentos», pero la Sala A de la Cámara afirmó que, como la entidad es la organizadora de los torneos de fútbol, también es responsable de preservar la seguridad de las personas que participan o presencian los mismos. El tribunal recordó que el partido entre el local y Comunicaciones había terminado y que los jugadores visitantes saludaban a la tribuna, cuando los agresores irrumpieron en el campo de juego y comenzaron a perseguirlos y a golpearlos. Por los golpes de puño y los puntapiés, Barrionuevo debió ser trasladado al Hospital Pirovano y se inició una causa penal por el delito de lesiones. El tribunal responsabilizó también al Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires por su obligación genérica de garantizar el bienestar general y proteger a los individuos. Para hacer extensiva la condena a la Policía Federal, los camaristas Hugo Molteni, Ricardo Li Rosi y Fernando Posse Saguier consideraron que, por los riesgos que representan este tipo de eventos deportivos, la institución debió velar por la seguridad y prever un mayor número de uniformados.

En el reclamo, Barrionuevo pedía a través de sus abogados que lo resarcieran por daño psicológico, daño moral, lucro cesante, que se le pagara el tratamiento psicológico que debió realizar y la gran cantidad de sesiones de kinesiología.

El propio Diego Maradona salió a defenderlo públicamente. «Me quiero solidarizar con este muchacho Barrionuevo, porque es una miseria lo que le van a dar. Acá hay muchísimos culpables y tienen que aparecer. Al pibe le arruinaron la vida con los golpes que le dieron y es una injusticia total», declaró por el canal de cable TyC Sports. Diego le pidió también a Futbolistas Argentinos Agremiados que interviniera en la causa y que defendiera a Barrionuevo porque «le puede pasar a cualquier jugador dentro de una cancha de fútbol. Si la Justicia falla habrá que hacer algo con este muchacho porque cuando volvió a jugar tenía miedo de que entrara gente de la tribuna a golpearlo».

El calvario nunca terminó del todo, porque Adrián Barrionuevo padeció durante varios años insomnio y un trauma psíquico que lo perturbó. Sin embargo, logró reponerse físicamente y, tras 119 días de ausencia, pudo volver como titular a Comunicaciones en ocasión de un partido contra Sacachispas. A los pocos días, le tocó enfrentar nuevamente a Excursionistas, cuyos hinchas lo habían agredido bárbaramente: en esa ocasión le comentó al cronista del diario *La Nación* que «todo lo vivido no fue una presión a la hora de jugar el partido. Pero no niego que los nervios ayudaron para que muchas pelotas me rebotaran».

Barrionuevo no estuvo solo ese día. Para ayudarlo a soportar los incomprensibles insultos de los hinchas de Excursionistas, tenía en la tribuna a su padre, Alfredo: «En el primer tiempo, cuando estaba esperando un córner de la izquierda, levanté la cabeza y me encontré a mi viejo detrás del arco. Sólo me alcanzó con su mirada. Él me dio lo que necesitaba. Es más, fue algo particular, ya que él no había podido estar en el partido anterior con Excursionistas, el de la golpiza, y eso era algo que él no se perdona, pero que íntimamente a mí me tranquiliza mucho. Creo que hubiese sido terrible que presenciara todo desde la tribuna».

Deportivamente, Excursionistas recibió una durísima sanción, ya que se le descontaron 21 puntos y se lo privó de luchar por el ascenso a la Primera B Metropolitana. El cuadro del Bajo Belgrano descendió del tercer al octavo puesto por obra y gracia de un grupo de violentos que escribió otro papelón en la historia negra del fútbol nuestro de cada semana.

## OTRO PETARDO EN EL VESTUARIO

El Metropolitano de 1982 tuvo de todo. Fue el año de la Guerra de Malvinas, ese intento desesperado de los militares por apoderarse de la legítima ilusión de volver a plantar la bandera nacional en las islas para perpetuarse en el poder. Fue también el año del Mundial de España, uno de los fracasos más sonoros de la selección argentina, que fue a defender su título y sólo pudo ganar dos partidos ante los modestos Hungría y El Salvador. Por si fuera poco, había llevado el glorioso plantel del 78 más varios *cracks* agregados como Diego Maradona, Ramón Díaz y Jorge Valdano, nada menos. En ese año el fútbol local se contagió de bronca por el mundial frustrado, y más aun por la estafa de Malvinas, la tergiversación de la información, del hartazgo de una dictadura que se caía a pedazos y que solucionaba sus irregularidades pretendiendo esconder sus crímenes y miserias...

Ese Metro de 1982, que ganó Estudiantes de La Plata tras una dura pelea con Independiente, fue un decálogo de episodios violentos, algunos increíbles. Por ejemplo, que la hinchada de Vélez decidiera prenderle fuego a un quincho ubicado detrás de la tribuna que ocupaban en la cancha de Nueva Chicago, equipo que le había ganado el clásico barrial por 3-2, y que terminaran con enfrentamientos mano a mano entre los hinchas y muchísimos detenidos.

Hubo también partidos suspendidos por «falta de garantías», como Huracán-Racing, agresiones a técnicos y jugadores en los vestuarios y en pleno terreno de juego, y árbitros que quedaron cercados por hinchas enervados y tuvieron que refugiarse durante horas antes de poder abandonar un estadio. Pero el colmo de tanta violencia absurda fue el petardo que explotó en el vestuario de Vélez cuando los jugadores se preparaban para disputar el segundo tiempo ante Estudiantes, en momentos en que el cuadro pincharrata se jugaba la punta del torneo.

La pelea entre Estudiantes e Independiente para quedarse con el Metro de 1982 se desarrollaba punto a punto. Eran los mejores equipos del fútbol argentino junto con Ferro Carril Oeste, que había ganado el torneo Nacional de ese año mientras se jugaba el Mundial de España. Pincharratas y rojos se midieron en La Plata en la sexta fecha y empataron sin goles, el mismo resultado que se dio en la revancha, cuando igualaron 1-1 en Avellaneda, con tantos de Morete para Independiente y Gottardi para Estudiantes.

Luego de este empate quedaba una docena de fechas y, en una buena racha final, Estudiantes sacó una pequeña luz de ventaja que le permitió ser campeón. El equipo que dirigía Carlos Bilardo quedó libre en la 26ª jornada y enhebró una serie impresionante de 8 victorias y 4 empates, aunque igual tuvo que luchar muchísimo, porque Independiente tampoco perdió ningún partido más. Los rojos de Nito Veiga también se mandaron un campañón en las últimas trece jornadas, con 7 triunfos y 6 empates.

Daba la casualidad de que enfrentaban a los mismos rivales: los cuadros que jugaban con Independiente se medían en la fecha siguiente con Estudiantes. Ninguno de los dos pudo vencer al duro Nueva Chicago y tampoco a Newell's ni a River. Todos fueron empates. Los rojos, por otra parte, no lograron vencer a Ferro, a Sarmiento ni al Racing cordobés, en tanto que Estudiantes no pudo con Instituto. Ahí radicó la diferencia de un punto con la que llegaron a la última fecha:

Estudiantes 52, Independiente 51.

El hecho extraño, insólito, sucedió en la calurosa noche del sábado 29 de enero de 1983 en el estadio de Avenida 1 y Calle 57, cuando Estudiantes recibía al Vélez de Juan Carlos Lorenzo, que estaba en el cuarto lugar, lejos de la punta, pero haciendo una destacada campaña. Un partido durísimo, cuyo primer tiempo terminó empatado sin goles. En Avellaneda, mientras tanto, Independiente superaba a Talleres con dos goles del *Puma* Morete y se ponía a un punto de distancia.

En el entretiempo, los hinchas de Estudiantes estaban inquietos. El equipo, que tenía un mediocampo maravilloso con Miguel Ángel Russo, Marcelo Trobbiani, el *Bocha* Ponce y Alejandro Sabella, no podía con la dura marca de Vélez. Los visitantes, en tanto, estaban descansando y refrescándose en el viejo vestuario ubicado bajo la tribuna cabecera local. De pronto, estalló uno de los vidrios, cayó algo dentro del vestuario y explotó. Hubo mucho miedo, corridas, humo, varios aturdidos, Mastromauro lastimado. Pasado el primer momento de pánico, el alivio de saber que nadie estaba grave... ¿Qué había pasado? Nada menos que un petardo. ¿Uno? ¿O dos? ¿Tres, cuatro?

Así contaba el episodio el árbitro Claudio Busca en su informe: «Siendo las 21.58, se escucharon cuatro fuertes explosiones desde mi vestuario. Ante esta situación se apersonó a mi vestuario el capitán de Vélez, Pedro Larraquy, quien me informó que retiraba el equipo de la cancha». Llama la atención que el informe no mencione las lesiones de tres jugadores de Vélez: Norberto Alonso, el propio Larraquy y Pedro Mastromauro. Pero lo que sucedió fue que Larraquy, aturdido por el incidente, olvidó decírselo a Busca y, aunque luego regresó al vestuario del juez para rectificar la denuncia, no logró que los datos figuraran en el informe. Por eso, ni siquiera lo firmó.

Juan Carlos Lorenzo, el entrenador de Vélez, señaló a los periodistas que «así no se podía seguir, por más garantías policiales que ofrecen, hay dos jugadores lesionados como consecuencia de los petardos que explotaron en nuestro vestuario. Ya antes del partido tiraron petardos que nos impidieron realizar el precalentamiento. En el entretiempo rompieron la ventana y tiraron cuatro bombas de estruendo que lastimaron en el párpado a Mastromauro y lo dejaron atontado al Beto Alonso. Agradezco las garantías que me brindan pero con jugadores en mal estado físico y psíquico no se puede seguir».

Busca juntó coraje y decidió suspender el partido, a pesar de las quejas de José Luis Brown, el capitán de Estudiantes, y del técnico local, Carlos Bilardo. Lorenzo había dado la orden de retirar al equipo y Larraquy se lo contó al periodismo: «Nuestro técnico me llamó y me dijo que fuera al vestuario de Busca para comunicarle la decisión de no seguir jugando. Entre las explosiones, el humo y la tensión que había en el vestuario era muy difícil discernir sobre qué cosa era correcta y qué cosa no lo era. Lo cierto es que las explosiones existieron y Alonso no estaba para seguir, teníamos que reemplazarlo dándole una gran ventaja al rival...».

Mientras el público dejaba el estadio, Independiente redondeaba un 3-1 cómodo sobre Talleres y se ubicaba en 51 puntos, con un final incierto en La Plata y una incógnita a futuro. El domingo 30, la Comisión Directiva de Estudiantes resolvió reclamar los puntos en la AFA por una supuesta no presentación de Vélez. Había mucho recelo para con Julio Grondona, presidente de la AFA y ex

titular de Independiente, justamente.

A tono con la denuncia, el mediocampista Carlos Ischia, una de las figuras de Vélez, le contaba al diario *Crónica* el lunes 31: «Todo fue muy lamentable. Mirá, lo que sufrimos en La Plata fue Increíble. Apenas nos bajamos del micro, dos o tres compañeros recibieron patadas y empujones del público de Estudiantes que nos salió a recibir. Incluso yo vi a un pibe, que no tendría más de diez años, al que un policía tuvo que tomar de los pelos para que no nos pegara. Yo me pregunto si un chico puede agredir por iniciativa propia. Estoy seguro que alguien mayor se lo propuso. Después, al entrar al vestuario empezaron a caer por las ventanas varios petardos, por eso tuvimos que salir a la cancha antes y hacer las elongaciones ahí porque era imposible hacerlo en el vestuario. Cuando pasó lo mismo antes del segundo tiempo, todos estábamos de acuerdo en la decisión de no salir a jugar. Sin dudas pienso que fue gente de Estudiantes la que arrojó los petardos...».

Las cosas empeoraron para Vélez. Por un lado, el juez Busca consignó en su informe que «había suficientes garantías para continuar». Por otro, el peritaje policial indicó que los daños en la ventana y un ventiluz del vestuario habían sido ocasionados presumiblemente desde adentro del camarín visitante y que los exámenes médicos a Norberto Alonso y Pedro Mastromauro no revelan «ninguna lesión clínicamente diagnosticable».

El partido pasó a jugarse en el Tribunal de Disciplina de la AFA. El martes 8 de febrero, con el campeonato paralizado, se determinó que debía disputarse el segundo tiempo. Los informes periodísticos indicaban que la votación del fallo había sido reñida y que finalizó 6 a 3 tras varias discusiones subidas de tono. Al día siguiente se confirmó que los 45 minutos restantes debían jugarse el 11 de febrero, dos noches después del fallo.

La determinación del Tribunal señalaba que «encontramos negligencia y responsabilidad tanto en el club Estudiantes como en el árbitro del partido, que en ese momento debió exigir a los directivos locales la máxima seguridad». También explicaba que «de haber habido suficientes fuerzas policiales a esa hora en el pasillo externo del vestuario visitante y por debajo de la tribuna local, los acontecimientos no hubieran ocurrido», y agregaba que «el árbitro careció de firmeza, se dejó arrastrar por la confusión reinante, debió esperar en el campo de juego, aguardar el tiempo reglamentarlo, cerrar la planilla y dar por terminado el partido».

Para agregar más confusión, el Tribunal justificaba así su decisión: «No le puede ser adjudicado el castigo al club local con la pérdida del partido, tampoco está demostrado que Vélez hiciera explotar los petardos en un ardid o engaño y por ende no le pueden ser sustraídos los puntos en disputa. Ante la dificultad probatoria respecto a un equilibrado reparto de culpas, nos encontramos inhibidos de adoptar la posición simplista que consistiría en dar por perdido el partido a ambos equipos».

Al día siguiente, jueves 10, toda la ciudad de La Plata amaneció tapizada con carteles callejeros que decían «Pincha Campeón, contra toda la traición. Solos contra todos». El viernes 11, finalmente, se completaron los 45 minutos en un partido sin incidentes. Es más, cuando Lorenzo se dirigió a ocupar su lugar en el banco de Vélez, cayeron varias decenas de claveles sobre él. Del alambrado colgaban banderas hechas de apuro que reflejaban el enojo de los locales. Una decía «El León no se olvida de Grondona, Tabares, Ajolfi, Fagés, Mazzoni, Monrroy, Bovone,

Mesías, Lorenzo y Nimo», cargando así la responsabilidad en el presidente de la AFA, el titular del Tribunal y los integrantes del cuerpo que votaron en contra, además del entrenador de Vélez y el inefable «periodista» Guillermo Nimo, quien había estado diciendo en varios programas de televisión que Independiente tenía que ser el campeón.

A tres minutos del final, José Luis Brown cabeceó un centro sobre el área de Vélez y Estudiantes ganó el partido. Pasaba a tener 52 puntos, contra 51 de Independiente. El 14 de febrero se jugó la última fecha, donde el cuadro de Bilardo venció a Talleres 2-0 en el estadio mundialista cordobés y se consagró campeón. Atrás quedaron esos petardos que casi le arruinan la fiesta. ¿Quién o quiénes fueron los responsables? Todavía hoy no conocemos la verdad...

# CAPÍTULO 4

## ESE FANTASMA TAN TEMIDO

Muchos jóvenes deben creer que los promedios para no descender existieron desde siempre en el fútbol argentino. Otros se deben haber enterado que no es así, quizás a partir de las críticas que algunos periodistas le hacemos a este sistema perverso que apunta exclusivamente a beneficiar a los más poderosos. El condicionamiento que sufren los equipos que ascienden a Primera —o a cualquier categoría, da lo mismo— y la bajísima probabilidad de que un equipo importante repita varias campañas negativas consecutivas, explica que casi siempre terminen siendo los mismos clubes los que luchan por evitar el descenso.

Si la Argentina es un país del Primer Mundo futbolístico, nadie tiene una explicación convincente para justificar la existencia de los promedios. No hay promedios en ningún país importante en el concierto internacional. En ninguno. Aquí se lo intenta defender con el argumento de que «para irte al descenso tenés que hacer tres malas campañas, se castiga un proceso de tres temporadas y no de una sola». Nada más elemental y rebatible que un argumento como ése.

Esta historia arrancó en 1957, cuando la AFA dispuso que, para determinar el descenso, se sumarían los puntos obtenidos en los dos últimos torneos (1956 y 1957) y se establecería el correspondiente promedio dividiendo los puntos por 2. Atlanta, que estaba volviendo a Primera A tras ganar la Primera B de 1956, tendría un promedio igual a los puntos que obtuviera en 1957.

En esa primera ocasión, Ferro Carril Oeste que había arrancado con una cómoda ventaja sobre Argentinos Juniors y Tigre fue el club que descendió, al sumar escasos 17 puntos y ubicarse último. El sistema se mantuvo en 1958, cuando descendió Tigre, y durante 1959, cuando le tocó bajar a Central Córdoba de Rosario, tras una polémica en un partido contra Ferro definido con un fallo vergonzoso por el Tribunal de Disciplina de la AFA. En 1959 se insistió con el sistema, pero agregando una temporada más: es decir que la suma de puntos se dividía por 3.

Así se mantuvo durante 1960 (descendió Newell's Old Boys), 1961 (bajaron Lanús y Los Andes) y 1962 (Quilmes). Parecía que todo iba a seguir igual en 1963 pero, cuando le tocaba descender a Estudiantes de La Plata por su bajo promedio, la AFA dispuso la anulación de los descensos en todas las categorías y ampliar la cantidad de equipos en cada división. Los 14 clubes de Primera A iban a pasar a ser entonces 16, al mantenerse Estudiantes, ascender Ferro Carril

Oeste y regresar Newell's por una decisión judicial. Los promedios recién volverían a instalarse en 1983 para subsistir hasta hoy.

Pero volvamos a 1981. Lo que ocurrió el 15 de agosto en la cancha de Ferro provocó un cataclismo en el fútbol argentino: Argentinos Juniors venció a San Lorenzo 1-0 y lo mando al descenso. Nunca había ocurrido. Jamás había descendido uno de los cinco grandes al torneo de los sábados. San Lorenzo se banco 1982 jugando en Primera B y, tras una gran campaña y acompañado por una multitud, pudo retornar a los domingos. Pero su situación encendió una luz de alarma muy intensa para los poderosos.

El 22 de diciembre de 1981, el Comité Ejecutivo de la AFA resolvió impulsar el sistema de promedios. Auspiciado por Julio Grondona y con la aceptación fundamental de Rafael Aragón Cabrera (presidente de River), Martín Noel (titular de Boca), Santiago Saccol (Racing) y Eduardo De Luca (Defensores de Belgrano), el proyecto también fue avalado por el resto de la dirigencia. Se resolvió aprobar por unanimidad la modificación del Artículo 76 del Estatuto de la AFA y todo quedó resuelto el 15 de abril de 1982 en Asamblea General.

El sistema de promedios con dos temporadas sumadas comenzó a regir en el torneo Metropolitano de 1983, campeonato que marcó el retorno de San Lorenzo a Primera división y el descenso de Racing Club, que ocupó la última posición junto con Nueva Chicago en la suma de puntos de 1982 y 1983. En ese Metro de 1983 se produjo otro hecho increíble: River quedó penúltimo, con 29 puntos, sólo dos más que el colista, el Racing cordobés.

Los dos equipos mantuvieron la categoría gracias a los promedios más bajos de la Academia de Avellaneda y de Nueva Chicago, pero la pregunta quedaría instalada para siempre: ¿los promedios se establecieron para salvar a River? ¿O River pudo salir penúltimo y no bajar porque tenía suficientes puntos cosechados en la temporada de 1982?

La respuesta correcta es la segunda. River había reunido 34 puntos en 1982, con lo que juntó 63 unidades en el período 1982/83 y eso le permitió situarse cinco puntos por encima del Racing Club y tres por delante de Nueva Chicago, que terminaron con 58 y 60 puntos respectivamente. La decisión de los promedios, por otra parte, se dio un año antes de la flojísima campaña de River, envuelto en problemas políticos y económicos muy graves.

Pero volvamos al descenso de San Lorenzo, que había perdido su cancha, el querido Gasómetro, en diciembre de 1979. El día 2 de ese mes disputó su último partido allí, empatando 0-0 con Boca por el campeonato Nacional. El estadio, que había sido inaugurado en 1916, se mantuvo más de un año como un esqueleto ilustre y luego, lentamente, fue desguazado. El Ciclón afrontó el Metropolitano de 1980 jugando de local en la cancha de Huracán, con resultados muy flojos, al punto que terminó con 33 puntos, justo adelante de los tres cuadros que descendieron: Quilmes, All Boys y Tigre. Cuando parecía tener casi encima el peligro de un insólito descenso, el equipo de Boedo sumó algunos puntos clave y pudo escapar. Pero el susto existió.

En 1981, la dirigencia resolvió alquilar el estadio de Ferro Carril Oeste para jugar de local y traer varios refuerzos, como los veteranos Rubén Suñé, Omar Larrosa y Armando Capurro, más el retorno de Rubén Glaría y Héctor Scotta, dos viejas glorias del club. Desgraciadamente el año había empezado con una tragedia: el 9 de enero, el mejor jugador de la temporada 1980, el defensor Hugo Pena, murió electrocutado en su casa cuando tocó el televisor mientras tenía uno de

sus pies sumergido en una palangana con agua y sal. Fue una ausencia durísima, e imposible de reemplazar. Una magnífica nota del talentoso periodista Osvaldo Ardizzone en la revista *Goles Match*, titulada «A la muerte habría que matarla», sintetizó toda la conmoción que produjo el accidentado final de Pena.

El sábado 15 de agosto se disputó la última fecha del torneo Metropolitano, en la que se consagró campeón Boca Juniors, con Diego Maradona y Miguel Brindisi como las grandes figuras. Detrás, a apenas un punto de distancia, se ubicaba el durísimo Ferro de Carlos Timoteo Griguol, que goleó 3-0 a Platense en la cancha de Atlanta y descontó un punto, ya que Boca empató en un gol con Racing, en la Bombonera.

En el fondo de la tabla, con Colón ya descendido desde hacía varias jornadas, San Lorenzo sumaba 28 puntos, y Argentinos Juniors y Talleres de Córdoba tenían 27. El equipo de La Paternal se había visto beneficiado por una decisión del Tribunal de Disciplina, que le dio por ganado un partido con Talleres en el Estadio Córdoba (habían empatado 2-2) porque el defensor Abelardo Carabelli había dado positivo en un control antidoping. Le habían encontrado efedrina y el jugador fue suspendido por un mes y siete días. Con ese punto adicional, entonces, Argentinos emparejó la línea de Talleres, que quedó más comprometido en la lucha por quedarse en Primera A.

Es decir que el cuadro de Boedo necesitaba empatar para mantener la categoría, porque los descensos eran dos y faltaba solamente un nombre. Esa tarde del 15 de agosto, mientras Talleres jugaba su chance en el Estadio Córdoba frente a Instituto, el otro representante provincial, San Lorenzo y Argentinos Juniors se midieron en la cancha de Ferro.

El arbitraje del trascendental partido recayó en Carlos Espósito, que tuvo las agallas suficientes como para cobrar dos penales. Y ganó Argentinos con un penal que pateó el tucumano Carlos Horacio Salinas a los 40 minutos, engañando al arquero César Mendoza: Salinas le pegó de derecha hacia el palo opuesto que eligió el golero paraguayo de San Lorenzo. Un rato antes, a los 17 minutos, los azulgranas habían dilapidado su oportunidad, cuando el juez interpretó como intencional una mano de Pedro Magallanes en su propia área y cobró penal. El eximio periodista Eduardo Rafael contaba en *El Gráfico*: «Llega el centro y Rinaldi lo va a buscar, gana y el cabezazo va hacia el primer palo. Se cruza Magallanes y pone las manos. Penal. Indiscutible. Delgado tira, Alles da un paso al frente, otro a la derecha y rechaza con la palma de la mano. La pelota le cae otra vez a Delgado, ahora a tres metros del arco, saca el zurdazo y encuentra al arquero reincorporándose de su primera atajada. La pelota rebota en la pierna izquierda y se va lejos. Un escalofrío, como una premonición, recorre las tribunas hasta entonces eufóricas».

Para la mayoría, el arquero Alles se había adelantado en la ejecución del penal y el tiro debió repetirse, pero ni las protestas de los jugadores, ni las de los hinchas de San Lorenzo, ni las de algunos dirigentes tuvieron consenso. Sigue contando *El Gráfico*: «Magallanes se le va a Milano y busca encarar por la izquierda. Lo cruza Glaría y la pelota era suya, pero Magallanes lo alcanza. Glaría lo toca y lo derriba. Espósito no duda: ¡penal! Salinas, decidido, acomoda la pelota y remata cruzado, abajo, hacia el palo derecho de Mendoza. Es gol y empieza otra historia».

Todo el segundo tiempo transcurrió entre la desesperación de San Lorenzo por alcanzar el empate que lo salvara del histórico papelón y la tranquilidad de Argentinos por cuidar la pelota y mantenerse atento en defensa. Apenas un bombazo del delantero uruguayo Daniel Godoy que

reventó el travesaño puso un poco de zozobra en el corazón de los hombres de La Paternal. Contaba Eduardo Rafael que «cuando iban 86 minutos se conoció el resultado final en Córdoba, con el triunfo de Talleres por 2-1. El descenso estaba ahí, en Caballito. Era irremediable para uno de los dos. Faltaban cuatro minutos y la tribuna de San Lorenzo apeló a sus últimas reservas: El “Sanloren... sanloren...” bajaba desgarrador desde tres costados de la cancha como exigiendo el esfuerzo heroico, el último, el final. Desde el otro sector se escuchaba, atenuado, el “...que Argentinos es de primera y de primera no se va”. Y no se fue porque cuando Villar derribó a Magallanes apenas cruzada la mitad de la cancha, Espósito pitó el final. Todo Argentinos corrió hacia su hinchada. En la cancha quedaron exhaustos, once hombres que se fueron con la cabeza gacha, con gesto descompuesto, con la visión nublada. Un silencio nunca tan sentido, nunca tan lacerante los acompañó hasta el túnel. Habían provocado lo que el fútbol no podía creer: que San Lorenzo se fuera a la B».

Después del partido hubo de todo. La alegría desbordante y justificada de José Varacka, el entrenador de Argentinos, quien además se estaba sacando de encima un estigma denigrante: para muchos futboleros, Varacka era «mufa», y ni siquiera lo nombraban por su apellido, una costumbre mechada de ignorancia, superstición y mediocridad para aceptar los resultados negativos muy propia de la forma de ser argentina, y en particular porteña. El reconocido técnico tuvo entonces su momento de desquite: «Muchos ahora querrán venir a tocarme para que les dé suerte o los ayude. Yo nunca me preocupé por eso, no creo ni siquiera en las cábalas. Los que me tildan de mufa son los enfermos de superstición y no me río de esa gente, aunque yo no uso siempre la misma camisa ni me siento en el mismo asiento del micro...», declaró.

En el vestuario de San Lorenzo, el verborrágico Juan Carlos Lorenzo no podía creer lo que estaba pasando... Justo él, que había sido bicampeón con el Ciclón en 1972 y había ganado todo en Boca. Recién recuperaría algo de su prestigio alcanzando el ascenso con Atlanta dos años después.

Hubo cruces entre los jugadores. El delantero José Luis Ceballos consideraba justo el descenso «porque se cometieron muchos errores. Los dirigentes en ningún momento respaldaron al plantel, que vivió en un estado de incertidumbre permanente en cuanto al cobro de sueldos y premios. Cuando despidieron a Victorio Coceo cometieron el error fundamental...». Ceballos fue incluso más allá, al meterse con Lorenzo: «Traer a Lorenzo fue otro error de los dirigentes. No era el hombre indicado para dirigir a este equipo. No sabés cuánta gente se acercó para decirme que lamentaba que San Lorenzo se haya ido al descenso, pero que a la vez se pusieron contentos por el nuevo fracaso de Lorenzo».

Dos días después, el periodista Horacio Pagani escribía en el diario *Clarín* que «el honor es una cualidad moral todavía posible. Muchos lo olvidaron cuando se cegaron por sus posiciones individuales. Prefirieron la intriga y la especulación para conseguir algo que se les escapaba a las armas deportivas. El descenso de San Lorenzo, uno de los grandes del fútbol argentino, pareció dejar a salvo la dignidad de los máximos dirigentes de la AFA. La caída de una institución poderosa no es negocio. Sin embargo, ocurrió. Y más allá de las rumoreadas incentivaciones de las últimas fechas, desleales pero no determinantes, nadie tendría que quejarse. Abundaron los resultados no esperados y no se registraron ni siquiera sospechas de algún intento de soborno».

Aunque nadie lo podía creer, San Lorenzo se había ido al descenso. Enloquecidos de dolor, los hinchas se autoconvocaron en la sede del club y realizaron un par de asambleas multitudinarias en las que reclamaron la anulación del descenso, sin demasiadas razones para justificarla. Algunos fanáticos hasta llegaron a pedir la desafiliación del club. En su reunión del martes 18, la Comisión Directiva del club emitió un comunicado en el que resolvió: 1) Acatar en su totalidad los reglamentos de la Asociación del Fútbol Argentino. 2) No hablar de desafiliación. 3) Realizar todas las gestiones pertinentes para esclarecer todo lo referido al descenso. 4) Aceptar la invitación de la AFA y jugar el campeonato Nacional.

El argumento principal de los hinchas que no aceptaban la dura realidad se basaba en algo simple: un club como San Lorenzo no podía ir a jugar a Primera B por prestigio, honor y recaudaciones. Eso mismo repetía, sin demasiada convicción, el presidente del club, Vicente Bonina, quien declaró a *La Nación* que «la función social que cumple con su Ciudad Deportiva debe ser comprendida. Debemos solicitar ante la AFA que contemple esta situación y anule los descensos por este año...».

Este argumento de los hinchas, y también de dirigentes de varios clubes, no hacía más que reiterar una situación que se había vivido en los años '60 y 70. Para el mundo futbolero argentino, el descenso es la muerte, bajar de categoría es una afrenta de la que no se puede volver. Bajo esa creencia, para algunos energúmenos no se podía permitir que un club grande y poderoso como San Lorenzo sufriera el papelón y la ignominia terrible de jugar en la B. Eso estaba reservado, solamente, a equipos más chicos, con menos historia y pergaminos que San Lorenzo. ¿Habría arrancado aquí el impulso para establecer los promedios?

Dos años después, cuando la democracia llegaba definitivamente a la Argentina y se habían producido los descensos de Racing Club y Nueva Chicago, un diputado radical del barrio porteño de Mataderos, Liborio Pupillo, presentó como su primer proyecto una solicitud a la AFA para que anulara los descensos. Por suerte, nadie lo imitó y otros diputados hasta lo tomaron en broma. De todos modos, ideas parecidas persistieron durante un tiempo. ¿Cómo podía ser que un poderoso tuviera que mezclarse con los más chicos? ¿Cómo no aparecía una mano salvadora en alguna parte, un militar primero o un diputado o senador después? En la actualidad da la sensación de que ese tipo de pensamientos está en retirada, aunque nunca se sabe.

Por cierto, el vicepresidente de San Lorenzo en 1981, Aldo Rodríguez, explicaba en *El Gráfico* que «al club lo va a salvar la unidad pero no la unidad de las fracciones políticas sino la de las personas capaces de dirigirlo. Hay que ir a buscarlas...». Para eso proponía a distintos militares, como el almirante Carlos Coda, el contralmirante Eduardo García Pulles, el comodoro Llerena o el ingeniero Carlos Benaglia, que había presidido YPF durante la dictadura... todos funcionarios del gobierno militar o directamente, hombres de uniforme. De las terribles «fracciones políticas» ni hablar. Todo un canto a la democracia interna.

Tanto buscaron los dirigentes del club de Boedo, que finalmente encontraron un elemento de peso para protestar el partido contra Argentinos Juniors y tratar de torcer el resultado. El martes 25 de agosto, un par de minutos antes de las 20 horas, San Lorenzo presentó en la AFA una denuncia contra Argentinos por mala inclusión del arquero uruguayo Mario Alles. El argumento principal era que el jugador no cumplía las disposiciones del Reglamento General de la AFA, al no

tener cédula de identidad argentina como exige la ley o, en su defecto, un permiso precario que la AFA está facultada a entregarle al futbolista que se encuentre gestionándola. Según el artículo 125 del Reglamento General, para poder confeccionar la planilla oficial de cada partido, deben presentar «cédula de identidad extendida por autoridad argentina, los extranjeros de cualquier edad».

El mismo Reglamento señala en su artículo 202 que para que un jugador pueda participar de un partido oficial debe estar debidamente inscripto en el Registro de Jugadores a favor del club cuyo equipo integre, además de tener registrado un contrato vigente en la AFA y exhibir ante el árbitro del partido en el momento de firmar la planilla oficial la credencial deportiva de la AFA.

La protesta de San Lorenzo era razonable, pero parecía insuficiente. El arquero Mario Alles no tenía cédula de identidad expedida por autoridad argentina, es cierto, pero, según le contaba al diario *La Nación*, «cuando me enteré por los diarios del problema, fui rápidamente al club para verificar el comprobante que otorga la AFA para que pueda jugar y que está en poder de Argentinos. La credencial indica claramente que es válida por todo 1981 y con la cual jugué todo el año. Ya la temporada anterior participé con una credencial similar que me autorizó a jugar por todo 1980».

Alles cerró su defensa argumentando que «estoy gestionando la radicación en el país y mientras termino el trámite, circulo con la documentación de Uruguay, que tiene validez por tres meses a partir de cada ingreso en la Argentina y como yo viajo periódicamente a Montevideo, siempre estoy en regla. Quiero aclarar, además, que en todos los partidos que jugué, jamás ningún comisario deportivo me pidió otra cosa que la credencial que me dio la AFA».

Lo cierto es que el abogado que representaba a San Lorenzo, Enrique Pedro Larrandart, comenzó a investigar cómo era posible que Alles, que no tenía cédula de identidad expedida por autoridad argentina, estuviera inscripto en los registros de la AFA. Cuando se le contestó que el artículo 201 habilitaba esta situación con una credencial especial válida por dos meses, Larrandart repuso que la credencial de Alles no se había vuelto a renovar después del período septiembre-octubre de 1980. La respuesta corre por cuenta del periodista Guillermo Blanco en *El Gráfico*: «A pesar de no haber sido renovada más, la AFA le otorgó a Mario Alles la credencial deportiva correspondiente a 1981, firmada por el gerente Ernesto Wiedrich y nunca lo inhabilitó por carecer de ese permiso temporario. No fue el único caso, ya que según una infidencia de una alta fuente del Tribunal de Disciplina, en la condición de Alles hay alrededor de treinta jugadores extranjeros actuando en la Argentina, incluso Godoy de San Lorenzo, quien jugó el encuentro en cuestión frente a Argentinos Juniors».

Todos los papeles llegaron al atribulado Tribunal de Disciplina de la AFA, presidido por Domingo Tetares, allegado a Racing Club. El dirigente, acosado por el periodismo de la época — sin móviles en vivo ni celulares— dijo, haciéndose el gracioso, que «esto es como un parto. Tenemos a la mamá, la pancita, pero faltan diez o quince días para el nacimiento y aún no sabemos si será nena o varón...». Luego, más serio, agregó: «Me parece contraproducente que San Lorenzo haya dado a publicidad su protesta. En una situación tan delicada realizar suposiciones sería cometer una imprudencia, perjudicando a las partes. Por ahora, no hablaremos».

El Tribunal le otorgó cinco días a Argentinos Juniors para que presentara su descargo. El

martes 1° de septiembre, el cuadro de La Paternal contestó la acusación, con la firma del presidente Próspero Consoli y los dirigentes Luis Segura y Miguel Marotti. En ella se hacía notar que San Lorenzo había esperado 34 fechas para objetar a un jugador que había actuado en forma lícita durante todo el campeonato y se aludía a la situación también irregular de Daniel Godoy, César Mendoza y Walter Corbo, jugadores del cuadro azulgrana. El Tribunal de Disciplina se tomó una semana para estudiar el caso.

El miércoles 9, *Clarín* tituló «Fallarían contra San Lorenzo». En el texto, el abogado Larrandart señalaba al matutino que «hay muchísimas versiones circulando por ahí, pero no me voy a hacer eco de ellas. Hasta que no se resuelva no podemos sacar conjeturas. Estoy tranquilo porque San Lorenzo, en el aspecto jurídico, tiene razón. En caso de que el fallo sea desfavorable, la opinión de los socios por intermedio de sus representantes, será la que decidirá el futuro». Al día siguiente, luego de una reunión de seis horas, el Tribunal resolvió rechazar la protesta presentada por San Lorenzo.

El fallo fue amplio pero no unánime: 7 votos contra 2 (quedaron en minoría Carlos Plugo Monrroy y Walter Ajolfi). La edición de *La Nación* del viernes 11 contaba que «mientras estaba reunido el Tribunal, se hizo presente un numeroso grupo de personas allegadas a San Lorenzo, incluyendo a representantes de nueve agrupaciones de la entidad, quienes ante sus ruidosas manifestaciones obtuvieron que saliera de su despacho el presidente Julio Grondona. Como contestación, Grondona les dijo que él no tenía nada que ver en el asunto, toda vez que era resorte exclusivo del cuerpo disciplinario».

Enseguida comenzó a circular una versión que hablaba de una supuesta presión de un hombre fuerte de la dictadura, el almirante Carlos Lacoste, ministro de Bienestar Social y pocos días después presidente provisional. Lacoste tenía aceptada vinculación con la AFA y principalmente con la dirigencia de River Plate, donde se lo acusaba de ser un presidente en las sombras. Además, desde el 7 de julio de 1980 era uno de los vicepresidentes de la FIFA, cargo que recién abandonaría por disposición de Julio Grondona durante el gobierno democrático de Raúl Alfonsín.

Los hinchas de San Lorenzo reaccionaron rápido y, siempre talentosos para inventar cantitos, aprovecharon la participación consuelo en el torneo Nacional de 1981 para cantar contra el marino: «Lacoste lo amenazó / al juez para que diga no / en este país no hay justicia / ay ciclón, ciclón / desafiliémonos». Muchos seguramente recordarán las marchas desde el estadio de Ferro Carril Oeste hasta el simbólico Gasómetro por la avenida Rivadavia, la calle Rosario y la avenida La Plata... Para los que pensaban que en aquellos tiempos no había demasiada justicia en el fútbol, no era consuelo saber que había menos aún en la vida diaria de los argentinos.

De todos modos, está claro que los problemas de San Lorenzo venían de antes. Los periodistas Juan Carlos Mena, Manuel Martín y Daniel Lagares armaron una producción para la revista *Goles Match* del 27 de octubre, cuando ya el equipo jugaba el Nacional y esperaba por la Primera B de 1982. La nota se llamaba «Para resucitar, primero hay que morir» y explicaba que «San Lorenzo no se fue al descenso por ese penal que Mario Alles le atajó a Eduardo Delgado la tarde, ya histórica, del 15 de agosto de 1981. No fue un hecho puramente deportivo: no fue una circunstancia futbolística. No. Fue la culminación de un largo proceso de agonía que no podía terminar en otra cosa que la muerte».

Héctor Veira, un referente indiscutido del club de Boedo, decía en la misma nota que «el derrumbe de San Lorenzo empezó cuando quemaron los planteles del '68 y del 72. Eran equipos jóvenes y con futuro, y terminaron desmembrándolos al vender por chaucha y palitos. Aquí no supieron aprovechar esas oportunidades y así terminaron con un club que antes era lo mejor que había. Ahora hay una tristeza terrible. Todo se agravó con la muerte de Pena, ahí empezó el descenso total, porque el año pasado entre Pena y la hinchada pusieron el 50% para salvarnos. También decían que Gimnasia, Atlanta y Quilmes se iban por un año y ahí están...».

Lo que no sabían los hinchas de San Lorenzo era que el descenso terminaría en una gran resurrección. El equipo —dirigido por el *Toto* Lorenzo primero y por José Yudica después— ganó el campeonato de Primera B de punta a punta y se consagró como la mayor atracción de 1982. La gente jugó su propio partido y el amor incondicional por la camiseta hizo que una multitud acompañara al equipo en todas las canchas, batiendo todos los récords de recaudación de la categoría.

San Lorenzo regresó a la A en 1983, jugando como local en Vélez Sarsfield, cuatro años después de haberse quedado sin hogar. Y todavía pasarían diez años más para que el cuadro de Boedo pudiera darse el lujo de estrenar cancha propia: el Nuevo Gasómetro en el Bajo Flores.

## **EL SHOW DEL CORTE DE LUZ**

El campeonato de 1982 fue el último en jugarse sin los promedios del descenso. En aquel momento tuvieron que resignarse a bajar a Primera B Sarmiento de Junín y Quilmes, que en un desempate fue superado por Unión. Los santafesinos triunfaron por la mínima diferencia, con un penal convertido por el mediocampista Marcos Capocetti en la cancha de Sarmiento.

En los días previos pasó de todo. Nueva Chicago, que era el gran candidato para acompañar a Sarmiento, protagonizó una gran recuperación en las últimas fechas y pudo conservar la categoría al derrotar 1-0 a Racing en la cancha de Boca, con gol del mediocampista Hermosilla. La victoria de Chicago impuso una definición entre Quilmes y Unión. Pero la accidentada noche vivida en Santa Fe generó todo tipo de sospechas. El diario *La Nación*, en su edición del domingo 6 de febrero de 1983 (el campeonato terminó durante el receso de verano) y con un título concluyente «Las palabras están de más», contaba que «a las 19 de anoche llegó el plantel de Sarmiento al estadio de Unión. Recibieron la llave del vestuario y todo indicaba que no habría inconvenientes. Pero a las 20, es decir una hora después, cuando se suponía que los jugadores estaban cambiándose, las puertas del vestuario se abrieron y directivos de la entidad de Junín hicieron saber que allí era imposible permanecer porque una sustancia irritante causaba molestias a los futbolistas. Inclusive, los jugadores De la Llera y Cano habían sufrido vómitos».

Sigue la crónica: «Desde entonces hubo nerviosos cambios de opiniones entre unos y otros. Los santafesinos decían que se trataba de un exceso de material de limpieza, mientras que los visitantes no querían jugar en esas condiciones. Por gestiones de los comisarios deportivos Mórtoles y Acuña, se optó por otorgarle a Sarmiento otro recinto para cambiarse y el partido comenzó media hora después de lo previsto».

Ese mismo día, aunque habían arrancado más temprano, Quilmes recibía a Instituto en el Sur y Chicago enfrentaba a Racing en la Boca: eran los tres encuentros que definían las posiciones de abajo. El primer tiempo terminó sin goles y las radios comenzaban a analizar las victorias parciales de Quilmes y de Nueva Chicago, que hundían a Unión en el descenso y también a Sarmiento, que necesitaba una suma de resultados imposibles. Pero de repente, a veinte minutos del final del partido... ¡¡¡Se cortó la luz!!!

«Después del apagón surgió Unión, que ya parecía entregado al inexorable signo de jugar en Primera B. Luego de esos 19 minutos de suspensión —que sirvieron para conocer los resultados finales de los otros partidos— Unión encontró el gol de la victoria en los pies de Ramón Centurión», seguía *La Nación*, y señalaba que «el apagón y los resultados de otros estadios terminaron por mermar la capacidad física de los hombres de Junín, que de esta manera cedieron a la mayor agresividad de un adversario urgido de ganar y que quemaba el resto».

En un recuadro titulado «Es hora de tomar el toro por las astas», el matutino tomaba posición: «Un desapasionado observador diría que el fútbol, al fin un juego, está lleno de imprevistos, pero la realidad indica que el fútbol argentino de estos días perdió el encanto del juego casi candoroso de otro tiempo, para convertirse en un juego de intereses que ya sobrepasa los límites del profesionalismo bien entendido». *Clarín*, por su parte, eligió titular el escándalo santafesino con un «Unión, la luz de una suspicacia», y relató así el gol tatengue: «El partido se reinició y enseguida Centurión aprovechó y ante la “desaparición” de los centrales de Sarmiento y la pasividad del arquero Benítez, tocó la pelota al gol...».

Después del partido, el presidente de Sarmiento, Darwin Sanguinetti, declaró al diario que «de ninguna manera Sarmiento dejará de denunciar los bochornosos sucesos que debió vivir en Santa Fe. El árbitro Ithurralde no nos permitió labrar el acta para dejar constancia que actuábamos bajo protesta. Sin embargo, en su informe detalló que la demora en la iniciación del partido se debió a la presencia de sustancias tóxicas que provocaron vómitos y otros malestares en nuestros jugadores». Mientras tanto, en Quilmes estaban todos al límite en cuanto a la tolerancia deportiva por las irregularidades ocurridas en Santa Fe. Encabezados por Julio Cassanello y José Luis Meiszner, los dirigentes cerveceros señalaron al periodismo que harían una protesta formal ante el Tribunal de Disciplina de la AFA y que Quilmes se negaría a jugar un desempate con Unión.

Los dirigentes calificaron el triunfo de Unión como «viciado de nulidad» y presentaron diversas notas en la AFA, que no obtuvieron el respaldo esperado. La victoria santafesina imponía un desempate y, por el lado de Quilmes, tanto hinchas como jugadores terminaron por estallar de bronca ante las noticias sobre el corte de luz en Santa Fe. Hay que recordar que dos fechas atrás había ocurrido la misma situación en la vieja cancha de Argentinos Juniors, cuando el local enfrentaba a Nueva Chicago y el partido no pudo continuar... ¡¡¡Porque se cortó la luz!!! La suspensión se produjo al finalizar el primer tiempo con un empate 0-0, y el resultado no se modificó al completarse el partido dos días después. A Quilmes, que no había podido superar a Ferro y apenas igualó, la tolerancia se le fue acabando.

El periodista Juan de Biase escribía en el diario *Clarín*: «La viveza que se ejerce ahora es la apretada en los vestuarios cuando se es local. Una apretada que se quiere transformar en estilo de vida e institucionalizar porque después de todo ocurre en todas partes. Y la apretada tiene distintas

y conocidas expresiones que pasa por una serie de variados recursos intimidatorios. Sería largo enumerarlos y ocioso, por conocidos. Lo curioso de todos estos sucesos es que siempre tienen una culpabilidad abstracta, es decir, sin nombres y apellidos. Y cuando se los ponen es el nombre de los otros, el de los adversarios, en una olímpica y permanente transferencia de responsabilidad».

Lo concreto es que Quilmes presentó su protesta ante el Tribunal y, en la reunión del 18 de febrero de 1983, se estudió el caso. Ese mismo día señalaba *Clarín* que «unas versiones indican que la protesta prosperaría, mientras que otras dan como casi seguro el fallo en contra: entonces, de esta forma deberían jugar Quilmes y Unión por el descenso». Por la noche se confirmó la opción del desempate, en la cancha del otro descendido: Sarmiento, el damnificado en la noche accidentada de Santa Fe. *Clarín* publicó que «el cuerpo penalicio de AFA no hizo lugar a la protesta presentada por Quilmes, en la que se solicitaba que se castigara a Unión y Sarmiento con la pérdida de puntos. El Tribunal falló después de evaluar la formal protesta de Quilmes, el informe del árbitro Ithurralde. Sin la presencia de dirigentes de Quilmes, finalmente el presidente Julio Grondona informó que el desempate se jugará el domingo 20 a las 17, en la cancha de Sarmiento, tal como había sugerido Unión de Santa Fe en la boca de su presidente Súper Manuel Corral».

En Junín, y gracias a un penal bien sancionado por Teodoro Nitti y convertido por Capocetti a los 13 minutos del segundo tiempo, Unión venció a Quilmes y mantuvo la categoría, enviando a los cerveceros a Primera B. En la crónica de *Clarín* puede leerse que «la relación de Quilmes y Sarmiento fue estrecha durante la semana. La gente de Junín no se olvidó de que Unión terminó por condenar a su equipo al descenso. Por eso no extrañó que las banderas de los locales estuvieran junto con las de Quilmes. Que éstos utilizaran el vestuario de Sarmiento y que los dirigentes quilmeños hayan realizado todas las gestiones para que un escribano de esta ciudad colaborase con ellos en la intención de labrar un acta para jugar el partido bajo protesta. Algo que finalmente no se concretó, aunque el capítulo no está definitivamente cerrado».

Finalmente Unión ganó, festejó y siguió en Primera. Y Quilmes, que había sido subcampeón de Ferro Carril Oeste en el Nacional '82 esa misma temporada, se fue al descenso «bajo protesta». Tardaría ocho años en regresar a los domingos.

## EL TURNO DE RACING

Hasta 1983, Racing llevaba 17 años sin salir campeón de primera división. Había ganado el torneo de 1966 con aquel excepcional equipo que armó Juan José Pizzuti y pudo quedarse con la Copa Libertadores de 1967 y la Copa Intercontinental, con ese recordado zurdazo del *Chango* Juan Carlos Cárdenas en Montevideo. Después, hubo mucho sufrimiento y sólo un par de buenas campañas, como el Metro de 1969, cuando lo eliminó Chacarita en semifinales y se consagró el brasileño Machado da Silva como el mejor jugador del campeonato. O el subcampeonato en 1972, cuando brilló un muy joven Ubaldo Fillol en el arco académico. Nada más.

Racing sufrió durante todo 1975 una racha de espantosas goleadas (1-7 con Unión, 1-6 con Estudiantes y el increíble 0-10 ante Rosario Central durante la huelga de profesionales), sumando

un total escalofriante: 91 goles en contra. En 1976 la cosa vino aún más oscura, ya que Racing logró mantener la categoría por un solo punto por encima del descendido San Telmo. En 1977 volvió a salvarse apenas del cadalso al derrotar a Platense en la última fecha y los primeros '80 lo tuvieron de nuevo en la apotadora pelea por no retroceder, a excepción de la buena campana de José Omar Pastoriza en 1981, justamente el año del descenso de San Lorenzo.

Bajo la conducción técnica de Rogelio Domínguez, entonces, Racing arrancó el torneo 1983 muy mal, al punto que recién en la sexta fecha ganó su primer partido (2-1 a Temperley) y llegó muy complicado a las últimas fechas. En esa primera victoria había debutado Juan José Pizzuti como entrenador, quien conservaría el cargo hasta el final y había armado un equipo con varios jugadores experimentados, como el arquero Carlos Rodríguez —campeón con Boca dos años antes— los defensores Azzolini, Leroyer y Bottaniz, los goleadores Víctor Marchetti y Mario Rizzi, el polifuncional Pedro Magallanes y otro delantero de raza, Félix Orte. Pero Racing estaba en problemas.

En la penúltima jornada recibía al Racing cordobés en Avellaneda y hasta ahí había logrado vencer solamente a Instituto en las últimas seis fechas. No sumaba y la situación era límite. El partido de Avellaneda se jugó el 18 de diciembre y los cordobeses se pusieron rápidamente en ventaja, cuando el puntero Oyóla venció a Wirtz a los 8 minutos. Empató Magallanes, desniveló Tesare y Racing comenzó a amasar la ilusión, hasta que en el segundo tiempo la suerte se le escurrió entre los dedos.

Eduardo Maldonado primero, Roberto Gasparini y la *Araña* Amuchástegui después, sellaron la goleada y el tan temido descenso de la Academia, a pesar del agónico descuento de Castelló. Pero el partido no llegó al final, porque cuatro minutos antes del tiempo reglamentario el árbitro Teodoro Nitti tuvo que suspenderlo por los incidentes en las tribunas. Fueron muchos los hinchas que descargaron su impotencia contra la policía bonaerense y contra los periodistas que cubrían el partido.

El diario *La Nación* tituló «Bochornosos sucesos en Avellaneda», y señaló que «los incidentes, que arrojaron un considerable saldo de heridos, entre ellos un oficial de policía lesionado de gravedad, comenzaron cerca de los 40 minutos del segundo tiempo cuando un grupo de hinchas locales empezó a arrojar proyectiles al arquero cordobés Ramos, en tanto algunos más exaltados, procuraron saltar el foso que los separaba del campo. Fue entonces como, inesperadamente, una veintena de policías pertenecientes al Grupo Antidisturbios cargó indiscriminada y desproporcionadamente contra los hinchas. La severa represión con golpes de bastones y la acción de perros practicada por la policía, no se detuvo ni ante la presencia de mujeres y niños».

El historiador racinguista Carlos Aíra escribió en su página web ([www.xenen.com.ar](http://www.xenen.com.ar)) que, cuando estaba terminando el partido con el resultado 4-2 para los cordobeses, «en la tribuna era todo llanto, resignación o bronca, hasta que se desató todo. Unos pibes quisieron saltar del foso al campo de juego y en el momento en que la Guardia de Infantería los iba a capturar, Castelló descuenta, marcando el 3-4. La esperanza de empatar se traduce en avalancha. Las nunca muy dotadas fuerzas de la dictadura, hija del tétrico general Ramón Camps, creyeron que esa avalancha era una agresión hacia ellos y comenzaron la más terrible y sangrienta represión que se tenga recuerdo en una cancha».

Hacia sólo una semana que la Argentina había logrado recuperar las instituciones democráticas. El 10 de diciembre de 1983, Raúl Alfonsín asumió la presidencia luego de un rotundo triunfo sobre el peronista Ítalo Luder. Flotaba en el aire un clima distinto, el disfrute de la libertad y también la necesidad de superar los horrores que había perpetrado la dictadura. De a poco se iba destapando el velo sobre los campos de concentración y los asesinatos masivos, sobre los alcances a futuro que tendría la fenomenal deuda externa acumulada, sobre las hondas heridas que sobrevivían a una dictadura que había dejado a la Argentina exhausta y con serios problemas sociales. En medio de todo, sin embargo, crecía la esperanza, habitaba la ilusión.

Pero no se vivía la misma situación dentro de las fuerzas de seguridad. Responsables directas de la represión, la relación con la gente común no pasaba por su mejor momento ni mucho menos. Sin embargo, nadie imaginó el nivel de violencia que alcanzaría la respuesta policial ante el desborde de los hinchas de Racing. La crónica del diario *La Nación*, un medio que no podía ser calificado justamente de progresista, abundaba en el relato de la furia de los uniformados: «El público reaccionó ante la acción de las fuerzas del orden y mientras arreciaban los gritos de asesinos, muchos hinchas comenzaron arrojar piedras, botellas y palos contra los agentes. Éstos, obligados a retroceder, se rehicieron y volvieron a cargar sobre los hinchas que pese a las corridas para escapar, continuaron arrojando todo tipo de proyectiles».

El matutino agregaba que «el grupo policial abandonó su posición y desde las tribunas, el público, incontenible en su furia, comenzó a tirar botellas y piedras hacia el campo. Los jugadores de ambos equipos y las autoridades lograron esquivarlas al retirarse, pero un cascote hizo blanco en la espalda de Manuel González, fotógrafo del diario *Crónica*, que con muestras de visible dolor fue atendido en el centro del campo y se recuperó. Al mismo tiempo, otro grupo de hinchas atacó las cabinas de radio, destrozando vidrios y elementos de trabajo, lo que obligó a la interrupción de las transmisiones. Los más hostigados fueron el periodista Marcelo Araujo, de radio Mitre, y el ex futbolista Enrique Wolff, de radio Continental, pero no sufrieron consecuencias físicas».

Carlos Aira amplía la información al señalar que «*Quique Wolff* fue insultado duramente por un viejo juicio al club. La cabina de Miguel Ángel de Renzis fue literalmente destruida a pedrazos, pero quien peor la pasó fue un por entonces ignoto periodista de radio Rivadavia. Era Marcelo Tinelli, quien se retiró llorando y en medio de una crisis nerviosa...». Así cierra el historiador: «Hubo sangre y ensañamiento policial. Hombres, mujeres y niños heridos por los bastones policiales. La tarde más bochornosa de la historia de la Academia se llenaba de asco. El asco que dio ver el accionar policial, extralimitado como nunca y la respuesta de una hinchada que, lacerada por el descenso de su Racing, no tuvo prurito moral en responder la agresión».

El descenso de Racing era un hecho, y también la furia del público académico con propios y extraños. La represión policial, inusitada. Los dirigentes albicelestes, encabezados por el secretario Luis Bruno, condenaron duramente a la policía: «Nadie puede comprender cómo la policía reprimió salvajemente al público. Actuó con impunidad, inclusive agredió en el sector de las mujeres. Fue una actitud injustificada y con un rigor inusitado...». Bruno amplió sus palabras en *La Nación* el martes 20 de diciembre: «Se puso en peligro la vida de mucha gente indiscriminadamente y sin razón alguna. Nunca vi una cosa semejante, parecía una guerra y estaba muy alarmado». El secretario creía, igual que muchos hinchas de Racing, que existía la

posibilidad de jugar los cuatro minutos pendientes más el descuento correspondiente: «Mire, el partido no concluyó. Racing agotará todos los argumentos que reglamentariamente estén a su alcance para resolver la situación. No vamos a hacer presentaciones fuera de los estatutos de AFA. Igual, quiero decir que hay gente que apostó a la derrota de Racing por razones políticas y para ganar el terreno perdido en otros ámbitos...». Estaba claro, que cada directivo se pusiera en el lugar que le correspondiese.

La AFA confirmó el descenso de Racing mientras se conocían intimidades del plantel, que no dejaron bien parado a nadie. La nota «Historia íntima de una frustración», del diario *La Nación*, señalaba que, tras el alejamiento en 1982 de Carlos Cavagnaro, había llegado Rogelio Domínguez al puesto de entrenador y que «pese a recibir muchas críticas consiguió el objetivo de mantener al equipo en Primera. Domínguez tenía la imagen de poco trabajador, pero fue confirmado en su cargo tras el aceptable torneo Nacional de 1983 que hizo el equipo. Sin embargo, estuvo solamente tres partidos del Metropolitano, en los cuales Racing apenas consiguió un punto».

Lo reemplazó Daniel Silguero interinamente por dos fechas, hasta que se hizo cargo Juan José Pizzuti, una gloria del club que —según *La Nación*— «de pocas palabras, quería controlar la situación sin ofrecer demasiadas explicaciones, tal su costumbre. Un grupo de futbolistas se apersonó a los dirigentes y le pidió que Pizzuti fuera marginado del cargo. Ante la negativa dirigenal, uno de los jugadores que pidió no ser nombrado, comentó que “Domínguez se la pasaba tomando café en la confitería de Obras Sanitarias mientras practicábamos, pero sabía ubicar al equipo en la cancha. Éste (por Pizzuti) está atrasado, salimos a jugar al descubierto y después lo lamentaremos”». *La Nación*, que siguió de cerca este proceso, publicó detalles picantes, como que algunos jugadores pasaban por la puerta del vestuario de Pizzuti y le gritaban que se fuera...

Sigue la nota: «El último mes hubo una reunión entre dirigentes, cuerpo técnico y jugadores en la que las partes se comprometieron a no criticarse hasta la culminación del torneo. Igualmente, en forma confidencial, muchos futbolistas decían que “Pizzuti está desubicado, nunca quiso salir a buscar resultados. En las prácticas no hacemos ninguna planificación de jugada, fíjese que hasta desconoce delante de todos en qué equipo juega determinado hombre”». El desenlace estaba cantado.

El mediocampista Carlos Caldeiro, un joven de 21 años, señalaba que «nunca hubo plantel, eran simplemente grupitos. Nunca se formó una familia, había infinitos problemas y los acuerdos eran complicados. Además, Racing nunca tuvo una forma de jugar. Me gusta hablar de frente y ahora que todos nos tenemos que sacar la careta, nunca hubo una línea definida... sobre Pizzuti quiero decir que cuando una persona está tres años al margen de la profesión, se encuentra con cosas diferentes. Eso le pasó a Pizzuti».

En realidad, la triste y violenta historia del descenso comenzó muy atrás, como afirma el historiador Carlos Aira en su página web: «El torneo de 1983 estuvo signado por sucesos nefastos: la bengala que asesinó a Roberto Basile en la cancha de Boca, las continuas amenazas a los jugadores (Mario Rizzi y Oscar Gizzi fueron apaleados por la barra, que se manejaba en el club como en su casa) o el caso de Félix Orte, que fue asaltado a punta de pistola por un miembro de la barra luego de un entrenamiento».

Finalmente, Racing debutó en Primera B el 5 de febrero de 1984, rodeado de muchísima expectativa. Logró vencer a Los Andes por 2-1 en su estadio y enseguida superó por 3-2 a Talleres de Remedios de Escalada. Pero perdió el invicto en la sexta fecha ante Deportivo Morón y varios empates consecutivos lo alejaron del liderazgo del torneo, que ejerció de manera aplastante Deportivo Español, conducido por la dupla Oscar López y Oscar Cavallero, viejos conocedores del fútbol sabatino. El cuadro españolista ganó de taquito el campeonato de 42 fechas, sumando 67 puntos y volviendo a Primera después de 17 años. Defensores de Belgrano terminó subcampeón con 55 puntos y en tercer lugar arribó Racing, con 51, dos por delante de Lanús.

La Academia llegó al octogonal que otorgaba el segundo ascenso, pero no logró el objetivo. Eliminó con mucha suerte al Deportivo Morón y a Lanús (con un escándalo protagonizado por el juez Emilio Misic que terminó el partido seis minutos antes del tiempo reglamentario y adujo un error en el cronómetro) y en la final fue superado ampliamente por Gimnasia, que lo venció 3-1 en Avellaneda y 4-2 en el Bosque. Para 1985, confió en la conducción técnica de Alfio Basile y pudo ascender. Llegó tercero, detrás de Rosario Central y de la revelación, San Miguel.

En el petit torneo, pasó raspando a Banfield por mejor ubicación en el torneo, eliminó claramente a Quilmes y, el 27 de diciembre de 1985, empató en un gol con Atlanta, a quien había vencido previamente por 4-0. La vuelta estaba lograda, con muchísimo más esfuerzo que San Lorenzo.

## ¿VERDADES OCULTAS?

El ascenso de Racing dejó heridas. Había pasado ya mucho tiempo cuando un recordado presidente de Atlanta, Silvio Dalman, se encargó de contar su versión de los hechos y, de paso, denunciar abiertamente manejos turbios y corrupción en el seno del fútbol argentino. El 31 de julio de 2006, en la muy recomendable página web ([www.sentimientobohemio.com.ar](http://www.sentimientobohemio.com.ar)), el ex dirigente se explayó largamente sobre aquel campeonato que el cuadro de Villa Crespo no pudo ganar y sobre la final del octogonal contra Racing.

En una extensa entrevista con los periodistas Gastón Gelblung y Edgardo Imas, Dalman decía: «Tuve en Atlanta grandes maestros en la conducción del club, que me contaban y me mostraban las partes lindas y feas del manejo del fútbol. Es sabido que la dirección de este deporte es para vivos con experiencia. Tenés que estar atento a todos los detalles. Y el tema de los árbitros siempre fue un tema urticante, como también en otra época lo fue el de los estimulantes. Cuando analizamos el panorama a principios del '85, preveíamos que Racing tenía la obligación de ganar el campeonato y a eso se iban a jugar, y que era difícil que estuviera más de dos años en la B».

Tras una larga explicación sobre la contratación del director técnico para 1985, de las negativas de Pedro Marchetta (que ganaría el torneo con Rosario Central) y de Victorio Coceo, Dalman narra la legada del experimentado Antonio D'Accorso junto con Eduardo Lasa, alguien que conocía muy bien la parte oscura de la categoría. Cuando D'Accorso partió hacia el fútbol español arregló finalmente Coceo, para luchar por el ascenso en el octogonal.

Contaba Dalman: «Insólitamente Juan Destéfano, que era vicepresidente de Racing, salió con

los botines de punta a decir que la AFA era una cueva de ratas, que los referíes se arreglaban a dedo y no recuerdo cuántas cosas más; todas verdades pero siempre es bueno que las diga tu enemigo. Nosotros durante el año habíamos establecido una relativa amistad con Teodoro Nitti, que era el secretario de la Asociación Argentina de Árbitros y trabajaba en Casfpi, donde ahora está el Ministerio de Trabajo, sobre la avenida Leandro N. Alem. Realizábamos charlas constantes en ese edificio con él, Diman y otros árbitros que también trabajaban ahí; uno era Borrelli, que nos dirigió varias veces. Ojo, por supuesto pedíamos que nos favorecieran pero si lo hacían en alguna jugada era por simpatía y no por otra cosa. Eso sí, los lunes sabíamos quién nos iba a tocar en el sorteo del viernes y por lo general nos dirigían siempre los mismos tres o cuatro árbitros. Era una buena combinación Lasa-Nitti. Este último nos contó que Racing estaba tratando de presionar por todos lados y fundamentalmente desde la Secretaría de Deporte, que en ese momento estaba encabezada por Osvaldo Otero, quien fue luego presidente de Racing. Sabíamos que era una patriada difícil».

Arrancado el octogonal. Atlanta se había sacado de encima a Lanús por diferencia de goles: ganó 2-0 y perdió 2-1. Luego, en semifinales, empató con San Miguel y lo venció 3-0 en la revancha, clasificándose finalista. Por el otro sector, Racing eliminó con lo justo a Banfield (3-1 y 1-3) y después despachó rápido a Quilmes (2-0 y 3-1), para llegar como gran candidato a las dos finales. Dalman acusaba al árbitro Luis Pasturezzi erróneamente, ya que en esa temporada no había dirigido antes al club de Villa Crespo: «Llegó la semifinal con San Miguel y nos enteramos de que Racing realizaba contactos para dejarnos a nosotros en el camino con la misma gente de San Miguel e incluso después supimos que le ofrecieron la recaudación íntegra de las dos finales si nos sacaban del medio. El primer partido fue una masacre, terminamos 0 a 0 pero fue increíble lo que pegaron ante la pasividad del juez (Abel Pérez). Ahí es cuando pusimos el grito en el cielo al final del partido y los referíes tomaron la medida de negarse a dirigir hasta que nos retractáramos. Yo no tenía ninguna intención de hacerlo y el partido revancha se suspendió (en lugar del 14 de diciembre, se jugó el 17). Nosotros sólo teníamos que esperar que los árbitros revieran la situación y que nos garantizaran ecuanimidad. Me llamaron Julio Grondona y Eduardo de Luca, que estaban en México con el sorteo del fixture del Mundial 1986, y me pidieron que tratáramos de hallar una solución que no dejara mal parados a los referíes, que habían tomado una actitud errada. Lasa nos dijo que tenía todo cocinado para el partido revancha y que nos teníamos que preocupar sólo por el tema de jugar bien. Ganamos 3 a 0. Y llegamos a la final».

Respecto de las finales con Racing, el presidente bohemio de aquella época explicaba que «el primer tema es el estadio donde se jugaría. Estábamos almorzando en el restaurante La Raya de Constitución con todo el equipo de fútbol pues concentraban en el Constitución Palace y apareció a comer Menotti. Con Victorio nos acercamos a saludar y él, entre otras cosas, nos sugirió que jugáramos los dos partidos en la cancha de Independiente porque el equipo de Racing iba a sentir mucho la presión y nos iban a alentar mucho los del Rojo. Reconozco que esa idea nos fascinaba pero no tuvimos huevos para llevarla a la práctica. Y decidimos jugar los dos partidos en River». Lo cierto es que Racing goleó a Atlanta 4-0, con dos tantos de Walter Fernández, uno de Miguel Colombatti y otro de Daniel Pavón. En la revancha hubo empate en un gol y, con ese resultado, la Academia volvió a primera división.

Sigue el relato de Dalman: «Unos días después, charlando con De Luca en la AFA, me dijo: “Vos no podías ilusionarte con ganar esos partidos”. Antes de la revancha fui a ver a Grondona con todos los recortes de los diarios donde hablaban de lo mal que había dirigido Biscay y me contestó: “Basta de protestar contra los árbitros, me tenés saturado con ese tema”, se levantó y se fue. Seis meses más tarde me encontré en un restaurante de la calle Córdoba con Taddeo, ya ninguno de los dos éramos presidentes ni de Racing ni de Atlanta, y charlando, ante mi pregunta, me confesó que no sabía exacto cuánto les costó el referí porque lo manejó De Stéfano con plata de su bolsillo, pero que creía que fueron entre 40.000 y 50.000 dólares, que para el segundo partido no pusieron un mango (casi me mato) y que nosotros estuvimos dormidos con Gette, que ellos ya lo habían tocado en el partido que jugamos por la segunda rueda en cancha de ellos. Al ir a mirar los recortes de diarios de esa época me doy cuenta de que ya para ese partido había sido un desastre. Estábamos luchando contra molinos de viento; hay un detalle que lo marca todo. El partido no se televisó porque la oferta que nos hicieron era ridícula, pero igual pusieron las cámaras de televisión y lo transmitieron por el programa de Bernardo Neustadt, que era fana de Racing. Yo estaba a los gritos que no se debía transmitir y me decían que lo filmaban para pasar por diferido (lo cual era mentira). *La Razón* sacó un suplemento de más de diez páginas dedicado a Racing al día siguiente de su coronación. Para mí fue una gran frustración no haber logrado el ascenso y estuve yendo más de un año al psicólogo por ese tema; creo que podíamos haber ensuciado la cancha cuando los referís se negaron a dirigir a Atlanta, pero no había mucho más para hacer: el segundo ascenso ya estaba definido antes de jugar el partido».

En la entrevista/denuncia de Dalman hay muchos datos concretos, con nombre y apellido, y un sobrevuelo veloz por la trastienda inmunda del fútbol, las realidades y fantasías de los partidos arreglados, los jueces corruptos, las autoridades cómplices, las decisiones políticas... Está claro que a nadie le convenía que Racing jugara una tercera temporada en Primera B. Pero también está claro que esto no implica necesariamente que el club de Avellaneda haya recibido ayuda para ascender, al punto que Banfield estuvo a un paso de eliminarlo en cuartos de finales. Como un rompecabezas, la verdad de esta historia tampoco está completa.

Las palabras finales del ex directivo son, de todos modos, lacerantes: «Posiblemente hay cosas de las que comenté que no se cuentan porque uno no tiene las pruebas de todo lo que dice, pero creo que mis hijos, que también son enfermos de Atlanta, se merecen que yo cuente todo lo que pasó sin ocultar nada. Para que todo el mundo de Atlanta sepa la verdad».

# CAPÍTULO 5

## HISTORIAS DE JUECES

No son muchos los casos de equipos clásicos de las categorías de ascenso que alguna vez pudieron alternar en la Primera división. En general se trata de modestos clubes de barrio, con dirigentes esforzados y gente de trabajo, que con mucho esfuerzo pudieron en algún momento armar un plantel importante y alcanzar la preciada Primera A. Después, indefectiblemente, la realidad y las enormes diferencias de infraestructura, de apoyo popular, de dinero y de manejos políticos, los depositaron nuevamente en su mundo habitual: el fútbol de los sábados.

Así pasó con Argentino de Quilmes, que ganó el ascenso en 1938. Con Central Córdoba, que disfrutó dos temporadas entre 1958 y 1959. Los Andes, que llegó en 1961 y pudo regresar varios años después. O el propio Almagro, que hizo debut y despedida en 1938 y debió esperar más de sesenta años para volver...

En 1975, el modesto San Telmo se dio el gran lujo de ganar el ascenso, postergando a Lanús y acompañando a Quilmes para entretenerse en el fútbol dominguero. El equipo, entonces, mantuvo a casi todos los futbolistas que consiguieron el milagro y se dispuso a jugar el torneo Metropolitano de 1976 jugando como local en la cancha de Huracán, ya que su pequeño estadio de la Isla Maciel no reunía las condiciones mínimas para partidos de Primera división. Los candoreros debutaron dando la gran sorpresa, ya que el 15 de febrero de 1976 le ganaron 1-0 a Colón como visitantes, con gol de su máxima figura: el mediocampista ofensivo Pedro Coronel.

Era un club muy humilde, que hacía lo que podía. «Todo a pulmón», graficaba su entrenador, Eduardo Janín. El técnico contó en la revista *Goles Match* que «de los 14 jugadores que tenía, quedaron 13 porque a Orlando Peregrino Ruiz lo vendieron a San Lorenzo. La pretemporada la repartimos entre el club YPF y la playa de Saint Tropez, en el río. El club no tenía plata para mandarnos a algún otro lugar...».

Sin chances para acceder a la rueda final, quedaron entre los más flojos de la zona del Metropolitano. Pero, a pesar de sus limitaciones, consiguieron derrotar a All Boys, de nuevo a Colón y, en el mayor triunfo deportivo de su historia, pudieron vencer 3-1 a Boca en la cancha de Huracán. ¿Hace falta recordar que Boca fue el campeón de ese Metro '76 con Juan Carlos Lorenzo como entrenador? Pues bien, San Telmo lo superó con goles de Camejo, Coronel y Pisapia en la fecha número 19. Ese triunfo debió haber sido un estímulo muy poderoso para los jugadores, que

en la jornada siguiente, 30 de mayo, se medían con Huracán en Parque Patricios.

El Globo ya había ganado el grupo —faltaban apenas tres partidos para que terminara la fase clasificatoria— y era la sensación del torneo. Huracán lideró la zona A con una campaña sensacional que abarcó 15 victorias y 7 empates, invicto, con 47 goles a favor y 20 en contra. Sin embargo, aquel 30 de mayo debió haber perdido su partido, si no hubiera sido por el arbitraje de Claudio Busca, un juez muy particular.

Huracán había sufrido mucho para vencer a San Telmo en la primera rueda, porque recién a veinte minutos del final un bombazo de Miguel Brindisi le permitió quedarse con los dos puntos. El cuadro que dirigía el veterano Miguel Antonio *Gitano* Juárez había provocado la misma atracción que en 1973, cuando conducido por César Menotti, hizo una campaña brillante y ganó el torneo Metropolitano.

Este Huracán no tenía a Carlos Babington —que jugaba por entonces en el fútbol alemán— ni al goleador mendocino Roque Avallay, pero aún brillaban tres sobrevivientes de aquella delantera: el indescifrable y efectivo René Houseman, un malabarista de la pelota, la jerarquía indiscutible de Miguel Brindisi y todo lo que aportaba Omar Larrosa, un referente clave a la hora del buen juego, la lectura de un partido y el pase exacto. Con ellos se lucían el cordobés Osvaldo Ardiles y un gran delantero al que las lesiones frustrarían en poco tiempo: Augusto Sánchez.

Este Huracán llegaba agrandadísimo para jugar con San Telmo, luego de golear a Ferro y a All Boys, ganarle los dos clásicos a San Lorenzo y superar, incluso, a Independiente y al Boca del *Toto* Lorenzo, que finalmente ganaría el título. Más diferencia no podía haber entre Huracán y San Telmo. Sin embargo, el juez Claudio Busca interrumpió lo que pintaba para hazaña candombera.

Los hinchas que acompañaban a Huracán estaban golpeados anímicamente, porque ocho días antes, el 22 de mayo, un oscuro guardaespaldas de un mafioso en decadencia había asesinado a Oscar *Ringo* Bonavena en Reno, Nevada. El boxeador, reconocido hincha del Globo y vecino de Parque Patricios, fue velado en el Luna Park. El entierro se llevó a cabo la misma mañana del partido, ante un desfile interminable de gente.

Por eso no había mucho público en el estadio Tomás A. Ducó. El talentoso periodista Carlos Ares lo explicaba en la revista *El Gráfico*: «Una tarde que nació en silencio, acompañando en gris el cortejo fúnebre de Ringo Bonavena. Con cemento vacío en las dos tribunas. Sin ganas ni motivo para gritar. La salida de los dos equipos, aplausos desganados para recibirlos. La hinchada de San Telmo tiene menos gente pero más euforia. Algún rayo de sol que encuentra un hueco entre las nubes, la voz de un vendedor. Eso es todo. No hay otros apuntes antes de empezar».

San Telmo ganó el primer tiempo 1-0, gracias a una aparición sorpresiva de uno de sus mediocampistas, Carlos Camejo, a los 4 minutos. Huracán se repetía en centros y tiros de media distancia, que fueron neutralizados por la defensa candombera sin mayores problemas. Pero el árbitro Claudio Busca cobró penal a los 28 minutos, cuando el lateral Regueira bajó a Houseman. Los jugadores de San Telmo protestaron y Busca le mostró la tarjeta roja directa al zaguero Roberto Minutti por supuesto insulto. San Temo sufrió su primera expulsión.

El penal lo tiró un especialista, Carlos Leone, pero la pelota salió un metro afuera. Algo casi increíble porque había ejecutado 15 penales y convertido 14: Luraschi, el pequeño arquero de Ferro, había sido el único en atajarle un remate desde los doce pasos. Lo cierto es que Leone lo

erró, Huracán se enredó en sus propios nervios y el primer tiempo se fue con victoria de San Telmo.

Cuando el reloj marcaba 12 minutos del segundo tiempo, el habilidoso Pedro Coronel siguió una jugada sin escuchar el silbato del juez Busca —que había cobrado fuera de juego— y el árbitro lo expulsó directamente. San Telmo se quedó con nueve hombres. El propio Eduardo Janín, que gritaba y se enloquecía desde el banco de suplentes, contaba años después a *Goles Match* que «a Coronel lo echó porque Pedro no escuchó el silbato y siguió con la pelota. Después expulsó a Camejo, que solamente hizo rebotar la pelota contra la pared para patear un tiro libre. Busca se creyó que hacía tiempo y lo echó. Nos quedamos con ocho. Sarmiento fue a patear y tomó carrera. Como no veía a nadie destapado, se demoró un poco. También lo expulsó. Era increíble. Todos estábamos alterados, no se podía creer. Cuando teníamos siete jugadores, cobró otro penal para Huracán...».

El penal lo quiso patear nuevamente Carlos Leone y su rechazazo fue desviado afuera por el arquero Adolfo Wenner. Faltaban nueve minutos y San Telmo, con siete jugadores, seguía arriba 1-0, pero inmediatamente Busca expulsó al mediocampista ofensivo Cloquell, que aplaudió socarronamente la sanción de ese penal. El cuadro visitante quedó con seis. Seis contra once.

Vale la pena seguir el relato de Janín: «Wenner tenía que hacer el saque de arco y como cambió la pelota por otra que estaba atrás del arco, lo echó. Éramos cinco. Pisapia (delantero) fue al arco —la ropa le quedaba enorme— y en el área chica se pusieron Sandoval, Rilo, Montone y no me acuerdo qué otro —se refería a Regueira—. Ellos empataron y en tiempo de descuento nos hicieron el segundo gol. Si no, todavía estábamos jugando...».

Con goles de Augusto Sánchez y de Martín Rico, Huracán zafó del enorme papelón y ganó 2-1, cuando jugaban ¡¡¡once contra cinco!!! El título del diario *Crónica* fue «Un árbitro sin serenidad destruyó a San Telmo» y en la nota se destaca que «al finalizar el partido, no hubo ninguna agresividad entre los perdedores. Era evidente que el árbitro Busca estaba ofuscado contra los futbolistas de San Telmo y notoriamente exaltado».

En el vestuario, Carlos Camejo, de San Telmo, dijo: «El árbitro estaba muy nervioso. Desencajado, con los ojos como extraviados. Pienso que debió sufrir algún trastorno psíquico. No le encuentro otra explicación. Fui a buscar la pelota afuera para un tiro libre a nuestro favor. Para no agacharme, la pateé contra la pared y la recibí en la mano. Me doy vuelta y veo la roja». Rubén Sarmiento, defensor, agregó: «Está loco el árbitro. Fui a tomar impulso para el tiro libre y me echó por demorar. Está loco, loco...».

Ante la irregular situación de que un equipo contara con sólo cinco jugadores en la cancha, la edición de *El Gráfico* del 1º de junio de 1976, aclaró la cuestión reglamentaria: «El reglamento de la Asociación del Fútbol Argentino deja librado al criterio del juez la suspensión o no de un partido en el cual uno de los dos equipos tenga menos de seis jugadores. No se puede iniciar o reiniciar con menos de seis jugadores en el campo, pero en este caso las expulsiones se produjeron en el segundo tiempo y el juez decidió llegar al final con los cinco hombres de San Telmo que quedaron en la cancha».

Los dirigentes de San Telmo elevaron una nota al Comité Ejecutivo de la AFA y ratificaron su decisión de impugnar la actuación de Busca. Sin embargo, éste siguió dirigiendo y volvió a

hacerlo con San Telmo en la rueda de descenso, cuando el cuadro de Isla Maciel empató en un gol con Argentinos Juniors. Justamente, una muy floja actuación del Bicho lo condenó al descenso. San Telmo llegaba dos puntos por debajo de All Boys a la última jornada, con la necesidad de ganarle a Vélez y esperar una caída del equipo de Floresta, que jugaba con Argentinos en la cancha de Ferro. San Telmo hizo lo suyo, venció 2-0 a Vélez con goles de Espósito y Coronel, en la cancha de Banfield. Cuando parecía que All Boys iba a perder 2-1 con Argentinos, un cabezazo del defensor Dracjonotli fue controlado por el arquero Oscar Quintabani, quien en la caída hacia atrás, penetró con la pelota en el arco. Fue gol y el empate condenó a San Telmo y salvó a All Boys. La sospecha quedó instalada, pero se disipó rápido. Como siempre.

## LAS PIÑAS A DUCATELLI

Para el campeonato Metropolitano de 1977 se estipuló que serían tres los descensos. Había que reducir la cantidad de equipos en Primera división: 23 clubes dieron vida al torneo más extenso en la historia del fútbol argentino. Fueron 46 fechas, con un equipo libre en cada jornada, y el campeonato lo ganó el poderoso River de Labruna, con una pequeña ventaja sobre Independiente, que se quedaría esa temporada con el torneo Nacional. En la otra punta de la tabla, Ferro Carril Oeste tenía todos los boletos para descender, porque su campaña no podía ser peor.

Para la 34ª fecha, que se disputó el 2 de octubre, Ferro llegaba casi descendido: apenas había reunido 18 puntos después de cinco victorias, ocho empates y diecinueve caídas, y estaba muy lejos de Lanús, Temperley, Platense, All Boys y Atlanta, que lo precedían en las posiciones. Esa tarde de domingo, Ferro recibió a Huracán, de buena campaña. El partido se tuvo que suspender a los 45 minutos del primer tiempo y el que la pasó mal fue el árbitro Alberto Ducatelli.

Según consigna el diario *La Nación* en su edición del lunes 3, los incidentes habían comenzado antes del partido, «cuando un grupo de simpatizantes de Ferro se tomó a puñetazos en la tribuna oficial. Se generalizaron los disturbios, producto de la mala campaña del equipo y del nerviosismo reinante. La policía dispersó a los exaltados con gases lacrimógenos que provocaron el desalojo de ese sector. Pronto renació la calma y los ánimos se apaciguaron. Sin embargo, fue el preanuncio de lo que ocurrió después...».

El cronista de *Clarín* contó que «hasta el minuto 44 no había pasado nada. Ferro y Huracán habían jugado como saben y pueden actualmente. A los 40 minutos, se iba Parisi en el área y hubo un claro enganche del defensor visitante Carrascosa que el juez Ducatelli no sancionó, pero preparó los ánimos para lo que luego habría de ocurrir. Ardiles le alarga una pelota por derecha a Cabrera quien, forcejeando con su marcador Vallejos, enfrenta a Garín, que sale. Cabrera tira mordido, pega en el arquero y la pelota, lentamente, parece transponer la línea. Pero alcanzan a llegar el mismo Cabrera, Garín y Vallejos y ahí hay de todo. El juez Ducatelli, muy olímpicamente, señala el centro del campo y da gol».

Sigue narrando el mismo cronista: «Todo Ferro protesta airadamente con Rocchia y Carlos Arregui a la cabeza y enfrentan al línea, Luis Atilio Lier. Hubo gestos y expresiones que son más elocuentes que las palabras. En tanto, el juez Ducatelli hacía de amable componedor e invitaba a

los jugadores a ocupar sus puestos. Se vio al asistente Lier pechar a Rocchia y adoptar una postura mucho más severa que la del propio juez. Tras seis minutos de suspensión se iba a reanudar el juego y vemos que Ducatelli expulsa a Carlos Arregui y entonces Rocchia se la sigue al línea; éste llama al árbitro, quien ordena de inmediato su expulsión. La cosa sigue en el banco de Ferro y allí el inefable Néstor *Pipo* Rossi también debe abandonar el campo. Se juega el minuto restante dentro de gran tensión y poco después se anuncia por los altavoces que el árbitro ha decidido suspender el partido por falta de garantías».

Evidentemente, la actuación del asistente Luis Lier fue muy distinta al comportamiento habitual de los árbitros. *La Nación* señaló en su crónica que «el linesman respondió vehementemente ante el pedidos de los jugadores, a la vez que empujó a Rocchia, en una actitud poco comprensible. Por estos desatinos, las cosas fueron tomando un cariz más delicado al no poder controlar Ducatelli los insultos al juez de línea Lier».

No había periodistas en el túnel que conducía a los vestuarios, debajo de la tribuna local de madera. Tampoco hubo demasiados testigos. Pero algo grave ocurrió. Según *Clarín*, «los señores Ducatelli y Lier habrían sido agredidos por jugadores, dirigentes y allegados al equipo local. Una hora y media más tarde pudimos presenciar el retiro de las autoridades del encuentro bajo rígida custodia policial. No notamos señales visibles ni rastros de la aducida agresión en los rostros, muy demacrados. Tanto Ducatelli como Lier alcanzaron a manifestar al periodista que efectivamente, habían sido agredidos. No hubo detenciones...».

Las versiones, nunca confirmadas del todo, informaban de un par de trompadas que el entrenador Néstor Rossi: le habría propinado a Lier y a Ducatelli, y que un alto directivo de Ferro golpeó a Lier. También se hablaba de los nervios de muchos jugadores locales, como el caso del mediocampista Carlos Arregui, a quien el médico de Ferro tuvo que aplicarle un calmante. Para redondear la historia. *La Nación* publicó que Santiago Leyden, presidente de Ferro, le contó a los periodistas presentes que «Ferro tiene memoria, ya hubo antecedentes de los arbitrajes de Ducatelli que nos perjudicaron. En 1969 perdimos el ascenso contra Banfield porque este mismo árbitro no sancionó un penal de Carrascosa muy claro. Entonces, la gente ya viene motivada, posteriormente el penal contra Parisi no cobrado, el offside en la jugada del gol y la falta de Cabrera en la misma acción, no hicieron más que dejar bien en claro lo que eran evidencias».

El Tribunal de Disciplina de la AFA resolvió que el partido continuase y así ocurrió: se siguió jugando en la cancha de San Lorenzo, el 14 de octubre. Ferro, con nueve hombres, acorraló a Huracán y estuvo a un tris de empatar, al punto que Héctor Arregui tuvo la chance de un penal, pero el arquero Héctor Baley controló su suave remate de zurda. Ducatelli dirigió los 45 minutos que faltaban y no hubo problemas.

En cuanto a las sanciones disciplinarias, el Tribunal fue fulminante: 42 meses de suspensión para Néstor Rossi por «agresión y agravio al linesman Lier», un año al auxiliar Oscar Torreiro por «agresión y agravio al linesman», seis meses de suspensión al dirigente Julián Pascual. Para los jugadores no fue sencillo: seis fechas de inhabilitación a Carlos Arregui y doce a Juan Domingo Rocchia. El desenlace del partido terminó de condenar a Ferro, que jugaría durante 1978 en Primera B.

Al juez Alberto Ducatelli, fallecido en 2009, estas agresiones seguramente le habían recordado

aquel partido jugado por el torneo Nacional en Mar del Plata, cuando se vio obligado a suspender el juego a los 42 minutos, luego de que un grupo grande de hinchas de Kimberley destrozara el alambrado del viejo estadio General San Martín, enfurecidos por las sucesivas expulsiones de Luis Merengue García, Carlos Miori, Julio Maldonado y el defensor José Enrique Diez. En ese partido, los problemas habían comenzado cuando Rubén Cano, el excelente centrodelantero de Atlanta, señaló el segundo gol y provocó numerosas protestas de jugadores locales y público. Ducatelli, a punto de ser golpeado, suspendió el partido y días después la AFA resolvió que los 48 minutos restantes se jugaran en la cancha de Independiente. De todos modos, Kimberley —que se había quedado con siete hombres— resolvió no presentarse. ¿Adivine quién era el técnico de ese Atlanta, revelación del Nacional de 1973? Sí, acertó. El mismísimo Néstor Rossi, el querido *Pipo*, que se pondría como loco cuatro años después con el mismo juez.

## TALLERES CONTRA ESPÓSITO

El campeonato Nacional de 1979 lo ganó River Plate, nuevamente: el equipo que dirigía Ángel Labruna ya había ganado los dos torneos de 1975, el Metro de 1977 y también el Metro de 1979. Era el gran animador de la época, con las rutilantes presencias de Fillol, Passarella, *Jota Jota* López, Norberto Alonso y Leopoldo Luque, entre otros grandes nombres. River no ganó el último partido pero fue campeón igual porque le alcanzó empatar en un gol con Unión en Santa Fe, ya que en el Monumental también habían igualado, pero sin convertir. Segundo quedaron los durísimos tatengues de Reynaldo Volken, donde se lucían el arquero Nery Pumpido, los experimentados Roberto Telch, Héctor Pitarch y Arsenio Ribeca, y el temible goleador Fernando Husef Alí.

Los santafesinos habían hecho la mejor campaña de su historia y quedaron ahí nomás del título. En realidad, si el delantero Eduardo Stehlik hubiese concretado algunas de las chances que tuvo frente al *Pato* Fillol, Unión habría sido el campeón. Pero en el Monumental el enorme arquero le cerró una y otra vez los caminos al delantero.

Unión había logrado el pasaje a la final con mucha tranquilidad, despachando por 2-0, en cada partido que jugó, al difícil Atlético tucumano. Sin embargo, para alcanzar las semifinales debía superara Talleres de Córdoba, el candidato de todos. Talleres había perdido increíblemente el campeonato de 1977, cuando Independiente llegó a la hazaña en Barrio Jardín, y fue el mismo cuadro de Avellaneda el que lo eliminó en el tramo final del Nacional '78. Esta vez, Unión le había ganado 3-0 a Talleres en Santa Fe y viajó a Córdoba muy tranquilo, confiado en la ventaja conseguida.

El domingo 9 de diciembre Talleres y Unión se volvieron a enfrentar, esta vez en el estadio mundialista cordobés. Los locales sacaron rápida ventaja en el primer tiempo, gracias a la capacidad goleadora del centrodelantero Humberto Rafael Bravo, un jugador que le encantaba al técnico de la selección argentina, César Menotti. Los dos equipos se fueron al vestuario con sensaciones bien distintas: Unión, convencido de que podía darlo vuelta, y los jugadores de Talleres, saboreando su gol de ventaja.

La historia dirá que, en el segundo tiempo, Unión sufrió otro gol de Bravo pero conservó la ventaja y se clasificó, quedando nuevamente Talleres fuera de carrera. Entre líneas también aparecerán los problemas que tuvo el juez Carlos Espósito para dejar el estadio y abordar el vuelo que lo depositaría el domingo por la noche en Buenos Aires, junto con los líneas Orville Aragno y Aníbal Carusi.

En la revista *Goles Match*, con el título «Talleres no merecía este final», el prestigioso periodista Osvaldo Pepe contaba que Carlos Espósito le había confesado, ya instalado en un jet de Aerolíneas Argentinas y después de un prudente operativo de rescate y traslado: «La verdad que recién ahora puedo considerarme salvado. Todavía no lo puedo creer. Nunca me pasó algo así».

Agregaba Pepe en su artículo que «aún aceptando que el arbitraje de Espósito no fue acertado —para nosotros dejó sin sanción un claro penal de Mazzoni a Valencia— cuesta creer que en la primera fila de los agresores fueron identificados dos dirigentes de Talleres. Y no dos dirigentes cualesquiera, valga la aclaración: fueron el vicepresidente Rogelio Egea y el tesorero Eduardo Gedekián». Un par de días antes, el gobernador de la provincia, general Adolfo Sigwald, había recibido en su despacho a una comitiva tallerista encabezada por el presidente Amadeo Nuccetelli, en la que también figuraba el dirigente Egea.

El árbitro también le dijo a Pepe en ese vuelo de Aerolíneas: «No me considero culpable de la eliminación de Talleres. ¿Qué culpa tengo yo que Unión haya hecho tres goles en Santa Fe?». Y, enseguida, fue más específico: «Los que me agredieron fueron fotógrafos. Hay uno de barba que lo tengo bien grabado, esa cara no me la olvido más. Y hubo otro al que conseguí frenar a tiempo. Me tomaron de sorpresa, porque el partido venía tranquilo. Al final, cuando me estaba saludando Cherini, me cayeron encima. Fíjese que los jugadores de Talleres no participaron para nada y el técnico Saporliti se portó mil puntos, porque él fue de los que nos defendió de las agresiones».

El juez respondía de la siguiente manera al cuestionársele su decisión de no cobrar dos penales: «¡Dos penales! ¡Algunos pedían tres, cuatro, todos! Yo estaba cerca de las dos jugadas más discutidas y para mí no fueron penales. Es más: la mano que reclamaron de Pitarch, no fue mano, ni fue de Pitarch. La pelota pegó en la cara de Alberto. Lo demás son apreciaciones personales».

Fue el final del sueño de Talleres, aunque el objetivo más importante se había conseguido con la Resolución 1309 que le permitió, a partir del torneo Metropolitano de 1980, jugar también el torneo de Primera división, además del Nacional. Un privilegio hecho a su medida, que fue intensamente boicoteado por los restantes clubes cordobeses, encabezados por Racing, Instituto y Belgrano. A tal punto llegaba la rivalidad —con una evidente cuota de envidia— que el presidente de la Academia cordobesa, Carlos González, visitó al plantel santafesino la noche anterior al choque con Unión para desearles suerte.

La bronca contra el juez Carlos Espósito duró mucho tiempo. Y el fuerte reclamo del presidente de Talleres, Amadeo Nuccetelli, provocó que en los siguientes diez años Espósito dirigiera a Talleres sólo una vez en la capital cordobesa y dos veces fuera de la provincia. Tres arbitrajes en casi 400 partidos oficiales. ¿Recusación, tal vez?

## EL JUSTICIERO DEMARO

El domingo 1º de agosto de 1982 se produjo otro hecho increíble en el ya increíble mundo del fútbol argentino. Jugaban Huracán y Ferro Carril Oeste por el torneo Metropolitano, en la cancha de Parque Patricios, y no se lograba abrir el marcador. Hasta que se llegó a los 7 minutos del segundo tiempo... Cuenta el reconocido periodista cordobés Alfredo Leuco en su crónica del diario *Clarín*: «Luego de un tímido ataque de Huracán, Ferro recuperó la pelota y fue avanzando hacia el campo de su rival. Cuando ya habían ingresado diez metros en el mismo, se originó el conflicto. Huracán, con sus hombres, defendía alrededor de su área. Ferro empezó a tocar lateralmente. Rocchia para Cúper, Cúper para Sotelo, éste a Cañete y vuelta a empezar, de nuevo para Rocchia. Con todos los jugadores prácticamente estáticos en el terreno de juego».

Ferro seguía tocando, esperando que Huracán saliera de su abroquelamiento defensivo, pero esto no ocurría y Ferro seguía tocando. Llegado un momento, el árbitro Juan Carlos Demaro resolvió interrumpir el juego sin agresividad de Ferro y cobró un tiro indirecto a favor de Huracán. Además, amonestó a Juan Domingo Rocchia, quien en ese momento tenía la pelota. Los jugadores de Ferro protestaron y Demaro expulsó a Rocchia, seguramente por alguna agresión verbal. Leuco agrega que hubo «confusión, protestas en las tribunas que se dividieron aun más buscando figuras identificatorias. Ferro cantando loas a Griguol y Huracán a Menotti».

El partido siguió tras la expulsión de Rocchia y terminó como había empezado: un empate muy flojo, sin goles. Pero en los vestuarios arrancó otra historia.

El juez Demaro contestó tres preguntas para el diario *Crónica*:

«—¿Por qué el tiro indirecto, Demaro?

—Porque consideré que Ferro estaba realizando una retención anti deportiva del balón. Y el público no merece este tipo de actitudes.

—La pelota estaba en juego, Demaro.

—Ferro no quería jugar.

—Con el mismo criterio podría decirse que tampoco quería jugar Huracán. Si la pelota la tenía Ferro había que sacársela...

—Ferro tenía la pelota y según mi criterio no quería jugar...».

Entrevistado por *Clarín*, Demaro amplió sus conceptos: «Ferro cometió una actitud desleal, ellos no querían jugar, imagínense si se pasan quince minutos tocando hacia un lado y hacia otro. Yo, como director del espectáculo, tengo la obligación de que éste sea lo más agradable posible. Rocchia fue expulsado a instancias del juez de línea. Vuelvo a repetir que estoy perfectamente identificado con lo que hice».

En el vestuario de Ferro, el zaguero Juan Domingo Rocchia le contaba a todo el mundo que «no entiendo nada lo que cobró el árbitro. Lo único que le dije es que no sabía qué había cobrado y que me parecía que él o yo no conocíamos el Reglamento». Su técnico, Carlos Griguol, fiel a su apego al juego limpio, argumentaba que «los jugadores nunca deben hablar dentro de la cancha.

Los fallos del árbitro son inapelables y cobre lo que cobre, se deben callar la boca», en una clara crítica a su jugador expulsado, aunque enseguida agregó que Huracán «formó dos líneas de cuatro y solamente se preocupó por defenderse durante todo el partido».

El lunes 2 de agosto por la noche se reunieron el presidente de la Escuela de Árbitros de la AFA, Ángel Norberto Coerezza, y Juan Carlos Demaro, árbitro del partido Huracán-Ferro. Al término de la reunión, Coerezza señaló a *La Nación* que «el Colegio reconoce la buena fe de Demaro pero, reglamentariamente, su fallo fue incorrecto, por lo que será sancionado debidamente. Si bien el respeto por el público es una cosa venerable, una disposición del Comité Arbitral de la FIFA dice que pese a que el árbitro puede tener la convicción de que en algún momento del partido uno de los equipos no tiene intención de avanzar, no puede interrumpir el juego. Por eso Demaro se equivocó».

Un importante árbitro internacional que no quiso dar su nombre, señaló en el mismo diario que «el único jugador que puede ser castigado por demorar el juego es el arquero. Esto en lo que respecta al aspecto técnico ya que, por apreciación del juez, cualquier futbolista es pasible de sanción si la autoridad considera que demora la reanudación del juego. En esta ocasión, nada les impedía a los jugadores de Huracán obtener la pelota. Si la actitud de Márcico o de Rocchia fue desleal o especuladora, ello no es contemplado por el reglamento». Demaro estaba equivocado.

El juez no dirigió al fin de semana siguiente y regresó el 14 de agosto, para arbitrar el triunfo de Vélez sobre Argentinos Juniors por 2-0. Demoró 32 fechas en volver a controlar un partido donde jugara Ferro Carril Oeste. Lo hizo el 15 de enero de 1983, cuando el cuadro de Griguol empató 1-1 con Racing de Córdoba, en Caballito.

El buen comportamiento de los jugadores verdolagas tuvo un límite: el 9 de octubre de 1983 el equipo de Griguol perdió la calma. En el partido que San Lorenzo le ganó 2-1, en Liniers, el árbitro Carlos Espósito expulsó a cinco jugadores del cuadro de Caballito: Brandoni, Garré y Cañete (todos por protestas e insultos en una acción a los 19 minutos), Carlos Arregui y, finalmente, Hugo Noremberg, dejando a Ferro con seis hombres y el partido finalizado a los cuatro minutos del segundo tiempo. Luego la AFA decidió fijar el resultado como 2-0, anulando el tanto de Víctor Marchesini. Las imágenes de Carlos Griguol dentro del campo de juego, gritándoles y pidiéndoles calma a sus futbolistas, sólo sirvieron para aumentar su prestigio.

## **EL GRAN SUSTO DE DELLACASA**

De muy poco le sirvió a Atlanta conseguir el ascenso para la B Nacional, después de ganar uno de los torneos zonales (aquellos que enfrentaban a equipos porteños y bonaerenses, con clubes del interior) en busca de llegar a la segunda categoría del fútbol argentino, instalada en 1986 para quedarse definitivamente.

Es que el torneo lo ganó Deportivo Morón y Atlanta consiguió el ascenso al vencer en esos zonales primero al modesto cuadro rionegrino de Fernández Oro, luego al San Martín sanjuanino y finalmente a Nueva Chicago, con goles de Fabián Castro y Facundo Chumba.

Ahora bien, para mantenerse en la B Nacional, el cuadro de Villa Crespo debía sumar muchos

puntos, algo así como 40 o 42. El 5 de agosto de 1990, los bohemios arrancaron ganándole 3-0 a Douglas Haig de Pergamino. El inicio parecía un camino alfombrado pero, enseguida, se encadenaron tres derrotas y recién en la quinta fecha, Atlanta le ganó 2-1 a Laferrere en Floresta. A partir de allí, todo fue barranca abajo: cuatro empates y seis derrotas, diez fechas sin victorias... hasta que llegó el Día D.

D de Dellacasa, claro está, el árbitro de aquella tarde funesta. Ocurrió el 17 de noviembre de 1990, en la cancha de Humboldt, el corazón del barrio bohemio. Atlanta recibía a Cipolletti de Río Negro, que llegaba un poco mejor pero no demasiado: 5 triunfos, 4 empates y 6 caídas, con Guillermo Rivarola (futuro jugador de River) como figura.

No había muchos hinchas en el estadio. Se habían vendido 504 populares y el público total no superaba las dos mil quinientas personas. Nadie podía suponer que la violencia, creciente en el fútbol argentino, tendría lugar en este partido tan poco convocante. De cualquier modo, los dirigentes de Atlanta, encabezados por Bernardo Kravestcky, su vicepresidente, habían pedido hacía tres meses una reunión con autoridades de la AFA para analizar la relación de las barras bravas con el delito y la venta de droga.

El primer tiempo terminó 1-0 para Cipolletti, gracias a un cabezazo de Domingo Perilli a los 9 minutos. En el minuto 39, Atlanta se quedó con diez hombres por expulsión de Néstor Arce, y luego, a medida que avanzaba el segundo tiempo, fue perdiendo cada vez más la paciencia. El juez Dellacasa fue implacable. Así, vieron la tarjeta roja Fernando García, el experimentado Renato Corsi y finalmente Fernando Zappia. Atlanta se quedó con siete y todos enloquecieron: hinchas y dirigentes. Encima, Torres marcó el 2-0 cuando Cipolletti ya jugaba con cuatro hombres más y se desató el desastre, a quince minutos del final del tiempo reglamentario.

El cronista de *Clarín* contaba en su nota del 18 de agosto: «Cipolletti había anotado el segundo gol con un cabezazo de Torres. Una alternativa lógica a esa altura, considerando que Atlanta tenía cuatro hombres menos debido a otras tantas expulsiones. De pronto, desde el vestuario local, salió disparado el vicepresidente del club, Bernardo Kravestcky, quien emprendió una decidida carrera hacia el árbitro Dellacasa».

Sigue narrando el matutino que «Kravestcky intentó agredir al juez, pero éste lo alejó levantando su pierna. La batahola, de todos modos, ya estaba generada. Había ingresado gente en la cancha desde la platea, caían proyectiles que apuntaban a los futbolistas visitantes, comenzaba a cundir el pánico. Desde la cabecera local se metieron en el césped varios hinchas ¿cincuenta?, ¿setenta, acaso? que quién sabe cómo, lograron abrir un portón de acceso al campo de juego. Mientras tanto, Dellacasa recibía un trompazo en el parietal derecho por parte del marcador central Fernando García, uno de los expulsados. Enseguida, un desconocido aplicó una zancadilla a Dellacasa que lo derribó. La policía ingresó y se encargó de dispersar a los revoltosos con gases lacrimógenos. Como pudieron, los protagonistas zafaron de la revuelta y se metieron en los vestuarios. En medio de semejante trifulca, desde la cabina de la Voz del Estadio, un individuo (¿algún desaforado que arrancó el micrófono tal vez?) arengaba diciendo: “hay que matar al árbitro...”».

Lo más insólito, según se supo después, fue que el autor de aquella bravuconada desde los micrófonos, que se escuchó en todo el estadio, habría sido el propio Bernardo Kravestcky,

vicepresidente bohemio. El presidente del club, Juan Chiarelli, no se habría quedado atrás y entró también al campo de juego con intenciones violentas.

Sin embargo, el dirigente dijo algo muy distinto cuando fue abordado por los periodistas. Según la crónica de *Clarín*, Chiarelli, sin que se le moviera un músculo de su cara, comentó que «le pedí a la policía que se llevara detenido al árbitro, porque hay lesionados y existe una denuncia de un vitalicio. Yo mismo me voy a apersonar a la comisaría para radicar también una denuncia contra Dellacasa por instigar a la violencia no sólo entre los jugadores, sino además con el banco de suplentes y con la tribuna. Voy a citar a los jugadores para que testifiquen. Elevaremos una denuncia ante la AFA y la Escuela de Árbitros...». Pero lo más increíble es cómo sigue la crónica. «Cuando nos íbamos, un suboficial de la policía nos confidenció: “Me daba risa cuando a usted el presidente lo trataba de mentiroso. Ese hombre era el mismo que estuvo en la cancha. Lo que pasa es que se había cambiado la remera...”».

Dos semanas después de los gravísimos incidentes, el Tribunal de Disciplina de la AFA decidió quitarle ocho puntos a Atlanta, darle por perdido el partido ante Cipolletti y descontarle el 30 por ciento de las recaudaciones durante las siguientes cuatro fechas. Además, hubo suspensión por cuatro años para el vicepresidente Kravestcky, un año para el presidente bohemio Juan Chiarelli y dos años de inhabilitación para el defensor golpeador, Fernando García.

Atlanta quedó muy dolido: apenas pudo ganar cinco partidos más en el torneo y terminó último con magros 24 puntos, muy lejos de la salvación. El cuadro de Villa Crespo volvió a descender y su retorno terminó siendo un espejismo. La violencia que sus dirigentes decían combatir la protagonizaron ellos mismos. Un papelón mayúsculo.

Humberto Dellacasa, el hijo-juez que cargaba con el peso de tener hasta el mismo nombre de un excelente árbitro de años anteriores, siguió dirigiendo pero ya nunca más controlaría un juego de Atlanta en el ascenso. Con actuaciones muy irregulares, muchísimos fallos discutibles y cierta endeblez en la interpretación de algunas jugadas, terminó llegando a la primera división, de donde decidió retirarse el 2 de junio de 1997, luego de que integrantes de la hinchada de Platense lo amenazaran tras el encuentro que el cuadro calamar perdió con Huracán por 3-1 en su propio estadio.

Sus últimas palabras en el cargo fueron reveladoras de su estado anímico: «Estoy totalmente harto de tanta violencia. Mi retiro está totalmente decidido. Platense-Huracán fue mi último partido oficial como árbitro de la AFA, Fue muy feo, me estaban esperando y no aguanto más. Estoy cansado de recibir cachetadas».

Diez años después, en la página [www.sentimientobohemio.com.ar](http://www.sentimientobohemio.com.ar), el propio Dellacasa recordó un dato interesante sobre esa tarde lamentable en Villa Crespo: «Le hice juicio a Atlanta por 250 mil dólares y tenía toda la Intención de seguir el juicio, pero una charla con Noray Nakis, miembro del Comité Ejecutivo de AFA en la cual me pidió que no siguiera adelante, generó que diera marcha atrás con el juicio. Creo que si todo hubiera seguido su marcha, hoy sería el dueño de Atlanta».

El 22 de octubre de 1994, Talleres recibió en el estadio mundialista cordobés al Vélez de Carlos Bianchi. Un Vélez fuerte, poderoso, que ya se había quedado con el título en 1993 y con la Copa Libertadores en 1994. Faltaba muy poco para que también ganara la Intercontinental, nada menos que frente al sólido Milan italiano.

El cuadro de Liniers definió el partido con Talleres en el segundo tiempo, cuando Pompei concretó un tiro penal y lo aseguró con dos cabezazos de Fabián Fernández, el potente delantero que había llegado de Gimnasia y Esgrima La Plata y que jugó como titular en ese encuentro por una dolencia del *Turu Flores*. Los hinchas cordobeses protestaron vivamente el penal que sancionó el árbitro Roberto Ruscio por una supuesta falta de Chacoma a Marcelo Herrera. Y un minuto antes de que se cumpliera el tiempo reglamentario, pasó algo increíble.

El diario *Clarín* del lunes 24 de octubre lo contaba así: «Las imágenes son difíciles de olvidar: el intruso saltó la platea y corrió desafortunadamente hacia el sector donde estaba el árbitro Roberto Ruscio. Le aplicó un golpe desde atrás, en la nuca. Ruscio atinó a agacharse y el individuo se resbaló. Entonces intervinieron algunos jugadores, entre ellos el arquero Chilavert y los jueces de línea, que alejaron al hincha cordobés. La corrida del hombre terminó en la tribuna popular, donde otros hinchas lo ayudaron para cruzar, en lugar de haberlo entregado a la policía».

El canal deportivo TyC Sports, la flamante señal que se había inaugurado en los primeros días de septiembre de ese año, transmitía en directo el partido para todo el país. A mí me tocó comentar ese encuentro y todavía me dura el asombro que vivimos al ver a ese hincha cordobés meterse en la cancha, y el asombro aún mayor del querido Adrián Paenza, relator del partido, que empezó a gritar en medio de la transmisión «¡¡¡cuidado Ruscio, cuidado!!!», en un intento por advertirle al juez que, obviamente, no tenía manera de oírnos. Todavía hoy nos reímos cuando nos acordamos de la anécdota...

Consultado por los periodistas, el árbitro Ruscio, dijo en los vestuarios que «de repente sentí un golpe. No pude ver de dónde vino ni cómo. No sabía si me había pegado un jugador o quién. Cuando reaccioné vi al agresor y si no se hubiese resbalado, los golpes habrían continuado. No lo podía creer...».

Mientras Ruscio —que no sufrió secuelas del golpe— se calmaba en el vestuario del estadio Olímpico, los directivos locales intentaban culpar a la empresa privada vinculada con la seguridad del estadio. El vicepresidente del club, Francisco Martín, le expresó a *Clarín* que «el hecho es repudiable porque el agresor es un desorbitado que no midió las consecuencias. Por eso vamos a emitir un comunicado y presentaremos el descargo en AFA».

La presión sobre los hinchas que ocultaron al agresor fue efectiva y, el lunes 24, se produjo la detención de Cristian Eduardo Gómez, el joven de 19 años que había trompeado a Ruscio. Gómez fue detenido mientras caminaba por el centro de la capital cordobesa hecho un manojito de nervios. *Clarín* publicó una entrevista del corresponsal Ramón Gómez con los padres del joven: «“Cristian, mirá qué parecido a vos ése que sale en la tele”, la madre de Cristian Eduardo Gómez terminó por conmoverlo y tomándose la cara con las dos manos confesó: “Mamá, fui yo el que le pegó al árbitro. Estoy arrepentido porque no quise golpearlo”. Los dos se abrazaron en la vivienda del barrio Las Violetas y lloraron un rato largo. Fue el domingo a la noche, cuando miraban la repetición del partido en Canal 10. Juan Gómez, padre de Cristian le pidió públicamente perdón a

Ruscio: “La verdad que estoy avergonzado por lo que pasó. Por eso en nombre de mi familia y de mi hijo quiero disculparme con Ruscio. Estoy seguro que mi hijo no sabía lo que hacía y por eso hoy está arrepentido”».

Finalmente, las sanciones fueron muy suaves: se dio por terminado el partido con el triunfo de Vélez por 3-0 y se le aplicó un descuento de dos puntos a Talleres en la tabla del torneo Apertura de 1994. Al agresor Cristian Eduardo Gómez se lo condenó a seis días de arresto por aplicación del Artículo 14 inciso C del Código de Faltas de la provincia de Córdoba. En el colmo del absurdo, Víctor Trillo, abogado defensor de Gómez, comentó a *La Nación* que «la pena fue exagerada, ya que le tendría que haber correspondido el mínimo de tres días. La semana de arresto sólo se justifica por la trascendencia que tenía el encuentro».

Los medios periodísticos más importantes relacionaron esta agresión a Ruscio con la que sufrió el árbitro Internacional Javier Castrilli el 22 de mayo de 1993, en la misma cancha, cuando fue agredido luego de expulsar a los jugadores Kenig, Rivarola, Rivadero, Boldrini y Ortega Sánchez, y el partido con River igualaba 2-2. Finalmente la AFA le dio por perdido el partido al club cordobés y Talleres no tuvo mejor idea que apelar a la justicia, lo que le provocó una nueva sanción de la AFA, que le hizo perder los puntos ante Newell's Old Boys y Gimnasia La Plata, partidos ambos que había ganado 1-0. Talleres se fue al descenso y el antecedente quedó flotando entre hinchas, jugadores y dirigentes...

## LOS ESCÁNDALOS DE MADORRÁN

¿Cómo había sido la trayectoria de Fabián Madorrán antes de su infortunado final (ver capítulo 8)? Una anécdota puede servir como ejemplo. El 14 de junio de 2001 la tapa del diario deportivo *Olé* titulaba «Qué afano», para definir lo ocurrido en la cancha de Instituto, luego de que el cuadro cordobés recibiera a Argentinos Juniors por el partido de ida de la Promoción de Primera división. El encuentro terminó empatado sin goles y fue la tarea del árbitro la que provocó esa salvajada periodística.

En el texto se señalaba: «desequilibrio, falta de personalidad, poco oficio para manejar un partido caliente, se podrían seguir enumerando adjetivos para calificar el bochornoso final que provocó Fabián Madorrán y que tuvo como protagonistas a unos también muy nerviosos jugadores de Argentinos. Cada uno tuvo su parte en esta patética película, pero el árbitro fue el actor principal, el responsable de que todo se descontrolara y de que un partido de fútbol terminara en un escándalo...».

Madorrán y su asistente principal, Darío García —un juez de línea que se ganaba la vida vendiendo biblias— fueron los artífices del tremendo lío, al anular dos tantos legítimos convertidos por Argentinos Juniors. El primero, cuando un cabezazo del delantero Alberto Yaqué superó al arquero Klimowicz, hermano del goleador que triunfó en el fútbol alemán. El *Beto* Yaqué conectó un centro y convirtió, mientras ningún rival ni nadie en el estadio —salvo el juez— observaba falta alguna.

Cuando restaban dos minutos para la finalización del encuentro, el línea García y el propio

Madorrán volvieron a la carga, al no convalidar un tremendo zurdazo de Federico Insúa, que superó al arquero cordobés, pegó en el travesaño y picó claramente detrás de la línea de gol. La absoluta certeza de los periodistas de TyC Sports, señal de cable que transmitió el encuentro, y la convicción de los jugadores visitantes de haber sido despojados de un triunfo clave para mantener la categoría, provocaron el escándalo.

Decía la crónica de *Olé*: «La actuación técnica de Madorrán fue de floja para abajo, porque perjudicó claramente al equipo de La Paternal: le anuló dos goles que fueron válidos, se equivocó en muchos fallos que, como se dice en la jerga del fútbol, inclinaron la cancha a favor de Instituto y hasta pareció que fue más severo para sacar las amarillas. Lo que pasó en el final volvió completamente locos a los de Argentinos, aunque es probable que en sus reacciones haya influido la carga emocional con la que vienen luego de que el Tribunal de Disciplina no le sacó puntos a Racing por los incidentes con River en el Clausura, que los terminó condenando a la Promoción».

En el final se vieron los intentos del mediocampista Mariano Herrón, fuera de sí, por acercarse al asistente Darío García, y los nervios de la mayoría. Madorrán, también muy exaltado, corrió varios metros para mostrarle la tarjeta roja a Herrón, lo que enardeció más aún a los visitantes. Herrón gritaba: «Lo único que le dije al línea fue que cuando viera el gol por televisión se iba a querer matar. Nada más, lo juro por mi hijo». Y lo más grave ocurrió —cuenta *Olé*— cuando «en su camino para mostrarle la roja a Herrón, Madorrán debió pasar entre varios jugadores de Argentinos, que se interpusieron. Hubo patadas y trompadas al voleo de los dos lados. Menos mal que en el bolsillo tenía la roja, porque si hubiese tenido un revólver tal vez empezaba a los tiros...».

Apenas un poquito más calmos, los jugadores hablaron después del partido. Rolando Schiavi señaló: «Me siento perjudicado, no nos cobraron dos goles». El entrenador Sergio Batista explicó que «no sólo fue el final. Nos anuló el gol de Yaqué antes y cobró muchas faltas cerca de nuestra área. El plantel me dijo que el árbitro los hostigó en todo momento». El juez, centro de las quejas, respondió desde su camarín: «Me sentí agredido. Tengo un golpe en la espalda y otro en el brazo. Me tuvieron que sedar. Los jugadores de Argentinos Juniors estuvieron exaltados desde el comienzo del partido. Al final, me rompieron la camiseta».

Al día siguiente, el Colegio de Árbitros decidió suspender por tiempo indeterminado a Madorrán, y Guillermo Marconi, secretario general del SADRA (gremio al que Madorrán estaba afiliado) le pidió que presentara la renuncia Indeclinable al sindicato. Dos días después, el juez charló con periodistas de radio La Red: «Fue un error grosero no haber cobrado el gol de Insúa, pero estaba muy lejos. Si pudiera ver ese pique sería el hombre biónico. No digo que no merezco que me suspendan, pero a algunos jueces los paran un mes después y a mí al día siguiente. Quieren sacarme del arbitraje».

El diario *La Nación*, en la crónica del periodista Carlos Beer, publicó que «los afiliados al SADRA estuvieron reunidos en asamblea permanente en la jornada de ayer, con continuas llamadas telefónicas. Consultados veintisiete jueces, se llegó a la conclusión de que la posición de Madorrán es totalmente indefendible».

Finalmente, la AFA dio de baja a Fabián Madorrán aduciendo mala actitud física y técnica. Y, aunque el argumento estuvo ligado a una renovación de jueces, la razón tenía que ver claramente

con la larga lista de polémicas y críticas que generaban sus arbitrajes. Un día antes, el controvertido referí había controlado su último partido, en el que Banfield venció como visitante a Chacarita Juniors.

Explicaba *La Nación* en su artículo del martes 30 de septiembre que «el caso de Madorrán es distinto a todos. Se trata de una medida atípica de AFA, que pocas veces se expidió así con un internacional. El referí, de 38 años, había sido ascendido en 1998 y nunca tuvo consenso entre las autoridades arbitrales. En este desenlace, la Escuela de Árbitros, dirigida por Carlos Coradina, le pidió su baja al Colegio de Árbitros, cuerpo que refrendó su decisión. Se esgrime como argumento que Madorrán faltó a muchas clases para los jueces y no rindió exámenes físicos puntuales».

Los problemas para Madorrán en la máxima categoría habían arrancado el 29 de noviembre de 1998, luego de un arbitraje en el que perjudicó notoriamente a Gimnasia, el equipo de La Plata que peleaba desde atrás el campeonato con el invencible Boca de Carlos Bianchi. El juego finalizó 1-1 y, cuando todos se retiraban, el árbitro protagonizó un insólito diálogo con el periodista Sergio Rek. A punto de desandar el camino hacia los vestuarios, a metros del túnel, el juez le preguntó al periodista quiénes habían cubierto el partido para el programa *Fútbol de Primera*, que se omitía por Canal 13. Ante la respuesta del colega Rek, el árbitro lo contestó algo así como «que la chupen, ahora me voy a festejar a la Bombonera...», en abierto reconocimiento de su simpatía futbolera. Esa tarde, sólo la proverbial caballerosidad del entrenador Carlos Griguol y sus dirigidos le evitó una agresión a él y a sus colaboradores, Ernesto Taibi y Abraham Serrano.

Los problemas de Madorrán se amplificaron al ámbito internacional en febrero de 1999, cuando expulsó a cuatro futbolistas brasileños en un sudamericano juvenil disputado en Uruguay. Allegados al propio juez hicieron circular una discusión que se habría dado en los vestuarios, después del partido, en la que Jorge Romo, responsable del Colegio de Árbitros, le indicó que no podía expulsar jugadores de Brasil así como así, que había camisetas de un valor y camisetas de otro valor, igual que en el fútbol local. Esta especie fue luego desmentida y el asunto se archivó, pero las frases quedaron picando en la mente y el corazón de varios jueces y, por supuesto, de muchos jugadores y periodistas.

Entre las anécdotas posteriores hay que apuntar el tiro penal ejecutado por Martín Palermo contra Platense, por el torneo Clausura de 1999. El detalle fue que el máximo artillero de la historia de Boca lo hizo pateando con las dos piernas —se resbaló en el momento de la ejecución—, y Madorrán lo convalidó. Por si a alguien le quedaban dudas, en 2001 las cámaras de televisión sorprendieron al árbitro entonando las canciones que salían de la tribuna de Boca, en el medio del partido que los xeneizes disputaban con Almagro en la cancha de Ferro Carril Oeste.

El 26 de mayo de 2002 protagonizó otro arbitraje escandaloso, al perjudicar notoriamente a Gimnasia y Esgrima de Concepción del Uruguay, Entre Ríos, que visitaba a Unión por la Promoción a Primera A. Los entrerrianos habían ganado el partido de ida por 3-1 y Unión necesitaba hacer lo mismo. Los tatengues vencieron 3-0 con claridad, pero el rival había sido diezmado por la rigurosidad de Madorrán, que expulsó a Zamuner, Mongó, Leguizamón y Vendakis, dejando al modesto Gimnasia entrerriano con siete futbolistas. Allegados al club de Concepción del Uruguay hablaban de una conversación telefónica que los máximos directivos habían tenido con gente de Colón de Santa Fe, quienes les habrían avisado de un supuesto acuerdo

económico entre Madorrán y la dirigencia tatengue. Tiempo después, la polémica carrera como juez de Fabián Madorrán llegaba a su final por decisión dirigencial. Poco faltaba para su trágico final.

## **LA SAGA DEL SARGENTO**

Daniel Giménez, chaqueño de nacimiento, construyó una sólida carrera como árbitro que se fue deshilachando con el correr del tiempo. Llegado a Primera división a comienzos de los años '90, se destacó rápidamente por su estado físico impecable y un estilo para dirigir áspero, duro, sin mostrar preferencias por nadie.

La primera mancha en su currículum fue un 24 de marzo de 1996, cuando se negó a sumarse al minuto de silencio decretado por la AFA en todos los estadios por los veinte años del golpe militar. Giménez, que como actividad paralela al referato cumplía tareas de sargento, se hizo el desentendido en el Estadio Córdoba, donde se medían Belgrano y Racing.

Repudiado por eso, usó cualquier tipo de excusas para justificar la falta de respeto que cometió hacia el pueblo argentino y las víctimas de la dictadura militar. Pero la cosa no pasó a mayores y Giménez siguió dirigiendo. Así, tuvo buenos rendimientos pero también hubo algunos partidos en los que se dudó de su integridad moral, como cuando le anuló tres goles a Argentinos Juniors en Mendoza, frente a Godoy Cruz, o la noche en la que San Martín de San Juan consiguió ascender a Primera división, tras ganarle 3-1 a Huracán en la capital cuyana. Aquella noche, Giménez fue duramente acusado por jugadores, cuerpo técnico y dirigentes de Huracán. El árbitro chaqueño no dirigiría nunca más al cuadro de Parque Patricios y comenzaría su declive definitivo como juez.

Meses antes, un escándalo en el Estadio Ciudad de La Plata había impactado significativamente en su credibilidad. Fue el 10 de septiembre de 2006, cuando Gimnasia y Boca se enfrentaron por la sexta fecha del torneo Apertura. Boca era dirigido por Alfio Basile y se había convertido en una verdadera máquina de ganar: se había quedado con el Apertura 2005 y el Clausura 2006. En el primero de los dos torneos que ganó, Boca debió luchar mano a mano con Gimnasia, que bajo la conducción técnica de Pedro Troglio, estuvo muy cerca de quitarle el título. Pero Gimnasia dejó escapar la gran oportunidad cuando no pudo vencer ni al colista Tiro Federal ni a Newell's en su cancha del Bosque platense. Eso sí, en una de las jornadas finales consiguió vencer a Quilmes como visitante, con un insólito penal que sancionó Daniel Giménez y que le permitió a Lucas Lobos establecer la ventaja mínima.

A ese 10 de septiembre, entonces, llegaban con ánimos distintos. Boca, con 15 puntos, producto de cinco triunfos consecutivos. Gimnasia, navegando por el medio de la tabla, con dos victorias y tres caídas. Había más de treinta mil personas en el estadio. En el primer tiempo, Santiago Silva, el delantero uruguayo que luego campeonara en Banfield, clavó un tiro penal para la ventaja parcial del Lobo y así se fueron al descanso, con un Gimnasia que jugaba al límite del reglamento con las infracciones. Por eso Giménez amonestó a Silva, Cornejo, Basualdo, Escobar, Semino y Guglielminpietro y expulsó al alterado técnico local, Pedro Troglio.

Algo pasó en el entretiempo que provocó la suspensión del partido. Daniel Giménez, camino a

su vestuario, fue increpado por el presidente de Gimnasia, Juan José Muñoz. Según el diario *Olé*, el diálogo fue así:

«—Che, esto está lleno de gente, ¿cómo lo vas a echar a Troglio?

—¿Usted quién es?

—Soy Muñoz, el presidente de Gimnasia.

—¿Cómo me va a hacer un planteo así? Yo no tengo nada que hablar con usted. Agentes, por favor, sáquenlo de acá.

—Te voy a cagar a trompadas. Mirá, no te mato hoy acá, pero te mato mañana en AFA, vas a ver».

El presidente de Gimnasia salió rápidamente a desmentir. En el programa televisivo *La última palabra*, Muñoz dijo que no cuestionó al arbitraje: «Lo juro por mis hijos, le pedí al juez que sea solidario con Troglio, porque el padre está pasando un momento delicado de salud». Enseguida, ante el micrófono de TyC Sports, el mismo Muñoz agregó que «el asistente Darío García me gritó que yo era un pesado pero que no me la aguantaba solo y me dijo que me iba a matar. Lo juro por Cristo, pero no voy a hacer un drama de esto. No voy a hacer ninguna denuncia...».

Vale la pena detenerse en la historia personal del entonces presidente de Gimnasia. Una investigación del periodista Gustavo Veiga lo pinta de cuerpo entero en el diario *Página/12*. «Paradigma de nuevo rico modelado en los años noventa, el actual presidente de Gimnasia irrumpió en el mundo del fútbol con el mismo ímpetu que amasó su fortuna. El *Tuerto*, como lo apodan, de frutero y verdulero mutó a próspero empresario, aunque sólo hacía visible su adhesión a Carlos Menem y una calculada ostentación. Igual que el riojano, gusta andar en autos lujosos, organiza generosas fiestas en su mansión-fortaleza de Villa Elisa y no repara en gastos con tal de disfrutar su poder».

Muñoz ya era célebre por algunas frases como «de Dios para abajo no le temo a nada ni a nadie» y por distintas consideraciones sobre futbolistas de su club a quienes, por ejemplo, amenazó con colgar «como macetas» para que no volvieran a jugar. La versión (nunca confirmada) sobre aquel entrevero con Giménez y sus colaboradores indicaba que Muñoz le habría endilgado al juez un supuesto pago de diez mil dólares en el partido en que Gimnasia le había ganado a Quilmes sobre la hora en cancha cervecera, gracias a aquel penal insólito cobrado por el chaqueño. Pero nadie habló más del tema ni lo investigó.

En febrero de 2005, y tras una derrota con Lanús como visitante (0-3), Muñoz irrumpió en los vestuarios y terminó a las trompadas con un empleado de seguridad. En diciembre del mismo año, mientras su equipo peleaba el título con Boca, el plantel de Newell's fue intimidado por hinchas gimnasistas y esa tarde el sueño del título se esfumó.

Lo cierto es que, diez días después del interrumpido partido con Boca, el Comité Ejecutivo de la AFA suspendió por seis meses a Juan José Muñoz para desempeñar cargos en la Asociación, aunque la medida no tenía alcance para su función de presidente en el club. La misma AFA determinó que el segundo tiempo de ese partido debía completarse el 8 de noviembre a partir del resultado parcial de 1-0 para el Lobo platense. Para ese entonces, Gimnasia vegetaba por la zona baja de la tabla mientras que Boca luchaba con Estudiantes, el archirrival del Lobo, por el título

del torneo Apertura 2006. El 15 de octubre. Estudiantes había aplastado 7-0 a Gimnasia en el Estadio Ciudad de La Plata, en una goleada histórica que lo puso más cerca de alcanzar a Boca.

Ese 8 de noviembre, los jugadores de Gimnasia sabían que si lograban mantener el resultado parcial contra los boquenses, le brindarían indirectamente más oportunidades a Estudiantes para ser campeón. Pero pocas horas antes de la reanudación del partido, una información se filtró y estalló el escándalo: varios días antes, un grupo de barras de Gimnasia había accedido a la concentración del equipo en el predio de Estancia Chica, en Abasto, donde amenazó a los futbolistas para que se dejaran ganar por Boca. Sí, para que fueran para atrás.

El encargado de hacer correr la voz fue el hermano de un integrante del plantel, que se comunicó con el diario deportivo *Olé*: «Si ganan, les damos un tiro en cada pierna», aseguró esta fuente que les dijeron a los jugadores. A esto se sumaba otro rumor: un ofrecimiento de tres mil dólares por cabeza que allegados a River le habrían ofrecido a los futbolistas del Lobo si le ganaban a Boca.

Finalmente, el segundo tiempo se disputó en la noche del 8 de noviembre, en el flamante estadio, y fue una parodia. Boca terminó ganando 4-1, con dos tantos de Rodrigo Palacio, uno de Palermo y otro de Marino. La actuación del juez Daniel Giménez fue muy floja, ya que cobró un penal para Boca que dejó muchas dudas y encima, por error de sus colaboradores, sancionó otro en clara posición adelantada.

Al día siguiente, *Olé* salió a la calle con una tapa completamente negra y apenas un título en letras color naranja que decía «Jugaron a muerte», en obvia referencia a las amenazas sobre los jugadores de Gimnasia. El diario señalaba en uno de sus textos que «los jugadores, por si hacía falta aclararlo, pasaron una de las peores tardes de su vidas. Veían que el presidente Muñoz nada hacía para evitar que Estancia Chica fuese una zona liberada. También comprobaron que los barras accedían rápidamente a los números de teléfono, direcciones de sus casas o nombres de los *countries* donde viven, e Incluso información sobre sus hijos. Por eso, sin pensar en Palacio, Gago o Guillermo, habría surgido la idea de que la derrota fuera lo más alevosa posible para que alguien se encargara de denunciar lo que ellos no querían o no podían, por miedo a la venganza. A un equipo que va para atrás o no quiere ganar se lo califica de sinvergüenza, pero uno que pierde porque sus futbolistas se juegan literalmente las piernas, una víctima».

Esa misma tarde Marcelo Romero, fiscal penal de La Plata, actuó de oficio y ordenó a la policía bonaerense que investigara si los jugadores de Gimnasia fueron realmente amenazados para que se dejaran ganar. El mediocampista Nicolás Cabrera le dijo a los periodistas: «Lo que pasó se lo vamos a decir al fiscal».

La declaración más explosiva fue la del defensor Ariel Franco al programa *De Una* en radio La Red: «vivimos una situación que como jugador nunca había vivido. Fue más que obvio lo que se vio, algo pasó pero no voy a dar lujos de detalles. No hablé con el técnico Troglio ni con mis compañeros, terminó el partido y me fui para mi casa». Ninguno de sus compañeros se atrevió a decir nada más arriesgado...

Eso sí, Marcelo Goux, que llevaba cuatro años en Gimnasia siendo titular con más de 170 presencias oficiales, no jugó nunca más con la camiseta del Lobo. Tres meses después, firmaría para Colón de Santa Fe. ¿Qué había pasado con Goux? Que se paró frente a los agresores y los

enfrentó, desarmado: eso le habría costado que le apoyaran un arma en el estómago. ¿Qué ocurrió con Franco? En los siguientes siete meses, jugó apenas un único encuentro, cuando ya no estaba Troglio y sí el colombiano Maturana como DT.

En los días siguientes al partido, el presidente Muñoz desmintió en todos los micrófonos que le pusieron delante que hubiesen existido amenazas de muerte, dijo que para él no había barras bravas en Gimnasia y echó sombras sobre los periodistas que cubrían diariamente los entrenamientos del plantel. Así fue que un grupo de hinchas intentó agredir a trabajadores de prensa tras la derrota ante Vélez, el 12 de noviembre. Los colegas debieron caminar hacia los vestuarios soportando insultos, salivazos y golpes de los enardecidos hinchas.

Otra de las informaciones que se filtró tenía que ver con el motivo de la ausencia del defensor Goux, uno de los referentes del plantel, en el partido contra Vélez. Al parecer, un abogado, aparentemente enviado por el presidente Muñoz, le habría exigido al jugador que cambiara su declaración cuando se enfrentase al fiscal (al día siguiente de ese partido). Dicen que Goux, destruido anímicamente, se había retirado llorando de la concentración. Dos días después se supo que el abogado contratado por los barras de Gimnasia era Fernando Burlando, hincha fanático de Estudiantes y uno de los profesionales más mediáticos del país, defensor de Giselle Rímolo y de Horacio Conzi, entre otros.

Concluida la tercera semana de noviembre de 2006, ya habían declarado ante el fiscal Romero todos los jugadores de Gimnasia. La conclusión de Romero fue sencilla y contundente: «Les pregunté de mil maneras pero no hubo forma. No fueron amenazados, no fueron intimidados y no había mucho más que interrogar, no reconocieron ser víctimas de delito alguno. Les pidieron que ante Boca no ganaran, fue una charla que lejos de ser amenazante era cómica. Estoy muy caliente. Tenía la expectativa de llegar a la verdad en un hecho muy grave y tal vez fue una expectativa exagerada».

Pasaron tres años. Hasta que el 23 de noviembre de 2009, el delantero uruguayo Santiago Silva contó en el programa *Gol de Medianoche*, de la señal TyC Sports, que «teníamos que ir para atrás porque íbamos ganando y el único que peleaba con Boca era Estudiantes. Y bueno, teníamos que perder. Quedás marcado. Eso uno no se lo olvida, fue un momento muy feo y no se lo recomiendo a nadie». Silva también dejó entrever que el presidente Muñoz los había desprotegido totalmente: «Cayeron todos de repente, ya estaba todo estipulado y nosotros no sabíamos nada».

En septiembre de 2007, Daniel Giménez decidió retirarse del referato, pero antes lanzó duras acusaciones a colegas y clubes, algo que nunca había hecho mientras trabajaba como árbitro. Dijo Giménez a la agencia *Noticias Argentinas*: «Algunos dirigentes de clubes ponen y sacan árbitros y asistentes de los partidos. Los jueces estamos muy solos, muy desprotegidos, jugamos con miedo y sin libertad...». Enseguida cargó contra el asistente Juan Carlos Rebollo: «Siempre se equivoca a favor de River y de Arsenal. El juez Pompei se hartó de este muchacho y pidió que no jugara más con él. Uno no es tonto...».

Giménez defendió a Horacio Elizondo y a Javier Castrilli, los referentes de la profesión que marcaron una gran distancia con quienes los siguieron, salvo el caso de Héctor Baldassi, a quien juzgó como «el más vivo de todos». Giménez declinó hablaren aquel momento sobre ciertas conductas suyas en determinados partidos que definían campeonatos o descensos. Eso sí, al

anunciar su retiro calificó a los jugadores del fútbol argentino como «tramposos, ventajeros y llorones».

El archivo es muy bueno en estos casos. En el diario *La Nación*, cuando finalizó la temporada futbolística de 1939, hay una entrevista al árbitro inglés Isaac Casswell, que había sido contratado por la AFA en las últimas tres temporadas. Al preguntársele sobre el nivel del fútbol criollo, Casswell elogió ampliamente las bondades de los jugadores argentinos, pero al final deslizó una crítica que tiene que ver con los dichos de Giménez: «Dedican mucho tiempo a estar simulando y teatralizando las jugadas tratando de impresionar al juez y encima, protestan». Son palabras de hace más de 70 años...

# CAPÍTULO 6

## FÚTBOL Y CONTEXTO POLÍTICO

Pasaron los años y la epopeya de Independiente en plena capital cordobesa atravesó la historia sin demasiadas polémicas. Pero la hazaña de aquellos ocho jugadores rojos no fue algo común: lograron quedarse con el campeonato Nacional de 1977 cuando todo indicaba que lo perdían. Es que, en aquella final de ida y vuelta que jugó contra el lujoso Talleres cordobés, Independiente había terminado mal parado en Avellaneda, cuando apenas pudo empatar con el cuadro revelación del interior que dirigía Roberto Saporiti. Con ese empate en el bolsillo, Talleres quedó posicionado como favorito. Necesitaba ganar o empatar sin goles en su cancha y se coronaba campeón por primera vez.

Los cordobeses se habían clasificado al ser los líderes del Grupo C, por encima de Racing, River y Vélez. En semifinales dejaron en el camino a Newell's, tras empatar como locales y vencer a los rosarinos en el Parque Independencia. Independiente había quedado puntero en la Zona D delante de Belgrano, Huracán y el Argentinos Juniors de Diego Maradona. En las semifinales dio cuenta de Estudiantes, tras empatar en La Plata y vencerlo 3-1 en Avellaneda. Con la sabiduría en la conducción de Ricardo Bochini, la capacidad goleadora de Daniel Bertoni y de Norberto Outes, una defensa sólida donde sobresalían Hugo Villaverde y Enzo Trossero, los rojos parecían los máximos candidatos al título. Pero Talleres, con su fútbol prolijo y de alta imagen visual, con Ludueña, el jujeño Valencia, la categoría de Luis Galván en el fondo, el hábil puntero Boccanelli, el goleador Humberto Bravo y toda la clase de la *Pepona* Reinaldi, le oponía muchísima fuerza.

La primera final había sido muy pareja, muy equilibrada, y terminó en empate. Los goles llegaron por dos penales que sancionó Ángel Coerezza: primero convirtió Enzo Trossero y, cinco minutos después, empató Ricardo Cherini para los cordobeses.

Tras este empate en cancha roja, se fijó el miércoles 25 de enero de 1978 para la revancha. Faltaban aún varios meses para el Mundial y todavía el Estadio Córdoba no estaba terminado. Talleres era local en su pequeña cancha del Barrio Jardín Espinosa, en el sureste de la capital mediterránea. En ese entonces la provincia era conducida con puño de hierro por el genocida Luciano Benjamín Menéndez, dueño y señor de la vida de los cordobeses desde el Tercer Cuerpo de Ejército.

Las versiones que corrían por todo Córdoba eran simples y contundentes: los militares que mandaban querían «darle una alegría al pueblo de Córdoba». Talleres había causado una revolución futbolera en la provincia cuando comenzó a enterearse en los torneos nacionales de 1974, 1975 y 1976 y parecía que le llegaba el turno de ser campeón.

El propio Ricardo Bochini, héroe de aquella final, declaró hace algunos años: «Yo supe que el general Luciano Benjamín Menéndez, que entonces era el gobernador de Córdoba, estaba muy interesado en que Talleres saliera campeón. Y ese partido fue muy raro, muy raro». Menéndez no era en realidad el gobernador, pero tenía concentrado todo el poder y todas las armas. Al mismo tiempo, se estaba librando una pelea por otro poder, ya que Julio Grondona, presidente de Independiente, y Amadeo Nuccetelli, titular de Talleres, competían para quedarse con la presidencia de la AFA. Todavía faltaba un tiempo, pero para muchos dirigentes ellos oían los dos candidatos principales para suceder en el cargo a Alfredo Camilo, aunque la experiencia de Grondona parecía darle alguna ventaja.

En Córdoba, por lo pronto, todo hacía presagiar una gran fiesta popular, con o sin ayuda. La crónica de ese día del diario *La Voz del Interior* era clara: «En Córdoba, la fiesta estaba preparada. A su arribo a Córdoba, una multitud esperó al plantel en el aeropuerto y durante dos horas y media el equipo fue paseado triunfal por las calles de la ciudad, hasta llegar a la concentración en la Hostería Achalay, en Villa Carlos Paz». «Todos con la “T” —se leía en la edición de *La Voz del Interior* del 26 de enero de 1978—. El 25 de enero, Córdoba amaneció azul y blanco. La “causa Tallarín” fue abrazada por hinchas de provincias vecinas, que llegaron a Córdoba sin siquiera saber si conseguirían alguna localidad. Desde muy temprano, la cancha lució repleta, incluidas las tribunas tubulares montadas para agrandar su capacidad. Hubo paracaidistas, bandas militares, números de destreza... Una fiesta. Entre el uniforme color albiazul que mostraban las abigarradas tribunas se distinguían banderas de San Martín de Tucumán, Jujuy, Santiago del Estero, San Juan y los colores de Newell’s y los infatigables piratas de Belgrano, que alentaron permanentemente a su eterno rival». El partido tuvo de todo. El primer tiempo lo ganó Independiente, porque el Beto Outes madrugó a los defensores locales con un cabezazo. En el complemento, Talleres alcanzó el empate gracias a un penal que convirtió Cherini, tras la sanción del árbitro Roberto Barreiro, que juzgó intencional una mano de Pagnanini y provocó la primera protesta masiva de los jugadores rojos. Los ánimos se fueron caldeando cada vez más. Hasta que, a los 26 minutos del complemento, Boccanelli hizo el segundo gol para Talleres, viciado de nulidad. El delantero cordobés impactó la pelota con su puño derecho, aunque la sensación desde las tribunas y desde las cabinas de prensa fue que había cabeceado, tal como consignaron los enviados especiales de *Clarín* y *La Nación*. No fue así en transmisión televisiva nacional de Canal 7, donde se pudo apreciar claramente la infracción del delantero de Talleres.

Cuando Barreiro marcó el centro del campo, los jugadores de Independiente se le fueron encima. Primero fue expulsado Rubén Galván, quien le habría dicho al juez «lo que usted cobra es una vergüenza, tengo dos hijas. ¿Por qué no me echa?», y eso hizo Barreiro. Enseguida apareció otra tarjeta roja para Omar Larrosa y, a continuación, para el capitán Enzo Trossero, quien se fue de la cancha absolutamente desenchajado haciendo claros gestos hacia la tribuna local de que el partido había sido comprado.

El año 1977 no había sido bueno para Roberto Barreiro, el experimentado juez que poco tiempo después dejaría el referato. Fue él quien había controlado el desempate para definir el tercer descenso en noviembre de ese año, que enfrentó a Lanús y a Platense ante una multitud en la cancha de San Lorenzo: en esa ocasión Barreiro no había cumplido con el reglamento en el momento de los penales.

Como regalo adicional, a Barreiro le tocó arbitrar la segunda final en Córdoba y cometer este error que casi le cuesta el título a Independiente: el increíble gol de Boccanelli, con un certero puñetazo a la pelota que el juez internacional no advirtió. El arquero rojo, Roberto Rigante, explicaba dos días después del partido al diario *Clarín*. «Un árbitro no puede equivocarse tanto. En esa jugada, cuando vino el centro, Outes saltó con Boccanelli y cuando vio que no llegaba, el de Talleres le dio un puñetazo a la pelota. El referí Barreiro estaba de frente en la acción, así que no entiendo cómo les dio el gol...». Los ocho jugadores de Independiente que quedaban en la cancha, liderados por Rubén Pagnanini y Ricardo Bochini, se querían ir, querían abandonar el partido, indignados con Barreiro y el gol sancionado. El popular *Bocha* contaba a *La Nación*: «Estaba muy nervioso después de tamaña injusticia y me quería ir de la cancha. Pastoriza nos convenció de que siguiéramos y pudimos empatarlo con tres hombres menos...».

En una radio cordobesa, Miguel Oviedo, el gran ausente en la defensa cordobesa por una lesión, comentó días después que «Independiente le debe ese título a Pastoriza. El *Pato* les decía a los jugadores de ellos: “Vayan y jueguen, sean hombres y ganen el título”. Pastoriza se puso en la boca del túnel y mandaba a todos los jugadores adentro, cuando muchos se querían ir».

Bochini nunca se cansó de contar aquel gol espectacular del empate, que tiró abajo las especulaciones y sospechas que habían inundado el estadio: «Pagnanini me dejó la pelota en el medio de la cancha. Gambeteé a uno, se la toqué a Bertoni, Bertoni se la dio a Biondi, le salió Guibaud, el arquero de ellos, y Biondi hizo una gambeta larga para sí mismo, levantó la cabeza, me vio y me la tiró. Yo venía a la carrera y, como había dos jugadores de ellos tapando el arco, le pegué bien arriba. Entró ahí nomás, apenas debajo del travesaño».

El asombro ganó a todos en la Boutique del Barrio Jardín. Independiente se replegó sobre su arco y Talleres lo peloteó, pero no pudo convertir el tercer tanto. Dos buenas atajadas de Rigante, dos disparos apenas desviados de Boccanelli y poco más. Decepción gigante entre la multitud de cordobeses y una alegría imparable para los rojos.

Se había consumado un milagro más en el fútbol argentino. Y hasta hubo una vuelta olímpica del nuevo campeón, bajo el aplauso respetuoso del público cordobés, que aceptó el triste final.

Para los expulsados de Independiente hubo duras sanciones: 12 fechas para Enzo Trossero y 6 partidos de suspensión para Rubén Galván y Omar Larrosa. Los tres fueron convocados por César Ménotti con vistas al Mundial 78, así que cumplieron las penas sin jugar pero trabajando con la Selección Argentina. El juez Roberto Barreiro dirigió una temporada más y se retiró.

## **LEJANO OESTE EN EL SUR**

El campeonato de Primera B de 1983 fue decididamente apasionante. Lo ganó Atlanta, con Juan

Carlos Lorenzo como entrenador, regresando a Primera A después de cuatro temporadas. En segundo lugar llegó Tigre, a tres puntos de distancia. Con lo justo, Chacarita Juniors se clasificó para el octogonal, diez puntos detrás de su enemigo histórico.

El cuadro de San Martín eliminó primero a Tigre por penales, tras igualar los dos juegos ante muchísimo público y en un decisivo choque en Victoria, que terminó con grandes incidentes. Después, Chacarita superó al Deportivo Italiano y, en la final por el segundo ascenso, se topó con el ascendente Los Andes de Pedro Marchetta, que venía de dejar en el camino a Almirante Brown y a Quilmes. La primera final fue 2-0 para Chaca en el estadio de River, con goles del zurdo Fonseca Gómez.

El segundo partido fue empate 3-3 y terminó de la peor manera. En el primer tiempo empezó ganando el funebrero, pero lo dio vuelta Los Andes con goles de Cuellos y José Tiburcio Seizuela. En la segunda parte apareció el habilidoso Enrique Borrolli con dos goles y puso arriba al equipo tricolor 3-2, aunque rápidamente Serrizuela volvió a empatar. Los Andes dominó y jugó mejor, pero no pudo cambiar la historia. Chacarita ganó el octogonal y ascendió a Primera B, tras haber descendido en 1979.

El partido se jugó en una tarde calurosa, diciembre de 1983, ya con Raúl Alfonsín como presidente democrático. Cuando faltaba un minuto para la finalización del tiempo reglamentario, el árbitro Carlos Coradina tuvo que suspender el encuentro por los incidentes: un grueso grupo de hinchas de Chacarita, ya a esa altura con la seguridad del ascenso, no tuvo mejor idea que treparse el alambrado e invadir la cancha.

Contaba el diario *La Nación*: «La hinchada de Chacarita, que rápidamente copó el campo de juego, se dirigió a las tribunas ocupadas por la parcialidad de Los Andes y comenzó a gritar y arrojar todo tipo de proyectiles. Desde la tribuna local contestaron y así, durante largos minutos, se intercambiaron piedras y otros objetos ante la total pasividad de la policía, que no intervino para controlar la invasión de la cancha ni para tratar de parar la batalla desatada entre los hinchas ubicados en la tribuna y en el campo. Luego de que las cosas se calmaran algo se produjo la desconcentración parcial del estadio. La hinchada de Chacarita se dirigió al centro de Lomas de Zamora y a la estación del Ferrocarril Roca cometiendo todo tipo de desmanes en su recorrido».

Una vez que los hinchas de Chacarita abandonaron el estadio, los violentos que se escondían en la tribuna local la emprendieron contra la policía y las piedras cayeron ahora sobre el campo de juego y los pasillos del estadio Eduardo Gallardón. Fueron varios los simpatizantes de Los Andes que habían alcanzado a invadir el campo y trenzarse mano a mano con los hinchas visitantes, al estilo Lejano Oeste. La policía bonaerense, en un comunicado oficial publicado por los distintos diarios informó que «debió recurrirse a efectivos de la policía montada para contener a los elementos más exaltados dentro del campo de juego». Sí, leyó bien, policías de a caballo adentro de la cancha. Y eso que no jugaban ni el seleccionado del Gran Chaparral ni los vaqueros de Bonanza...

Hubo 27 detenidos. El micro que sacó al plantel de Chacarita tuvo que esperar dos horas y media para poder salir y llegó a Capital Federal sin ningún vidrio sano. Y claro, como siempre, o mejor dicho como casi siempre, los dirigentes de los dos clubes se echaron la culpa mutuamente. En *Clarín* del jueves 29 de diciembre, el presidente de Los Andes, Alberto Jamaro, señaló que

«la sanción le debe doler a Chacarita, porque si no, esto no termina más. Parece que los dirigentes de Chacarita todavía no se enteraron que tienen una hinchada desastrosa». La respuesta la dio el vicepresidente funebrero, Roberto Gómez Fernández, al declarar también en *Clarín* que «los que empezaron todo fueron los hinchas de Los Andes. Yo no justifico la réplica de los nuestros, pero no se nos puede acusar gratuitamente...».

Chacarita ascendió y regresó a primera división, pero la sanción le llegó igual. El miércoles 4 de enero de 1984, el Tribunal de Disciplina de la AFA resolvió suspender por un mes al equipo, con la obligación de presentarse a jugar los partidos del torneo Nacional. Por ese lapso, además, se determinó cancelar los ingresos que le correspondieran por venta de entradas y por el porcentaje del Prode.

En los medios periodísticos habían ido ganando terreno las especulaciones sobre la vinculación entre la temida barra brava de Chacarita con dirigentes políticos, sobre todo al conocerse la participación de muchos de sus integrantes en la campaña electoral del candidato peronista Ítalo Luder, quien secundado por el dirigente chaqueño Deolindo Bittel, había sido superado claramente por la fórmula radical que encabezaba Raúl Alfonsín.

En el libro *Donde manda la patota*, una investigación del periodista Gustavo Veiga sobre la barra del cuadro de San Martín, puede leerse que «no importaba si el adversario era Los Andes en el ascenso ni tampoco los intimidaba la más numerosa de las hinchadas, la famosa Número Doce de Boca, sí —como ocurrió— llegaba a visitarlos un domingo de septiembre de 1984 para intentar copar un escenario inexpugnable: la vieja cancha de madera de Chaca. Esa tarde, rememoran los enfervorizados funebros, consiguieron que retrocediera la mismísima barra boquense». Veiga agrega que «la historia ya registraba que algunos personajes de la barra chacaritense seguían aportando su presencia intimidatoria en determinados eventos políticos. Así había ocurrido cuando el dirigente de Avellaneda, Herminio Iglesias, era nominado como candidato a gobernador bonaerense por el justicialismo. En esa ocasión, la avanzada de San Martín había estrechado vínculos con sus pares de Gimnasia y Esgrima La Plata. El objetivo que tenían era muy claro: darles una furiosa bienvenida a los peronistas renovadores que se encolumnaban detrás de Antonio Cafiero».

En el mismo libro, Alberto Alfredo Apollonio, alias *Batata*, cuenta para una entrevista con el semanario *Huella* de San Martín cuáles eran las «tareas» de un barra en aquel momento: «Aquí te marcan una vez y sonaste. Dejé de ser barrabrava de Chacarita en el año '83. Antes fue un tiempo donde aprendí de todo, conocía a los señores que nos usaban y además hice de todo. Pegué, rompí alambradas, incendié tribunas, estuve preso, etc, etc. También puedo hablar de las elecciones con carnet de socios muertos, de los dirigentes que hoy se ponen corbatas y quieren salir en las fotos como señores cuando ellos nos usaban y nosotros nos creíamos gardeles...».

Una larga presidencia del gremialista del peronismo conservador Luis Barrionuevo le permitió a los violentos mantenerse en el club, hasta que una sucesión de incidentes graves fueron diezmando al grupo y disminuyendo su agresividad. Sin embargo, esta historia siniestra, a pesar de algunos cambios y de mucha otra gente bienintencionada, desgraciadamente no ha terminado aún.

# LOUSTAU EN TUCUMÁN

Nunca había Imaginado Juan Carlos Loustau que una actuación común, normal, con aciertos y errores pero sin influencias en el resultado final de un partido, iba a provocar una reacción tan animal y tan indigna de los hinchas del San Martín tucumano, luego de que el experimentado juez dirigiera el empate con Argentinos Juniors del 13 de marzo de 1983, en la cancha de la Ciudadela. Era la primera fecha del torneo Nacional, terminó 1-1 y no se definía absolutamente nada.

El diario *Crónica* del lunes 14 aclaró que «si bien el árbitro Loustau pudo tener algún error, a lo largo de todo el partido su actuación no fue causa para que fuese agredido. Ya en la terminación del encuentro, algunos exaltados hinchas locales le arrojaron proyectiles y un paraguas, que afortunadamente no llegaron a destino».

La bronca mayor de los hinchas de San Martín tenía que ver con el empate que señaló el defensor José Luis Pavoni a dos minutos del final, acción en la que reclamaban una mano intencional y una falta sobre el arquero Maguna. San Martín iba ganando con un tanto del mediocampista Noriega, pero debió conformarse con la paridad.

Terminado el partido, Loustau llegó al viejo camarín con sus colaboradores, se duchó y salió rumbo al Aeropuerto. La narración de *Crónica* explica en detalle lo ocurrido: «Loustau fue trasladado en un automóvil particular por un señor de apellido Moya y en él viajaban el comisario deportivo Roberto Viegas y el médico del control antidoping, Miguel Mangoni. Apenas el coche había recorrido un kilómetro rumbo al aeropuerto Benjamín Matienzo fue interceptado por otros automóviles. De los mismos bajaron una treintena de personas que, provistas de palos, piedras y otros objetos contundentes comenzaron con la brutal agresión. Un individuo sacó a relucir un arma de fuego y se la puso en la sien a Loustau, mientras que el resto de los forajidos comenzó a gritar que lo matara. Imprevistamente y debido a los gritos, varios vecinos salieron de sus casas, por lo que los hinchas de San Martín se fugaron en los automóviles en que habían llegado para consumir la agresión. El chofer del automóvil, Moya, se escapó, mientras que el comisario deportivo Viegas sufrió algunos magullones y el médico salió ileso. Luego de ser socorridos, Loustau y la comitiva siguieron camino al aeropuerto Matienzo, sin radicar la correspondiente denuncia. Cuando llegó al Aeroparque, Loustau caminaba con gran dificultad y también se podían advertir efectos de la golpiza recibida en el pómulo izquierdo y una gran hematoma detrás de la oreja izquierda...».

Al día siguiente, el árbitro agredido fue revisado en los consultorios médicos de la AFA por Félix Verna, quien diagnosticó «hematoma en zona retrauricular izquierda, escoriaciones bucales, contusión maxilar izquierdo, hematomas en ambas piernas por piedras y puntapiés». La difundida versión sobre un ataque de índole sexual sobre Loustau —un intento de violación— nunca pasó de un trascendido y quedó sepultada en el olvido. El martes 15, la Asociación Argentina de Árbitros resolvió no dirigir más partidos en la provincia de Tucumán por el campeonato Nacional.

Aunque usted no lo crea, el presidente de San Martín, Natalio Mirkin, descalificó a Loustau: «Ya había antecedentes, porque el año pasado nos señaló que cada vez que le tocara dirigirnos nos iba a mandar a perder». Mirkin, un ingeniero que gobernó el club entre 1973 y 1991, agregó que Loustau los había perjudicado ante Estudiantes de La Plata en el Nacional de 1982, partido que

ganó el cuadro platense por 3-1 (sin embargo, aquel encuentro fue dirigido por otro árbitro, Carlos Espósito).

Por entonces, la provincia de Tucumán estaba gobernada por el general Antonio Merlo, sucesor de uno de los mayores genocidas de la dictadura, Antonio Domingo Bussi. Ya había ocurrido la Guerra de Malvinas y los militares vivían el peor descrédito, incluso en Tucumán, una provincia que fue militarizada en 1975 con el Operativo Independencia y tuvo los primeros campos de concentración del país. Merlo, que había presidido el Ente Autárquico del Mundial 78, reunió a los dirigentes de San Martín y les pidió que extremaran las medidas de seguridad en los partidos.

Merlo, en realidad, había sido un títere del almirante Carlos Lacoste, el verdadero responsable militar en la organización del Mundial, que se jactó durante años de no haber tenido que rendir cuentas a nadie por los faraónicos gastos realizados. Lacoste llegó al colmo del absurdo cuando, ya en plena democracia, mantuvo su status de vicepresidente de la FIFA por decisión de la dirigencia argentina.

El miércoles 23 de marzo, el Tribunal de Disciplina de la AFA clausuró por 7 partidos la cancha de San Martín, obligándolo a jugar como local en la cancha de Central Córdoba, en la ciudad de Santiago del Estero, y a que le pagara a Juan Carlos Loustau una indemnización de 12 millones de pesos por la agresión y el mal momento sufrido. Mirkin no pudo con su genio y, al enterarse del fallo, declaró que la decisión de la AFA «es un atentado contra la moral y la dignidad de una provincia. Loustau tuvo la culpa porque rechazó la protección policial que le ofrecimos...».

Apelando a su influencia política en la justicia tucumana, los dirigentes de San Martín consiguieron en tiempo récord que un juez federal, Manlio Martínez, decidiera suspender la aplicación de la clausura a la cancha dispuesta por la AFA y que tres días después, el 28 de marzo, procesara a Julio Grondona por «desobediencia judicial». El mismo día, la AFA envió un telegrama al juez Martínez explicándole los motivos de la suspensión del partido que debían haber jugado San Martín y Chaco For Ever el día anterior, al negarse a dirigir los árbitros nacionales en solidaridad con Loustau.

Esta vez, la decisión de los jueces fue unánime y fuerte. Cada uno de ellos, los treinta y cinco referís de Primera A y Primera B, enviaron una nota firmada individualmente a la AFA notificándola de la negativa de dirigir en Tucumán al club San Martín. Luego los sucesos se precipitaron: el martes 5 de abril, el juez Martínez dictó la eximición de prisión de Grondona. El gobernador militar Antonio Merlo se reunió con el presidente del club tucumano, Natalio Mirkin, para pedirle que aflojara su posición. Finalmente Grondona decidió viajar a Tucumán para descomprimir la situación y así ocurrió.

En medio de un suculento almuerzo, Grondona charló dos horas con Mirkin y con el propio gobernador Merlo. A la salida, se comunicó que habían llegado a un acuerdo: San Martín daba marcha atrás con los reclamos judiciales iniciados contra la AFA y aceptaba jugar como local en Santiago del Estero. El presidente del club, el ingeniero Mirkin, declaró ante el periodismo tucumano que la postura final de su club fue «un acto de grandeza». Mientras tanto, al pobre Juan Carlos Loustau nunca nadie le pudo quitar el horrible recuerdo vivido...

## EL NEGRO THOMPSON, UN SÍMBOLO

Después del asesinato del chico Adrián Silvio Scasserra, el fútbol fue paralizado y regresó sin mayores modificaciones. Declaraciones fuertes, cruces entre funcionarios y políticos, dirigentes de clubes que anunciaban el endurecimiento de medidas contra los violentos... bla, bla, bla. La violencia siguió creciendo y creciendo hasta volverse incontrolable.

En aquel momento, abril de 1985, el desaparecido diario *La Voz* publicó dos reportajes imperdibles. En uno, el periodista Marcelo Manuele entrevistaba al presidente de River, Hugo Santilli, quien señalaba que «hay un reconocimiento expreso de que en las canchas la violencia la originan aquellos individuos que entran sin pagar». El dirigente se explayó más y agregó que «la sociedad argentina viene de un proceso de deterioro y si no encuentra una luz de esperanza habrá cada vez más marginados y adeptos a las actitudes extremas, carenciados que no tienen nada que perder. El individuo que agrede o insulta está reaccionando frente a la represión sufrida en otros andariveles de su vida. Y esto debe constituir una preocupación para todos, porque después de la democracia no hay nada».

En la misma sección *Deportes* del matutino peronista, el periodista Daniel Míguez publicó un extenso reportaje al *Negro Thompson*, seudónimo de Carlos Alberto De Godoy, jefe de la hinchada de Quilmes en aquella época. El hincha había sido absuelto por el homicidio del simpatizante boquense Aurelio Servín Martínez, pero había estado dos años preso esperando el final del juicio. En esa entrevista, *Thompson* explicaba que «la gente está toda loca. Ahora todos se preocupan porque mataron a este chico Scasserra, pero si no hubiera habido un muerto no pasaba nada. Siempre hubo líos en la cancha pero como de un tiempo a esta parte, nunca. Yo le dije a Grondona, hace dos años, que hicieran en AFA una reunión de representantes de hinchadas y se acaben los líos, porque con el diálogo se va a llegar a una solución, con la represión no».

Consultado sobre su ofrecimiento a la AFA de formar un grupo de barras bravas que viajaran al Mundial '82 en España para «ablandar» a los exiliados argentinos que exhibirían carteles contra la dictadura militar, *Thompson* lo aclaró: «Fui a la AFA y se lo propuse a Grondona, que me dijo que primero juntara la gente y después hablábamos. Entonces le di una nota a cada uno de los dirigentes de todos los clubes en la misma AFA. Todo con notas, todo por derecha. Después nos reunimos, al principio fue difícil porque unos se tenían bronca con otros, pero quedamos de acuerdo en cortarla con las broncas. Entonces fuimos a decirle a Grondona que ya estábamos. Necesitábamos 150 mil dólares para 150 pasajes con estadía. Nosotros éramos 140, siete representantes por cada club, así que sobraban diez lugares que se los ofrecimos a la AFA...».

Siguió narrando el hincha quilmeño que «nos pusimos a juntar la plata. Conseguimos publicidad de Adidas, de la Cervecería Quilmes, de la viuda de Fortabat. Los dirigentes Aragón Cabrera (River) y Ríos Seoane (Deportivo Español) nos hicieron el contacto con Coca Cola. Nos faltaban los pasajes, entonces fuimos a verlo a Santiago Leyden a la Secretaría de Deportes, pero se negó. Después le pedimos audiencia por nota a Lacoste y también nos dijo que no. Nosotros igual ya teníamos los pasaportes y en eso empezó la Guerra de Malvinas. Lo vamos a ver de nuevo a Grondona porque nosotros queríamos que la AFA nos diera entradas y la movilidad allá. Julio me dice “Negro, los pibes se están matando allá abajo y ustedes quieren ir a España...”. Al final,

con la plata que juntamos no nos alcanzó. Compramos los bonos que vendían para ayudar a los pibes de Malvinas. Ésa es la verdad y no todas las pavadas que se dijeron...».

El *Negro Thompson* falleció en 1989 y fue homenajeado por la página web de los hinchas quilmeños con este texto: «El popular *Negro*, durante muchos años “capo” de la hinchada de Quilmes, purgaba una condena por homicidio, acusado de la muerte de un hincha de Boca, Aurelio Servín Martínez. La trágica noche del 5 de enero de 1982 inscribió una página triste en la historia de lo policial entrelazado con el fútbol. La muerte del hincha de Boca fue determinante para que el *Negro Thompson* quedara envuelto en un mar de sospechas. Fue prácticamente sentenciado antes del proceso, ya que su popularidad y su figura terminaron por condenarlo. Incluso fue absuelto en primera instancia —hubo múltiples testimonios que aseguraban que el *Negro* no había ido a la cancha de Boca porque padecía lumbalgia— y recién en la segunda fue condenado. Antes de conocerse el fallo de la Cámara viajó a Paraguay, donde estuvo viviendo un tiempo, para regresar a Quilmes e instalar un comercio en pleno centro (la verdulería “Los Cerveceros”). En esta etapa alguien lo descubrió y fue a la cárcel en la que encontró la muerte». *Thompson* no sólo comandaba la hinchada quilmeña sino que había gestado un movimiento de jefes de hinchadas para viajar a España. Ese proyecto, que no se concretó, puede haberle generado algunas broncas y celos que estallaron en el famoso partido en la noche boquense. Decía el diario *El Sol* del 8 de marzo de 1989 que el *Negro* se había muerto gritando su inocencia. «La muerte servirá para transformar al *Negro Thompson* en un mito o leyenda. Se tejerán historias en su torno, con visos de veracidad y de fantasía. Algunos recordarán aquella época, años bastante atrás en que presidía Quilmes el *Cholo Vázquez* cuando para evitar problemas con la hinchada se lo ubicó al *Negro* en las plateas cerveceras causando todo tipo de comentarios». El texto fue escrito por el periodista Eduardo Menescaldi.

*Thompson* había trabajado durante el gobierno militar como chofer del intendente del partido de Quilmes, Julio Cassanello, quien presidió el club cervecero cuando fue campeón de primera división por única vez en 1978, año del mundial. Cassanello, quien luego se recicló en hombre de la democracia y presidió el Comité Olímpico Argentino, tuvo como eficaz ladero a un joven dirigente: José Luis Meiszner, quien participó activamente en el ascenso de 1975 y el campeonato ganado tres años después. El otro referente indispensable del ascenso fue José María Algañaraz, un fana quilmeño que saltó del tablón de la vieja cancha de Guido y Sarmiento a la dirigencia y se hizo conocido más que por sus amplios conocimientos futboleros por su gordura y estatura. Para revisar la historia de Quilmes desde el inicio, es imprescindible leer el apasionante libro *Azul y blanco mi corazón*, de los periodistas Juan Manuel Pollini e Ignacio Lombán.

Uno de los puntos más altos de la historia fue el sprint final de aquel Quilmes del '78 que dirigía José Yudica y que consiguió torcerle el brazo al Boca de Lorenzo en las últimas fechas del Metropolitano, aprovechando además la debilidad de River e Independiente, cuyos jugadores integraban la selección nacional que dirigía César Menotti.

En la penúltima jornada, Boca y Quilmes llegaban igualados en puntos, Los quilmeños tenían suspendida su cancha y debieron jugar en Banfield contra Chacarita, a quien vencieron 2-1, con tantos de Filardo y Milano. En cambio, Boca tropezó con el humilde Estudiantes de Caseros, que le arrancó un empate sin goles en la vieja cancha de Chacarita. Lo curioso es que Estudiantes no

pudo evitar el descenso cuatro días después y Boca perdió la chance de ser campeón.

En la última fecha, Boca recibió a Newell's Old Boys y Quilmes debió viajar a Rosario para enfrentar a Central, en Arroyito. Lo acompañó una multitud de veinte mil cerveceros enfervorizados para festejar el campeonato. La designación del respetado Arturo Ithurralde calmó a los suspicaces. El juez sancionó tres penales, dos para Quilmes y uno para Central, todos sin margen para la discusión. Uno de ellos, increíble: Edgardo Bauza, defensor local y hoy afamado director técnico, tomó la pelota con las manos en su área luego de caer con Luis Andreuchi. Con el partido empatado en dos goles, el marplatense Jorge Gáspari clavó un bombazo junto al palo del arquero Ferrero y Quilmes fue campeón. Boca, que le había ganado 1-0 a Newell's, se quedó masticando el subcampeonato entre dientes.

Es cierto que hubo voces condenatorias que pretendieron impugnar algunas sanciones arbitrales que favorecieron a Quilmes durante las últimas fechas, pero estaba claro que eran los mismos que callaban cuando esas acciones «poco santas» eran realizadas por clubes más poderosos. Quilmes fue el primer equipo —fuera de los cinco grandes tradicionales— que se impuso en un torneo largo, de todos contra todos, que duró 42 fechas.

La vinculación de jefes de hinchadas con funcionarios —como el caso de *Thompson*— era un secreto a voces. Con la primavera democrática esta unión se amplió, ya que algunos violentos se reciclaron y otros continuaron haciendo lo que mejor sabían, que no era justamente alentar a su equipo. Como ejemplo, bastan la aparición de la barra brava de Chacarita Juniors en los actos de campaña del justicialismo bonaerense en 1983, con Ítalo Luder como candidato presidencial, y la conexión entre el intendente peronista de Morón, el locutor Juan Carlos Rousselot, y notorios integrantes del grupo más violento de la hinchada del Deportivo Morón. O el esquema de concesiones de lugares públicos y sueldos altos, que fue desmantelado prolijamente por la eficaz gestión del hoy diputado Martín Sabbatella.

La virulencia de las barras, además de sus influencias, fue creciendo y generando cada vez mayores problemas a los dirigentes del fútbol argentino y las autoridades políticas. No alcanzaría un libro entero para contar la cantidad de incidentes, apretadas, extorsiones y delitos cometidos por integrantes de la mayoría de las hinchadas del fútbol argentino. La muerte del chico Adrián Scasserra en la tribuna boquense de la cancha de Independiente a manos de la policía bonaerense; el asesinato del hincha de Huracán Ulises Fernández por violentos de San Lorenzo; la muerte del joven Emanuel Álvarez por un balazo mientras viajaba pacíficamente con hinchas de Vélez en un micro hacia el Nuevo Gasómetro; las muertes de barras de Boca, River, Racing e Independiente en trifulcas diversas; los asesinatos en Mendoza entre hinchas de Godoy Cruz... hubo de todo. Desde las más poderosas e impunes hasta las más pequeñas, desde el interior profundo hasta la Capital Federal. La violencia y la impunidad en el fútbol, la falta de prevención y la connivencia entre hinchas y dirigentes, o entre barras y policías, llegaron para quedarse. Lo demás es verso.

## **POR CANTAR LA MARCHITA**

Los más sangrientos tiempos de la dictadura militar quedaban atrás y surgían mínimas rendijas de

libertad, pequeños espacios para manifestarse y las primeras ilusiones de retorno democrático. En ese tiempo, las canchas de fútbol pasaron a ser un lugar ideal para dejar salir esos sentimientos, la combinación perfecta entre la pasión de los domingos y el anonimato de la popular que permitía intercalar entre los cantitos, de a retazos, algunos versos dedicados a los sinvergüenzas que nos gobernaban.

Transcurría 1981, cuando el deterioro del gobierno militar era notorio aunque todavía costaba construir una esperanza. El 24 de octubre, en la cancha de Nueva Chicago, el cuadro de Mataderos se ilusionaba con ganar el campeonato de Primera B y pegar un salto histórico hacia el fútbol grande. Ese día va a pasara la historia como el día en que la policía detuvo a 49 hinchas del equipo verdinegro por ¡¡¡cantar la Marcha Peronista en la tribuna!!! Fue así de sencillo: cuando terminó el partido, los muchachos de Chicago fueron llevados a la Comisaría 42<sup>a</sup> trotando por la calle.

Me tocó cubrir ese partido. Nueva Chicago le ganó 3-0 a Defensores de Belgrano y pudo seguir liderando el campeonato junto con Quilmes. Con esta victoria el título quedaba ahí nomás y el final fue feliz, ya que Chicago se consagraría campeón y ascendería junto con los quilmeños, para mantenerse durante 1982 y 1983 en la Primera A.

En un momento durante el partido, se empezó a escuchar claramente cómo desde el medio de la popular local un grupo grande de hinchas cantaba la Marcha Peronista y cómo muchos espectadores los imitaban desde la platea y desde la popular de madera que daba al barrio Los Perales. También pudimos ver cómo la policía se metía en el corazón de la popular y bajaba uno por uno a los hinchas, «acusados» de cantar la marchita en una época de actividad política prohibida.

Después del partido, varios periodistas entramos a los vestuarios para entrevistar a los jugadores y, luego, nos dispusimos a partir hacia las distintas redacciones. Junto con Alberto Ferrari, colega del diario *Crónica*, salimos a la calle Francisco Bilbao y nos sorprendimos con lo que vimos cruzando la calle: había muchos policías, varios de la Policía Montada, con los hinchas apoyados contra la pared.

Se nos ocurrió subir al auto de Ferrari y esperar. Un rato después, los detenidos fueron puestos en el medio de la calle en doble fila y, flanqueados por los caballos y otros policías de a pie, obligados a recorrer las seis cuadras al trote, hasta la Comisaría 42<sup>a</sup>. Los seguimos, constatamos que quedaban demorados en la seccional y nos retiramos. Ya en la redacción del diario *Clarín*, lo hablé con el periodista Eduardo van der Kooy, quien estaba a cargo de la sección Política, y me pidió la narración del hecho, que se publicó al día siguiente en el matutino.

Contaba la nota de *Clarín*: «En el trayecto los policías de a caballo ordenaron a viva voz al grupo de detenidos mantener el ritmo de marcha, en las seis cuadras que separan al estadio de la comisaría. Uno de los policías montados subió reiteradamente con su caballo a la vereda obligando a los curiosos y vecinos a introducirse en sus casas. Consultado el subcomisario Quintana, a cargo de la seccional ubicada en Avenida de los Corrales y Avenida Tellier, manifestó que “de los demorados 40 recuperarán su libertad ya que fueron traídos para ser identificados y no hay ningún cargo contra ellos. En cambio, 9 personas quedarán detenidas por infringir el edicto que reprime desórdenes en espectáculos deportivos. No es cierto que hayan sido detenidos por entonar una marcha partidaria”». A Quintana le empezó a crecer la nariz y no se dio cuenta...

El periodista Roberto Carlos Koira investigó el tema y logró entrevistar a varios de los hinchas detenidos esa tarde en Mataderos. Entre los protagonistas, Carlos Moreno daba una versión más relacionada con la idiosincracia barrial: «Había tres hinchadas peronistas, las de Boca, Chacarita y Chicago. Lo colorido fue que se los llevaron trotando hasta la comisaría a ancianos, mujeres y pibes. La gente de Los Perales (barrio de edificios periférico a la cancha) reaccionó tirando piedras a los de la Montada, que llevaban a la gente como ganado. En ese tiempo vos peleabas con la mano o, a lo sumo, tirando alguna piedra. Chicago era hostigado por la Federal. Ibas a la cancha y una cuadra antes te detenían sin motivos. Los hinchas no eran nenitos de pecho, aunque comparado con los de hoy eran carmelitas descalzas. Siempre fue una hinchada muy peronista, aunque en Mataderos también había radicales y comunistas. El barrio fue un lugar de resistencia y lucha de toda la vida, desde la toma del frigorífico Lisandro de la Torre cuando dejaron 8.000 trabajadores en la calle. Por eso la dictadura devastó Mataderos, nos sacaron los cines y cerraron el Hospital Salaberry y con eso le quitaron la vida al barrio».

En la revista mensual *Un Caño*, Koira transcribe su conversación con Miguel Aquino, quien estuvo una semana en la cárcel y contaba que, aunque algunos salieron antes porque «metieron *habeas Corpus*», él prefirió no hacerlo porque le decían que podía correr el riesgo de ser juzgado por un juez más duro. Decía Aquino: «En ese ínterin hubo reuniones, la gente empezó a hacer quilombo, salíamos en el diario todos los días. Yo trabajaba en Segba. Todavía no me había recibido, pero igual me decían “el ingeniero” y en los diarios salía “el ingeniero fulano fue llevado arbitrariamente”. En Segba, yo manejaba gente, y me querían rajar porque había estado en cana. Estaba en la Asociación de Personal Superior de Segba, como representante. Tenía militancia política y gremial. El gerente me conocía, sabía que llevaba bien mi laburo, y eso me salvó. También me conocía el gerente central, aunque debajo de ellos había tres o cuatro gorilones que pedían que me rajaran. Los gerentes dijeron que me iban a dar “turismo carcelario”, es decir, me dieron una semana de vacaciones para que no figurara como preso. Para algunos, la militancia en política no era un sinónimo de vagancia, todo lo contrario. Yo estaba comprometido con mi trabajo y eso me salvó».

El partido siguiente de Nueva Chicago fue contra Atlanta, en la cancha de Villa Crespo. Ganó 2-1 y con eso alimentó la gran ilusión del campeonato. Los hinchas, que abarrotaron la tribuna visitante, amagaron con volver a cantar la marcha peronista y terminaron entonando... ¡¡¡el Arroz con leche!!! Fue un deleite para el público que pudo oírlo y una burla al accionar policial. Por si quedaba alguna duda, a la salida los hinchas repitieron el mismo paso de comedia al pasar frente a la Seccional 42ª...

# CAPÍTULO 7

## HISTORIAS VARIAS PARA UN ALARGUE

En la ya centenaria historia del fútbol argentino, con muchísimos momentos para sentirse orgulloso y feliz, a esta altura queda muy claro que existen varios capítulos malditos. Conocerlos es entender algunas claves de esta historia y comprobar que hay ciertos hechos turbios que tienden a repetirse, igual que el tenaz ocultamiento de las pruebas y los protagonistas.

Desde la sanción que provocó el descenso de Banfield en 1972, no se conocieron más casos probados de intentos de soborno que hayan sido penados por el Tribunal de Disciplina de la AFA. Como se sabe, la incentivación fue ganando espacio y ante la presencia «amenazante» del periodismo —cada vez más numeroso— el soborno se batió en retirada. Aunque nadie podría asegurar que ha desaparecido definitivamente de estas tierras.

¿Comprobar un soborno? Tarea difícilísima si las hay. En una nota en el desaparecido diario *La Voz* del 25 de abril de 1985, con el título «A tres años de la denuncia de soborno contra Morete», puede leerse lo siguiente: «En la fecha se cumplen tres años de la denuncia de soborno realizada por el entonces arquero de Instituto, Carlos Munutti, contra los entonces futbolistas de Talleres, Rubén Guibaudo y Carlos Manuel Morete. Es el tiempo exacto para que la causa prescriba en los estrados judiciales, y fuentes cercanas a los tribunales cordobeses aseguraron a *La Voz* que se llegará a esa instancia en los próximos días».

Señala la nota que «el episodio nació el 25 de abril de 1982 en oportunidad del partido Talleres-Instituto en el estadio Córdoba, que ganaron los primeros por 1-0 con gol agónico de Jorge Bianco. Inmediatamente, el arquero Munutti denunció que Morete y Guibaudo habían intentado sobornarlo para “ir a menos” aportando como prueba una cinta magnetofónica. Dos días después del partido, el comodoro Ángel Gutiez, titular de Instituto, trajo a Buenos Aires la cinta para que la AFA tomara cartas en el asunto, pero el Tribunal de Disciplina de la casa de la calle Viamonte, se negó a intervenir porque la causa estaba ya en manos de los jueces y esperaba una sentencia penal para dar luego su veredicto».

Según contaba a dos días del encuentro el diario *La Nación*, cuando terminó el partido Munutti tuvo un problema con Morete: «Munutti debió ser separado por varias personas, entre ellas el árbitro Teodoro Nitti». Decía el arquero que «el problema no se originó en el partido sino en los días previos. Por eso no quiero hablar ahora. Tengo que asesorarme bien con los abogados para no

tener inconvenientes». El mismo matutino consignaba las siguientes palabras de Munutti: «El sobornador es también un integrante del equipo de Talleres. Si se continúa sin desenmascarar a los jugadores que se prestan a maniobras dolosas, el fútbol argentino seguirá siendo sucio. Me da mucha lástima la gente que va a las canchas, enrojece sus gargantas sin saber lo que realmente pasa».

En *Clarín* de ese mismo día, Carlos Morete acusaba al arquero: «La verdad que no sé si llorar o reír. Este muchacho debe tener algún tornillo flojo. Yo no lo conozco, no sabía ni cómo se llamaba, si se llamaba Munutti, Menotti o Minutti...». Y agregaba: «¿Porqué no lo dijo antes? Esperó que Talleres hiciera un gol para hacer teatro. Creo que está mal de la cabeza. Fue a la mitad de la cancha y empezó a gritarnos cosas a todos. Yo creo que ahora la única defensa que hay que hacer son las Malvinas. Todo lo demás son pavadas». (En ese momento, la Argentina acababa de ocupar militarmente las islas y se venía el contraataque británico).

En la misma publicación respondía Munutti: «Yo tengo una grabación personal, no a través del teléfono. La tomé con un grabador de bolsillo y en ella está claro que se me invita para que vaya a menos frente a Talleres. Y el que hace el ofrecimiento no es un desconocido, es un profesional integrante del plantel de Talleres. En esa grabación también está claro que yo rechazo el ofrecimiento. Además, hay otro jugador que hizo saber que estaba la plata y volví a repetir que yo en eso no entraba...». Cuando el periodista le pregunta si ese jugador era Morete, el arquero de Instituto contesta: «Morete está implicado en el hecho. Ahora el asunto lo van a manejar los abogados del club, por eso vinimos a Buenos Aires para efectuar la denuncia del caso junto con el presidente del club, Ángel Gutiez. Ahora todo quedará en manos de la AFA. La verdad, estoy cansado de que se me acuse después de cada partido importante».

Al día siguiente, la comisión directiva de Talleres facultó a Juan Manuel Belisle, representante del club cordobés en la AFA, para que presentara una nota solicitando que le fuera realizado un examen psíquico al arquero Carlos Munutti. Mientras tanto, este último denunciaba en *Clarín*. «Morete miente, me molestó lo que dijo por una radio de Buenos Aires sobre mí. Dijo que no me conocía y eso no es cierto, porque yo jugué cinco años en Argentinos Juniors y lo enfrenté muchas veces. Lo único que puedo decir es que no estoy loco y que tengo mi conciencia bien tranquila. Además, el plantel de Instituto y la comisión directiva me respaldan totalmente. No hice ninguna denuncia policial por ahora, pero si alguno tiene problemas, que se las tome conmigo y no con mi familia. Mi teléfono está intervenido por si recibo algún llamado anónimo».

La causa recayó en el juzgado de Luis Visconti, quien en 1983 dictó prisión preventiva para Morete y Guibaudó. El delantero ya no estaba en Córdoba, porque jugaba para Independiente el torneo Metropolitano de esa temporada. La prisión preventiva fue confirmada cuatro meses después por la Cámara de Apelaciones y posteriormente, la investigación pasó a poder del juez Saúl Roitman, quien se declaró incompetente aduciendo «dificultades mayores» a pesar de que, según él mismo dijo, existía «una semiplena prueba del delito».

Como tantas otras veces en la Argentina, la denuncia de Munutti y la causa por intento de soborno quedaron en palabras. La Justicia fue mutando en injusticia y terminó en nada, tal cual habían anticipado algunos abogados cercanos a las dos comisiones directivas de los clubes cordobeses. Tres años después, el diario *La Voz* encontraba una buena frase final para esta

historia: «El fiscal Fernando Aita Tagle pidió luego un juicio oral, fijado para el 24 de octubre de 1983 y suspendido por la Cámara Sexta del Crimen. Feliz cumpleaños, soborno».

## CON FILLOL NO HUBO CASO

Un par de años antes del culebrón cordobés, otro arquero mucho más famoso había sido partícipe involuntario de un intento de soborno: nada menos que Ubaldo Matildo Fillol, que siendo arquero de River, habría sido tentado por allegados a Quilmes cuando el cuadro cervecero peleaba para quedarse en Primera división. En ese partido cuestionado, que se jugó el domingo 20 de julio de 1980 en el Monumental, River le ganó 3-1 a Quilmes y mantuvo el liderazgo del campeonato con 42 puntos, seis más que Talleres de Córdoba y ocho más que Platense, Argentinos Juniors y Huracán, que compartían el tercer lugar. Quilmes, en cambio, quedaba en descenso directo al reunir apenas 22 unidades, un punto por arriba de Tigre, pero a tres de San Lorenzo y cuatro de Vélez. Eran tres los descensos de manera directa, ya que los promedios se instauraron en 1983.

El rumor comenzó a circular apenas terminó el encuentro y la revista *Goles Match* lo llevó a su tapa del lunes 28 de julio, con el título «Informe especial: ¿Quién quiso sobornara Fillol?». La investigación de los periodistas Juan Carlos Jiménez y Daniel Lagares abarca una doble página y comienza con un texto inquietante: «Sucedió después de un entrenamiento en River, en la semana previa al partido con Quilmes. En la confitería del estadio apareció un personaje que era amigo de Fillol desde la época en que el arquero jugaba en Quilmes. Incluso era conocido por otros jugadores de River...».

La nota recrea ese encuentro: «¡Qué hacés! Tanto tiempo, estabas borrado... El tipo saluda y espera hasta que pueda quedarse solo con Fillol. Fue para hablar con él. Se separan y reúnen aparte del grupo: de los chicos que piden autógrafos y del resto de la gente. La conversación no dura más de diez minutos y termina abruptamente, cuando Fillol se levanta excitado y lo despide casi a los gritos... Pero vos sos loco, andate, mirá, andate no te quiero ver nunca más por acá. Andate antes de que te reviente a trompadas...».

Según esta investigación, «el tipo se apura por salir, Fillol camina nervioso hasta que ubica a dos de sus compañeros y les cuenta lo que pasó. Se revuelve con indignación y odio, quiere ir a buscarlo para concretar su amenaza. Los otros apenas pueden calmarlo, le dicen que lo deje ir, que está loco, que lo embalaron, que el pibe no tiene la culpa. Finalmente, el escándalo se oculta detrás de la serena reflexión de los jugadores de River. Y queda ahí ese día».

Sin embargo, Fillol no pudo superar su angustia y la noche anterior al partido, ya en la concentración riverplatense, lo charló con varios compañeros y se pusieron de acuerdo en que tenían que ganar o ganar, como para que quedara despejada cualquier hipotética sospecha. Lo cierto es que River ganó 3-1, con dos goles de Luque y uno de Ramón Díaz, pero le costó mucho. Al terminar el partido, los jugadores se abrazaron con toda el alma y, cuando el arquero Hugo Tocalli quiso saludar al *Pato* Fillol, éste —muy enojado— lo insultó. Finalmente se abrieron las puertas del vestuario y los periodistas comenzaron a preguntar por qué la bronca y por qué esos abrazos tan sentidos entre los jugadores de River. El discurso fue sencillo: que eran «cosas» del

partido que tenían que quedar en la cancha y que se abrazaron mucho con Fillol porque al otro día festejaba su cumpleaños número 30.

Pero alguien había hablado, algo había trascendido... Los dirigentes de Quilmes salieron de inmediato a desmentir en la propia *Goles Match* con declaraciones del directivo Raúl Porta: «Esto es incomprensible, yo creo que Fillol tal vez quiso buscar publicidad, otra cosa no se me ocurre...», y del presidente José Luis Meiszner: «Fillol no le hizo cargos a Quilmes, esto es producto de una mente kafkiana. Al club Quilmes, por mi intermedio, no le consta la existencia de los supuestos hechos. Que si hubieran existido, Quilmes los repudia, que tenemos de Fillol el mejor de los conceptos y que si hubo algún tipo de presión deberá atribuirse a algún desubicado».

Finalmente, en la misma nota el periodista Daniel Lagares entrevistó a Mario Porta, de 33 años, hijo del dirigente quilmeño quien, cuando se lo consultó sobre el supuesto intento de soborno, dijo que «parece que sí, al menos es lo que se dice en todo Quilmes, pero el tipo que fue no se lo va a decir y seguro que atrás de él habrá otros, pero eso ¿cómo se comprueba? Mira, si hubo intención o no de tocarlo, no lo sé, pero acá al *Pato* no lo pueden ver. Se peleó con Tocalli, con Milozzi. Él no puede olvidarse que fueron sus compañeros, pero estaba muy nervioso, seguro, si le gritó el gol a la tribuna de Quilmes...».

## LA MALDITA INSEGURIDAD

¿Cuántos padres no desearían tener un hijo futbolista? Esa imagen idealizada de los jugadores de fútbol, rodeados de placeres, viajando por el mundo, haciendo lo que más les gusta y, encima, cobrando grandes cantidades de dinero por eso... Pues, bien, la historia argentina se ha encargado, una vez más, de desmentir verdades que parecen incontrastables y de derribar sueños dorados. Tomemos sólo algunos ejemplos, como para refrescar la memoria y recordar que, a veces, en la vida de estos jóvenes hay mucho que lamentar.

Jorge Pedro Coudannes, el *Chino* Coudannes, era un mediocampista criterioso de gran despliegue y una trayectoria respetable. Oriundo del barrio porteño de Villa Pueyrredón, había hecho inferiores en Argentinos Juniors y Platense, para afianzarse entre los juveniles de River. Llegó a Primera división en 1976 y construyó una profesión que le permitió lucirse en Estudiantes de La Plata, Talleres de Córdoba y San Lorenzo. El 17 de junio de 1985, a los 29 años, fue asesinado en pleno barrio de Belgrano.

La fría crónica del diario *La Razón* señala que «en las primeras horas de la madrugada y luego de intentar resistirse a un asalto en la puerta misma de su casa, murió el jugador de San Lorenzo, Jorge Coudannes, a los 29 años. El futbolista se encontraba en la puerta de su casa, en Avenida de los Incas y la calle Holmberg, cuando advirtió los movimientos sospechosos de una persona. Todavía se ignora si el desconocido atacó al verse sorprendido o si el jugador fue a increparlo, pero lo cierto es que el intruso extrajo una pistola calibre 22 y, a quemarropa y por la espalda, baleó al jugador atravesándole de un disparo el pulmón izquierdo y comprometiéndole el hígado, además de otras heridas de menor consideración».

Lamentablemente, Jorge Coudannes quedó tirado en la esquina durante más de diez minutos,

hasta que fue auxiliado por dos personas que pudieron trasladarlo al hospital Pirovano. La información agrega que «el equipo comandado por el Dr. Luis González le hizo una operación de urgencia, que duró hasta las 2.30 de la madrugada. Coudannes sufrió dos paros cardíacos, del primero pudo restablecerse con masajes cardíacos, pero del segundo fue imposible, ya que había perdido mucha sangre». Contaba el periodista Rodolfo Chisleanski en el mismo diario que «su vida se encarrilaba por otros andariveles, una vidriería en sociedad con el cuñado y una parada de diarios lo ponían más cerca del comerciante que de la número 5; tres años de casado y un pibe de diez meses lo aproximaban más a la familia que a las concentraciones. A los 29 años, dos balazos truncaron antes de tiempo la historia futbolística de Jorge Coudannes y le cerraron para siempre las puertas del futuro».

Tres años después pasó algo similar con el delantero Félix Lorenzo Orte, asesinado de un disparo en la cara el 19 de noviembre de 1989, cuando salió a la puerta de su casa, en Lomas de Zamora. Orte tenía 33 años y estaba cerrando una carrera que lo había consagrado en Banfield, además en Rosario Central, Racing Club, Loma Negra de Olavarría, otra vuelta a Banfield y, finalmente, El Porvenir.

El recuerdo del diario *Olé*, en 2000, señala que «capaz de aparecerse con algún auto extravagante, descapotado y colorido, el *Pampa* era un tipo de lo más divertido». «Le gustaba tener su autito raro. Era un tipo muy liberal, de comer afuera y salir bastante. Nunca lo vi triste», relataba Walter Fernández, ex compañero en Racing. La información agregaba que «Orte se reconocía un tipo solitario. Estaba justamente solo en la puerta de su casa el 19 de noviembre de 1989 cuando un Peugeot 404 color terracota se detuvo en la puerta de su casa y le disparó. “Alrededor de las 5.15, Félix, mi hija Marisa y sus dos chicos regresaron a su casa. Venían de un cumpleaños de 15. Guardó el auto, se puso un pantalón corto y salió a tomar mate mientras mi hija le daba la mamadera a la bebida”, explicó en aquel momento el suegro de Orte. El *Pampa* fue inmediatamente trasladado al policlínico de Lomas de Zamora, pero falleció poco después. “Félix no tenía enemigos de ninguna naturaleza”, dijo su esposa Marisa, sobrina de José Sanfilippo. La investigación determinó que fue un homicidio por encargo. A los nueve días, fue detenido el presunto asesino. Al poco tiempo quedó libre por falta de mérito».

La denominación «crimen por encargo» nunca se aclaró y las versiones crecieron. Deudas de juego, una patota de la zona integrada por barras de varios equipos, la supuesta relación sentimental con la dueña de la cementera Loma Negra, Amalita Fortabat, una extorsión... palabras al viento y al voleo, sin ninguna pista cierta. Para desgracia de su familia, el crimen nunca fue esclarecido.

En el comienzo del nuevo siglo se pondría de moda otro tipo de extorsión: el secuestro de familiares directos de futbolistas, afortunadamente sin muertos que lamentar. Lo padecieron los Milito, Leo Astrada, Víctor Zapata y varios jugadores más.

## **OLA DE SUICIDIOS**

Los suicidios también han tenido un lugar trascendente e incomprensible para el gran público e

incluso para los especialistas. El 24 de septiembre de 1988 se mató Osvaldo Toriani, un recordado ex arquero de Independiente, que compartió el puesto con Miguel Ángel Santoro. La pérdida de uno de sus hijos habría sido lo que disparó su trágica decisión. «Toriani era un excelente muchacho, pero arrastraba la pérdida de un hijo pequeño y muchas veces se ponía triste, melancólico», declaró en su momento para la agencia Telam el ex defensor Juan Carlos Guzmán, que era el presidente de la Mutual de Futbolistas Solidarios.

El 4 de febrero de 1994, otro arquero, Alberto Pedro Vivalda, se arrojó al paso de un tren del Ferrocarril General Mitre, en el norte suburbano bonaerense. Vivalda estaba separado de su mujer y sus hijos, y finalizando una extensa carrera que lo había consagrado en River, Racing, Chacarita, Platense y Millonarios de Bogotá, a los 37 años.

En la misma fecha, pero nueve años después, en 2003, Sergio Schulmeister, arquero de Huracán, se ahorcó con su cinturón en el departamento que habitaba en el barrio de Boedo. Allí lo encontraron sus compañeros Pablo Monsalvo y Darío Gigena, que pasaron a buscarlo para el entrenamiento. El arquero había protagonizado un intento de suicidio en 2001, cuando jugaba para Atlético de Rafaela. Había tenido una infancia durísima, con orfanato y familia sustitua, y su personalidad era descripta como «melancólica».

En 1998 ocurrió otro drama. Así lo narraba *La Nación*: «Alberto Pascutti escuchó el podido de su arquero suplente, Luis Ibarra. Noche de concentración para Tigre, obligación de juntarse para todos los jugadores, pero al técnico le resultó imposible retener a quien pedía acompañar a su esposa, días después de un embarazo frustrado. Ayer por la mañana, el entrenador esperó por su hombre, más recibió la desconcertante noticia de que Ibarra habría matado a su cónyuge, Yovana Riveio Vargas, ahorcándola y tomado la decisión de suicidarse arrojándose desde la terraza del edificio de Martínez, en el que vivían con dos hijas, de uno y tres años. En el departamento B del piso cuarto de Libertad 9, la policía halló una carta, en la que Ibarra —a través de diez líneas manuscritas—, se dirige a un hermano en pedido de perdón y solicitud de cuidado de sus pequeñas. El cuerpo del futbolista se encontró vestido con el pantalón corto y la remera de entrenamiento del club de Victoria».

Agregaba el matutino que «la situación familiar había sufrido el trastorno por el embarazo sin buen término que provocó la internación de la joven, boliviana de 22 años, la semana última en un hospital de Bolivia. Los viajes de la mujer a su país eran constantes, pues colaboraba en el restaurante de sus padres. El miércoles último, tras recibir el alta médica, la pareja regresó a la Argentina e Ibarra volvió a las prácticas. Se supo que el arquero tucumano, con nacionalidad boliviana, tenía una propiedad en Cochabamba, que resultó destruida por un terremoto en los últimos meses».

El 4 de abril de 2000 se mató el mediocampista Mirko Saric, futbolista de San Lorenzo, conmocionando al barrio de Flores y a todos los que lo conocían. La crónica del periodista Ariel Greco, en *Página/12*, cuenta que «se suicidó ayer al mediodía ahorcándose con una sábana en la casa de sus padres del barrio de Flores. Si bien los motivos que lo llevaron a tomar esa decisión no están confirmados, diversos testimonios de familiares y allegados al club indican que el jugador estaba sumergido en un profundo pozo depresivo. Mima, una de las hermanas del futbolista, aseguró que Mirko no podía soportar las presiones que significaba ser un jugador profesional. Por

esa razón estaba sometido a un tratamiento psicológico que había sido recomendado por el entrenador Oscar Ruggeri. En ese momento, el juvenil volante de 21 años estaba alejado de la actividad futbolística, ya que se encontraba recuperándose de una operación por la rotura de ligamentos cruzados de su rodilla izquierda. El cuerpo de Saric fue encontrado por su madre Ivana cerca de las 12.30 colgado de una barra que su hermana utilizaba para hacer gimnasia. Los dirigentes de San Lorenzo resolvieron suspender el viaje a Paraguay y pedir la postergación del partido con Cerro Porteño pero los paraguayos se negaron. Cerca de la medianoche emitieron un comunicado en el que dijeron: “San Lorenzo perdió a un hijo”. Todos los compañeros de Saric estaban anoche en el velatorio».

El 28 de septiembre de 2003, el juez Fabián Madorrán arbitró su último partido oficial. Fue en la vieja cancha de Chacarita, donde Banfield apabulló al local por 3-0, con dos goles de Bustos Montoya y uno de Cervera. Una actuación con polémicas permanentes, continuas protestas de los dirigentes y el nulo apoyo de las entidades gremiales habían dejado a Madorrán indefenso.

El lunes 29, la Asociación del Fútbol Argentino lo dio de baja, explotando que se debía a razones físicas y técnicas e incumplimientos de varias de sus responsabilidades. El diario *La Nación* lo consignó así: «La Escuela de Árbitros, dirigida por Carlos Coradina, le pidió su baja al Colegio de Árbitros, que elevó la solicitud al comité ejecutivo de la AFA, cuerpo que refrendó la decisión. Se esgrime como argumento que Madorrán faltó a muchas clases para los jueces y no rindió exámenes de pruebas físicas. Además, se le cuestiona su personalidad, la gran cantidad de polémicas que generaron sus actuaciones y varias controversias que rodean su figura... Se pudo averiguar que también pesaron otros motivos, relacionados con el partido Independiente 1 - River 4, jugado el 17 del actual por la Copa Sudamericana. Después de ese encuentro, el árbitro fue duramente criticado por Andrés Ducatzenzeiler, presidente de la entidad de Avellaneda. Este episodio terminó por convencer a la dirigencia encabezada por Julio Humberto Grondona, que desde hace rato tiene diferencias con el particular estilo del juez. En la AFA, fue imposible escuchar una voz oficial sobre la situación».

Madorrán no aceptó su alejamiento del referato y buscó todas las maneras posibles para que lo reincorporaran. Sin embargo, la dirigencia de la AFA le había bajado el pulgar, cansada de los numerosos problemas que había traído su actuación. El hombre la siguió peleando, se fue a vivir a la ciudad de Córdoba y aguantó hasta el 30 de julio de 2004, cuando se suicidó. La crónica del diario *Clarín* es sencilla, austera y contundente: «Eran las 10.30. Fabián Madorrán se sentó en un banco del Parque Sarmiento, en el pulmón principal de la ciudad de Córdoba, a tres cuadras de la terminal de ómnibus y a cuatro de la Casa de Gobierno. Los automóviles y la gente circulaban como todos los días. El ex árbitro internacional extrajo de entre sus ropas una pistola 9 milímetros, se la colocó en la boca y apretó el gatillo. El disparo retumbó por todo el Parque y uno de los muchos testigos corrió hacia el lugar. Cuando vio la sangre en el rostro de Madorrán, tomó un teléfono y llamó a la policía. Inmediatamente llegó un patrullero y uno de los efectivos reconoció al ex árbitro. Enseguida le colocaron algunos diarios sobre la cabeza para que los curiosos no pudieran observar otra cosa que los pantalones y los zapatos negros. La causa judicial, en la que interviene el fiscal Alejandro Moyano, del Distrito dos, turno uno, fue caratulada como suicidio». El abogado de Madorrán, Juan Spirópulos, declaró que «a él lo dejaron sin trabajo en

AFA y Fabián se había matado para ser árbitro internacional. El tema de rescindirle el contrato estaba en plena etapa probatoria en el Juzgado Civil 96 de Capital Federal, a cargo de la Dra. Marta Caviglia, que en primera instancia determinó que podía seguir trabajando, pero el Colegio de Árbitros desoyó ese dictamen».

El jueves anterior al suicidio, Madorrán escribió en su departamento de la calle Balcarce una carta a su amigo Jorge Videla, donde le confesaba su trágica decisión. Videla, luego, dio su versión de los hechos al periodismo: «Desde que la AFA lo dejó sin laburo se sentía mal, porque el dinero que fue a buscar a Buenos Aires se lo robaron. Y ya no tenía de dónde sacar plata».

## **ANTIDOPING PARA TODO EL MUNDO**

Ocurrió una sola vez en la historia del fútbol argentino. El domingo 12 de junio de 1994 se realizó un control antidoping masivo en un partido de primera división. Fue en la cancha de Platense, tras el partido que jugaron el cuadro local y Gimnasia de La Plata, por el torneo Clausura de Primera división.

La decisión corrió por cuenta de Roberto Marquevich, juez federal de San Isidro, quien participó del acontecimiento junto con personal de su juzgado y efectivos del Departamento Drogas Peligrosas de la Policía Federal. La gente que haría el operativo ingresó cuando faltaba un cuarto de hora para el final del partido, que terminó empatado 1-1. La causa, caratulada como «averiguación por presunta infracción a la Ley 23.737 de estupefacientes», podía con llevar penas que oscilan entre un mes y quince años de prisión, para quien utilizara o suministrara drogas en competencias deportivas.

Según Adrián González Charvay, secretario del juzgado del doctor Marquevich, «este tipo de causas no pueden iniciarse de oficio y hay dos vías: un operativo preventivo de las fuerzas de seguridad o una denuncia que lleva al fiscal a solicitar la investigación». Los jugadores de los dos equipos fueron demorados durante tres horas y sus muestras se derivaron a tres frascos: uno iría al Centro Nacional de Alto Rendimiento Deportivo (CENARD) para su análisis, otro al Juzgado Federal y el restante quedaría en poder del club organizador (Platense).

Guillermo Marconi era el árbitro del partido y, en su carácter de abogado, declaró al diario *Clarín* el martes 14 de junio que «lo que se vivió en la cancha de Platense fue algo inédito. No creo que haya antecedentes de una cosa así. Hubo un procedimiento y no un allanamiento y es bueno aclararlo: ¿cuál es la diferencia? Es simple, en un allanamiento, la fuerza pública puede apoderarse de elementos más allá de la voluntad de los implicados. O sea, que a los 32 jugadores que le realizaron el análisis se les consultó acerca de si estaban dispuestos a colaborar. Un juez, siempre y cuando se maneje con responsabilidad y prudencia, puede hacer lo que quiera. Espero que Marquevich haya actuado de esta manera. Si no lo hizo, sería un daño irreparable para el fútbol...».

Los jugadores aceptaron los análisis casi sin chistar. El delantero Claudio Spontón (Platense) señaló al diario *Crónica*: «Nosotros teníamos dos alternativas: participar del análisis o rehusarnos. Para que no hubiera ningún tipo de duda, todo el plantel se puso a disposición de la Justicia. Sería

bueno que cuando todo quede resuelto, se aclare con nombre y apellido quiénes son los responsables de toda esta situación».

Mientras tanto, en *Clarín*, Miguel Ángel Macchi, licenciado en Criminología, se preguntaba: «¿Quién hizo la denuncia? Con el nuevo Código Procesal, el juez no puede obrar de oficio. Si, por ejemplo, un individuo se acerca a un juzgado y presenta una denuncia determinada, el juez debe dar vista al fiscal, quien tiene un plazo de 24 horas para actuar».

Según parece, la causa podría haberse originado en lo que había ocurrido en la fecha anterior, durante el partido que jugaron Gimnasia y Deportivo Español en La Plata. En el boletín semanal del Tribunal de Disciplina de la AFA del 10 de junio, hay una denuncia por el control antidoping realizado en esa oportunidad y, si bien no trasciende el motivo por el que se piden explicaciones a los dirigentes de Gimnasia, se explícita que había sido violada la cerradura del consultorio donde el médico del antidoping había colocado los utensilios para realizar su labor. La intención habría sido apropiarse de los frascos que llevan los encargados del control.

De todas maneras, nunca quedó clara la causa que impulsó al juez Marquevich a tomar la determinación. Tiempo después, varios protagonistas del insólito control masivo recordaban los nervios en el vestuario local y en el camarín visitante ante semejante requerimiento. No porque tuviesen algo que ocultar, sino por el temor al papelón o a quedar señalados para siempre como adictos. Era una situación tan extraña que generaba muchas dudas y parecía que todos sospechaban de todos. Incluso de quienes llevaban adelante los análisis y la investigación.

El viernes 17 de junio, la AFA dio a conocer que los controles a los cuatro jugadores sorteados habían dado negativo (los futbolistas eran Eduardo Coudet y José Miguel, por Platense, y Claudio Galvagni y Guillermo Barros Schelotto, por Gimnasia). El 30 de junio, se informó desde los laboratorios del CENARD que los controles de los dos planteles también habían dado negativo en su totalidad. En los resultados, ni siquiera se confirmaban restos de las sustancias que los mismísimos jugadores, en sus declaraciones juradas, reconocieron que habían utilizado. Los años pasaron y jamás se supo quién fue el autor de la denuncia.

## **LA LLEGADA DE LOS CONTROLES**

Cuando el juez Marquevich realizó el megaoperativo en la cancha de Platense, el control antidoping llevaba casi veinte años de existencia en el fútbol argentino y casi cuarenta en el fútbol internacional, desde el Mundial de 1954, en Suiza. Cuenta el periodista Jorge Búsico en el diario *La Razón* del 13 de octubre de 1986 que, cuando Alemania le ganó la final por 3-2 a Hungría, «nadie podía entender esa entrega física de Alemania, pero poco después pudo saberse que Fritz Walter, el goleador, sufrió una inexplicable ictericia mientras que diez compañeros suyos del plantel nunca más volvieron a pisar una cancha de fútbol. Los germanos intentaron echarle la culpa al cocinero del hotel donde estuvieron alojados, pero nadie les creyó. El doping había ingresado en el fútbol».

En las épocas previas a la instalación del control antidoping en el fútbol argentino, se habían dado algunos casos internacionales muy comentados, como la sanciones a cinco jugadores del

Bologna italiano y el doping del haitiano Jean Joseph en la Copa del Mundo de 1974.

Si bien en la Argentina comenzó de manera selectiva, su inicio coincidió con el torneo Metropolitano de 1975, cuando la preocupación de las autoridades se orientaba mucho más a las competencias internacionales que a los campeonatos locales: la Copa Libertadores provocaba verdaderas maratones de estimulantes y otras situaciones que en general no ocurrían en los torneos argentinos.

El primer caso sancionado fue el del goleador Juan Taverna, delantero de Banfield, a quien se le encontró positivo el análisis realizado tras la derrota banfileña ante River por 2-1, el 16 de marzo de 1975, en la cancha de Racing. El Tribunal de Disciplina de la AFA resolvió suspenderlo por un año, a pesar del descargo que había hecho el jugador negando enfáticamente su dopaje. Cuando Taverna cumplió seis meses de inhabilitación, la AFA resolvió perdonarle el resto de la condena reconociendo que se habían cometido irregularidades en el control y hasta un sabotaje.

Taverna fue declarado inocente y, como desagravio, al poco tiempo se organizó un partido entre Banfield y un combinado del gremio de futbolistas. En aquel momento, Taverna declaró a los medios: «Yo no acuso a nadie, solamente señalo la existencia de un complot, contra Banfield o contra el presidente Valentín Suárez. Lo único que consiguieron fue ensuciarme, arruinarme moral y deportivamente. No puedo admitir que se embarre y se me haga víctima de un daño moral irreparable». *Juanchi* Taverna fue quien, en 1974, había logrado la hazaña de marcar siete goles en un mismo partido, durante la máxima goleada en la historia del fútbol profesional: Banfield 13, Puerto Comercial de Bahía Blanca 1.

Un compañero suyo de aquella época, el delantero Luis Roselli, le comentó en su momento al diario *La Nación* que «el plantel de Banfield nunca desconfió de Juan... si no tomaba ni una aspirina. Juan utilizaba un inhalante por un problema que tenía en la nariz, nada más. Por otro lado, en el análisis le salió una sustancia que no la habría podido soportar ni un caballo de carrera...». Poco tiempo después del episodio, el jugador fue adquirido por Boca Juniors y siguió haciendo goles en el equipo de Juan Carlos Lorenzo. El primer caso positivo había terminado en un papelón y con la plena rehabilitación de Juan Taverna.

Pasaron cinco años hasta que se produjo una segunda situación, cuando el veterano zaguero correntino Francisco Sá, que jugaba para Boca, dio positivo de efedrina, al haber ingerido Colifedril el 5 de diciembre de 1980. Le correspondieron tres meses de suspensión.

Entrevistado unos días después por el periodista Juan Carlos Mena para la revista *Goles Match*, el correntino Sá preguntaba: «¿Vos creés que si yo me hubiera dado la papa ex profeso hubiera ido tan mansito a realizarme el control antidoping? No, hermano... me desmayo, rompo algo, hago un escándalo pero no orino. De eso estáte bien seguro. Pero como estaba tranquilito fui mansito como un cachorro. Mirá cómo será mi tranquilidad moral y espiritual que cuando me citaron del Tribunal de Disciplina fui solito, sin poner ninguna traba y sin consultar a ningún abogado. Yo sé que en estos tiempos eso es de gil, pero soy así y nadie me va a cambiar. Como buen provinciano, creo en la gente...».

Por aquellos años, la utilización de sustancias prohibidas era algo muy común en el fútbol profesional de alta competencia, una epidemia que fue creciendo en los años 70 y se transformó en un serio dolor de cabeza para las autoridades. Seguramente muchos recordarán todavía cuando la

dirigencia de Lanús, encabezada por Carlos González, un destacado dirigente y abogado fallecido recientemente, insistía con la implantación del control antidoping masivo y obligatorio, algo que era resistido mayoritariamente por los clubes de Primera división. Lanús militaba en Primera C y sus jóvenes directivos sospechaban abiertamente de los planteles de Chacarita, San Telmo y Deportivo Español, sus rivales habituales.

Envuelto en deudas, con apenas mil ochocientos socios pagando su cuota mensual, el cuadro granate pugnaba por sobrevivir y regresar, por lo menos, a la Primera B. Al pagar el mismo club los controles antidoping cuando jugaba Lanús, las cosas se fueron normalizando y las sospechas fueron perdiendo sustento y efectividad.

Si esto pasaba en Primera C, es fácil suponer que en la B y en la A, la estimulación artificial era moneda corriente: Pervitín inyectable o el más suave Glucoenergan eran apenas una pequeña muestra de los estimulantes prohibidos más comunes.

Por el año 1979, el recordado goleador Luis Artime señalaba en una denuncia pública que «yo he visto jugadores, compañeros míos, aplicándose drogas. Hay directores técnicos que se vanaglorian de conseguir campeonatos con ese método. Por eso muchos clubes contratan médicos en vez de preparadores físicos». Y Jorge Solari, su amigo y compañero en River durante los años '60, agregaba que «en el fútbol argentino existe el doping y los jugadores se estimulan. Falta decisión para decirlo: las drogas se enquistaron en nuestro fútbol».

Ingerir anabólicos esteroides en comprimidos, aunque también se podían inyectar, era usual en el fútbol argentino de los años '70 y '80. Las anfetaminas Tamilán mantenían despiertos a los estudiantes universitarios para preparar sus exámenes y a los futbolistas les servían para disminuir el cansancio y poder aumentar la actividad física. El anabólico esferoide genera mayor potencia muscular, pero puede provocar problemas hepáticos, arritmias cardíacas que pueden llevar a la muerte súbita y trastornos sexuales como falta de producción de espermatozoides y atrofia testicular. Es un medicamento que se indica para personas con bajas hormonas sexuales, para ancianos con mucho decaimiento y para gente que ha salido de una quimioterapia. En el fútbol de hoy está, afortunadamente, en desuso.

Más de un conocido ha entrado a un vestuario y ha visto cómo se hervían las jeringas de vidrio para que diversos integrantes del plantel de turno pudieran utilizarlas antes de un encuentro. Muchos recuerdan a un militar «insobornable», presidente de un pequeño club del Sur bonaerense, que un día entró a un vestuario antes de un partido de Primera B y se topó con un montón de jeringas y jugadores al lado de ellas. Salió echando chispas, gritando que iba a denunciar lo que pasaba, hasta que lo convencieron de que lo mejor era callarse, porque la sanción iba a caer sobre sus propios futbolistas. Claro, eran los momentos previos al Mundial de 1978 y había que ocultar ciertas cosas mucho más pequeñas que los horrores que también se escondían. Ni hablar de lo que ocurría en la Copa Libertadores, donde las sospechas sobre Independiente primero y Boca Juniors después, arreciaron también en esos tumultuosos años '70...

Los controles para todos los partidos, con dos jugadores por equipo designados por sorteo, arrancaron en 1982. Y es muy interesante comprobar cómo algunos futbolistas de larga trayectoria, en muchos casos exitosa, bajaron su rendimiento abruptamente. Los controles semanales limitaron de manera notable una práctica bastante extendida en esos años.

Pero, como siempre ocurre en la Argentina, al progresar la eficacia del control antidoping y hacerse masivos los análisis, el ingenio de los damnificados creó el llamado «orinómetro», una bolsita que iba conectada a un tubo donde se podía almacenar la orina «limpia» de algún amigo o compañero del jugador que tenía que someterse al antidoping. Así, si el que salía sorteado estaba en problemas para superar el control, no tenía más que hacerse de un «orinómetro», ocultarlo dentro de su ropa y dirigirse tranquilamente a la prueba. La punta del tubo con pis ajeno salía por el pantalón, casi naturalmente. El recurso funcionó hasta que un futbolista de Primera A fue descubierto y, desde ese momento, se resolvió que los jugadores hicieran pis ¡¡¡desnudos!!! Para evitar sorpresas desagradables...

En aquel 1982, le tocó el turno por efedrina a Abelardo Carabetti, defensor del Talleres cordobés, y al delantero Hugo Gottardi, de Estudiantes de La Plata. En 1983 apareció el primer caso de doping en Primera B, al ser detectadas anfetaminas en la orina del mediocampista de Los Andes, Jorge Cabrera.

Un reconocido especialista, el doctor Carlos D'Angelo, explicaba para la agencia DyN en 1986 que «jugadores, familiares de éstos, dirigentes y empresas comerciales intentaban trascender a través del deporte y el deportista, presionado desde tantos lados, llega al doping dos horas antes de la competición. Esta historia es como la del marido engañado. Nadie es marido engañado, pero los hay, existen. Con el doping sucede lo mismo».

Los controles siguieron, al tiempo que se sofisticaban los medicamentos y las sustancias ingeridas por algunos futbolistas. También es cierto que, en algunos casos, tanto los médicos como los propios deportistas podían incurrir en un error, al ingerir inocentemente sustancias prohibidas, ya sea por desconocer su prohibición o porque estaban incluidas entre los componentes de un medicamento. Se han dado, por tanto, algunas acusaciones y sanciones injustas.

Para la temporada 1986/87, los dirigentes de Racing decidieron incorporar un tratamiento que produjo conmoción por sus resultados inmediatos. Quien lo trajo al club de Avellaneda fue un reconocido profesional de la medicina deportiva, Guillermo Laich, que desde Estados Unidos enviaba los «complejos vitamínicos», que eran canalizados a través de la Subsecretaría de Deportes de la Nación —vía Osvaldo Otero— y llegaban a Racing para que el doctor Adolfo Fort se los suministrara al plantel.

Racing arrancó como la sensación del torneo, con cinco victorias consecutivas y un invicto que se prolongó durante trece fechas. Al término de la primera rueda, el equipo que dirigía Alfio Basile acumulaba 9 victorias, 9 empates y una sola caída. Era el gran candidato al título. Sin embargo, comenzaron a producirse lesiones y el equipo fue perdiendo eficacia, a medida que crecía la impugnación sobre las pastillas que tomaban masivamente los futbolistas.

En la segunda rueda, Racing arrancó mal, ya que apenas ganó un partido de los primeros diez y perdió la chance de disputar la pelea por el título. En septiembre de 1996, la página web de *Clarín* consignaba que «las consecuencias fueron varios futbolistas desgarrados, y el despido de Fort el 12 de marzo de 1988. Al día siguiente, en todos los medios aparecieron las declaraciones del presidente de ese entonces de Racing, Juan Destéfano, que calificó de “desastrosa” esa experiencia».

Sin Néstor Fabbri, Carlos Olarán, Carlos Vásquez y Jorge Acuña, todos lesionados, el plantel se debilitó notoriamente. A mediados de marzo, tras una práctica común, los jugadores se agruparon en el centro de la cancha principal y resolvieron, en una votación unánime, no ingerir más «las pastillas de colores» que llegaban desde California.

Por aquellos días corrían muchos rumores de que lo que el doctor Laich había introducido en el país era el producto Probenecid, una combinación de drogas que retardaba la aparición en la orina de sustancias prohibidas que se hubieran consumido. La primera vez que se mencionó este producto fue en los Juegos Panamericanos de 1987, y se decía que su función era eludir los controles antidoping.

Con el paso del tiempo, sin embargo, se supo que la medicación ingerida por los futbolistas era un bloqueador de los sensores que producían la fatiga tras el esfuerzo. Es decir, el compuesto no permitía que la información del cansancio llegara al cerebro. Por esa razón, los desgarros devastaron al equipo, ya que los jugadores seguían manteniendo un ritmo de esfuerzo y despliegue como si no estuvieran cansados. Lo que ocurría era que no lo podían registrar.

Con la introducción masiva en la Argentina de las llamadas drogas sociales y la mayor rigurosidad en los exámenes para deportistas de alta competencia, las cosas se fueron modificando. Recién en 1995 apareció cocaína delatada en un control, cuando le tocó el turno a un futbolista salteño de Juventud Antoniana, Marcelo Cortez, quien fue inhabilitado por tres meses. Después llegó el turno de la marihuana.

Hoy, el Laboratorio del CENARD (Centro Nacional de Alto Rendimiento Deportivo) brinda seguridad y eficiencia a la hora de los análisis para prevenir los abusos farmacológicos y las adicciones y originar las sanciones deportivas correspondientes.

Una voz prematuramente desaparecida, la del excelente preparador físico Jorge Daguerre, daba en la tecla hace varios años: «Los grandes rendimientos deportivos se han alcanzado siempre a partir de una situación diáfana en la preparación, con un gran monto de preparación física y un gran monto de motivación. Teniendo esto, cualquier estimulante está de más. Y cuando a pesar de eso, el jugador se estimula, es por todo lo que le exige el medio y ese acto obra como un elemento de autojustificación: si fracasa no tendrá culpas porque dirá que hizo todo para ganar, hasta doparse».

## **LOS PARTIDOS MENTIROsos**

Si alguien cree que en el fútbol argentino ya nada puede asombrarlo, vale la pena que se asome a lo que ocurrió en tres partidos del ascenso que terminaron de la manera más insólita, para los protagonistas y para el público.

El primero fue en el campeonato de Primera C de 1978, un torneo de 38 fechas que ganó en gran forma Talleres de Remedios de Escalada. El cuadro del sur bonaerense arrasó a sus rivales, al punto de sacarle ocho puntos al Deportivo Morón (subcampeón) y quince al Deportivo Español (tercero). Ganó 32 de los 38 partidos y convirtió la friolera de 114 goles, lo que da un promedio de 3 goles exactos por partido. Impresionante. Había un único ascenso y se lo llevó Talleres, con

absoluta justicia. De todos modos, Morón se dio el gusto de ganarle el 4 de noviembre en el Oeste, con un gol del zaguero Lutte, después de que en la primera rueda Talleres lo superara 3-0.

La historia que nos ocupa sucedió justamente en un partido entre Morón y Luján, este último de local y dirigidos por el juez José Mastrofilippo, en el que terminaron empatados en dos goles. Pero, en realidad, el 2-2 no fue tal, como bien señala el periodista Claudio Díaz en su libro *Morón, el grito nuestro de cada sábado*: «Luján está perdiendo 1 a 0 con Morón y a los 24 minutos de la etapa final, el árbitro cobra un penal favorable al Gallo que los jugadores locales resisten. Dos de ellos son expulsados y Rubén Paira hace efectiva la pena, colocando el partido 2-0. Como la animosidad contra el juez por parte de jugadores e hinchas de Luján se hizo cada vez más peligrosa, el árbitro Mastrofilippo suspendió el partido. Cuando el plantel y el cuerpo técnico de Morón se dirigían hacia los vestuarios se encuentran con que la puerta de ingreso al túnel está cerrada y, además, desde uno de los costados del campo de juego empiezan a ingresar los hinchas de Luján, enfurecidos con la actuación del juez».

Cualquier futbolero que haya frecuentado el ascenso puede imaginarse la situación. Con los vestuarios cerrados y los hinchas locales ingresando a la cancha, poco había para hacer más que intentar salvar la vida. Más aun porque, como se sabe, en estos casos la policía o hace la vista gorda o juega para el equipo dueño de casa... Al juez Mastrofilippo se le ocurrió una idea salvadora. Cuenta Díaz que «el árbitro llamó a algunos jugadores visitantes como Miguel Colombatti, el arquero Mazzini y el zaguero Paira, y los dijo sin vueltas que para salir vivos iban a tener que jugar los diez minutos que faltaban. El partido siguió y a cuatro minutos del final, un jugador local se tira adentro del área. Mastrofilippo cobró penal y Milito puso el partido 1-2. Y un par de acciones después, lo increíble: Puglia, del local, forcejea con Lutte, lo empuja y después se tira al suelo: todo sucede a la altura de la medialuna del área de Morón, a dos metros de la raya. Mastrofilippo cobró ¡¡¡penal!!! Los jugadores de Morón se le fueron encima, pero el árbitro se banca los improperios como un duque. Antes de que Milito pateara el penal, el juez se acercó donde estaba el arquero visitante Mazzini y le dijo “quédese tranquilo, este partido ya lo ganaron ustedes”. Milito convierte el penal y el partido termina 2 a 2».

Ya en los vestuarios, con los jugadores de Morón locos de indignación por los penales que sancionó el juez a favor de Luján, Mastrofilippo convocó a un par de futbolistas visitantes y les dijo: «Tuve que hacer este teatro porque de lo contrario no sé si salíamos vivos de acá... Voy a hacer constar en el informe que el partido fue suspendido definitivamente a los 25 minutos del segundo tiempo con el resultado para Morón por 2-0». El resultado de todo esto fue que el Tribunal de Disciplina aceptó el informe del juez (éste fue suspendido por dos meses), dio por terminado el juego con victoria de Morón por 2-0 y castigó fuertemente a Luján, inhabilitando por 20 fechas a Horacio Puglia y por 10 a Norberto Viola, con sanciones menores para otros jugadores.

Cinco años después y en la misma cancha se produjo un hecho casi calcado. Luján recibía a Acassuso por el torneo más chico de la AFA, el campeonato de Primera D. Ese certamen de 1983 tenía una estructura distinta, ya que los 29 equipos se agrupaban en dos zonas y los dos primeros jugaban la final por el ascenso directo: allí llegaron Leandro Alem y San Martín de Burzaco, que se quedó con el título. El perdedor, más los que quedaron mejor ubicados de cada sección,

disputaron el octogonal que finalmente ganó General Lamadrid.

Luján, dueño de casa en el partido que nos ocupa, llegó tercero en su zona y se clasificó, aunque fue rápidamente eliminado por Laferrere. Acassuso, por su parte, ocupó el noveno puesto y su campaña no pasó de mediocre.

Lo cierto es que, en aquel partido jugado el 24 de septiembre, Luján buscaba asegurar la chance clasificatoria y Acassuso no tenía margen para ninguna ilusión. Salvo, claro, algún dinero en concepto de incentivación que acercaran allegados a los que peleaban la clasificación con Luján. Aunque fuera en Primera D...

Con un bombazo de Carlos Iribarren, Acassuso vencía 1-0 a seis minutos del final, cuando el árbitro Félix Molina expulsó a dos jugadores de Luján. Calentísimos, fuera de sí, más de treinta hinchas de Luján invadieron la cancha y agredieron a Molina y al juez de línea Mitri, en tanto que el futuro árbitro internacional Ángel Sánchez, que era el otro asistente, se mantuvo al margen en otro sector de la cancha. El juez Molina buscó al capitán de Acassuso, Héctor Ferrucheli, y le explicó lo que tramaba, algo así como «bánquense lo que venga, ustedes ya ganaron, el partido está suspendido pero Luján tiene que ganar, porque si no de acá salimos todos muertos...».

Igual que cinco años antes, Luján convirtió dos goles en seis minutos (Caricato de penal y De la Hoz) y todo terminó con el festejo de los locales, ante el silencio del juez y de los jugadores visitantes.

Pocos días después llegó la sanción: tres años de suspensión para Aldo Cordone, arquero de Luján, quien según el juez Molina le pegó una trompada en la boca cuando le mostró la tarjeta roja; dos años para Walter López por intento de agresión al árbitro y reincidencia; un año y medio para Horacio Pereyra por agresión al juez de línea, agravio y reincidencia. Todos eran jugadores locales y el partido se le dio por ganado a Acassuso por 2-0.

En una larguísima investigación para la revista *El Gráfico* de los periodistas Gustavo Béliz y Daniel Dátola (Béliz sería luego ministro de Carlos Menem y de Néstor Kirchner), habló el veedor del partido, nada menos que el ex juez Claudio Busca, quien dijo algo inesperado: «La gente tiene que olvidarse de esto, no hay que hablar más. Porque si se publica lo que pasó, la próxima vez el referí no va a poder proceder de la misma forma. Nadie le va a creer cuando haga seguir el partido, se van a dar cuenta de que estaba todo arreglado. Ya hay antecedentes en el caso, y porque no se difundieron demasiado, Molina pudo hacer esto en Luján...».

En la misma nota, titulada «Había que perder para salvar la vida», habló también el técnico de Luján, Juan Carlos Telessio: «Cuando terminó el partido, algunos jugadores de Acassuso se tiraron al piso, como si tuvieran un ataque de nervios. Yo traté de ayudarlos, porque contra ellos no había nada. Ahí se me acercó uno de ellos y me dijo: “Mire, tengo 23 años y a fin de temporada quedo libre. Lléveme donde quiera. Aquí no quiero estar más...”. Yo le contesté que fuera a calmar a sus compañeros, que eso era más importante. Me dijo: “Éstos están fingiendo, lo que pasa es que deben estar llorando por los siete mil que se pierden, los que les daba Alem...”».

La sospecha de Telessio es compartida por algunos directivos: Acassuso llegaba a ese partido sin ninguna chance y, en cambio, una derrota de Luján podía llevar a Alem a jugar directamente la final por el ascenso a la C. Lucas Oscar Farola, vocal de la Comisión Directiva de Luján, también insinúa: «El único culpable es el árbitro, cobró todo para ellos y encima insultó a nuestros

jugadores. Uno no quiere pensar mal, pero...». Y se llegó a escuchar en la sede de Luján: «Los de Alem no tienen equipo, pero tienen plata, mucha plata... los banca La Serenísima. Por eso andan bien, le dieron guita al referí para perjudicarnos...». El soborno, la incentivación, la sospecha, la duda y la ilegalidad habían invadido todas las categorías. Incluso la Primera D, la más pequeña, la que movía menos dinero y donde casi todos los futbolistas eran amateurs, es decir, que no tenían contratos registrados en la Asociación del Fútbol Argentino.

Hubo un tercer hecho insólito en 1978, cuando la división vivió un terremoto por una serie de protestas cruzadas que modificaron radicalmente el campeonato. El torneo de aquel año, el año del Mundial, se jugó en tres zonas, con diez equipos en cada una. Por la zona Norte se clasificaron para la rueda final Ferro Carril Midland, San Miguel, Argentino de Merlo, Ituzaingó y Puerto Nuevo de Campana. Por la zona Centro ingresaron General Belgrano (luego se llamó Lugano), Central Ballester, Piraña, Justo José de Urquiza y Sacachispas, en tanto que Brown de Adrogué, San Martín de Burzaco, Victoriano Arenas, Laferrere y Cañuelas lo hicieron por la zona Sur.

Cuando arrancó la rueda final parecía que Sacachispas se iba a quedar con el campeonato. Pero, en su maravillosa publicación titulada *El libro de la D*, el periodista e investigador Carlos Yametti cuenta la verdadera historia de lo que ocurrió: «Durante la disputa de la zona Centro, Sacachispas pierde cuatro unidades por protestas de adversarios a quienes había vencido ampliamente. Por ejemplo Acassuso y Sportivo Palermo, a quienes había superado por 4-0 y 5-1, respectivamente. Con la deducción de puntos debió desempatar el quinto puesto ante Acassuso, a quien derrotó por 3-2. Ya en la rueda final y cuando se lo sindicaba como uno de los favoritos para el ascenso, sufre una nueva deducción de puntos debido a una suspensión por la falta de pago de multas impuestas por la AFA. A renglón seguido, Sacachispas presenta una protesta de partidos en forma masiva, aduciendo que los equipos transgredían el Artículo 241 del Reglamento, incluyendo a más de cuatro jugadores mayores de 23 años, el límite permitido».

Con la sangre en el ojo, los dirigentes de Sacachispas provocaron un cataclismo en la divisional. Sigue Yametti: «Sin dilaciones ni necesidad de interrumpir el torneo, el Tribunal de Disciplina emite su fallo haciendo lugar en uno de ellos el propio protestador, Sacachispas. Adicionalmente procede a deducirle al club de Villa Soldati otros cuatro puntos basado en la inconducta deportiva al pretender sacar ventaja fundamentando una transgresión a una norma que él mismo ha violado».

Finalmente, el gran beneficiado fue Piraña, el modesto equipo de Pompeya que había arañado el ascenso en 1965 y donde jugaba como centrodelantero el pibe Héctor Casimiro Yazalde. De camiseta roja y blanca, el equipo no había cometido infracciones reglamentarias y llegó a la punta gracias a las protestas cruzadas. En la penúltima fecha perdió 4-3 con Sacachispas y fue alcanzado por Justo José de Urquiza, el histórico club de Caseros que quería volverá su lugar en Primera C. En la jornada final, Urquiza derrotó 2-0 a Sacachispas mientras que Piraña se impuso 5-3 sobre Victoriano Arenas y quedaron igualados en el primer lugar con 19 puntos. Había que jugar un desempate.

El partido se disputó en la calurosa tarde del 6 de enero de 1979, en la vieja cancha de Argentinos Juniors. Era una escena casi surrealista: más de cuatro mil hinchas le daban calor y un marco imponente a la tribuna visitante de Argentinos, sobre la calle Gavilán. Todos alentaban al

celeste de Caseros, Jota Jota Urquiza. De Piraña, apenas un puñado de vecinos y los familiares, ubicados en la vieja platea de madera sobre la calle Boyacá.

Piraña mostró todos sus atributos, jugó el partido de su vida y demolió a Urquiza, venciénolo 4-1 y consiguiendo el único ascenso de su historia. El equipo, dirigido por Marino Calogero, tuvo su punto fuerte en el goleador, Orlando Fernández.

El final del partido fue increíble. Los jugadores de Piraña dieron la vuelta olímpica pero, como nadie festejaba, uno de los defensores, un flaco alto y pelilargo, se subió al alambrado de la platea y lanzó el alarido «vamooooos, griten, carajo, que salimos campeoonessss...».

Piraña cumplió su sueño: jugó durante 1979 en Primera C. Lo hizo como local en la cancha de Barracas Central y en algunas otras, ya que su pequeño campo de juego no tenía habilitación (ubicado en la intersección de las calles Elía y Famatina, nunca lo pudo utilizar como propio en torneos de la AFA en aquellos años). El equipo terminó último con 11 puntos, producto de dos únicas victorias ante Defensores de Cambaceres (2-1) y Excursionistas (2-0), el segundo en calidad de visitante. Empató 7 partidos y perdió los 29 restantes. Sufrió algunas goleadas como 6-1 ante Lanús, Deportivo Español y Argentino de Rosario y un 0-7 frente a Central Córdoba. Hubo un hecho muy poco común: cuando Piraña empató 4-4 con Luján el 26 de agosto, en la cancha de Barracas Central, se vendió ¡¡¡una entrada popular!!! Nunca se supo si se trataba de un loco, un familiar o un hincha (ya había sucedido una vez, en 1969, cuando jugaron Deportivo Riestra y Defensores de Cambaceres por el torneo de la C, en la vieja cancha de la calle Lacarra).

Lo más dramático fue que al año siguiente Piraña volvió a su hogar natural, la Primera D, compitió durante 1980 ocupando el penúltimo lugar en la zona Sur y se desafilió para no jugar nunca más en los torneos de la AFA. Su partido de despedida fue el 30 de agosto de 1980 y le ganó 1-0 a Cañuelas.

Al año siguiente se desafiliaron más clubes: Defensores de Almagro, un cuadro que nunca tuvo cancha propia y que sorprendió a todos al lograr el ascenso a Primera C, aunque jugó una única temporada en esa categoría, en 1971. Diez años después, el club de camiseta azul decidió no competir más y en 1983 lo hizo Sportivo Palermo, un histórico del fútbol argentino que había perdido su estadio en los años cuarenta y que fue gran animador en la época amateur. Para estos dos clubes, lo mismo que para Luz y Fuerza, Macabi, La Paternal, Pilar, Juventud de Bernal, Porteño, Defensores de Corrientes, General Mitre, General San Martín y Arsenal de Llavallol fue un adiós definitivo.

## CLÁSICOS CONTRA CLÁSICOS

Como se ha escrito muchas veces, nadie en el fútbol argentino está en condiciones de levantar su dedo acusador para demonizar a rivales, árbitros, dirigentes y periodistas. ¿Por qué? Porque a esta altura, todos tenemos claro que ningún club se ha mantenido, siempre, al margen de la pelea por conseguir puntos y éxitos, dentro y fuera de la cancha. Por eso, cuando algunos se presentan con un supuesto historial ético perfecto, dos palabras los definen rápidamente: archivo y memoria.

Ejemplos hay muchos. Sospechas también. En el torneo Apertura 2005 se jugó un nuevo

capítulo del tristemente célebre «Perdamos, así ellos no salen campeones». El campeonato tuvo dos protagonistas indiscutibles. Por un lado, el Boca de Alfio Basile, un super equipo repleto de figuras, gran candidato para quedarse con el título. Amparado en la seguridad de la dupla Schiavi-Cata Díaz en el fondo, el despliegue de Battaglia y Gago en el mediocampo, más la potencia ofensiva de Rodrigo Palacio y Martín Palermo con los recambios de Marcelo Delgado y Guillermo Barros Schelotto, Boca se encaminaba hacia el éxito final, cuando dos derrotas consecutivas ante Colón y Arsenal lo mandaron al segundo lugar.

Por el otro lado venía Gimnasia que, remontando un comienzo muy flojo que incluyó perder 6-0 ante Vélez en su propia cancha del Bosque, llegó a la séptima fecha con dos triunfos, un empate y cuatro derrotas. Sin embargo, el equipo que armó Pedro Troglio se recuperó y enhebró ocho victorias seguidas, solamente frenadas por un increíble empate ante el modesto Tiro Federal de Rosario, que estuvo a punto de ganarle en La Plata. Al empatar con los rosarinos, el Lobo platense dejó escapar una ventaja de tres puntos sobre Boca, que se achicó a una única unidad al ganarle Boca a Vélez con dos goles del *Pocho* Insúa.

A tres fechas del final, entonces, Gimnasia tenía 32 puntos y Boca 31. El destino y la programación de los partidos los enfrentaba en la 17ª jornada a rivales emblemáticos. Gimnasia debía visitar al alicaído River de Mostaza Merlo en el Monumental y Boca era rival de Estudiantes, que utilizaba la cancha de su rival de siempre, en las calles 60 y 118. Historias cruzadas muy sencillas de desentrañar hasta para los más alejados de las dudas y sospechas que rodean siempre al mundo del fútbol.

Si River —fuera de carrera con 26 puntos— derrotaba a Gimnasia, le servía en bandeja el campeonato a Boca. Si Estudiantes —también con 26 puntos— le ganaba a Boca, permitía que Gimnasia ampliara la diferencia sobre los xeneizes y navegara raudo a su primer título profesional. Las cartas estaban echadas. Y la mirada del hincha millonario o pincharrata no podía digerir la idea de un resultado positivo, sólo para no ayudar al «enemigo». Así ocurrió.

Los partidos se disputaron el 27 de noviembre de 2005, en el mismo horario vespertino de domingo. Boca llegaba un poco revitalizado por haberle ganado a Vélez, luego de dos semanas duras para el entrenador Basile, quien había sido agredido por sus propios hinchas en Sarandí, cuando le arrojaron cubitos de hielo desde la platea en medio de la dura derrota ante Arsenal. Gimnasia no estaba mejor de ánimo, porque el equipo venía perdiendo frescura y solidez, y le había ganado a un disminuido Quilmes como visitante con un insólito penal sancionado por el controvertido juez Daniel Giménez en el último minuto. Giménez había expulsado previamente a los defensores de Gimnasia, Goux y Licht y la infracción en el área quilmeña la vio solamente él. En la fecha siguiente, llegó al empate ante Tiro Federal con otro tiro desde los doce pasos concretado por Lucas Lobos, su jugador más talentoso.

Los dos partidos clave tuvieron el mismo resultado: Gimnasia venció 3-1 a River y Boca hizo lo propio con Estudiantes. Los triunfos fueron contundentes, sin lugar para las dudas, ya que ambos empezaron ganando. Boca, con un tempranero gol del mediocampista Ledesma a los 2 minutos, y Gimnasia, a través de Lobos primero y del uruguayo Vargas después. Increíblemente, Marcelo Gallardo, el capitán riverplatense, se hizo expulsara los 27 minutos del primer tiempo.

Pero hubo un par de minutos que llenó de dudas el Bosque. A los 39, el mediocampista

estudiantil Bastía —un santafesino alejado de la pelea entre los rivales de La Plata— clavó un cabezazo en el arco de Abbondanzieri y empató el partido. Muchos hinchas de Estudiantes mostraron su alegría, pero muchos otros no gritaron el gol. Y eso que saltaban en las mismas tribunas...

Inmediatamente, Boca repuso desde el círculo central y, tras un toque corto, Rodrigo Palacio inició una excursión hasta el área local, donde derrotó a Martín Herrera sin oposición alguna de la defensa de Estudiantes. Boca se ponía 2-1 y no habría más margen para un empate. ¡Qué fácil había llegado Palacio hasta el arco pincha! Fue tan sencillo como para los correntinos de Mandiyú, en aquel lejano 1994, cuando Gimnasia perdió de local y complicó terriblemente la chance pincha de quedarse en Primera A.

Al día siguiente, los títulos de los matutinos señalaban la impresión generalizada. El de *Clarín*, que encabezaba una nota de los periodistas Miguel Bossio y Julio Chiappetta, fue «Un mar de dudas». Y el de *Olé* fue «River desapareció», con una bajada: «Salió a ver qué pasaba y rápidamente decidió no jugar. ¿River fue para atrás? La falta de actitud, más un capitán que se hizo echar no significan jugar para adelante».

En *La Nación*, el periodista Claudio Mauri señalaba que «para un club como Gimnasia, en el que la idea de ser campeón provoca cierto vértigo y destapa algunos traumas aún no resueltos, un triunfo como el de ayer tiene propiedades balsámicas. Porque lo consiguió con una suficiencia y comodidad mayores a las previsibles. River lo perturbó muy poco, casi nunca lo puso en aprietos. Todo lo contrario. Le concedió espacios, tiempo y facilidades para que hiciera del partido un distendido *picnic* futbolero. Con una agravante: no tuvo entrega ni capacidad de lucha. No pudo haber elegido peor imagen para despedirse de la lucha por el título».

Reinaldo Merlo resistió sólo dos fechas más como técnico de River. Las sospechas sobre el desempeño de su equipo en el partido, más las duras críticas del capitán Gallardo, sumado a un supuesto incidente entre ambos en el túnel que lleva al campo de juego millonario, terminaron por inclinar a *Mostaza* Merlo a irse de River. En realidad, su segundo ciclo en el club de Núñez duró en total cinco meses pero, tras el partido contra Gimnasia, las cosas nunca volvieron a ser iguales. Para anunciar su renuncia, Merlo convocó inesperadamente a una conferencia de prensa el 8 de enero, en Mar del Plata, en medio de la pretemporada veraniega. En su explicación —que no admitió preguntas de los periodistas— informó que Gallardo, ex jugador del Mónaco francés y de la selección argentina, le había dicho en una reunión a solas que iba a dejar la plantilla riverplatense en desacuerdo con su proyecto futbolístico y que lo mismo pensaba «el 90 por ciento de sus compañeros». El entrenador agregó: «Le expliqué a él y a los jugadores que, como nací en River y quiero mucho a River, lo mejor en este caso es dar un paso al costado y que los jugadores que no apoyan mi proyecto comiencen a trabajar con otro entrenador».

Volviendo a la tarde oprobiosa de los partidos jugados en el Monumental y en el Bosque platense, Daniel Arcucci escribió en *La Nación*: «Es evidente que Marcelo Gallardo se descontrola demasiado fácil para la experiencia que tiene y para la cinta que lleva en su brazo. Por eso, nadie podría siquiera sospechar algo extraño en su temprana expulsión: el 10 tiene suficientes antecedentes recientes como para tomar su reacción como una actitud premeditada. Es evidente que no hay palabras para ayudar a entrar en razones a ese... hincha que, supuestamente impulsado

por su pasión pincharrata, saltó para insultar a Bastía y a Burruchaga porque habían cometido la osadía de gritar un gol propio, el del efímero empate de Estudiantes contra Boca».

Arcucci finaliza su editorial agregando: «Es evidente que el fútbol —a pesar de que no siempre lo parezca— tiene sus naturales anticuerpos y algunas lecciones da: aquellos hinchas de Estudiantes que aplaudieron los goles de Ledesma y de Palacio se habrán quedado con las manos dispuestas y algo atragantados cuando el que cerró el resultado fue, nada menos, Guillermo Barros Schelotto. No le echemos la culpa al fútbol moderno ni al superprofesionalismo de hoy. Antes, estas cosas también pasaban. Sólo que ahora son más evidentes».

Pero para Gimnasia y su gente hubo otro campeonato todavía peor. En 1995 se le escapó el título en la última fecha, jugando como local ante el irregular Independiente. El Lobo había realizado una gran campaña y llegó líder al Bosque, donde lo acompañó una multitud. Sin embargo, los nervios pudieron más, perdió 1-0 y el título se lo llevó San Lorenzo, que le ganó a Rosario Central en Arroyito por la mínima y volvió a ser campeón tras 21 años.

Aquel 25 de junio del '95 fue la mayor frustración en la historia de Gimnasia. Desde la llegada de Carlos Timoteo Griguol, el equipo había resurgido y, sin grandes modificaciones en el plantel, se fue potenciando hasta convertirse en la sorpresa del torneo. Griguol, el viejo maestro cordobés, había tomado al grupo tras la partida de Roberto Perfumo, en la novena fecha del Apertura '94. Desde entonces, con pequeñas correcciones y mucho orden desde el mediocampo hacia atrás, Gimnasia perdió un solo encuentro de los once que disputó en aquel campeonato.

En la nueva temporada, el Lobo debutó curiosamente festejando el empate en el Nuevo Gasómetro ante San Lorenzo. Nadie se imaginaba que iban a ser los dos animadores del torneo. Para la quinta fecha, Gimnasia sumaba un triunfo, tres empates y una dura derrota ante Banfield. Desde allí enhebró once victorias y dos empates, llegando primero con un punto de ventaja sobre San Lorenzo. En la penúltima fecha, la multitud de hinchas del Lobo que acompañó al equipo a Caballito festejó como loca el tirito de Federico Lagorio, que se le escurrió increíblemente por debajo al arquero Esteban Pogany...

En cambio, San Lorenzo perdió la punta a dos jornadas del final, cuando fue superado por Vélez en Liniers, tras un polémico arbitraje de Javier Castrilli. Vélez lo derrotó a dos minutos del final gracias a la aparición del *Turu* Flores, en medio de largas protestas por un tanto anulado al brasileño Paulo Silas. Con esa caída, San Lorenzo perdía tras nueve fechas exitosas, con ocho victorias y una igualdad.

Ya resignado a perseguir a Gimnasia, en la fecha 18 le alcanzó con muy poco para derrotar a Lanús en su cancha y esperar una hipotética caída del Lobo en Caballito, algo que no ocurrió. Entonces, había que ganar en Rosario y rezar para que Gimnasia perdiera ante Independiente en el Bosque. Era la última oportunidad.

Días atrás, y en medio del furor de los hinchas del Lobo, el vecino Estudiantes había ganado el campeonato de la B Nacional, con once puntos de ventaja sobre Atlético Rafaela, retornando rápidamente a la máxima categoría conducido por dos próceres pincharratas como Eduardo Luján Manera y Miguel Ángel Russo. En aquel Estudiantes convivían los jóvenes Juan Sebastián Verón, Rubén Capria, José Luis Calderón y Martín Palermo con los más experimentados Juan Manuel Llop, Luis Ernesto Sosa y Edgardo Prátola. Era un seleccionado para la categoría.

Todavía estaba fresco el partido que Gimnasia había perdido con Mandiyú en su propia cancha, acelerando el descenso de Estudiantes. Aún se escuchaban comentarios por lo que había ocurrido el 5 de abril de 1992, cuando un hermoso tiro libre del uruguayo José Battle Perdomo perforó el arco de Marcelo Yorno, dándole una festejada victoria al Lobo en la vieja cancha de su rival. Esa tarde, el sismógrafo del Observatorio Astronómico de La Plata registró una vibración similar a un pequeño sismo de 2,5 en la escala Richter. Habían sido los hinchas de Gimnasia, saltando apretujados en la tribuna popular.

Gimnasia llegaba a la última fecha, entonces, puntero y recibiendo al discreto Independiente. Ganando, el Lobo era campeón y se daba el gusto de repetir lo que había conseguido en 1929 por el torneo amateur, cuando venció a Boca en la final. Su rival había estrenado técnico hacía dos fechas. Miguel Ángel López —que había iniciado su carrera profesional en Estudiantes— se hizo cargo tras el interinato del uruguayo Ricardo Pavoni. Los rojos vegetaban en la mitad de la tabla, con 6 victorias, 4 empates y 8 derrotas, que habían incluido caídas estrepitosas ante Boca (5-0) y River (4-1).

La presión por ganar el campeonato se había hecho carne en los jugadores de Griguol, por más que el sabio conductor cordobés intentara relajarlos y darles confianza al mismo tiempo. Gimnasia había conseguido empatar en la difícil cancha de Central a cuatro minutos del final. Luego logró vencer a Lanús con un tanto del mediocampista Andrés Yllana en el último minuto de juego y más adelante, contra Racing, en el Bosque, una aparición del grandote Pablo Morant le había dado la victoria en el minuto 86. Eran demasiados sobresaltos.

Después llegó el triunfo 3-1 ante Argentinos Juniors, con tres penales bien cobrados por el juez Luis Oliveto y una victoria difícil y mínima ante Ferro, en Caballito. Esa tarde, se fue expulsado el mediocampista Favio Fernández y el mítico Griguol perdió su proverbial tranquilidad: lo insultó a puro grito delante de las cámaras de televisión, transparentando sus nervios ante semejante error de su dirigido.

Los mismos problemas que atenazaban a los jugadores de Gimnasia tenían muy ansiosos a los de San Lorenzo, pese a la mayor experiencia de varios de ellos: Oscar Passet, Oscar Ruggeri, el brasileño Silas, Esteban González, el *Beto* Ortega Sánchez y el propio entrenador, Héctor Veira. San Lorenzo luchaba como podía contra Gimnasia y contra el clima tenso de sus dirigentes e hinchas, ya que llevaba 21 años sin ganar un campeonato.

A pesar de que tenía menos chances, ya que un triunfo de Gimnasia lo dejaba segundo, San Lorenzo viajó a Rosario acompañado por una multitud. Más de veinticinco mil hinchas siguieron al cuadro de Boedo en una cruzada de fe y amor propio que horas después tuvo su premio. Claro, para empezar San Lorenzo debió vencer la resistencia de Central, a quien sometió con un cabezazo del *Gallego* González, tras un comer que cayó sobre el área de Abbondanzieri. Los azulgranas habían desperdiciado un penal, que Carlos Netto tiró a las nubes, y fue González quien estampó su golpe de cabeza en la pelota para derrotar el arco rosarino a menos de quince minutos del final. Para ese entonces, Gimnasia no podía contra sus propios nervios y la tranquilidad roja.

La pregunta era sencilla: ¿La histórica amistad entre las hinchadas ayudó al resultado final? ¿Central le había permitido a San Lorenzo ganar el partido? ¿Sus jugadores no habían puesto suficiente empeño? Nunca se pudo comprobar nada. San Lorenzo luchaba por ganar y Central jugó

más para el empate que para la victoria, pero las especulaciones no pasaron de ahí.

En cambio, la historia en el Bosque platense fue muy distinta. Un Independiente sólido, con un arquero como el ecuatoriano Carlos Morales, muy seguro, dispuso de un par de chances para ganar el partido y un minuto antes del primer tiempo abrió el marcador, al conectar Javier Mazzoni un centro desde la derecha. La defensa local no lo anticipó y Noce no pudo hacer nada ante un tiro alto y violento.

Desde ahí, se asistió a la impotencia creciente de Gimnasia, a un dominio territorial sin profundidad, al esfuerzo individual de los mellizos Barros Schelotto, a las subidas constantes del uruguayo Sanguinetti por el sector derecho y poco más. Apenas un par de apariciones del juvenil Guglielminpietro, que terminaron con la pelota muy lejos del arco rojo. Como bien explicó el reconocido periodista Daniel Guiñazú en el diario *Página/12*: «Las responsabilidades superaron a las posibilidades. Y la caída que nadie había previsto le sirvió el campeonato en la mano a San Lorenzo, que, esa noche fría del 25 de junio, le ganó 1-0 a Central en Rosario. La bronca infinita no permitió ver que ese equipo, luchador y corajudo, había ido mucho más allá de sus límites».

El gol de Mazzoni sepultó las esperanzas de Gimnasia a pesar de que faltaban cuarenta y cinco minutos. Los nervios y las imprecisiones hicieron el resto. Enfrente, los jugadores de Independiente se frotaban las manos por un premio seguro. Era un secreto a voces que recibirían una jugosa recompensa por haberle quitado el título al Lobo en el medio del Bosque. Se hablaba de 80 mil dólares a repartir entre el plantel, aunque nunca se pudo obtener la palabra de algún futbolista aceptando que jugaron incentivados. La versión, como tantas otras veces, quedó en eso: un hecho improbable.

Un año después, el mismo plantel de Gimnasia —mejorado con el *Beto* Márcico, Roberto Sosa y José Albornoz— llegó también a la última fecha con chance de ser campeón. La ironía del destino quiso que tuviera que definir el título en la cancha de Estudiantes contra su rival de siempre. Empató en un gol y no le alcanzó para emparejar a Vélez, que coronó su bicampeonato igualando sin tantos, en el estadio de Liniers, contra ;;;Independiente!!! Para creer o reventar: después de aquel gol de Mazzoni, los rojos de Avellaneda no ganaron nunca más en la cancha de Gimnasia. Hace más de quince años.



ALEJANDRO FABBRI es porteño, periodista desde 1976, egresado del Círculo de Periodistas Deportivos. Trabajó en *La Hoja del Lunes*, *Clarín*, *La Nación*, *El Gráfico*, *Goles*, *La Voz*, *El Heraldo*, en las radios *Mitre*, *Continental*, *Del Plata*, *Antártida* y *Belgrano*, y en *Canal 7* y la señal *TyC Sports*. Como enviado especial cubrió los Mundiales de Estados Unidos (1994), Francia (1998) y Alemania (2006), los Mundiales Juveniles de Qatar (1995) y Malasia (1997) y los Juegos Olímpicos de Beijing (2008). Es también autor de los libros *El nacimiento de una pasión*, *Historias negras del fútbol argentino* y *Nuevas historias negras del fútbol argentino*.